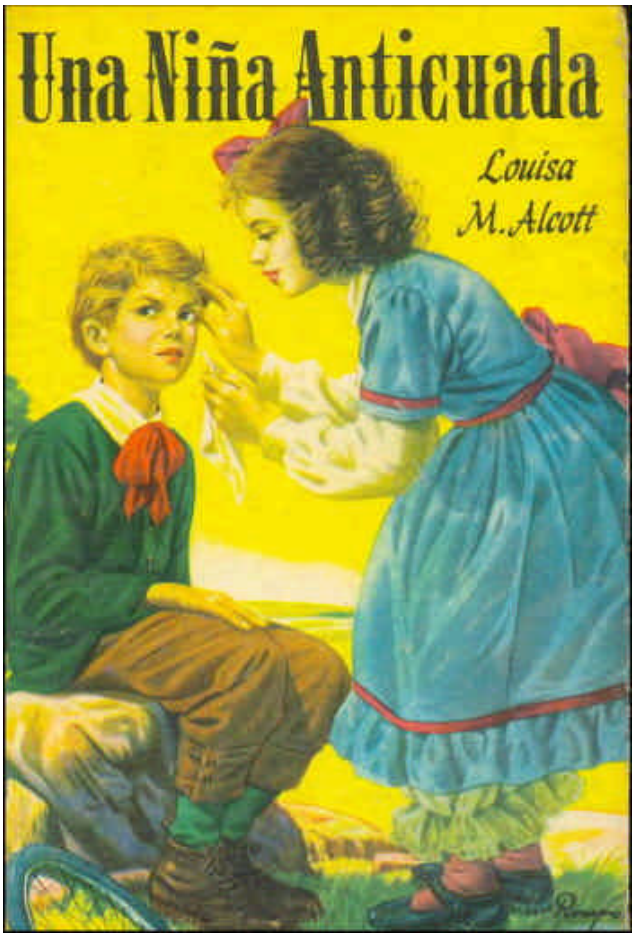
LIBRO dot.com

UNA NIÑA ANTICUADA

Louisa M. Alcott



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

1
LLEGA POLLY

-Tom, es hora de ir a la estación.

-Bien, vamos entonces.

-Yo no voy; hay demasiada humedad. No me quedaría un solo rizo si saliera con un día así, y quiero estar bonita para cuando llegue Polly.

-Oye, no van a esperar que vaya a buscar a una chica desconocida -exclamó Tom, tan alarmado como si le hubieran propuesto que hiciera compañía a la mujer salvaje de Australia.

-Claro que sí. Es tú obligación, y si no fueras un oso te gustaría.

-¡Qué bonito! Supongo que tendré que ir, pero tú dijiste que vendrías conmigo. Ya verás si vuelvo a ocuparme otra vez de tu amiga. ¡No, señor!

Y Tom se levantó del sofá con aire resuelto e indignado que no logró producir mayor efecto debido a sus cabellos revueltos y a lo arrugado de su atavío.

-No te enojes. Después que se vaya Polly haré que mamá te, permita recibir a ese antipático de Ned Miller, a quien tanto quieres -dijo Fanny.

-¿Cuánto tiempo se va a quedar?

-Uno o dos meses. Es muy simpática, y la retendré aquí todo el tiempo que se sienta cómoda.

-Pues entonces no se quedará mucho si yo puedo evitarlo -murmuró Tom, quien consideraba a todas las muchachas como un mal necesario. A los catorce años, todos los muchachos suelen pensar así, lo cual es quizás algo muy conveniente, pues, como son tan aficionados a cambiar por completo de opinión, tienen una buena oportunidad de hacerlo así cuando, tres o cuatro años después, se convierten en los esclavos abyectos de "esas chicas tan molestas".

-Oye tú, ¿cómo voy a reconocerla? No nos hemos visto nunca. Tendrás que venir tú también, Fanny -agregó él, deteniéndose en su camino hacia la puerta al concebir la poco

halagadora idea de que tendría que dirigir la palabra a varias chicas desconocidas antes de hallar a la que buscaba.

-Te resultará muy fácil. Estará buscándonos. Estoy segura de que te reconocerá a ti aunque no esté yo, pues le he dado una buena descripción de tu persona.

-Entonces sí que no me reconocerá -repuso él, lanzando una mirada hacia el espejo.

-Vete ya o llegarás tarde. ¿Qué pensará Polly de mí si no hay nadie esperándola?

Pensará que te preocupas más por tus rizos que por tus amigas, y tendrá mucha razón.

Seguro de que había dicho lo que le correspondía, Tom echó a andar despaciosamente, sabedor de que era tarde en realidad, pero sin querer apresurarse mientras estuviera a la vista de su hermana, aunque después tuvo que correr lo más que pudo para recuperar el tiempo perdido.

-Si fuera presidente, dictaría una ley que obligara a callar a todos los muchachos hasta la mayoría de edad. Son de lo más provocadores-dijo Fanny, mientras observaba a su hermano que iba caminando despaciosamente calle abajo.

Empero, habría cambiado de opinión si lo hubiera seguido, pues tan pronto como dio la vuelta en la esquina, Tom cambió por completo; sacó las manos de los bolsillos, dejó de silbar, abotonóse la chaqueta, dio un tirón a su gorra y partió a todo correr. El tren acababa de

detenerse cuando llegó a la estación jadeando como un caballo de carrera y tan rojo como una remolacha.

-Supongo que usará rodete y polisón, como todas las demás. ¿Cómo voy a reconocerla? ¡Es una lástima que Fan me haga venir solo! -murmuró. Sintióse algo atemorizado al ver la cantidad de jovencitas que pasaban. Como ninguna de ellas parecía estar buscando a nadie, no las dirigió la palabra.

"Esa es", se dijo de pronto, al ver a una jovencita muy elegante que estaba parada mirando hacia todos lados. "Supongo que tendré que hablarle. Bien, aquí va".

Y, sacando fuerzas de flaqueza, aproximóse lentamente a la joven ataviada a la última moda.

-¿Eres tú Polly Milton? -le preguntó, deteniéndose frente a ella.

-No -repuso la jovencita.

-¿Dónde diablos estará? -gruñó Tom, mientras se alejaba amoscado. Un ruido de pasos rápidos a su espalda le hizo volverse a tiempo para ver a una jovencita de rostro sonrosado que corría por la estación con gran entusiasmo. Cuando sonrió ella, agitando su maletín, Tom se detuvo, diciendo para sus adentros: "¡Hola! ¿Será Polly?"

Acercóse la jovencita con la mano tendida y una sonrisa, alegre y tímida a la vez, mientras decía con tono inquisidor:

-Tom, ¿verdad?

-Sí. ¿Cómo lo supiste? -inquirió él.

-Fan me dijo que tenías cabellos ensortijados y nariz algo rara, y que solías silbar y te calabas la gorra hasta los ojos, de modo que te reconocí de inmediato.

Así diciendo, Polly sonrió de nuevo, absteniéndose de agregar que el cabello era rojo, la nariz chata y la gorra vieja, detalles que Fanny habíase cuidado de impresionar muy bien en su memoria.

-¿Dónde está tu equipaje? -preguntó él.

-Papá me dijo que no esperara a nadie, pues podría perder la oportunidad de tomar un coche; por eso di la contraseña a un hombre y allá está con mi baúl.

Dicho esto, Polly echó a andar tras su modesto equipaje, seguida por Tom, quien se sentía un tanto deprimido por no haberse portado con la cortesía propia de un caballero.

"¡Gracias a Dios que no es toda una señorita! Fan no me dijo que era bonita. No se parece a las chicas de la ciudad ni se conduce como ellas", pensó.

Al partir el carruaje, Polly dio un salto en el mullido asiento y se echó a reír con la alegría de una niñita.

-Me gusta viajar en estos coches tan lindos, ver cosas bonitas y divertirme. ¿Y a ti? -dijo, dominando su entusiasmo casi en seguida al ocurrírsele de pronto que estaba de visita.

-No mucho -repuso Tom, casi sin darse cuenta de lo que decía, pues el hecho de estar encerrado con una chica desconocida le oprimió súbitamente el corazón.

-¿Cómo está Fan? -inquirió entonces Polly-. ¿Por qué no vino?

-Temió arruinarse los rizos. -Tom sonrió al traicionar así la confianza de su hermana.

-A ti y a mí no nos molesta la humedad. Te agradezco que vinieras a recibirme.

Tom supo apreciar la bondad de Polly al decir esto, pues sus rojos cabellos eran obsesión, y el hecho de que se los asociara con los bonitos rizos castaños de Polly parecía aminorar sus cobrizos reflejos. Además, no había hecho por ella otra cosa que llevarle el maletín unos pocos pasos; sin embargo la muchacha le daba las gracias. Sintiéndose agradecido por esto y siguiendo un súbito impulso, le ofreció un puñado de maníes, golosina de la que siempre estaba bien provisto.

Tan pronto como hubo hecho esto recordó que Fanny consideraba a los maníes como algo muy vulgar, y creyó por eso que había deshonrado a la familia. Algo apabullado, asomó la cabeza por la ventanilla y estuvo así por tanto tiempo que Polly le preguntó si ocurría algo.

"¡Bah!" ¿Qué importa una campesina como ésta?", se dijo Tom, y de inmediato se posesionó de su alma el deseo de hacer una travesura.

-Está bastante borracho, pero creo que podrá contener a los caballos -replicó con aire de calmosa resignación.

-¿Está ebrio el cochero? ¡Cielos! ¡Bajemos! ¿Son malos los caballos? La cuesta es muy empinada. ¿Crees que estamos seguros? -exclamó la pobre Polly.

-Hay mucha gente que nos recogerá si ocurre algo; pero quizá sea mejor que vaya a sentarme con el conductor.

-¡Hazlo si no tienes miedo! Mamá se asustaría mucho si me sucediera algo estando tan lejos de casa.

-No te aflijas. Yo me ocuparé de manejar al cochero y a los caballos.

Abrió la portezuela y subió al pescante, dejando a la pobre Polly llena de temor en el interior del vehículo, mientras que él gozaba de sus maníes y de su libertad en compañía del viejo conductor.

Fanny adelantóse al encuentro de su "querida Polly", cuando Tom la presentó diciendo: "Aquí la tengo". Polly fue trasladada de inmediato al piso alto, y Tom retiróse al comedor para restaurar sus agotadas fuerzas con media docena de pastelillos.

-¿No estás fatigada? ¿No quieres acostarte? -preguntó Fanny, sentándose en la cama del cuarto destinado a Polly.

-Ni un poquito. Tuve un buen viaje y no hubo dificultades, salvo la del cochero ebrio; pero Tom salió y lo tuvo en orden hasta que llegamos -respondió Polly.

-¡Tonterías! No estaba ebrio, y Tom te lo dijo para no estar contigo -manifestó Fanny-, No soporta a las chicas.

-¿No? Pues me pareció muy amable y bondadoso.

-Es un muchacho horrible, querida, y si tienes que tratar con él, te atormentará. Todos los muchachos son malos, pero él es el peor.

Ante esta declaración, Polly resolvió no acercarse a Tom y cambió de tema diciendo:

-¡Qué bonito es este cuarto! Jamás dormí en una cama con cortinas ni tuve una mesa de tocador tan elegante.

-Me alegro de que te guste, pero te ruego que no digas esas cosas frente a las otras chicas -le recomendó Fanny al tiempo que observaba que su amiga no usaba aros como todas las demás.

-¿Por qué no? -inquirió la campesina, preguntándose qué mal había en demostrar agrado ante las cosas bonitas. -Porque se ríen de todo lo que resulta raro, y eso no es agradable.

Polly decidió entonces no aludir nunca a su hogar si podía evitarlo.

-No necesito ir a la escuela regularmente mientras estés tú; sólo dos o tres veces por semana para estar al día con las clases de música y francés. Tú también puedes ir si quieres, papá nos

ha dado permiso. ¡Es divertidísimo! -finalizó Fanny, sorprendiendo así a su amiga ante su interés por la escuela.

-Me asustaría si todas las chicas visten tan bien como tú y saben tanto -repuso Polly.

-No te fijes en esto, tontita. Yo me ocuparé de ti y te arreglaré para que no parezcas rara.

-¿Soy rara? -inquirió Polly.

-Lo eres, querida, y estás mucho más bonita que, el año pasado, aunque te han educado de manera diferente a nosotros y por eso tus modales y costumbres no son como las nuestras. -¿Diferente en qué sentido? -preguntó Polly.

-Bueno, en primer lugar, te vistes como una niña.

-Es que soy una niña. ¿Por qué no habría de vestirme así? Y Polly se miró su sencillo vestido de lana azul, las botas fuertes y el cabello corto con aire intrigado.

-Tienes catorce años y nosotras ya nos consideramos señoritas a esa edad -declaró Fanny, contemplando al espejo con gran complacencia su peinado alto con un flequillo sobre la frente y los rizos que le caían a la espalda. Se miró también el vestido escarlata y negro con la amplia faja, el pannier, los botones de brillantes colores, las rosetas e infinidad de otros adornos. Colgaba un medallón de su cuello, tenía aretes en las orejas, reloj y cadena a la cintura y varios anillos en un par de manos, que hubieran necesitado algo más que contacto con el agua y el jabón.

Los ojos de Polly estudiaron las dos figuras reflejadas en el espejo y la chica se dijo que Fanny era la más rara de las dos, pues Polly vivía en un tranquilo pueblo de campo y conocía muy poco las modas de la ciudad. Le impresionaba algo la. elegancia que la rodeaba, ya que era la primera vez que visitaba la casa de Fanny, pues se habían conocido mientras ésta estaba de visita en casa de una amiga que vivía cerca de Polly. Pero no dejó que la turbara el contraste entre ambas, y un momento después reía alegremente, comentando:

-A mi padre le gusta vestir con sencillez, de modo que yo hago lo mismo. No sabría cómo conducirme si me ataviara como tú. ¿Alguna vez te olvidas de levantar tu falda y arreglar esos cojines que llevas atrás antes de sentarte?

Antes de que Fanny pudiera responder, le llamaron la atención unos gritos procedentes de la planta baja.

-Es Maud, se decir esto todo el abrió la -expresó Fanny, y puerta y entró una niñita de seis o siete años, llorando a más y mejor. Se contuvo al ver a Polly, la miró con fijeza por un momento y luego reanudó su llanto y arrojóse a los brazos de Fanny, exclamando con tono airado:

-¡Tom se burla de mí! ¡Dile que no lo haga!

-¿Qué hiciste para que se burlara? No grites tanto que asustarás a Polly.

-Sólo dije que anoche tomamos crema fría en la fiesta y se puso a reír.

-¡Helados, niña! -le dijo Fanny.

-¡No me importa! Estaban fríos y yo calenté el mío junto a la estufa para poderlo tomar. Pero después Willy Bliss me lo derramó sobre el vestido.

Y Maud rompió de nuevo a llorar.

-¡Vete con Katy! Hoy estás más mala que un oso -le dijo su hermana.

-Katy no me divierte, y tengo que divertirme porque soy una rebelde. Mamá misma lo dijo -sollozó Maud, suponiendo . sin duda que la rebeldía era una enfermedad rara.

-Baja a comer y yo te divertiré -repuso Fanny, poniéndose de pie.

Polly abrigaba la esperanza de que el "horrible muchacho" no estuviera presente, mas no fue así, y él la miró con fijeza durante todo el tiempo que duró la comida. El señor Shaw le dijo: -¿Cómo estás querida? Espero que te diviertas.

Luego pareció olvidarla por completo. La señora Shaw, saludó a su invitada con amabilidad y ocupóse de que no le faltara nada. La abuela Shaw, dama muy anciana, exclamó al ver a Polly:

-¡Bendito sea Dios! La viva imagen de su madre. ¿Cómo está tu mamá, querida?

Y miró a la recién llegada por sobre el armazón de sus lentes con tanta insistencia que la pobre Polly perdió el apetito.

Fanny charlaba sin cesar, y Maud se movió constantemente hasta que Tom dijo que la pondría en el horno, lo cual produjo en la niña una explosión tal de llanto que Katy tuvo que llevársela de inmediato. No fue muy agradable la comida, y Polly alegróse de que terminara. Al levantarse la mesa, cada uno fue a ocuparse de sus cosas; y después de hacer los honores de la casa, Fan debió ir a casa de la modista, de modo que dejó a Polly para que se entretuviera sola en la sala.

Polly se alegró de quedar a solas por unos minutos, y una vez que hubo examinado las cosas bonitas que la rodeaban, se puso a pasear tarareando por lo bajo mientras se iba apagando la luz del día. Poco después entró la abuela y, sentándose en un sillón, dijo:

-Es muy bonita esa canción. Cántala para mí, querida. Hace años que no la oigo.

A Polly no le agradaba cantar ante desconocidos; pero como se le habla enseñado a respetar a los mayores, fue en seguida al piano e hizo lo que le pedían.

-Es un placer oír esa música -expresó la anciana cuando la niña hubo terminado-. Canta otra, queridita.

Complacida ante el elogio,- Polly siguió cantando con una dulzura que llegaba al corazón de su oyente. Entonó varias canciones antiguas y lo fue haciendo cada vez mejor, hasta que al terminar vibraba en la habitación el eco de su dulce voz.

-¡Vaya, qué canción más bonita! Cántala de nuevo -dijo la voz de Tom al tiempo que asomaba su roja cabeza por sobre el alto respaldo del sillón en el que se había ocultado.

Esto provocó la sorpresa de Polly, pues no creía que la hubiera oído nadie más que la anciana que dormitaba junto al fuego.

-No puedo cantar más; estoy fatigada -repuso, y fue hacia donde estaba la abuela.

La roja cabeza desapareció como por arte de encantamiento pues el tono de Polly había sido decididamente hostil.

La anciana tendió la mano, acercó a Polly hacia sí y la contempló con tanta bondad en los ojos que la niña olvidó por completo su impresionante cofia y le sonrió llena de confianza.

-No te moleste porque te mire tanto, queridita -le dijo la abuela, acariciándole la mejilla-. Hace mucho que no veo a una niña y me hace bien mirarte.

Polly se sorprendió al oír esto, y no pudo menos que preguntar:

-¿Y Fan y Maud no son niñas?

-No. No son lo que yo considero niñas de verdad. Fan es una señorita desde hace dos años, y Maud es una criatura mal criada. Tu madre es una mujer sensata, pequeña.

"¡Qué anciana más rara!", pensó Polly.

-No comprendes lo que quiero decir, ¿verdad? -expresó la abuela.

-No, señora.

-Pues bien, te lo explicaré. En mi época, las niñas de catorce y quince años no se vestían a la última moda, no iban a las fiestas' de los mayores, ni llevaban una vida ociosa y poco saludable. Éramos menores hasta los dieciocho; trabajábamos, estudiábamos, nos vestíamos y jugábamos como niñas; honrábamos a nuestros padres y vivíamos mucho mejor.

Al finalizar estas palabras la anciana pareció olvidar a Polly y se quedó mirando el retrato de un anciano caballero que lucía camisa con chorrera y casaca de brocado.

-¿Su padre, señora?

-Sí, querida. Yo le preparé sus encajes hasta el día de su muerte, y el primer dinero que gané en mi vida fueron cinco dólares que ofreció él como premio a cualquiera de sus seis hijas que le hiciera el mejor bordado en sus calzas.

-¡Qué orgullosa se habrá sentido! -exclamó Polly, contemplando a la anciana con gran interés.

-Sí, y todas aprendimos a hacer el pan y a cocinar, y éramos tan alegres y juguetonas como gatitos. Todas llegamos a ser abuelas, y yo soy la última que queda. . Setenta cumpliré dentro de poco, y todavía no me siento fatigada, aunque mi hija es una inválida a los cuarenta.

-Así me criaron a mí y me figuro que por eso dice Fan que soy anticuada. Dígame algo más de su padre.

Antes de que la abuela pudiera contestar llegó Fanny con la noticia de que Clara Bird las había invitado para ir al teatro. Polly sintióse tan entusiasmada ante la perspectiva que echó

a correr para prepararse, y casi ni supo lo que ocurría hasta que se encontró sentada en la platea. El anciano señor Bird se hallaba a su izquierda, Fanny a su derecha, y ambos la dejaron en paz, razón por la cual sintióse muy agradecida, ya que le interesaba mucho el espectáculo.

Polly no había ido mucho al teatro, y las pocas obras que había visto eran cuentos de hadas preparados para la juventud. Aquella noche vio uno de los nuevos espectáculos que se habían puesto de moda y que eran representados durante meses. Al principio creyó que estaba en la tierra de las hadas y sólo vio a las esplendorosas bailarinas que danzaban y cantaban en un mundo de luces y belleza; pero a poco comenzó a prestar atención a la letra de las canciones y a los diálogos y entonces desvanecióse su ilusión, pues los encantadores fantasmas cantaban melodías africanas, hablaban con lenguaje en extremo vulgar y no eran nada agradables.

La niñita era demasiado inocente para comprender todos los chistes, y a menudo se preguntaba de qué se reía la gente. Empero, pronto comenzó a sentirse incómoda y a desear no haber ido. Las cosas fueron empeorando a medida que continuaba la función, pues Polly fue comprendiendo ciertas cosas por los comentarios que se hacían a su alrededor. Cuando veinticinco coristas vestidas de jockeys salieron al .escenario para danzar con desenfado y hacer guiños al público, Polly no lo consideró en absoluto divertido, sino que se sintió disgustada y se alegró cuando finalizó el acto. Pero cuando apareció otro grupo de bailarinas ataviadas con trajes de gasa, la pobre no supo qué hacer, pues sintióse al mismo tiempo asustada y atemorizada, y se quedó con los ojos fijos en el programa.

-¿Por qué te ruborizas? -le preguntó Fanny cuando desaparecieron las pintadas bailarinas.

-Me avergüenzan esas mujeres -susurró Polly.

-¡Qué tonta eres! Así lo hacían en París, y bailan muy bien. Al principio choca un poco, pero ya te acostumbrarás.

-No volveré a venir -afirmó Polly.

Ignoraba cuán fácil era "acostumbrarse", como decía Fanny, y fue una suerte para ella que no la tentaron-de nuevo. Se alegró cuando hubo finalizado el .espectáculo y se encontraron de nuevo

en la casa, donde la abuela las estaba esperando para arroparlas cuando se acostaran.

-¿Te divertiste, querida? -preguntó la anciana a Polly.

-No quisiera ser descortés, pero no me divertí -repuso-, parte del espectáculo es espléndido, pero el resto me avergonzó mucho y no me pareció correcto.

Fanny rompió a reír y dijo entonces:

-Polly se escandalizó, abuela. Tenía los ojos agrandados y las mejillas tan rojas como mi faja, y en una oportunidad creí que iba a llorar. Algunas escenas fueron algo raras; pero claro que todo fue muy correcto, pues de otro modo no irían a presenciarlo las personas de nuestra clase. Oí a la señora Smythe Perkins que decía que era encantador y se parecía a las obras que daban en París. Y ella debe saber lo que dice.

-No me importa nada. Yo sé que no era un espectáculo apropiado para niñas, pues de no ser así no me habría sentido tan avergonzada -declaró Polly, perpleja, pero no convencida

ni aun por la opinión de la señora Smythe Perkins.

-Creo que tienes razón, querida; pero tú vives en .el campo y todavía no te has enterado de que la modestia está fuera de moda -expresó la abuela antes de retirarse.

Aquella noche soñó Polly que bailaba vestida de jockey, mientras Momc tocaba el tambor y todos los espectadores tenían las caras de sus padres que la miraban con ojos agrandados y las mejillas tan rojas como la faja de Fanny.

2
NUEVAS COSTUMBRES

-Esta mañana voy a la escuela. Ven a prepararte -dijo Fanny un día o dos después, al terminar el desayuno.

-Estás muy elegante. ¿Qué tienes que hacer? -preguntó Polly.

-Acicalarse media hora y ponerse el postizo intervino Tom.

-¿Qué es un postizo? -preguntó Polly, mientras Fanny se marchaba sin dignarse contestar.

-Un montón de pelo ajeno que se pone en la cabeza -declaró Tom, y se fue silbando.

-¿Por qué tienes que estar tan elegante para ir a la escuela? -inquirió Polly, observando a Fan que se arreglaba el flequillo.

-Todas las chicas se visten así, es muy conveniente, pues nunca se sabe con quién se puede encontrar una. Como voy a pasear después de las lecciones, quisiera que te pusieras tu mejor sombrero -expresó Fanny.

-Lo haré, si te parece que éste no está bien. Me gusta más que el otro porque tiene una palma, pero uso éste todos los días porque es más abrigado.

Y Polly corrió a su cuarto para acicalarse también.

-¿No se te enfriarán las manos con esos guantes de cabritilla? -preguntó cuando bajaron a la calle nevada.

-Sí, mucho, pero mi manguito es tan grande que no quiero llevarlo. Mamá no quiere hacerlo cortar, y el de armiño debo guardarlo para las grandes ocasiones.

-El mío es quizás demasiado grande; pero da mucho abrigo y puedes calentarte en él las manos cuando quieras -le dijo -Polly, observando sus nuevos guantes de lana con expresión de descontento, aunque antes los había considerado muy elegantes. -Quizá lo haga de vez en cuando. Escúchame ahora, Polly; no seas tímida. Te presentaré a dos o tres de las chicas. Por Monsieur no te preocupes en absoluto y si no quieres leer no leas. Estaremos en la antesala, de modo que verás a unas diez o doce y ellas estarán tan ocupadas que no se fijarán mucho en ti.

-No leeré, pero me entretendré mirando. Me gusta observar a la gente.

No obstante, Polly sintióse dominada por la timidez cuando entró en un salón lleno de señoritas muy acicaladas que se volvieron para observar a la recién llegada con una mirada fría que parecía estar tan a la moda como los lentes. La saludaron afablemente cuando la presentó Fanny y le hicieron sitio a la mesa alrededor de la cual se hallaban sentadas esperando a Monsieur. Varias consultaban notitas, casi todas comían golosinas y ninguna de ellas dejaba de hablar ni por un momento. Una vez que le dieron caramelos, Polly quedóse comiendo y escuchando.

-Chicas, ¿saben que Carrie se ha ido al extranjero? -dijo una que acababa de entrar-. Se habló tanto que su padre no supo soportar y se llevó a toda la familia. ¿Qué les parece?

-Era mejor que se fueran -respondió otra con aire de superioridad-. Mi madre dice que si yo hubiera ido a ésa escuela, me habría sacado de inmediato.

-Carrie se fugó con un maestro de música y el asunto salió en los diarios -explicó la primera a Polly.

-¡Qué horror! -exclamó la niña.

-A mí me parece muy divertido. Ella tiene dieciséis años y él es muy elegante. Todo el mundo habló del asunto, y cuando ella iba a alguna parte, ,todos la miraban, lo cual le agradaba mucho. Pero su papa es un viejo gruñón y por eso se llevó a toda la familia. Polly no tuvo nada que decir a la vivaz señorita Beile; pero Fanny observó:

-Me gusta leer esas noticias, pero es inconveniente que ocurran aquí esas cosas, pues nosotras pagamos las consecuencias. Tendrían que haber oído lo que dijo papá. Amenazó con hacerme. acompañar a la escuela con una doncella, como lo hacen en Nueva York.

-Eso es porque se supo que Carrie falsificaba excusas en nombre de su mamá y se iba a pasear con su Orestes cuando todos la creían en la escuela. ¿Verdad que era muy astuta? -exclamó Belle.

-Me parece que un poco de diversión está bien, y no hay necesidad de hacer tanto escándalo cuando alguna se fuga como lo hizo Carrie -comentó otra de las "señoritas"-. Los muchachos hacen lo que quieren y no veo por qué han de vigilarnos tanto a nosotras. ¡Me gustaría ver cómo se iban a arreglar para vigilarme a mi!

-Se necesitaría un agente de policía, Trix -observó Fanny. -¿Has leído "La Novia Fantasma"? -preguntó a Poíly una chica pálida en uno de los momentos de silencio que siguieron-. Todas lo piden en la biblioteca, aunque algunas prefieren "La Carreta de la Mariposa". ¿Cuál te gustó más?

-No he leído ninguna de esas novelas.

-Pues debes leerlas. Me encantan los libros de Guy Livisgton y los de Yates.

-No he leído más que una de las novelas de Muhlbach -manifestó Polly-. Esas me gustan porque son histéricas. -Estarán muy bien para aprender algo, pero a mí me gustan las novelas de amor.

Polly se libró de tener que admitir que no había leído ninguna, pues en ese momento apareció Monsieur, un anciano francés que se dedicó a su tarea con aire resignado.

Las señoritas dijeron la lección, escribieron un ejercicio y leyeron un poco de historia francesa.

Pronto terminó la clase, y cuando Fanny hubo tornado su lección de música en otro salón, llegó la hora del recreo. Las chicas más jóvenes se pasearon por el patio tomadas del brazo; otras quedáronse en el aula para leer y charlar; pero Belle, Trix y Fanny fueron a tomar el almuerzo en una confitería cercana, y Polly las siguió sin atreverse a decir nada acerca de los bollos que la abuela habíale puesto en el bolsillo. Así, pues, los bollos quedaron abandonados mientras Polly trataba de satisfacer su apetito con un helado y tres barritas de chocolate.

Las cinco parecieron muy animadas, especialmente después que se les unió un caballero de estatura menguada y rostro tan fresco que Polly lo habría considerado un chiquillo si no hubiera visto el alto sombrero de copa que lucía. Escoltada por este joven caballero, Fanny dejó a sus amigas para que volvieran a la escuela, mientras ella iba a dar un paseo por las calles de más tránsito. Polly los siguió a cierta distancia entreteniéndose en contemplar los escaparates hasta que Fanny, recordando su educación, aun en un momento tan. interesante, la llevó a una galería de cuadros y le dijo que observara las obras de arte mientras ellos descansaban.

En obediencia a esta invitación, Polly recorrió el salón varias veces, aparentando estudiar los cuadros y esforzándose por no escuchar la charla de la pareja. Mas no pudo menos que

preguntarse qué encontraría Fan de interesante en los comentarios sobre la clase de gimnasia ni por qué prometía tan solemnemente que no olvidaría el concierto de la tarde.

Cuando al fin se levantó Fanny, notó el cansancio de su amiga y despidióse apresuradamente del diminuto caballero. Mientras emprendían el regrese a la casa, puso una mano en el manguito de Polly y le dijo en tono confidencial:

-No debes decir una sola palabra sobre Frank Moore, pues papá me arrancaría la cabeza. No me interesa en absoluto, y él está interesado en Trix; pero resulta que han reñido y él quiere desquitarse flirteando conmigo. Le reñí y me prometió hacer las paces con ella. Todos iremos al concierto de esta tarde y Belle y Trix no: harán compañía, de modo que no digas nada y todo saldrá bien.

-Me parece que no... -comentó Polly, que no estaba acostumbrada a guardar secretos.

-No te aflijas, querida. No es cosa nuestra, de modo que podemos ir a escuchar la música, y si los otros flirtean no será por nuestra culpa.

-Claro que no. Pero si a tu padre no le gusta, ¿por qué lo haces?

-Se lo cuento a mamá y a ella no le molesta. Papá siempre protesta y la abuela encuentra mal todo lo que hago. No dirás nada, ¿verdad?

-No -repuso Polly, y cumplió su palabra.

-¿Con quién vas? -preguntó la señora Shaw a las tres de la tarde, cuando Fanny comentó que era día de concierto.

-Con Polly. Le gusta la música -respondió Fan. Y cuando ambas niñas salian de la casa, manifestó a su amiga-: Si alguien se encuentra con nosotras en el camino, yo no tengo la culpa, ¿verdad?

-Puedes decirles que vas sola.

-Sería una falta de educación. ¡Cielos! Allí está Gus, el hermano de Belle. ¿Estoy bien peinada?

Antes de que Polly pudiera responder; Gus se puso a caminar con ellas con toda tranquilidad y Polly encontróse a poco marchando a la zaga y diciéndose que las cosas "no estaban bien", aunque ignorando como arreglarlas.

Como era aficionada a la música, supuso que todos los demás iban sólo para escuchar el concierto, y sintióse muy turbada por los susurros que se oian entre los jóvenes que la rodeaban. En los intervalos entre cada pieza, Frank y Gus, así como varios otros "caballeros", regalaron ¡os oídos de las "damas" con chismes del colegio.

Por fortuna para Polly, la niña se olvidó de lo que la rodeaba y pudo gozar de la música. Caída ya la tarde, salieron y sintióse aliviada al ver que las esperaba el carruaje, pues no era de su gusto ser la tercera en discordia y ya tenía suficiente con haberlo sido todo el día.

-Me alegro de que se hayan ido esos hombres. Me molestaron con su charla cuando quería escuchar -comentó cuando partieron.

-¿Cuál te gustó más? -inquirió su amiga.

-El más sencillo, el que no hablaba mucho. Recogió mi manguito cuando se me cayó y me prestó más atención que los demás.

-Los demás te habrán creído una niñita.

-Mi madre dice que los verdaderos caballeros son atentos tanto con los mayores como con los niños. Por eso me gusta el señor Sydney.

-No eres nada tonta, Polly. No creí que te fijarías en esas cosas.

-Estoy acostumbrada a los buenos modales, aunque viva en el campo.

-Abuela dice que tu mamá es toda una dama y que tú te le pareces. Por eso no te enfades con los muchachos, y yo me ocuparé de que la próxima vez se porten mejor. -Con una risita, Fan agregó-: Tom no sabe conducirse contigo y, sin embargo, no te quejas de él.

-No importa que no sepa conducirse; es un muchacho y se porta como tal, y con él puedo llevarme mejor que con todos esos otros.

Fanny estaba por reñir a Polly por su manera de referirse a sus amigos, en tono tan irrespetuoso, cuando ambas se sorprendieron al oír un cacareo procedente de la parte de abajo del otro asiento.

-¡Es Tom! -exclamó Fanny.

Salió entonces el incorregible muchacho, con el rostro enrojecido y conteniendo la risa a duras penas. Sentándose, contempló a las niñas como si se sintiera muy satisfecho.

-¿Oíste lo que decíamos? -preguntó Fanny.

-Por supuesto que sí.

-¿Viste alguna vez a alguien tan malo, Polly? Supongo que irás a contárselo todo a papá.

-Quizá lo haga y quizá no. ¡Cómo saltó Polly cuando oyó el cacareo! La oí chillar y levantar los pies.

-Y también nos oíste hablar bien de tus modales, ¿eh? -preguntó Polly.

-Sí, y a ti te gustan, de modo que no te denunciaré.

-No tienes nada que contar.

-¿Te parece? ¿Qué dirá papá cuando sepa que andan con esos petimetres?

-Mira, Tom, haré un trato contigo -exclamó Fanny-. No tuve yo la culpa de que Gus y Frank estuvieran allí, y no pude evitar que me hablaran. Me porto lo mejor posible y papá no debería enfadarse.

-¿Un trato? -dijo Tom.

-Si no cuentas lo que no tuviste derecho a oír, te ayudaré a conseguir tu velocípedo y no diré nada en contra cuando mamá y abuela le pidan la papá que te lo compre.

-¿Lo harás? -Tom puso a consideración la oferta.

-Sí, y Polly me ayudará ¿No es cierto?

-Preferiría no tener nada que ver con el asunto, pero callaré y con eso no haré el menor daño.

-¿Por qué no has de callar? -quiso saber Tom. -Porque lo que hacen me parece un engaño.

-Bueno, papá no necesita ser tan quisquilloso -expresó Fan en tono petulante.

-Después de lo que pasó con Carrie, no me asombra que sea así -declaró Polly-. ¿Por qué no le dices la verdad?

-¿Le cuentas tú a tus padres todo lo que haces?

-Sí, y eso me ahorra muchas dificultades. -¿No les tienes miedo?

-Por supuesto que no. A veces resulta difícil contar las cosas, pero se siente una muy aliviada una vez que pasó el momento. -Hagámoslo -fue el consejo de Tom.

-¡Dios mío! ¡Cuánto enredo por nada! -exclamó Fanny.

-Esto no es nada. Bien sabes que te han prohibido andar con esos muchachos, y por eso estás así. No haré ningún trato y lo contaré todo -afirmó Tom.

-¿Lo harás si te prometo que jamás volveré a hacerlo? -preguntó su hermana en tono lleno de humildad.

-Lo pensaré, y si te conduces bien quizá no diga nada. Yo puedo vigilarte mejor que papá, de modo que si lo haces de nuevo te verás en buen aprieto.

-No lo hará. -intervino Polly-. No la molestes más y ella te ayudará cuando tú te veas en algún aprieto.

-Nunca me veo en aprietos, y si me llegara a ocurrir algo, no pediría ayuda a una chica.

-¿Por qué no? Yo te pediría la tuya si la necesitara -declaró Polly.

-¿De veras? Bueno, yo te respondería en todo momento. Ten cuidado y no resbales, Polly.

Y Tom las ayudé a descender con desusada amabilidad, pues las palabras de Polly habíanle agradado en extremo.

Aquella tarde, después del té, Fanny propuso que Polly le enseñara a hacer caramelos de miel. Con la esperanza de ganar la buena voluntad de su atormentador, también invitó a Tom a que interviniera en el trabajo, y Polly pidió que se permitiera a Maud quedarse levantada con ellos. Así, pues, los cuatro marcharon a la cocina y Polly asumió el mando de las fuerzas.

A Tom se le encargó el trabajo de cascar nueces y a Maud el de separar su contenido, pues los caramelos debían ser de primera calidad. Fan ayudó a Polly, quien se puso a revolver la miel que se estaba calentando.

-Ahora echen las nueces -dijo al fin, y Tom vació su plato en la cacerola mientras los demás observaban el procedimiento con profundo interés.

-Lo echo ahora en la sartén enmantecada y cuando se enfríe podremos comerlos -explicó Polly, haciendo lo que decía.

-¡Cómo! -exclamó Maud, mirando al interior de la sartén-. ¡Está llena de cáscaras!

-¡Caramba! Debo haberlas puesto por error y comido las nueces sin darme cuenta -dijo Tom.

-¡Lo hiciste a propósito! No volveré a dejar que juegues con nosotras -gritó Fan, llena de furia, y lo corrió con la intención de sacudirlo, mientras él la esquivaba riendo.

Maud comenzó a llorar, y Polly continuó examinando la mezcla que estaba por completo arruinada. Pero su atención se vio atraída por los gritos procedentes del rincón. Olvidando sus pretensiones de señorita, Fanny le había tirado de las orejas a su hermano, y éste, resentido ante el insulto, habíala sentado a la fuerza en el cajón del carbón, donde la retuvo con una mano mientras que le devolvía el cumplido con la otra. Ambos estaban muy enfadados y se insultaban a más y mejor.

Polly no era -un dechado de perfecciones, y tenía sus momentos de mal humor como todos los demás; pero nunca peleaba ni se insultaba con sus hermanas de una manera tan desagradable, por lo que se sorprendió al ver tan enfurecida a su elegante amiga. -¡Basta! ¡Basta! ¡Le harás daño, Tom! ¡Suéltalo, Fanny! Así gritaba Polly, tratando de apartarlos. Y mostróse tan apenada que los contendientes se avergonzaron de haberse dejado llevar por la ira.

-No me dejaré pegar, de modo que te conviene dejarme en paz -dijo Tom a su hermana. Al apartarse de ella, agregó en tono muy diferente-: Sólo puse las cáscaras por broma, Polly. Prepara otra cacerola de miel y te cascaré más nueces. ¿Quieres?

-Hace mucho calor v es una pena malgastar así los comestibles, pero probaré de nuevo si tú lo deseas -repuso Polly con un suspiro, pues sentíase muy acalorada.

-No te queremos. ¡Vete de aquí! -terció Maud, amenazando a su hermano con la cuchara.

-Calla tú, llorona. Me quedaré a ayudar. ¿Me dejas, Polly? -Bueno -accedió la niña, recomenzando su tarea-. ¿Dónde está la miel? Hemos gastado toda la que había en el frasco.

-En el sótano; yo iré a buscarla -se ofreció Tom, y tomando la lámpara y el frasco partió escaleras abajo.

En cuanto hubo desaparecido la luz por la escalera, Fanny echó el cerrojo a la puerta.

-Ahora estamos a salvo de sus bromas -dijo-. Que llame y golpee todo lo que quiera. Así expiará su culpa. Y cuando estén hechos los caramelos, lo dejaremos salir.

-¿Cómo podemos hacerlos sin miel? -inquirió Polly, creyendo que así zanjaría la diferencia.

-Hay mucha en la alacena. No, no lo dejarás salir hasta que yo quiera. Debe aprender que no puede maltratarme. Haz los caramelos y déjalo en paz, o iré a contárselo a papá y entonces le darán un buen correctivo.

A Polly no le pareció justo que se hiciera esto, pero Maud pedía a gritos los caramelos, y al ver que no podía apaciguar a Fan, Polly dedicóse a su tarea hasta que hubieron echado las nueces v puesto a enfriar una sartén llena de caramelos en el patio. Unos cuantos golpes a la puerta, algunas amenazas del prisionero, y luego quedó todo tan en silencio que las niñas lo olvidaron al entusiasmarse con su trabajo.

-No puede salir por ninguna parte, y tan pronto como hayamos cortado los caramelos, quitaremos el cerrojo y nos iremos. Ve a buscar un plato para ponerlos -dijo Fan cuando Polly propuso que le dieran la mitad a Tom.

Cuando bajaron con el plato y abrieron la puerta para buscar el dulce, grande fue su dolor al descubrir que había desaparecido con sartén y todo.

Lamentáronse las tres mientras lo buscaban inútilmente. Al parecer, el destino había decretado que aquella noche no podrían comer caramelos caseros.

-La sartén caliente derritió la nieve y se hundió con ella -aventuró Fanny, escarbando la blanca sustancia.

-Los gatos se lo han llevado -sugirió Maud.

-La puerta del jardín está sin llave. Debe haberlo robado algún vagabundo -dijo Polly al volver al interior de la casa.

-Si Tom pudiera salir, me figuraría que ha sido él, pero como no es una rata, no puede salir por los respiraderos del sótano, de modo que no ha sido él -observó Fanny con gran desconsuelo.

-Abramos la puerta y contémosle lo que pasó -propuso Polly.

-Se reirá de nosotras. No; la abriremos y nos iremos a la cama, y que salga cuando quiera. ¡Es un malvado! Si no nos hubiera hecho esa broma, nos habríamos divertido muy bien.

Después de quitar el cerrojo a la puerta del sótano, las niñas anunciaron al cautivo invisible que habían terminado y se marcharon muy deprimidas. A mitad del camino escalera arriba se detuvieron de pronto corno si hubieran visto un fantasma. Desde lo alto las contemplaba Toro con expresión triunfal, y en cada mano agitaba un trozo de caramelo mientras comentaba:

-¿No les gustaría comer un poco?

-¿Cómo pudo salir? -exclamó Fanny llena de sorpresa.

-¡Por la entrada del carbón! -respondió una voz espectral procedente de la oscuridad de arriba.

¡Dios mío! Debe haber empujado la tapa, salido a la calle, robando el caramelo y entrado por la ventana mientras lo estábamos buscando.

-Lo robaron los gatos, ¿eh? -se burló la voz en tono tal que hizo que Polly se sentara para poder reír mejor.

-Dale un pedazo a Maud. Está muy triste -le gritó cuando hubo recobrado el aliento-. Fan y yo estamos hartas de caramelo, y tú enfermarás si te lo comes todo.

-Vete a la cama, Maud, y busca debajo de tu almohada- fue la respuesta que recibieron antes de oír que se cerraba la puerta de Tom.

Las niñas se fueron al lecho, pues estaban muy fatigadas, y Maud durmió rápidamente con un trozo de caramelo de miel en la boca. Polly se durmió en seguida; pero Fanny, que dormía con ella, estuvo despierta largo rato, pensando en sus dificultades. Poco después vio una figura que se asomaba a la puerta.

-¿Quién es? -preguntó en voz tan alta que despertó a Polly.

-Soy yo, querida -respondió la voz suave de la abuela-. El pobre Tom tiene un terrible dolor de muelas y vine a ver si encontraba la creosota. Me recomendó que no les dijera nada; pero no encuentro el frasco y no quiero molestar a tu madre.

-Está en mi cómoda. Esta vez Tom pagará muy caro su broma -dijo Fanny en tono de gran satisfacción.

-Ya me parecía que se llevaba bastante como para que le dolieran las muelas -rió Polly, y se quedó dormida, mientras Tom quedaba con su dolor de muelas y era atendido por la bondadosa abuelita.

3
LAS DIFICULTADES DE POLLY

Polly descubrió muy pronto que se hallaba en un nuevo mundo, un mundo donde los modales y las costumbres eran tan diferentes que se sintió como una forastera en tierra extraña y a menudo deseó no haber hecho el viaje. No tenía otra cosa que hacer que holgar y charlar, leer novelas, pasear por las calles y vestirse, y antes que hubiera transcurrido una semana estaba harta de todo esto. Y sentíase como el pájaro al que encierran en la jaula. No obstante, estaba muy impresionada por los lujos que la rodeaban, gozaba de ellos, deseaba poseerlos y preguntábase por qué los Shaw no eran una familia más feliz. No era lo suficientemente sabia como para saber dónde residía el mal; no intentó discernir cuál de las dos vidas era la más indicada; sólo sabía cuál le gustaba más y suponía que esto debíase a sus costumbres anticuadas.

Las amigas de Fanny no le interesaban mucho; más bien las temía. Hablaban de cosas que ella no conocía, y cuando Fanny trataba de explicárselas, no las encontraba interesantes; en realidad algunas de ellas la escandalizaban e intrigaban, de modo que las otras chicas la dejaban en paz; eran corteses con ella cuando la veían, pero saltaba a la vista que la consideraban demasiado rara.

La niña volvióse entonces hacia Maud en busca de compañía; pero Maud estaba demasiado absorta en sus propios asuntos, pues también ella pertenecía a un círculo especial en el que imitaba en todo a los mayores, aunque era demasiado pequeña para entender lo que hacían. Al principio Polly no pudo llevarse bien con ella, pues Maud no parecía una chiquilla, y a menudo la corregía en sus modales y dicción, aunque los de la pequeña no tenían nada de perfectos.

De tanto en tanto, cuando Maud se sentía molesta, pues sufría de los nervios como su madre, acercábase a Polly para que la "divirtiera". Polly lo pasaba bien en esos momentos, le contaba cuentos, jugaba con ella, o salía a pasear, según cual fuera la preferencia de la chiquilla, y así se ganó el corazón de ésta, aliviando a toda la casa de los arranques de la pequeña tirana.

Tom dejó de mirar a Polly con la fijeza de los primeros días, y al principio no le prestó mayor atención, pues, en su opinión, "las chicas no tenían gran importancia". De vez en cuando se divertía haciéndole bromas algo pesadas, lo cual angustiaba a la niña, ya que nunca sabía lo que le esperaba. El muchacho le salía al encuentro repentinamente, le gritaba desde los pasillos oscuros, la tomaba de los pies cuando subía la escalera, la sobresaltaba silbándole agudamente al oído y, siempre que había invitados para la cena, fijaba en ella sus ojos, y no se los quitaba de encima hasta haber conseguido reducirla a un estado lastimoso de nerviosidad. Sin embargo, Polly estimaba a Tom, pues pronto vio que lo tenían abandonado. A menudo se preguntó por qué su madre no lo mimaba como a las chicas y por qué su padre le reñía como si fuera un rebelde de nacimiento y se preocupaba tan poco por su único hijo varón. Fanny lo

consideraba un oso y se avergonzaba de él, pero nunca trataba de educarlo, y Maud y él vivían como perro y gato. La abuela era la única que lo defendía, y Polly lo descubrió más de una vez haciendo algo bueno para la anciana, cosa de la que se avergonzaba al ser sorprendido. No era respetuoso con ella; la llamaba "la vieja", y le decía que "no quería mimos"; mas cuando le ocurría algo, siempre apelaba a "la vieja" y mostrábase muy agradecido por los "mimos" de ésta. También a la abuela la tenían algo olvidada, y quizá fuera ésta la razón de que ella y Tom se llevaran tan bien. La anciana era aún más anticuada que Polly; mas la gente no parecía fijarse en esto debido a su edad.

Otra cosa que molestaba a Polly era la falta de ejercicio. Eso de vestirse y pasear por ciertas calles durante una hora por día, de estar conversando parada en los portales, o de andar en carruaje, no era la clase de ejercicio que le agradaba, y Fanny no quería hacer ningún otro.

Por ese motivo solía escaparse a veces sola cuando Fanny estaba ocupada en leer sus novelas e iba a dar rápidas caminatas por el parque, en el sector que no frecuentaba la sociedad y donde los bebés tomaban sol, o entraba a ver cómo jugaban los muchachos con sus trineos, deseando hacerlo ella también como en su pueblo. Nunca iba lejos y siempre regresaba contenta y sonrosada.

Una tarde, poco antes de la cena, sintióse tan cansada de no hacer nada que escapó para correr un poco. Hacía frío, aunque no soplaba el viento, y Polly trotó por la alameda, cantando para sí y tratando de no sentir nostalgia. Los muchachos se deslizaban por la pendiente nevada, y la niña los observó hasta que su deseo de imitarlos se hizo irresistible. En lo alto de la cuesta jugaban algunas niñitas con un trineo, y Polly sintióse atraída hacia ellas á pesar del temor de que Fan se enterase.

-Quiero bajar, pero no me atrevo por que es muy empinada la cuesta -dijo una de las niñas.

-Si me prestan el trineo y se sientan sobre mi falda, yo las bajaré a todas -propuso Polly.

Las niñitas aceptaron la oferta. Polly miró a su alrededor para asegurarse de que ninguna de sus conocidas presenciaba su delito, acomodó a sus pasajeros y deslizóse cuesta abajo con gran alegría. Una tiras otra fue bajando a las chiquillas y volvió a arrastrarlas cuesta arriba, mientras que ellas la contemplaban como si fuera un ángel del cielo que hubiese descendido para su exclusivo beneficio. Polly estaba terminando una carrera por sí sola cuando oyó un silbido familiar a sus espaldas, y antes que pudiera alejarse vio a Tom que se le acercaba con expresión de asombro.

-¡Hola, Polly! ¿Qué diría Fan de ti? -fue su saludo.

-No sé ni me importa. Esto no es un pecado; me gusta y seguiré haciéndolo ahora que puedo, de modo que hasta luego.

Y Polly lanzó su trineo sin preocuparse de lo que pensaran de ella.

-¡Muy bien, Polly! -declaró Tom, y se deslizó tras ella a toda velocidad, alcanzándola cuando la niña detenía su trineo en el camino de abajo. Entonces agregó-: Ya verás lo que sucede cuando vayas a casa.

-No me sucederá nada si tú no hablas, pero claro que hablarás -dijo Polly.

-Pues ya que dices eso no lo haré -replicó Tom, con la natural perversidad de su tribu.

-Si me lo preguntan, claro que lo diré; si no me lo preguntan, no creo que haga mal callando; pero no deseo molestar a tu madre diciéndoselo. ¿Crees que soy una mala?

-Creo que eres un encanto, y no diré nada si tú no quieres. Ahora vamos a deslizarnos otra vez -la invitó él.

-Una vez sola; las chicas quieren irse y tienen que llevarse el trineo.

-Que se lo lleven, ya que no sirve de mucho. Ven en el mío. Mazeppa es maravilloso.

Así, pues, Polly acomodóse en el trineo y Tom se instaló detrás y Mazeppa demostró merecer la buena opinión que de él tenía su amo.

Los dos jovencitos llevábanse muy bien ahora, pues Tom estaba en su esfera y mostraba el mejor aspecto de su carácter, siendo atento y alegre a su manera, mientras Polly olvidó por completo su timidez. Ríeron y conversaron y siguieron deslizándose "una vez más" hasta que dejó de brillar el sol y los relojes dieron la hora de la cena.

-Llegaremos tarde si no corremos -dijo Polly cuando llegaron al camino después de la última bajada.

-Quédate en el trineo y te llevaré a casa en menos que canta un gallo -repuso Tom, y antes que ella pudiera apearse, se la llevó a todo correr.

-¡Miren qué mejillas! -comentó el señor Shaw al entrar Polly en el comedor-. Me gustaría que tuviese un color así Fanny.

-Tienes la nariz tan roja como una fresa -dijo Fan, levantándose del sillón en el que había estado sentada una hora leyendo "El secreto de Lady Audly".

-Es verdad -admitió Polly, cerrando un ojo para mirarse el ofensivo apéndice-. Pero no importa; me divertí bastante.

-No sé cómo puedes divertirte corriendo por la alameda -expresó Fanny.

-Quizás lo sabrías si probaras -dijo Polly mientras lanzaba una mirada a Tom.

-¿Fuiste sola, querida? -inquirió la abuela.

-Sí, señora, pero me encontré con Tom y volvimos juntos. Relucieron los ojos de Polly al decir eso, y Tom se ahogó con la sopa.

-¡Thomas, vete de la mesa! -ordenó el señor Shaw al ver que su hijo tosía y boqueaba detrás de la servilleta.

-Por favor, no lo haga retirarse, señor -imploró Polly-. Yo lo hice reír.

-¿De qué se trata? -preguntó Fanny.

-No sé por qué le haces reír si él siempre te hace llorar -observó Maud, que recién llegaba.

-¿Qué has hecho ahora, jovencito? -inquirió el señor Shaw a su hijo.

-Nada más que deslizarme en mi trineo -respondió el muchacho con cierto recelo, pues su padre siempre le reñía.

-Con Polly. Yo los vi. Blanche y yo veníamos a casa y los vimos deslizarse por la cuesta, y después él la trajo hasta aquí -intervino Maud con la boca llena.

-¡No puede ser! -exclamó Fanny.

-Sí, y me gustó mucho -repuso Polly con entereza.

-¿Te vio alguien?

-Solamente unas niñitas y Tom.

-Pues has estado muy mal, y Tom debió habértelo dicho ya que tú no lo sabías. Me sentiría muy mortificada si alguna de mis amigas tu hubiera visto -declaró Fanny.

-No la riñas -terció Tom-. No es ningún pecado y podrá hacerlo todo lo que quiera. ¿No es cierto, abuela?

-Mi madre me lo permite, y si no ando entre los muchachos, no veo qué mal hago -dijo Polly antes de que pudiera hablar la anciana.

-En el interior se hacen muchas cosas que aquí no están bien -comentó la señora Shaw.

-Que haga lo que le guste y que se lleve consigo a Maud -le interrumpió su esposo. -Me alegraría mucho de tener aunque sea una chica saludable en la casa.

-Muchas gracias, señor -agradeció Polly, haciendo una señal de asentimiento a Tom:

El muchacho le respondió de la misma manera y dedicóse luego a su cena con muy buen apetito.

-¡Ah, pilluela! Estás flirteando con Tom, ¿eh? -susurró Fanny a su amiga.

-¿Qué? -Polly la miró tan llena de sorpresa e indignación que Fanny cambió de tema inmediatamente.

Polly estuvo luego muy silenciosa, y cuando hubo finalizado la cena, salió a pensar con calma sobre el asunto. Antes de llegar a la mitad de la escalera, vio a Tom que la seguía y se sentó para protegerse los pies. El rompió a reír.

-Te juro que no te agarraré -le dijo-. Sólo quería decirte que si sales mañana andaremos de nuevo en trineo.

-No -repuso ella-. No puedo ir.

-¿Por qué no? ¿Estás loca? Yo no dije nada.

-No; tú cumpliste tu palabra. Y no estoy enfadada, pero no volveré a andar en trineo. A tu madre no le agrada.

-Esa no es la razón. Me hiciste que sí con la cabeza después que habló ella, y entonces tenías intención de acompañarme. Vamos, vamos, ¿de qué se trata?

-No te lo diré y no iré -fue la decidida respuesta.

-Bueno, yo creía que tenías más sesos que las otras chicas, pero ahora veo que no es así y no daría un centavo por ti.

-Eres muy amable.

-Es que no me gustan los cobardes. -No soy cobarde.

-Sí que lo eres. ¿Acaso no temes lo que pueda decir la gente? Polly comprendió que así era y guardó silencio, aunque deseaba hablar. Mas le era imposible hacerlo.

-Ya sabía que no podría contar contigo -dijo Tom, y se fue después de lanzarle una mirada desdeñosa.

Polly cerró su puerta y estuvo a punto de echarse a llorar por el hecho de que arruinara su diversión una idea tan tonta, pues de todos los fenómenos de la época, el más estúpido era el de que los

niños jugaran al amor. A ella habíanle enseñado que el amor era algo sagrado y serio; según su criterio, era mucho más impropio flirtear con un muchacho que andar en trineo con una docena.

Desde ese día, la niña trató de consolarse saltando la cuerda en el patio y jugando al escondite con Maud en el lavadero. Fanny iba a veces a enseñarles un nuevo paso de danza y más de una vez intervino en sus juegos, lo cual no le hizo el menor daño. Pero Tom le daba la espalda a Polly y no escatimaba esfuerzo

para convencerla de que realmente no la consideraba digna amiga de él.

Otra cosa que molestaba a Polly eran sus ropas, pues, aunque nadie decía nada al respecto, sabía que eran muy sencillas, y de vez en cuando deseaba que sus trajes de lana azul tuvieran más adornos, que sus fajas fueran más anchas y sus encajes más numerosos. Empero, guardó para sí estas ideas después de escribir a su madre preguntándole si podía alterar su mejor vestido para que se pareciera al de Fanny y recibir esta respuesta:

"No, querida; el vestido es correcto y te sienta muy bien tal como es, y la moda antigua de la sencillez es la mejor de todas. No deseo que quieran a mi Polly por sus ropas, sino por sí misma, de modo que ponte los vestidos sencillos que tu madre te hizo y deja de pensar en los adornos. Hasta los más insignificantes tenemos nuestra influencia en este mundo, y quizá mi niñita pueda hacer algún bien demostrando a otros que un corazón satisfecho y un rostro dichoso son mejores ornamentos que los que vienen de París. Me dices que quieres un relicario; te mandaré el que me regaló mi madre hace muchos años. En un lado está el retrato de papá y en otro el mío, y cuando te sientas preocupada o triste, mira tu talismán y piensa que pronto renacerá la calma y volverá la alegría".

Por supuesto, así fue, pues la mejor magia de todas estaba encerrada en el relicario que llevaba Polly pendiente del cuello y al que besaba con ternura todas las noches. La idea de que, insignificante como era, podía sin embargo hacer algún bien, la hizo cuidarse mucho en

sus palabras y manera de obrar, y tanto se preocupó de tener satisfecho el corazón y alegre el rostro que olvidó sus ropas y logró que los demás también las olvidaran. A una tentación había cedido ya Polly antes de recibir la carta, y se arrepintió mucho de su debilidad.

-Tienes que comprarte botas doradas.

-¿Por qué, si ya tengo otras?

-Porque están de moda y no estarías bien vestida sin ellas. Voy a comprarme un par y tú te comprarás otro.

-¿No cuestan mucho?

-Creo que ocho o nueve dólares. Los míos los hago cargar en mi cuenta, pero no importa si no tienes dinero; yo te puedo prestar.

-Tengo diez dólares para gastar en lo que guste; pero pensaba comprar algunos regalos para mi familia -expresó Polly.

-Los regalos puedes hacerlos tú misma. Abuela te enseñará. Serán los mismos y tú podrás comprarte las botas.

-Bueno, las miraré -repuso Polly, y siguió a Fanny al interior de la tienda.

¿No son hermosas? Tu pie queda divino con esa bota, Polly

Cómpralas para mi fiesta; bailarás como un hada -le susurró Fan. Polly examinó la elegante botita con caña festoneada, alto tacón y puntera aguda, pensó que su pie quedaba muy bien en ella y, tras una breve pausa, dijo que las compraría. Todo marchó bien hasta que llegó a la casa y quedóse sola; entonces, al mirar su bolso, vio un solo dólar y la lista de cosas que pensaba comprar para su madre y los niños.

-No puedo hacer patines para Ned, ni un pupitre para Will, y eso es lo que querían. Me es imposible comprar el libro para papá y el cuello para mamá, y he sido una egoísta al gastar todo mi dinero en mi persona. ¿Cómo pude hacerlo? Miró las botas nuevas con expresión de reproche-. Son bonitas; pero no creo que me agraden, pues cuando las tenga puestas pensaré en los regalos perdidos. Preguntaré a la abuela qué puedo hacer, pues si tengo que confeccionar los regalos para todos, debo comenzar, de inmediato.

La abuela estuvo a la altura de las circunstancias y proyectó algo para cada uno, suministrando los materiales, el gusto y la habilidad necesarios. Polly sintióse muy consolada; pero mientras comenzaba a tejer un bonito par de calcetines de cama para su madre, pensó muy en serio sobre la tentación, y si alguien le hubiera preguntado en ese momento qué era lo que la hacía suspirar como si algo pesara sobre su conciencia, habría contestado: "Un par de botas doradas".

4
PEQUEÑECES

-Llueve tanto que no puedo salir y todos están tan enfadados que no quieren jugar conmigo -se quejó Maud cuando Polly la halló sollozando en la escalera.

-Yo jugaré contigo; pero no llores tanto que despertarás a tu madre. ¿A qué quieres que juguemos?

-No sé. Estoy cansada de todo, porque mis juguetes están rotos y los muñecas están enfermas, menos Clara -siguió Maud, dando un sacudón a la muñeca francesa que sostenía por una pierna.

-Voy a vestir una muñeca para mi hermanita. ¿Te gustaría mirarme mientras lo hago? -inquirió Polly en tono persuasivo -y con la intención de entretener a la niña y terminar su trabajo al mismo tiempo.

-No, porque estará más elegante que mi Clara. No pude quitarle las ropas y Tom la arruinó jugando a la pelota con ella.

-¿No te gustaría arrancarle ese vestido y aprender a hacer otros nuevos para que puedas vestir y desvestir a Clara cuando gustes?

-Sí; me encantaría cortar -dijo la pequeña con gran alegría, pues el ansia de la destrucción es uno de los primeros rasgos de la niñez y a Maud le encantaba destrozar vestidos.

Instalándose en el desierto comedor, las dos comenzaron a trabajar, y cuando las descubrió Fanny, Maud se reía de la pobre Clara, la que, desprovista de su atavío, hacia toda clase de cabriolas en las manos de su ama.

-Deberías avergonzarte de jugar con muñecas Polly -dijo la recién llegada-. Hace muchísimo que no toco ninguna.

-No me avergüenzo, pues así entretengo a Maud y complaceré a mi hermana Kitty, y creo que la costura es mejor que acicalarse o leer novelas tontas.

Dicho esto, Polly siguió cosiendo con gran seriedad, pues ella y su amiga habían tenido una diferencia porque Polly no le permitió que la peinara como "las otras señoritas".

No te pongas así, querida. Ven y haremos algo agradable. ¡Está tan aburrido el día! -pidió Fanny, ansiosa de amigarse de nuevo, pues se aburría sin su amiga.

-No puedo; estoy ocupada.

-Siempre estás ocupada. Nunca he visto a ninguna chica como tú -dijo Fanny-. ¿Qué haces todo el tiempo?

-Muchas cosas; pero a veces me gusta tanto como tú tenderme en el sofá y leer cuentos de hadas y no pensar en nada. -Polly examinó su obra con satisfacción-. ¿Te parece que el delantal debería ser de muselina blanca o de seda negra?

-De muselina con bolsillos y lazos azules. Yo te enseñaré.-Y olvidando su reciente desdén por las muñecas, Fanny sentóse con su amiga y pronto estuvo tan entretenida como ella.

En seguida se desvaneció su aburrimiento y el tiempo voló plácidamente a medida que las lenguas y las agujas trabajaban sin cesar. La abuela asomóse a la puerta y sonrió al decir:

-Sigan cosiendo, queridas; las muñecas son compañía segura y la costura una labor que por desgracia se abandona mucho en esta época. Más pequeñas las puntadas, Maud; mejor los ojales, Fan; corta con cuidado, Polly, y no malgastes tela. Empéñense y a la mejor costurera le regalaré un bonito trozo de satén blanco para que le haga un gorro a la muñeca.

Fanny se afanó y ganó el premio, ya que Polly ayudaba a Maud y así descuidó su trabajo; mas no se lamentó, pues a la hora del té comentó el señor Shaw:

-Parece que Polly ha estado dando alegría a todos, ¿eh?

-No, señor; no he hecho nada más que vestir a la muñeca de Maud.

Y Polly no creía haber hecha mucho; pero era una de las cosillas que siempre esperan ser hechas en este mundo en el que los días lluviosos se presentan con frecuencia, los espíritus pierden su calma y el deber no va de la mano con el placer. Las pequeñeces de esta clase son obra casi siempre de la gente sin importancia: un pensamiento bondadoso, una acción generosa, una palabra amable, son tan dulces y reconfortantes que nadie puede menos que ver su belleza y amar al que las brinda. Las madres hacen esto sin notarlo y sin recibir agradecimiento; pero su obra es recordada por mucho tiempo y nunca se pierde, ya que ella produce esa magia sencilla que une los corazones y mantiene feliz el hogar. Polly había aprendido este secreto. Le encantaba hacer las "pequeñeces" que otros no veían, y mientras las hacía, no pensaba en que se lo agradecieran.

Había tanto cariño en su hogar que pronto notó la falta del mismo en el de Fanny, y quiso descubrir por qué esa gente no era amable y paciente entre sí. No trató de arreglar la cuestión; pero hizo lo posible para amar y servir a todos y la buena voluntad, el corazón alegre y los sencillos modales de nuestra Polly le ganaron el cariño de todos, pues estas virtudes, aun en una niña, son siempre bien miradas.

El señor Shaw era muy bondadoso con ella, pues le agradaban mucho sus modales sencillos y respetuosos, y Polly sentíase tan agradecida por sus numerosos favores que pronto olvidó su temor y le demostró su afecto de muchas maneras, lo que complació en extremo al jefe de familia.

-"Desearía que mi Fanny se pareciera a ella", decíase a menudo, mientras observaba a las niñas y éstas le creían preocupado con asuntos políticos o con los negocios de Bolsa.

Una noche, cuando las niñas se iban a la cama, Polly besó como de costumbre a la abuela y Fanny se rió de ella, diciendo: -¡Qué niña eres! Ya somos demasiado grandes para esas cosas.

-No creo qué la gente sea demasiada grande para besar a sus padres -fue la pronta respuesta.

-Así es, Polly -intervino el señor Shaw, tendiéndole la mano con una mirada tan afectuosa que Fanny quedóse sorprendida y dijo luego con timidez:

-No creí que te gustaran esas cosas, papá.

-Pues me gustan, querida -repuso él, y le tendió la otra mano. Fanny le dio un beso cariñoso, olvidándolo todo menos el tierno sentimiento que llenó su corazón.

La señora Shaw era una inválida nerviosa y molesta que quería algo cada cinco minutos, de modo que Polly-halló muchas cosillas que hacer para ella, y las hizo con tanta alegría que la pobre dama deseaba tenerla en todo momento a su lado para que la sirviera, le leyera algo y le hiciera mandados.

También a la abuela le agradaba que la sirvieran, y Polly pasó muchas horas felices en su aposento, aprendiendo cosas útiles y escuchando historias interesantes, sin soñar siquiera cuánta alegría brindaba su presencia a la solitaria anciana.

Tom fue por mucho tiempo el escollo que halló en su camino. El muchacho la atormentaba y la divertía a la vez; un día era bondadoso con ella y el otro mostrábase brusco; a veces creía ella que nunca más volvería a ser travieso, y poco después lo veía cometer un nuevo desaguisado. Renunció a la idea dé reformarlo; pero era tal su costumbre de ser útil a todo el que pareciera hallarse en dificultades que era buena con él simplemente porque no podía evitarlo.

-¿Qué te pasa? ¿Te resulta difícil la lección? -le preguntó una noche en que estaba Tom contemplando con desgano una pila de libros mientras se apretaba la cabeza con las manos como si temiera que le fuese a volar en pedazos.

-¿Difícil? ¡Ya lo creo! ¿Qué diablos me importan los cartagineses? Regules no era malo, pero estoy harto de él -expresó el muchacho, dando al libro de lecturas en latín un golpe tal que expresó claramente sus sentimientos.

-Me gusta el latín, y solía aprenderlo bien cuando lo estudiaba con Jimmy -dijo Polly-. Quizá yo pueda ayudarte.

-¿Tú? ¡Bah! -fue la poca agradecida respuesta-. Las chicas no saben nada de esas cosas.

Pero Polly ya estaba acostumbrada a sus contestaciones, y, sin amilanarse, echó una mirada a la página en la que Tom se había atascado. La leyó tan bien que el joven caballerito dejó de masticar el maní que tenía en la boca para escucharla con respetuoso asombro, y cuando hubo finalizado, le dijo en tono receloso: -Se ve que eres muy lista al estudiar eso de antemano para poder lucirte ante mí. Pero no te valdrá de nada, señorita; pasa diez páginas y prueba de nuevo.

Obedeció Polly, leyendo mucho mejor que antes, y al final levantó la vista y echóse a reír.

-He pasado todo el libro, de modo que no podrás sorprenderme así -manifestó.

-Oye, ¿cómo es que sabes tanto? -inquirió el muchacho. -Estudié con Jimmy y me mantuve a la par de él porque papá nos permitía estar juntos en todas :nuestras lecciones. Era muy agradable y aprendíamos con toda facilidad.

-Háblame de Jimmy. Es tu hermano, ¿verdad?

-Sí, pero falleció. Otra vez te hablaré de él; ahora debes estudiar y quizá yo pueda ayudarte.

-No me sorprendería que así fuera.

Y Tom puso el libro entre ambas manos con aire muy serio, pues comprendía que Polly le había ganado la partida y era lógico que hiciera todo lo posible por dejar bien parada su hombría. Dedicóse a la lección con todo empeño y pronto salvó sus dificultades con la ayuda de Polly, y así continuaron magníficamente hasta que llegaron a unas reglas que debían aprender. Polly las había olvidado, de modo que ambos las memorizaron. Con las manos en los bolsillos y meciéndose de un lado a otro, Tom murmuraba por lo bajo con rapidez, mientras que Polly leía atentamente.

-¡Listo! -anunció él al fin.

-¡Listo! -le hizo eco ella, y ambos se turnaron para recitarse la lección hasta que la hubieron sabido perfectamente.

-Es muy divertido -expresó Tom, dejando de lado el libro-. Ahora probaremos con el Álgebra. Me gusta tanto como me desagrada el latín.

Polly aceptó la invitación y pronto admitió que Tom le llevaba ventaja en la materia. Esto restauró la ecuanimidad del muchacho, pero se abstuvo de burlarse de ella por esa causa; por el contrario, la ayudó con una paciencia paternal que hizo brillar los

ojos de la niña cuando él le explicó e ilustró la lección imitando -inconscientemente al Clérigo Deane hasta que a Polly le resultó difícil no reírse de él.

-Cuando quieras la estudiaremos de nuevo -observó Tom en tono generoso mientras dejaba de lado el libro.

-Entonces vendré todas las noches. Me gustaría porque no he estudiado nada desde que vine. Tú tratarás de que me guste el Álgebra y yo me esforzaré por hacer que a ti te guste el Latín. ¿Qué te parece?

-Te aseguro que me gustaría la materia si estuviese alguien que me la explicara. El viejo Deane nos exige mucho y no nos da tiempo a hacer preguntas cuando leemos.

-Pregúntale a tu padre; él sabe mucho.

-No lo creo, y aunque así fuera no me atrevería a molestarle.

-¿Por qué no?

-Me tiraría de las orejas y me trataría de estúpido o me diría que no le fastidiara.

-No lo creo. Es muy bueno conmigo, y yo le hago muchas preguntas.

-Porque te quiere más a ti que a mí.

-¡Vamos, Tom! Está muy mal que digas eso -le reprochó Polly-. Claro que te quiere a ti mucho más que a mí.

-¿Entonces por qué no lo demuestra? -gruñó él.

-¿Cómo puede hacerlo con tu manera de portarte? -dijo Polly.

-¿Por qué no me da el velocípedo? Dijo que me lo daría si me iba bien en la escuela durante el mes, y he estudiado como loco durante un mes y medio y no me da nada. Las chicas consiguen todos sus trapos porque lo piden constantemente. Yo no haré eso; pero ya verás que no seguiré estudiando tanto si no se me considera.

-Es una lástima, pero deberías estudiar porqué es lo correcto, y no pensar en la recompensa -comentó Polly, aunque reconocía que el muchacho tenía algo de razón.

-No me sermonees, Polly. Si mi padre se fijara en mí y se preocupara de mis progresos, no me importarían tanto sus regalos; pero a él no le interesa nada; ni siquiera me preguntó si me fue bien el último día de declamación cuando aprendí "La batalla del lagos Regillus" sólo porque me dijo que le gustaba.

-¡Oh, Tom! ¿Recitaste ese poema? ¡Es espléndido! Dilo para mí. Me encanta.

-Es muy largo -objetó él, aunque con algo más de animación, pues el interés de Polly calmaba su irritación y tenía deseos de demostrar su habilidad oratoria.

Comenzó sin mucho interés, pero pronto lo entusiasmó el ritmo marcial de los versos, y antes que se diera cuenta estaba de pie declamando en gran estilo, mientras que Polly le escuchaba con gran atención. El muchacho declamó con tal maestría que admiró a Polly y electrizó a otro oyente que había oído todo el diálogo anterior y observado la escena desde atrás de su diario.

Al detenerse Tom casi sin aliento y aplaudirlo Polly con gran entusiasmo, el sonido fue repetido a espaldas de ellos. Ambos se volvieron y vieron al señor Shaw parado en el umbral y aplaudiendo a más y mejor.

Tom mostróse algo aturrullado y no dijo una sola palabra; pero Polly corrió hacia el dueño de casa y le dijo con vehemencia:

-¿No es cierto que estuvo espléndido? Lo hizo muy bien, ¿verdad? ¿No le va a regalar el velocípedo?

-Magnífico, Tom. Llegarás a ser un buen orador. Aprende otro poema como ése e iré a escucharte cuando lo declames. Mañana tendrás tu velocípedo.

Polly estaba en lo cierto, y Tom admitió que su padre era bondadoso, le quería, y no había olvidado su promesa. El muchacho tornóse rojo de placer y se tironeó los botones de la chaqueta mientras escuchaba la inesperada felicitación; cuando habló, miró directamente a los ojos de su padre.

-Gracias, papá. Lo haré.

-Muy bien. Entonces mañana estrenarás tu nuevo vehículo -dijo el señor Shaw.

Tom recibió su velocípedo al día siguiente, lo bautizó Black Auster, en memoria del caballo de "La batalla del lago Regillus".

-Vengan a verme -susurró Tom a Polly después de tres días de práctica en la calle, pues ya había aprendido a manejar su velocípedo.

Polly y Maud salieron en seguida y observaron sus esfuerzos con profundo interés hasta que el muchacho tuvo un accidente que estuvo a punto de terminar para siempre con sus aventuras.

-¡Cuidado abajo! ¡Aquí viene Auster! -le gritó Tom, mientras descendía la empinada calle que rodeaba el parque:

Ambos se hicieron a un lado y el muchacho pasó como una exhalación. Hubiera sido triunfal su descenso si un perro muy grande no hubiera salido de pronto a su paso y enviado al corcel y a su jinete contra la cuneta.

Polly rió mientras corría a observar el resultado de la caída. Tom yacía de espaldas con el velocípedo encima de su cuerpo, mientras que el perro ladraba a más y mejor y su amo le reñía por su torpeza. Pero cuando vio la cara de su amigo, la niña sintióse asustada, pues Tom había perdido el color, sus ojos estaban vidriosos y la sangre comenzaba a manarle de una cortadura en la frente. El hombre también notó estos detalles y lo levantó en seguida; pero el muchacho no podía estarse parado y miraba a su

alrededor como aturdído mientras que Polly le cubría la frente con su pañuelo y le preguntaba si se encontraba muy mal.

—No asustes a mamá. Estoy bien. Me caí, ¿verdad? -dijo él a poco, observando el velocípedo con más ansiedad de la que sentía por sí mismo.

Ya sabía que ibas a hacerte daño con ese artefacto. Déjalo y ven a casa; te sale mucha sangre y todos nos miran -susurró Polly.

-Vamos, entonces. ¡Cielos, cómo me duele la cabeza! Ayúdame. Deja de llorar, Maud, y vamos a casa. Trae el velocípedo, Pat.

Así diciendo, Tom levantóse despaciosamente, y tomado del hombro. por Polly echó a andar hacia la casa. Así se formó una pequeña procesión: primero iba el perro, ladrando a intervalos; luego su amo, llevando el velocípedo; después el héroe herido, ayudado por la fiel Polly, y Maud cerraba la marcha con los ojos llenos de lágrimas.

Por desgracia, la señora Shaw había salido a pasear con la abuela y Fanny estaba de visita en casa de una amiga, de modo que sólo Polly quedó para atender a Tom, pues la doncella se

descompuso al ver la sangre y la mucama perdió por completo el valor. La herida era fea y era necesario dar algunos puntos, afirmó el doctor al llegar.

-Que alguien le sostenga la cabeza -agregó, mientras enhebraba su aguja.

-Me quedaré quieto, pero si alguien debe tenerme la cabeza, que sea Polly. No tienes miedo, ¿verdad? preguntó Tom en tono de ruego.

Polly estaba por negarse cuando recordó que en una oportunidad el muchacho la había tratado de cobarde. Ahí tenía la ocasión de probar que no lo era, de modo que la niña acercóse al sofá y le puso una mano a cada lado de la cabeza al tiempo que le sonreía para animarlo.

-Eres una maravilla, Polly -susurró él. Después apretó los dientes, crispó los puños y se quedó quieto, soportando el dolor como un hombre.

Todo estuvo terminado en un minuto o dos, y cuando hubo bebido un vaso de vino y estuvo cómodamente instalado en su lecho, sintióse bastante bien a pesar de su dolor de cabeza.

Tuvo que estar en cama durante una semana, y todos le mimaban, pues el médico afirmó que si hubiera recibido el golpe más-cerca del parietal, habría corrido peligro de morir, y la idea de perderlo tan súbitamente convirtió a Tom en un ser apreciado por todos.

Diez veces por día preguntábale su padre cómo estaba; su madre hablaba continuamente de su milagrosa salvación, y la

abuela lo llenaba de todas las golosinas que podía inventar, mientras que las niñas le servían como devotas esclavas. Este nuevo trato produjo un efecto excelente, pues cuando Tom se recobro del primer asombro que le causó este cambio, portóse magníficamente, como suelen hacerlo a veces los enfermos, y sorprendió a su familia, mostrándose paciente en extremo, muy agradecido y amable con todos.

La hora más difícil era la del atardecer, pues la falta de ejercicio le tornaba nervioso e inquieto. No podía dormir de modo que las niñas lo entretenían. Fanny leía en voz alta o tocaba el piano; Polly cantaba y relataba cuentos, e hizo tan bien esto último que llegó a convertirse en una costumbre establecida a la hora en que caía la noche y Tom se hallaba instalado en su sillón o en el sofá de la abuela.

-Comienza, Polly -dijo el joven sultán una noche cuando su pequeña Scheherazada sentóse en su sillón después de haber avivado el fuego.

-Esta noche no tengo ganas de contar cuentos, Tom. Te he contado todos los que sé y no puedo inventar ninguno -respondió ella, apoyando la cabeza en sus manos con una expresión de tristeza que el muchacho jamás había visto en ella.

Tom la observó un instante, preguntando al fin:

-¿En qué pensabas cuando estuviste sentada frente al fuego? -Estaba pensando en Jimmy.

-¿Querrías hablarme de él? Me dijiste que lo harías, pero si no lo deseas es lo mismo.

-Me gusta hablar de él, aunque no haya mucho que contar -comenzó Polly-. Al estar aquí contigo recordé las veces que le hice compañía cuando estaba enfermo. Solíamos pasar momentos muy felices, y ahora me resulta agradable pensar en ellos.

-Era muy bueno, ¿verdad?

-No; pero trataba de serlo, y mamá dice que eso vale mucho. Nos cansábamos de intentarlo, pero seguíamos tomando resoluciones y esforzándonos por cumplirlas. No creo que yo adelantara mucho, pero Jim sí, y todos lo querían.

-¿No reñían como nosotros?

-A veces sí, pero no podíamos continuar enfadados, y siempre hacíamos las paces lo antes posible. Jimmy era el primero en intentarlo, y se me acercaba diciendo: "Pasó la tormenta, Polly". Esto me hacía reír y de nuevo volvíamos a ser amigos.

-¿Sabía mucho?

-Creo que sí, pues le gustaba estudiar y deseaba adelantar para ser útil a papá. La gente decía que era un magnífico muchacho, lo cual me enorgullecía; pero ignoraba lo sensato qué era porque nunca se ufanaba de nada. Supongo que las chicas se enorgullecen siempre de sus hermanos, pero no creo que haya muchas que tuvieran tanto derecho a ello como yo.

-A la mayoría de las chicas no le importan sus hermanos.

-Pues debería ser lo contrario, y así sería si ellos fueran bondadosos como era Jimmy conmigo.

-¿Por qué? ¿Qué hacía?

-Me quería mucho y no se avergonzaba de demostrarlo -susurró Polly, ahogando un sollozo.

-¿De qué murió? -quiso saber Tom.

-El invierno pasado se lastimó mientras andaba en su trineo, y sólo alcanzó a vivir una semana. Yo ayudé a cuidarlo, y él era tan paciente que me asombraba, pues sufría dolores terribles. Me regaló sus libros, su perro y sus gallinas moteadas, y se despidió de mí y me besó y luego... ¡Oh, Jimmy! ¡Jimmy! ¡Ah, si pudiera recobrarlo!

Los ojos de Polly se habían ido llenando de lágrimas a medida que hablaba, y al llegar a ese punto no pudo continuar y dio rienda suelta a su llanto como si su corazón estuviera a punto de partirse. Tom se condolió enormemente, mas no supo cómo demostrarlo y quedóse callado.

Al fin llegó Fanny y la tomó en sus brazos, consolándola con besos y palabras cariñosas hasta que cesaron las lágrimas y Polly quedó muy tranquila.

-Fue sin querer -explicó entonces la niña-. Estuve pensando en mi hermano toda la noche porque Tom me lo recuerda mucho.

-¿Yo? ¿Como es posible si no me le parezco? -exclamó Tom, lleno de asombro.

-Te le pareces en algunas cosas.

-Ojalá fuera así, pero no puede ser, pues él era bueno.

-Y tú lo eres cuando quieres. ¿No es verdad que ha sido bueno y paciente y qué nos gusta mimarle cuando se porta bien, Fan? -inquirió Polly.

-Sí. Casi no lo conozco estos días -repuso Fanny, quien no tenía mucha fe en la buena conducta de su hermano-. Pero volverá a ser tan malo como siempre cuando mejore.

-¿Qué sabes tú? -gruñó Tom, y volviéndose hacia Polly exclamó-: Quisiera tener una hermana como tú.

-Y yo un hermano como Jim -replicó Fanny al notar el reproche en las palabras de Tom.

-No sé por qué han de envidiar a nadie cuando se tienen el uno al otro -dijo Polly.

-A Fan no le importa nadie más que su persona -afirmó Tom.

-Tom es un oso -replicó Fanny.

-Yo no diría eso, pues si algo les ocurriera a cualquiera de los dos, el otro lo lamentaría mucho. Ahora recuerdo todas las veces que reñí a Jimmy y lamento haberlo hecho.

Dos grandes lágrimas se deslizaron por las mejillas de Polly y fueron enjugadas en silencio, pero opino que regaron ese dulce sentimiento llamado amor fraternal en los corazones de sus amigos.

No dijeron nada entonces ni hicieron ningún plan o confesaron falta alguna; pero al separarse esa noche, Fanny dio una palmadita sobre la cabeza de su hermano (Tom jamás la habría perdonado si lo hubiese besado), y le dijo quedamente:

-Espero que duermas bien, querido.

-Igualmente, Fan -repuso él con alegría.

Eso fue todo; pero el significado era mucho, pues las voces rebosaron de bondad y los ojos brillaron con ese afecto que quita importancia a las palabras. Polly lo vio, y aunque ignoraba que era la causante de tal felicidad, sintióse tan aliviada que también se durmió contenta aunque no estaba allí su Jimmy para darle las buenas noches.

5
RENCILLAS

Luego de ser muy buenos, los niños suelen cambiar por completo y aliviarse portándose mal. Por espacio de una semana, después del accidente de Tom, los jóvenes se condujeron con tanta mesura que la abuela temía que algo les ocurriera. La anciana no debió haberse preocupado, pues virtud tan excesiva no suele durar mucho, salvo con los héroes de los cuentos de hadas, y no había acabado Tom de levantarse de la cama cuando cambiaron las cosas.

Comenzó el cambio con la "estupidez de Polly" como dijo después Fan. En un momento en que estaba ayudando al señor Shaw a quitarse el abrigo, sonó la campanilla de la puerta y alguien dejó en manos de la niña un ramillete de flores.

-¡Ea! ¿Qué es esto? Parece que mi pequeña Polly comienza temprano -comentó el señor Shaw con una sonrisa, al ver el rostro de la niña que se sonrojaba cuando aspiró el aroma de las flores y echó un vistazo a una nota oculta entre ellas.

Ahora bien, si Polly no hubiera sido "estúpida", como afirmó Fan, habría conservado la cabeza y dejado pasar el comentario; pero resulta que la niña era muy sincera y jamás se le ocurrió que hubiera necesidad de ocultar nada, de modo que respondió con toda franqueza:

-No son para mí, señor, sino para Fan. Me figuro que las manda el señor Frank. Creo que le agradarán mucho.

-De modo que ese cachorro le manda estas cosas, ¿eh?

-El dueño de casa no se mostró nada halagado al sacar la nota y leerla. Polly no se atrevió a decir nada, y quedóse pensando en las veces que solía mostrar a su padre los graciosos regalos que le enviaban sus amigos y cómo se reían ambos al examinarlos. Pero el señor Shaw no rió al leer los versos sentimentales que acompañaban el ramillete, y su expresión asustó un tanto a Polly cuando preguntó con ira:

-¿Cuánto hace que dura esta estupidez?

Librodot

-No lo sé, señor. Fan no hace nada malo. Ojalá no le hubiera dicho nada -balbuceó la niña, recordando la promesa que hiciera a Fanny el día del concierto. Habíase olvidado por

completo, acostumbrándose á ver a los "muchachos grandes" -como llamaba al señor Frank y sus amigos- en compañía de las chicas en todo momento. Ahora ocurriósele de pronto que al señor Shaw no le agradaban esas diversiones.

"¡Cielos, cómo se va a enojar! Bueno, ya no puedo evitarlo. Las chicas no deberían tener secretos con sus padres y así se ahorrarían muchos disgustos", pensó mientras observaba al dueño de casa que volvía a guardar la nota entre las flores, diciendo acremente.

-Di a Fanny que vaya a verme a la biblioteca.

-¡Buena la has hecho, estúpida! -gritó Fanny, llena de enfado y temor, cuando Polly le trasmitió el mensaje.

-¿Qué otra cosa podía hacer? -inquirió su amiga.

-Dejarle pensar que el ramillete era para ti.

-Pero eso habría sido una mentira.

-No seas tonta. Tú me metiste en esto y debes ayudarme.

-Lo haré si puedo, pero no diré mentiras a nadie.

-Entonces será mejor que no baje -contestó Fanny.

En ese momento oyeron la voz del amo que llamaba:

-¿Bajas o no?

-Sí, papá -respondió Fanny, al tiempo que asía del brazo a su amiga, susurrándole-: Tienes que venir; me atemoriza cuando habla así. Acompáñame, querida.

-Bien -repuso Polly, y ambas bajaron con el corazón lleno de temor.

El señor Shaw las esperaba parado junto a la mesa sobre la que reposaba el ramillete con una nota dirigida al señor Frank Moore. Señalando la epístola, el señor Shaw frunció el ceño y dijo a su hija:

-Pondré punto final a estas tonterías ahora mismo, y si vuelve a repetirse, te internaré en un convento canadiense.

Esta terrible amenaza quitó el aliento a Polly; pero Fanny habíala oído antes, y, como tenía carácter, replicó con cierto descaro:

-No he hecho nada malo. No puedo impedir que los muchachos me manden regalos inocentes.

-Esa nota tiene muy poca inocencia. Pero eso no hace al caso. Te prohíbo que tengas nada que ver con ese Moore. Es un muchacho poco recomendable y no lo quiero por aquí. Tú lo sabías, y sin embargo, me desobedeciste.

-Casi nunca lo veo -replicó Fanny.

-¿Es verdad eso? -inquirió el padre, volviéndose hacia Polly.

-Por favor, señor, no me lo pregunte. Prometí que no... Es decir, Fanny se lo dirá -exclamó Polly.

-No te ocupes de tu promesa; cuéntame lo que sepas de este absurdo asunto -ordenó él.

-¿Puedo? -preguntó Polly a su amiga.

-No me importa -repuso Fan, mostrándose bastante enfadada.

Así, pues, Polly contó, muy a desgano y tras muchas preguntas, todo lo que sabía respecto a los paseos, los almuerzos, los encuentros y las cartitas. No era mucho, y, evidentemente, era

menos serio de lo que temía el señor Shaw, pues mientras escuchaba, dejó de fruncir el ceño, y más de una vez le temblaron los labios como si quisiera sonreír.

-Por favor, señor, no la riña demasiado, pues en realidad no es tan tonta como Trix y las otras. No quiso ir a pasear en trineo aunque el señor Frank insistió mucho. Sé que lo lamenta y no olvidará más lo que usted le ordene si la perdona por esta vez -finalizó Polly.

-No me puedo negar si me lo pides de esa manera. óyeme bien, Fan, y no lo olvides: Déjate de tonterías y ocúpate de tus estudios, o tendré que internarte en el convento.

Así diciendo, el señor Shaw acarició la mejilla de su hija, esperando ver alguna señal de asentimiento; pero Fanny sentíase ofendida, y sólo dijo en tono fastidioso.

-Supongo que podré llevarme mis flores ahora que ha terminado el sermón.

-Volverán a su punto de partida con una nota mía para impedir que ese cachorro vuelva á mandarte nada. -Después de tocar la campana, el señor Shaw despachó el ramillete y volvióse luego hacia Polly para decirle en tono bondadoso-: Haz el favor de dar un ejemplo y ayudar en lo más posible a esta tonta hija mía, ¿quieres?

-¿Yo? ¿Qué puedo hacer, señor? -preguntó Polly.

-Hacer que se parezca a ti lo más posible, querida. Nada me complacería más. Váyanse ahora y no volvamos a hablar de este asunto.

Ambas se retiraron sin decir palabra y el señor Shaw no volvió a oír hablar del asunto; pero la pobre Polly lo siguió teniendo bien presente, pues Fanny la riñó tanto que la niña estuvo a punto de empacar sus maletas y volverse a su casa al día siguiente. No tengo valor para relatar los agravios que se le hicieron. Polly estaba muy triste por esa causa, mas no dijo nada a nadie y soportó su pena en silencio, sufriendo mucho por la ingratitud de su amiga.

Tom descubrió de qué se trataba y se puso de parte de Polly, lo cual originó la riña número dos.

-¿Dónde está Fan? -inquirió el joven caballero al entrar en el cuarto de su hermana, donde Polly estaba tendida en el sofá con un buen libro.

-Abajo, recibiendo visitas.

-¿Por qué no bajaste tú también?

-No me gusta Trix, y no conozco a sus elegantes amigos de Nueva York.

Ni lo deseas, ¿eh? ¿Por qué no lo dices?

-Porque no sería cortés.

-¿Qué importa? Ven y nos divertiremos un poco.

-Prefiero leer.

-Eso tampoco es cortés.

Polly echóse a reír y pasó una página. Tom se puso a silbar un momento, suspiró luego y se llevó la mano a la frente todavía adornada por un vendaje.

-¿Te duele la cabeza? -le preguntó ella.

-Mucho.

-Acuéstate, entonces.

-No puedo. Me siento nervioso y quiero que me diviertan, como dice Maud.

-Espera hasta que termine este capítulo y estaré contigo -dijo Polly, compadeciéndose de él.

-Muy bien -respondió el muchacho, y encantado con su estratagema comenzó a pasearse por la habitación hasta que atrajo su interés la cómoda de Fan. Habla sobre ella toda clase de

prendas, pues la chica habíase vestido apurada y dejado todo en desorden. Un muchacho menos travieso habría dejado en paz las cosas; pero Tom comenzó a revolverlas con gran entusiasmo hasta que los cajones de- su hermana quedaron en el más completo desorden. Se probó aros, cintas y collares, dio cuerda al reloj, se quemó la nariz con la sales, empapó su pañuelo con el agua de colonia, se puso brillantina en el cabello, se empolvó, la cara y terminó poniéndose unos rizos postizos que Fanny trataba de guardar en el mayor secreto.

Cuando se hubo puesto los rizos y agregado una cinta azul, se miró al espejo con gran satisfacción y parecíale tan magnífico el efecto que sintióse inspirado a operar una metamorfosis

mayor. El vestido que se quitara Fan reposaba sobre una silla y Tom se lo puso de inmediato, ahogando su hilaridad para que no se enterara Polly, quien leía sin darse cuenta de lo que pasaba. La mejor chaqueta de Fan, su sombrero, el manguito de armiño y un cojín que sirvió de pannier terminaron el atavío, y Tom, presentóse ante los ojos asombrados de Polly cuando ésta finalizaba el capítulo, y le propuso que fueran a la sala a dar una sorpresa a las chicas.

-¡Cielos, Tom! Fanny jamás te perdonaría que le mostraras

sus rizos y esas otras cosas a la gente. Hay caballeros entre ellos, y no sería correcto -expresó Polly.

Mejor que mejor. Fan no te ha tratado bien y se tendría merecido que me presentaras como tu querida amiga la señorita Shaw. Vamos a reírnos un rato.

-No lo haría por nada del mundo. Quítate todo eso, Tom, y jugaremos a cualquier otra cosa.

-No, no. Estoy tan elegante que alguien debe admirarme. Llévame abajo y verás si no dicen que estoy "encantadora"

Tom estaba tan ridículo que Polly estalló en carcajadas; pero aun mientras reía resolvió no permitirle que mortificara a su hermana.

-Entonces quítate del paso e iré solo -dijo él.

-No señor.

-¿Cómo lo evitarás señorita?

-De esta manera. -Y Polly cerró la puerta, se puso la llave en el bolsillo y lo miró con expresión desafiante.

Tom tenía un temperamento arrebatado y siempre le hacía mal efecto que se opusieran a sus deseos. Olvidando su atavío, adelantóse hacia Polly en actitud amenazadora.

-Nada de eso. No te lo permitiré.

Promete que no molestarás a Fan y te dejaré salir.

-No te prometo nada. Dame la llave o te la quitaré por la fuerza.

-No seas salvaje, Tom. Sólo quiero evitar una pelea,- pues Fan se pondrá furiosa si te presentas así. Quítate sus ropas y te daré la llave.

En lugar de replicar, Tom marchó hacia la otra puerta, que estaba cerrada -como bien lo sabía Polly-, asomóse después a la ventana, y al descubrir que era imposible la salida, se volvió lleno de rabia.

-¿Me vas a dar la llave?

-No.

-Soy más fuerte que tú, de modo que te conviene dármela.

-Ya lo sé, pero sería una cobardía que un muchacho como tú se abusara de una niña.

Tom se detuvo al oír lo que le decía Polly. Evidentemente, se avergonzaba de su proceder; pero estaba enfadado y no quería desdecirse. Si Polly hubiera llorado un poco, no le habría hecho nada; por desgracia, la niña se echó a reír, pues la actitud fiera del muchacho contrastaba tan cómicamente con su vestido que no pudo evitarlo. Esto provocó el desastre. Sin decir palabra, asió la muñeca de Polly con gran fuerza. La niña dejó escapar un grito de dolor y él apoderóse de la llave que tenía en el bolsillo.

-Tú tienes la culpa si te he hecho daño. No quise hacerte doler -murmuró Tom al alejarse rápidamente.

El muchacho bajó; mas no fue a la sala pues había perdido el gusto de hacer la broma. Así pues hizo reír a las doncellas que estaban en la cocina y después subió por la escalera de ser

vicio con la intención de hacer las paces con Polly. Pero la niña habíase ido al cuarto de la abuela en busca de refugio. El muchacho tuvo el tiempo justo de poner las cosas en orden

antes que regresara Fanny más furiosa que nunca pues Trix habíale contado varias aventuras en las que podría haber tomado parte si Polly hubiera sabido callar cuando la interrogó el señor Shaw.

-¿Dónde está Polly? -preguntó, deseosa de descargar su irritación sobre la cabeza de su amiga.

-En su cuarto, me figuro -repuso Tom, quien leía con aparente entusiasmo.

Ahora bien, mientras ocurría todo esto, Maud también había estado haciendo de las suyas, pues cuando la dejó la mucama para ir a ver a una amiga en el piso bajo, la señorita Maud entró en el cuarto de Polly y se entretuvo en hacer diabluras. En un momento de debilidad, Polly habíale dejado jugar al bote en su baúl que estaba vacío. Desde entonces, había guardado algunos de sus tesoros en la bandeja superior a fin de estar segura de que no los veía nadie. Ese día olvidó echar llave al baúl, y cuando Maud levantó la tapa para comenzar su viaje en bote, descubrió varios objetos de interés. Estaba examinándolos con profunda atención cuando entró Fan y miró por sobre el hombro de su hermana.

Como Polly no tenía dinero para regalos, hablase ingeniado para inventar toda clase de presentes adecuados, esperando que la cantidad equilibrara la falta de calidad. Algunos de los juguetes abandonados por Maud los había reparado para Kitty; varias cintas y encajes viejos de Fan habían sido convertidos en ropita para las muñecas y las figuritas que tallara Tom en madera en sus momentos libres estaban también guardadas para enseñar a Will todo lo que podía hacerse con un cortaplumas.

-¡Cuánta basura! -exclamó Fanny.

-Es rara tu amiga, ¿eh? -observó Tom, quien la había seguido para ver qué pasaba.

-No se rían de las cosas de Polly protestó Maud-. Ella tiene muñecas más lindas que tú, y sabe escribir y dibujar mucho mejor que Tom.

-¿Cómo lo sabes? -preguntó el muchacho-. Yo nunca la vi dibujar.

-Aquí hay un libro con muchos dibujos. No sé leer lo que ha escrito, pero los dibujos son muy cómicos.

Deseosa de exhibir las habilidades de su amiga, Maud sacó un libro en cuya tapa decía "Diario de Polly", y lo puso sobre su falda.

-Solamente los dibujos -dijo Tom-. No haremos mal con mirarlos.

-Una miradita -respondió Fanny, y un momento después reían los dos ante un bonito dibujo que representaba a Tom tendido en el suelo, con el perro ladrando a su lado y el velocípedo que escapaba velozmente. Era defectuoso el dibujo; pero resultaba tan cómico que en él se notaba el sentido del humor de su autora. Unas páginas más adelante estaban las caricaturas de Fanny y el señor Frank, después el retrato de la abuela trazado con gran cuidado; Tom recitando su poema; el señor Shaw y Polly en el parque; Maud en brazos de Katy, y todas las condiscípulas de Fanny representadas de manera muy ridícula.

-¡Qué manera de burlarse de nosotros! -dijo Fan.

-Dibuja bastante bien -contestó Tom, observando con ojo crítico el dibujo de un muchacho de rostro agradable alrededor del cual Polly había trazado rayos como los del sol y a cuyo píe había escrito: "Mi querido Jimmy".

-No la admirarías si supieras lo que escribió aquí respecto a ti -dijo Fanny cuyos ojos se habían desviado hacia la página opuesta y leído algo que despertó su curiosidad.

-¿Qué es? -preguntó él, olvidando su honrosa resolución de un momento antes.

-Dice: "Me esfuerzo por querer a Tom, y cuando se porta bien no me cuesta mucho; pero no se porta bien por mucho tiempo. Se enfada y es poco respetuoso con sus padres, y nos

molesta tanto que a veces casi lo detesto. Eso esta muy mal, pero no puedo evitarlo". ¿Qué te parece?

Librodot

-Sigue y veamos lo que dice de ti, señorita -replicó Tom, quien había leído un poco más abajo.

-¿Habla de mí? -preguntó ella, y continuó rápidamente-: "En cuanto a Fan, no creo que podamos seguir siendo amigas, pues mintió a su padre y no quiere perdonarme por que yo no quise mentirle también. Antes la creía una chica muy buena, pera ahora no sé. Si fuera como cuando la conocí la querría lo mismo, pero no es bondadosa conmigo, y aunque siempre habla de cortesía, no creo que sea cortés tratar a los invitados como me trata a mí. Me considera rara y torpe, y quizá lo sea; pero yo no me reiría de las ropas de una amiga sólo porque fuera ella pobre, ni la apartaría de mí porque no se portara como se portan las chicas de la ciudad. Veo que se burla de mí y ya no puedo quererla como antes. Me iría a casa si no fuera por el señor Shaw y la abuela, a quienes quiero con todo mi corazón".

-Bueno, ya leíste lo tuyo -dijo Tom, encantado de la sorpresa de su hermana, aunque sintiéndose culpable por lo que hacían-. Cierra el libro y vámonos.

-Un poco más -susurró Fanny, mientras pasaba dos o tres páginas hasta llegar a una cuya escritura estaba borroneada como si hubieran caído sobre ellas algunas lágrimas.

Leyó entonces lo siguiente:

"Domingo en la mañana: Todavía no se ha levantado nadie y voy a aprovechar para escribir mi diario, pues últimamente me he sentido tan triste que no he querido hacerlo. Me alegro que esté a punto de terminar mi visita, pues aquí vivo preocupada. Antes envidiaba a Fanny; pero ahora no, pues sus padres no la cuidan como me cuidan a mí los míos. No obstante, me alegro de haber venido, pues veo que el dinero no lo brinda todo a la gente. Sin embargo, me gustaría tener un poco, ya que es muy agradable comprar cosas bonitas. Acabo de releer mi diario y mucho me temo que no sea muy bueno, pues he dicho toda clase de cosas acerca de esta familia, lo cual no está bien. Debería romperlo; pero prometí llevarlo, y quiero hablar con mi madre acerca de las cosas que me intrigan. Ahora veo que yo tengo gran parte de la culpa, pues no he sido tan paciente ni buena como debería. Me esforzaré el resto del tiempo y seré tan buena y agradecida como pueda, ya que deseo que ellos me quieran aunque no sea yo más que "una anticuada".

Esta última frase hizo que Fanny cerrara el libro con cierto resquemor, pues ella misma había dicho esas palabras en un momento de fastidio, y Polly no le contestó nada, aunque los ojos se le llenaron de lágrimas y sus mejillas se cubrieron de color. Fan se dispuso a decir algo, mas no pudo hacerlo, pues vio en ese momento a Polly que les miraba con una expresión extraña en el rostro.

-¿Qué hacen con mis cosas? -preguntó la niña en voz baja, mientras que le-relampagueaban los ojos.

-Maud nos mostró un libro que encontró y estábamos mirando los dibujos -repuso Fanny, dejando caer el diario como si le quemara los dedos.

-Y leyendo mi diario y riéndose de mis regalos para después echar la culpa a Maud. Es lo más desagradable que he visto en mi vida, y jamás podré perdonarles.

Polly dijo todo esto, rápidamente, y luego, como si temiera agregar algo más, salió corriendo con una expresión tal de desprecio, pena y furia que los tres culpables quedáronse mudos de vergüenza. Tom ni siquiera pudo silbar; Maud se asustó tanto ante el estallido de Polly que se quedó inmóvil, mientras que Fanny, llena de remordimiento, colocó en su sitio las cosas de su amiga. Al dejar el librito, las confesiones que contenía el mismo la reprocharon más aún que las palabras pronunciadas por Polly, pues era verdad que se había reído de su amiga, despreciándola a veces y mostrándose inflexible ante una ofensa inocente. La última página, en la que Polly se echaba la culpa a sí misma y prometía esforzarse en ser

más bondadosa y paciente, fue en derechura al corazón de Fanny, disipando toda su frialdad, y no pudo menos que sollozar:

La culpa no fue de Polly, sino mía.

Tom, lleno de vergüenza al ser sorprendido de tal manera, dejó a Fanny entregada a sus lágrimas y fue decidido en busca de Polly para confesarle su culpa. Mas no pudo encontrar a la niña. La buscó por todas partes sin hallarla, y estaba muy ansioso cuando se detuvo frente a la percha.

-Quizá haya ido a la oficina a contárselo a papá, aunque no creo que sea capaz de tal cosa. Sea como fuere, echaré un vistazo a la calle.

En procura de sus botas de nieve, abrió la puerta de un armario empotrado bajo la escalera y de inmediato se echó hacia atrás lleno de sorpresa, pues allí se hallaba Polly, tendida en el suelo y con la cabeza apoyada sobre un par de zapatones de goma. Polly no lloraba, y estaba tan quieta que el muchacho comenzó a pensar que se hubiera desmayado e inclinóse para examinarla. Un atisbo de pestañas húmedas, una mejilla más roja que de costumbre y un pecho que se agitaba al respirar con rapidez aliviaron su mente en tal sentido. Así, pues, cobró fuerzas y sentóse a su lado para pedirle perdón como deben hacerlo los hombres.

A ella le agradó que se hubiera presentado a disculparse tan pronto; era un proceder muy encomiable, y le perdonó en lo íntimo de su corazón antes de expresarlo con palabras, pues,

si hemos de ser sinceros, Polly tenía también un poco de malicia y le agradaba ver al dominante Tom tan humillado.

Vamos, dime algo. Yo soy el que lo pasa peor, pues allá arriba se quedó Fan llorando, y aquí estás tú metida en el armario sin decir una palabra, y yo soy el único que puedo unirlas de nuevo.

Polly se alegró de saber que Fan estaba llorando. Le haría bien. Mas no pudo menos que excusar a Tom al verlo en tal , aprieto. Una leve sonrisa comenzó- a marcar un hoyuelo en la mejilla que no estaba oculta, y luego salió una mano de debajo de la cabeza rizada y se tendió hacia el muchacho. Tom estaba por estrecharla con fuerza cuando vio una marca roja en la muñeca y comprendió que él la había dejado así. Cambió de expresión y tomó la mano con tanta suavidad que Polly espió para ver qué pasaba.

-¿Me perdonas también esto? -inquirió él acariciándole la mano.

-Sí; ya no me duele mucho -repuso ella, apartando la mano y lamentando que él la hubiera visto.

-Fui una bestia -dijo Tom en tono de gran disgusto, y en ese preciso instante cayó de una percha el sombrero viejo de su padre y puso un cómico final a sus reproches.

Naturalmente, ninguno de los dos pudo contener la risa, y al quitarse Tom el sombrero, Polly estaba sentada y le miraba con la alegría de siempre.

Fan está muy triste -dijo él, recordando a su compañera en el pecado-. ¿La perdonarás si la hago bajar?

-Yo iré a buscarla.

Y Polly salió del armario para correr escaleras arriba.

Nadie supo nunca cómo hicieron las paces las dos amigas: el caso es que, después de mucho llorar, reír, charlar y besarse, terminó la diferencia y, la paz quedó declarada. Una leve nube quedó después de la tormenta, pues Fanny mostróse humilde y cariñosa aquella noche; Tom un tanto pensativo y muy amable, y Polly magnánimamente cordial para con todos.

A la hora de acostarse, mientras se estaba cepillando el cabello, sintió qué llamaban a la puerta. Cuando fue a abrir no vio más que una alta botella negra con un trozo de franela roja atada al cuello y un sombrerito hecho con papel de escribir. Este último era una nota que decía:

"Querida Polly: El Opidilldock es de primera para los magullones. Pon un montón en la franela y envuélvete la muñeca, y creo que mañana ya la tendrás bien. ¿Vendrás después a pasear en trineo conmigo? Lamento muchísimo haberte lastimado.

- Tom."

6
LA ABUELA

-¿Dónde está Polly? -preguntó Fan una tarde muy fría al entrar en el comedor donde Tom se hallaba tendido en el sofá, leyendo uno de esos libros maravillosos en los que los héroes se ven abandonados en islas desiertas donde todas las frutas, vegetales y flores crecen el año entero; o se pierden en selvas sin límites donde tienen extraordinarias aventuras, y, cuando se agota la inventiva del autor, vuelven cargados de agradables trofeos.

-No sé -fue la breve respuesta de Tom, pues en ese momento estaba huyendo de un cocodrilo de gran tamaño.

-Deja este libro estúpido y hagamos algo -pidió Fanny.

" -¡Hola, lo agarraron! -exclamó el muchacho, absorto en la lectura.

-¿Dónde está Polly? -preguntó Maud, entrando con las manos llenas de muñecas de papel.

-Váyanse y no me molesten -gritó Tom exasperado.

-Entonces dinos dónde está. Seguro que lo sabes, pues estuvo aquí hace un rato.

-Quizá la encuentren en el cuarto de la abuela.

-¡Malvado! Lo sabías y no querías decirlo sólo para molestarnos -1e riñó Maud.

Pero Tom estaba bajo el agua apuñalando al cocodrilo, de manera que no les prestó atención.

-Polly siempre está en el cuarto de la abuela -comentó Fanny mientras subían-. No sé qué encuentra allí.

-Es muy rara, y la abuelita la mima mucho más que a mí -observó Maud en tono ofendido.

Espiemos para ver qué hacen -susurró Fan cuando llegaron frente a la puerta entreabierta.

La abuela estaba sexuada frente a una antigua vitrina cuyas puertas estaban abiertas, dejando al descubierto las reliquias que allí se guardaban. En un banquillo, a los pies de la anciana, estaba sentada Polly, atendiendo con gran interés la, historia de un zapato de alto tacón que tenía sobre la falda.

-Pues bien -decía la abuela-, lo tenía puesto el mismo día que entró el tío Joe mientras ella estaba trabajando y le dijo: "Dolly, tenemos que casarnos de inmediato". Tía Dolly le contestó: "Muy bien Joe", y bajó a la sala donde ya la esperaba el cura. Te aseguro que no se detuvo a cambiarse el vestido que tenía puesto, y se casó con las tijeras y el acerico sobre la mesa en que reposaba el libro de oraciones. Aquello sucedió durante la guerra dé 1812, y el tío Joe estaba alistado en las filas, de modo que tuvo que irse-y se llevó consigo el acerico.

Aquí lo tienes, con la marca de la bala que penetró en él. El tío Joe siempre dijo que el acerico de su Dolly le había salvado la vida.

-¡Qué interesante! -exclamó Polly, examinando el antiguo acerico con el orificio de la bala.

-Abuela, nunca me contaste eso -dijo Fanny entrando con la intención de pasar entretenida esa tarde tormentosa.

-Nunca me pediste que te contara nada, querida, de modo que siempre me guardé mis recuerdos para mí sola.

-Pues cuenta algo ahora -dijeron Fan y Maud a un tiempo, observando con interés la antigua vitrina-. ¿Podremos quedarnos a ver todas esas cosas?

-Si Polly está conforme... Ella es la que me hace compañía y a ella quiero entretener, pues me agrada que venga.

-¡Oh, sí! Que se queden. A menudo les he hablado de los ratos agradables que pasamos aquí y les he pedido que vengan. Siéntense ahora y dejen que siga la abuela. Yo sacó de la vitrina algo que me parece interesante y ella me cuenta su historia -expresó Polly, ansiosa de que las dos niñas se interesaran en los recuerdos de la abuela.

-Aquí tenemos tres cajones que todavía no hemos abierto -dijo la anciana-. Que cada una tome uno y elija algo de su contenido para que yo le cuente su historia.

Cada una de las niñas abrió un cajón y revolvió en su interior hasta hallar algo que le interesó. Maud fue la primera en estar lista, y levantando un saco de lienzo que tenía bordada una gran F, pidió su cuento. Sonrió la abuela al tomar el viejo saco y comenzó su historia con evidente placer.

"Cuando éramos pequeñas, mi hermana Nelly y yo solíamos ir a visitar a una tía nuestra, pero no nos divertíamos mucho porque era muy estricta. Una tarde que salió ella para tomar el té, y la anciana Debby, que era la mucama, se quedó dormida en su cuarto, nosotras nos sentamos en el umbral preguntándonos qué podíamos hacer para divertirnos".

"-¿Qué haremos?- -preguntó Nelly.

"Precisamente en ese momento cayó una ciruela madura frente a nosotras, como si quisiera responder a nuestra pregunta. "-Comamos todas las que queramos, así le hacemos pagar a la tía Betsey por ser tan mala -dije yo, dando a Nelly la mitad de la ciruela.

"-Sería un pecado -comenzó Nelly-, pero lo haremos =agregó al tomar el primer bocado.

"-Debby está durmiendo. Ven y ayúdame a sacudir el árbol -le dije, mientras me ponía de pie.

"Lo sacudimos hasta cansarnos sin que cayera una sola ciruela, pues el árbol era grande y nosotras no teníamos suficiente fuerza para agitar las ramas. Después arrojamos piedras, pero

sólo cayeron una ciruela verde y una a medio madurar, y mi -última piedra rompió el cristal de una ventana.

"-Es tan malo como la misma tía Betsey -dijo Nelly, y, muy fatigadas, nos volvimos a sentar.

"-Ojalá soplara viento y las hiciera caer -jadeé yo.

"-Sí los deseos sirvieran de algo desearía tenerlas todas aquí en mi regazo -declaró Nelly.

"-Lo mismo sería desear tenerlas en la boca y ya comidas, si es que eres holgazana como para recogerlas -le contesté-. Si la escalera no fuese tan pesada podríamos usarla para subir.

"-Bien sabes que no podemos moverla. Tú propusiste que comiéramos las ciruelas; veamos cómo te las ingenias para conseguirlas -me dijo Nelly.

-Espera un momento y ya verás cómo lo hago grité al -ocurrírseme una nueva idea.

"-¿Para qué te quitas los zapatos? No podrás trepar al árbol.

"-No hagas preguntas y prepárate a recogerlas cuando caigan, señorita holgazana.

"-Dicho esto, entré corriendo en la casa, subí hasta la ventana que daba al techo del cobertizo y salí arrastrándome por él hasta llegar cerca del árbol. Me puse de pie y cacareé de pronto. Nelly

levantó la vista, se quedó asombrada y luego se echó a reír y batió palmas al ver lo que pensaba hacer.

-"Te puedes caer y hacerte daño.

"-No me importa; comeré esas ciruelas aunque tenga que desnucarme.

"Y deslizándome hasta el borde del techo, llegué hasta alcanzar las ramas de ciruelo.

"-¡Hurra! -gritó Nelly al ver que del primer sacudón empezaban a llover las ciruelas.

"Hurra -grité yo, soltando una rama para alcanzar otra. Pero al hacer esto, me deslicé al suelo. ' "Por suerte el cobertizo era bajo y el césped muy mullido; así y todo recibí un buen golpe y una terrible sacudida. Nelly pensó que yo me había matado y comenzó a llorar con la boca llena. Pero me levanté en seguida, pues estaba acostumbrada a las caídas.

"-¡Calla! Si nos oye Debby vendrá a ahogarnos la fiesta. Te dije que las conseguiría y aquí las tenemos. Mira cuántas cayeron conmigo.

"Así era, pues mi caída había sacudido el árbol y las frutas verdes y maduras se hallaban diseminadas por doquier.

"Para el momento en que se me había terminado de hinchar el chichón de la frente, teníamos los delantales casi llenos y nos sentamos para solazarnos con el festín. Pero no fue así. Nada de eso. Muchas de las ciruelas no estaban maduras, otras habían sido dañadas por los pájaros, varias se aplastaron al caer y las demás eran tan duras como piedras. A Nelly le picó una abeja, a mí me empezó a doler la cabeza y nos sentamos a mirarnos llenas de desesperación hasta que a Nelly se le ocurrió una idea brillante.

"-Cocinémoslas; así podremos comerlas y hasta guardar algunas para mañana.

"-¡Espléndido! El fuego está encendido, Debby siempre deja el caldero con agua, y podemos usar su olla. Además yo sé dónde está el azúcar.

"Entramos y nos pusimos a trabajar sin hacer ruido. Abrimos el fuego, pusimos la olla y echamos en ella nuestras ciruelas con - agua suficiente como para arruinarlas. Pero eso no lo sabíamos, y nos sentimos muy importantes mientras esperábamos que hirvieran, armadas - cada una con una gran cuchara con la que echaríamos el azúcar.

"¡Cuánto tardaban! No querían ablandarse, aunque ,bailaban de un lado a otro en el agua hirviente y saltaban contra la tapa de la olla como queriendo escapar.

"Comenzó a bajar el sol, temimos que Debby nos descubriera y todavía esas empecinadas ciruelas no querían convertirse en dulce. Al fin comenzaron a romperse, el agua se tiñó de un bonito color purpúreo, le echamos el azúcar y empezamos a probar hasta que se nos puso el rostro rojo y nos ardieron los labios por el calor de las cucharas.

"-Hay demasiado jugo -dijo Nelly, sacudiendo la cabeza-. Debería ponerse espeso como el de mamá.

"Así, pues, Nelly consiguió un tazón y yo fui a buscar un repasador, y levanté la olla con gran cuidado. Era pesada y estaba caliente, y me asusté un poco, aunque no quise decir nada.

Justamente cuando comenzaba a echar jugo en el tazón, Debby nos dijo de pronto desde lo alto de la escalera:

"-¿Qué hacen ahí, niñas?

"Las dos nos sorprendimos y Nelly soltó el tazón y echó a correr. Yo dejé caer la olla, pero no corrí, pues una parte del jugo me salpicó los pies y los tobillos, haciéndome gritar de dolor. "Debby entró corriendo y me encontró bailando por la cocina, con un gran chichón en la frente, con una cuchara en la mano y los pies teñidos de rojo. Las ciruelas se hallaban diseminadas por el hogar, la olla tirada en medio del piso, el tazón habíase roto y el azúcar volaba por todos lados como si quisiera endulzar el mal momento.

"Debby fue muy buena conmigo, pues sin detenerse en regañarme, me acostó en el sofá y me vendó los pies con una tela empapada en aceite. Al verme tan pálida, Nelly pensó que me moría, fue a buscar a tía Betsey a casa de la vecina y entró donde estaban tomando el té, anunciando:

"-¡Oh, tía Betsey, ven en seguida! ¡La olla se cayó del techo y los pies de Fan se han puesto rojos!

"Nadie se rió de este cómico mensaje, y tía Betsey corrió hasta la casa con un bollo en la mano y su ovillo de lana en el bolsillo, aunque el tejido lo dejó atrás.

"Sufrí mucho; pero después no lo lamenté, pues aprendí a querer a mi tía- Betsey, quien me cuidó con gran cariño y en su ansiedad por mí pareció olvidarse de ser estricta.

"Este saco lo hizo especialmente para mí y lo colgó del, sofá en que pasé tendida tantos días. Mi tía lo llenaba de bollos o pastillas de menta para que me entretuviera."

Así finalizó el relato de la abuela, y Maud comentó entonces: -Me ha gustado mucho.

Acto seguido, registró el interior del saco con la esperanza de encontrar algún bollo que hubiera resistido la acción del tiempo. -Aquel otoño comimos bastantes ciruelas; pero no nos gustaron mucho, pues nuestra travesura llegó a oídos de todos y durante muchos años se comentaba el asunto cada vez que servían esa fruta a la mesa.

-Gracias, señora -dijo Polly-. Ahora te toca a ti, Fan. -Bien, yo tengo un paquete de Cartas viejas y me gustaría saber si hay alguna historia que sé relacione con ellas -respondió Fanny.

La abuela tomó el paquetito atado con una cinta descolorida.

-No son cartas de amor, queridita, sino esquelas que me enviaron mis condiscípulas después que me fui del internado de la señorita Cotton. No creo que haya ninguna historia que se relacione con ellas.

Y la abuela se puso a examinar una de ellas.

Fanny estaba por decir que iba a elegir de nuevo cuando la anciana rompió a reír con tanto gusto que las niñas adivinaron que estaban a punto de escuchar algún relato muy divertido.

-¡Caramba! Hace cuarenta años que no pensaba en-aquella travesura. ¡Pobre Sally Pomroy! ¡Y pensar que ya es bisabuela! -exclamó la anciana, después de leer una de las misivas.

-Cuéntenos, cuéntenos -pidió Polly-. Debe ser muy divertido para hacerla reír, así.

-Lo fue, en efecto, y me alegro de haberlo recordado, pues es un cuento apropiado para ustedes.

Tras una pausa, la anciana inició su relato de esta guisa: "Aquello sucedió hace muchos años, y los maestros eran entonces mucho más estrictos que ahora. Las alumnas de la señorita Cotton no podían tener luces en sus cuartos después de las nueve, nunca salían solas y se esperaba que se condujeran como modelos de moralidad.

"Como podrán imaginar, diez chicas llenas de vida y energía tendrían que considerar muy estrictas estas reglas, y se desquitaban haciendo toda clase de travesuras, en secreto.

"La señorita Cotton y su hermano se instalaban en su salita una vez terminadas las clases y cuando ya se habían enviado a la cama a todas las alumnas. El señor John era muy sordo, y la

señorita Priscila muy miope, dos defectos muy convenientes para todo lo contrario, como ya verán.

"Durante una semana nos habíamos portado muy bien, y ya no podíamos contener el genio, de modo que proyectamos una aventura a gusto nuestro y nos pusimos a prepararla.

"El primer obstáculo fue vencido de esta forma: como ninguna de nosotras podía salir sola, resolvimos bajar a Sally desde la ventana, pues era la más pequeña.

"Con el dinero que reunimos entre todas tenía que comprarnos nueces y caramelos, pastel, frutas, tortas y una vela para que tuviéramos luz después que nos llevaran las nuestras, como era la costumbre establecida.

"Pensábamos cubrir la ventana del aposento interior, poner a alguien de guardia en la puerta, encender la vela y dedicarnos al festín.

"A las ocho de la noche indicada,, varias de nosotras dijimos sentirnos muy fatigadas y nos fuimos a nuestros dormitorios, dejando el resto cosiendo laboriosamente con la señorita Cotton.

"Lamento decir que yo era una de las cabecillas, y tan pronto como llegamos arriba saqué la cuerda de que me había provisto e invité a Sally a que bajara. La casa era de arquitectura antigua, con un techo que descendía gradualmente por la parte trasera, y la ventana que elegimos no estaba a mucha distancia del suelo. "Después de asegurarse la cuerda a la cintura, Sally se montó

en el alféizar de la ventana y la bajamos. Después bajamos una canasta y la vimos dar la vuelta a la esquina luciendo mi sombrero y el chal de otra chica para que no la reconocieran.

"Después nos pusimos los camisones sobre los vestidos y ya estábamos acostadas cuando subió la señorita Cotton más temprano que de costumbre, pues era evidente que nuestra súbita fatiga había despertado sus sospechas.

"Durante media hora estuvimos riendo y haciendo comentarios en voz baja, mientras esperábamos la señal de Sally. Al fin oímos el chirrido de un grillo bajo la ventana y al levantarnos vimos a nuestra amiga que aguardaba.

"-¡Rápido! ¡Rápido! -gritó Sally, casi sin aliento-. Levanten el canasto y súbanme en seguida. Vi al señor Cotton en el mercado y me vine corriendo para llegar antes que él.

"Subimos el pesado canasto cargado de golosinas. Bajamos la cuerda y, tirando todas a la vez, izamos a Sally casi hasta la ventara cuando se nos escapó la cuerda y cayó la pobre al suelo,

salvándose de fracturarse algo sólo porque había un montón de heno al pie de la ventana.

"-¡Ya viene! ¡Ya viene! ¡Levántenme, por favor! -gritó Sally mientras se incorporaba.

"Vimos una figura que se acercaba y levantamos a Sally rápidamente y la abrazamos encantadas, pues acabábamos de salvarnos de ser descubiertas por el señor John, a quien la sordera no le impedía tener una vista muy aguda.

"Oímos el ruido de la puerta principal al cerrarse, luego un murmullo de voces, y luego los pasos pesados de la señorita Cotton que ascendía la escalera.

"El canasto fue a parar debajo de la cama, y las conspiradoras nos metimos entre las sábanas, y nada podía haber sido más decoroso que el aspecto del dormitorio cuando entró la maestra.

"Un momento después oímos decir por lo bajo: "Es un tonto al mandarme arriba de nuevo sólo porque le pareció que había algo raro en la ventana. Debe haber sido una cortina que se movía. Las niñas duermen como lirones."

"Nos levantamos riendo en cuanto hubo partido. Sally estaba contentísima por el éxito de su aventura y comenzó a danzar mientras se ponía el camisón sobre el vestido, trenzaba el cabello y se prendía al pecho un acerico rojo a manera de medalla.

"Las otras chicas se fueron a sus dormitorios, como se había convenido, y pronto reinó la oscuridad y el silencio en el piso alto, mientras que la señorita Cotton iba a instalarse en su salita, como lo hacía siempre que terminaba su día de trabajo.

"Entonces comenzaron a andar fantasmas por todas partes y los ratones corrieron alarmados hacia sus refugios, pues las figuras blancas se deslizaban de un cuarto a otro hasta que todas estuvieron reunidas en la cámara pequeña.

"Se apostó una guardia en la puerta, se convino la señal de alarma, se encendió la vela y se puso el festín sobre los papeles de diarios en la cama.

"¡Qué sabroso estuvo todo! No creo haber probado nunca pasteles tan deliciosos como aquellos todos rotos, comidos apresuradamente en ese cuarto tan caluroso, mientras Sally hacía bromas y las otras gozaban de las golosinas con verdadero deleite. "Estábamos comenzando con la otra torta cuando nos interrumpió el rascar de una rata en las tablas.

-¡La señal! ¡Corran! ¡Escóndanse! ¡No se rían! -gritaron varias voces, y nos metimos en la cama lo más rápidamente posible, aunque teníamos la boca y las manos llenas

"Hubo una larga pausa interrumpida solamente por el ruido de la rata; pero como no se presentaba nadie decidimos ir a investigar. Fui yo y encontré a Mary, que era la centinela, medio dormida y deseosa de intervenir en la fiesta.

"-Debe haber sido una rata. Yo no hice ningún ruido -nos dijo-. Vayan a terminar que estoy cansada de esperar.

"Volví con la buena nueva y todas se levantaron en seguida. Encendimos de nuevo la vela y reanudamos la fiesta. Los comestibles estaban un poco arruinados por los saltos que había dado Sally entre ellos, pero no nos importó el detalle y pronto terminamos con la torta.

"-Ahora empecemos con las nueces -dije yo.

"-Son almendras y maníes; los podremos abrir con los dientes. Ten cuidado de tomar la bolsa por la boca -me advirtió Sally.

"-Yo sé lo que hago -repuse, y para demostrarle que así era, di un sacudón a la bolsa y las almendras y maníes volaron por todas partes.

-¡Mira lo que has hecho! -exclamó Sally, mientras que Mary rascaba la puerta como una rata furiosa, y abajo se oía el ruido de una puerta.

"De inmediato apagamos la vela y cada una escapó con todos los comestibles que pudo echar mano. Sally se metió en la cama, destrozando el último pastel, diseminando caramelos a diestra y siniestra.

"La pobre Mary estuvo a punto de ser sorprendida, pues la señorita Cotton subió esta vez con más rapidez que la anterior. "Nuestro cuarto fue el primero en ser examinado, y estaba en perfecto orden, aunque los rostros sonrojados que descansaban sobre las almohadas eran algo sospechosos. La señorita Cotton

se quedó mirando a su alrededor con una expresión tan cómica que mi compañera de cama hubiera soltado la risa si no le hubiese dado un buen pellizco.

"-¿Qué son esos ruidos, señoritas?

"La única respuesta que obtuvo fue un leve ronquido. La maestra fue entonces al dormitorio contiguo, formuló la misma pregunta y recibió la misma respuesta.

"En el tercer cuarto estaba Sally, y temblamos todas al entrar la maestra. Sentadas en los lechos, espiamos y escuchamos con gran interés.

"-Sally, te ordeno que me digas qué significa esto.

"Pero Sally no hizo más que suspirar y decir como si soñara: "Llévame a casa, mamá. En el internado me matan de hambre." "-¡Dios del cielo! ¿Tendrá fiebre la niña? -exclamó la anciana que no había visto las almendras en el suelo.

"-¡Tan aburridos, tan estrictos! ¡Llévame a casa! -gimió Sally, moviendo los brazos con cierta violencia.

"Esto fue lo que arruinó todo, pues al mover los brazos dejó al descubierto el acerico rojo que tenía prendido en el pecho. Por miope que fuera, ese ridículo objeto no podía escapar a la atención de la señorita Cotton, como tampoco dejó de ver la naranja que escapó por debajo de la almohada ni las botas que aparecieron a los pies de la cama.

"Con súbita energía, la anciana retiró el cobertor y vio a Sally tendida entre caramelos, los trozos de pastel y torta, las naranjas y manzanas y un trozo de vela que había quemado parte de la sábana.

"Al oír la exclamación horrorizada de la maestra, Sally despertó y rompió a reír tan grandemente que no pudimos menos que seguir su ejemplo. No sé cuándo nos habríamos contenido si Sally no se hubiera ahogado con la almendra que tenía en la boca, dándose un susto terrible."

Así terminó el segundo relato de la anciana, y Fanny contuvo su risa un momento para preguntar:

-¿Qué fue de las golosinas y cómo las castigaron?

-Los restos del festín sirvieron de alimento al cochino, y a nosotras nos tuvieron a pan y agua durante tres días.

-¿Las curó eso?

-¡Por cierto que no! Aquel mismo verano tuvimos seis fiestas más, y aunque me causa risa el recuerdo, no deben pensar que apruebo esa conducta ni que la excuso.

-¡Me parece magnífica la anécdota! Sigue, abuela, y cuéntanos una de muchachos -intervino otra voz, y al darse vuelta vieron a Tom que estaba escuchando y riendo a más no poder, pues había entrado en la habitación sin que lo vieran.

-Espera tu turno, Tom -repuso la abuela-. Ahora te toca a ti, Polly.

-Yo puedo esperar. Cuéntele uno a Tom -dijo Polly, haciendo señas al muchacho para que se aproximara:

Acercóse él y se sentó en el suelo, frente al último cajón de la vitrina, el cual abrió la abuela para que lo examinara.

-Aquí es donde guardo los recuerdos de mi hermano Jack. El pobre se perdió en el mar, como saben. Bien, elige lo que quieras y trataré de recordar alguna anécdota que se le relacione.

Tom hizo un registro rápido y terminó sacando una pequeña pistola en estado ruinoso.

-¡Esto me gusta! Ojalá no estuviera arruinada, así podríamos divertirnos tirando contra los gatos. Cuenta, abuela. -Recuerdo una de las aventuras de Jack cuando esa arma estaba en buenas condiciones -expresó la abuela al cabo de una pausa.

Tras un momento de reflexión inició la anciana el siguiente relato:

"Una vez partió mi padre por asuntos de negocios, dejando a mamá, mi tía, yo y mis hermanitas al cuidado de Jack. Él estaba muy orgulloso de esa responsabilidad, y lo primero que hizo fue cargar esa pistola y tenerla junto a su lecho, lo cual nos preocupó mucho.

"Durante una semana marchó todo muy bien; luego nos sobresaltamos ante la noticia de que había ladrones por los alrededores. Por el pueblo se corrieron toda clase de voces. En aquel entonces vivíamos en el campo. Algunos decían que ciertas casas estaban marcadas con una cruz negra y ésas eran las que iban a asaltar; otros que había un muchacho pequeño en la banda, pues ni las ventanas más angostas detenían a los ladrones.

"Nosotros vivíamos en las afueras de la población, en un lugar muy solitario, y la casa tenía ventanitas pequeñas y cinco puertas que daban al exterior. Jack era el único hombre entre nosotros, y apenas contaba trece años de edad, Mamá y tía eran muy tímidas, y los niños no tenían suficientes años como para ser útiles para nada; de modo que Jack y yo nos pusimos a montar la guardia y juramos defender la familia.

"Un día llegó un hombre mal entrazado a pedir algo de comer, y mientras comía le vi mirar a su alrededor, observando las puertas y la vajilla de plata que había en el comedor. De inmediato entré en sospechas y me puse a vigilarlo como un gato vigila al ratón.

"-Seguramente vino a estudiar la casa, pero estaremos preparados para recibirlo -dije con fiereza al contar estos detalles a la familia.

"Esta idea nos preocupó a todos, y nuestros preparativos fueron muy cómicos. Mamá pidió prestada una matraca y la puso bajo su almohada. Tía se llevó a la cama una gran campana; los niños hicieron dormir en su cuarto a Jip, el terrier, mientras que Jack y yo montamos la guardia, él con su pistola y yo con un hacha.

"Diddy, que dormía en el altillo, se puso a practicar para deslizarse por el techo de la leñera a fin de poder escapar a la primera alarma. Todas las noches preparábamos trampas contra los ladrones y nos íbamos a la cama llevándonos la vajilla, dinero, armas y cosas con las cuales barricar las puertas.

"Aguardamos una semana sin que se presentara nadie, y después comenzamos a sentirnos algo despechados, ya que otras familias se llevaban sustos, y después de tantos preparativos nos pareció mal que no se nos diera una oportunidad de demostrar nuestro coraje. Al fin encontramos una marca negra en nuestra puerta, lo cual provocó el pánico de todos.

"Aquella noche pusimos una tina llena de agua al pie de la escalera de servicio, y una pila de ollas de latón sobre la parte superior de la escalera principal, de modo que cualquier tentativa de entrar produjera suficiente ruido como para despertarnos. Atamos campanillas a los picaportes, apilamos trozos de madera en los rincones oscuros para que tropezaran los ladrones, y la familia se retiró a sus cuartos llevándose armas, lámparas y fósforos.

"Jack y yo dejamos abiertas nuestras puertas, y nos preguntamos otra vez si oíamos algo hasta que él se quedó dormido. Yo estaba insomne y me quedé escuchando a los grillos hasta que el reloj dio las doce; después me estaba quedando dormida cuando me despertó un ruido de pasos. Acercándome a la ventana, llegué a tiempo para ver una sombra que daba la vuelta a la esquina de la casa. Sentí un estremecimiento; pero decidí guardar silencio hasta estar segura de que pasaba algo malo, pues había dado tantas alarmas falsas que no deseaba que Jack volviera a reírse de mí. Así, pues, asomé la cabeza por la puerta y presté atención, oyendo al fin un ruido que llegaba desde la leñera.

-Allí están; pero no despertaré a nadie hasta que suene alguna campana o caigan las ollas -me dije-. Los ladrones no podrán hacer mucho sin producir algún ruido, y si podemos capturar a uno de ellos nos facilitará a todos.

"Abajo se cerró una puerta con mucha suavidad y los pasos se encaminaron hacia la escalera de servicio. Segura ya de la presa, estaba por llamar a gritos a mi hermano cuando sonó un chapoteo al pie de la escalera.

"Un momento después estaban todos levantados, pues Jack disparó la pistola aun antes de saltar de la cama y gritó: "¡Fuego!" con tal furia que despertó a todo el mundo. Mamá hizo sonar su matraca, tía agitó su campana, Jip ladraba como loco y todos gritábamos, mientras que desde abajo nos llegó un aullido endemoniado.

"Alguien encendió una lámpara y cuando miramos hacia abajo vimos a la estúpida Biddy sentada en la batea, retorciéndose las manos y gimiendo desesperadamente.

"-¡Me han matado! ¡Líbrennos los santos! Me caí en el agua cuando volvía de pasear con Mike Mahoney.

"Nos reíamos tanto que no pudimos sacarla del agua o escucharla mientras nos explicaba que había salido por su ventana para hablar con Mike y que la halló cerrada cuando quiso volver a entrar. Por eso se había sentado en el tejado, tratando de descubrir la causa de que se la hubiese dejado afuera. Cuando se cansó, dio una vuelta a la casa hasta encontrar abierta una ventanita del sótano, por donde entró. Pero la batea era una idea nueva sobre la que no sabía nada, y cuando se cayó en ella fue tal la sorpresa que no pudo hacer otra cosa que aullar desesperada.

"Y no fue éste todo el daño, pues tía se desmayó del susto, mamá se cortó la mano con una lámpara rota, los niños se resfriaron al mojarse los pies con el agua derramada, Jip enfermó de tanto ladrar, yo me torcí un tobillo y Jack no sólo rompió un espejo con sus balas, sino que arruinó la pistola debido a la carga excesiva que le puso. Después que se hubieron reparado los daños y pasado el revuelo, Jack confesó que él mismo había marcado la puerta por divertirse y cerrado la ventana de Biddy para castigarla por salir a ver a su novio. ¡Qué travieso era ese muchacho!

-¿Pero no fueron nunca los ladrones? -exclamó Tom, encantado del relato, aunque algo decepcionado por el final.

Librodot

-Nunca, querido; pero nosotros tuvimos nuestro susto y probamos nuestro coraje -repuso la abuela.

-Bien, yo opino que tú eras la más valiente del grupo. Me gustaría haberte visto con el hacha en la mano -expresó Tom en tono de admiración.

-Yo elijo esto -dijo Polly, levantando un largo guante de cabritilla blanca, arrugado y amarillento por la acción del tiempo.

-¡Ah, esa historia sí vale la pena contarla! -exclamó la abuela, y agregó con gran orgullo-: Trata con respeto a ese guante, pues tocó la mano del gran Lafayette.

-¿Lo usó usted, abuela? ¿Lo vio con sus propios ojos? -inquirió Polly, a quien le encantaba la historia y sabía bastante acerca del valiente francés.

La abuela cruzó las manos y, después de carraspear un poco, inició la narración.

-La primera visita de Lafayette fue antes de mis tiempos,

naturalmente; pero mi abuela me habló tanto de ella que casi me pareció haber estado presente. Nuestra tía Hancock vivía en aquel entonces en Beacon Hill, en la casa del gobernador.

Pareció olvidar su relato por un momento y volvió a revivir el pasado muerto tantos años atrás. Polly hizo seña a los otros para que guardaran silencio, nadie habló hasta que la viejecilla volvió al presente y continuó:

-Pues bien, como les decía, el gobernador deseaba dar un desayuno a los oficiales franceses, y Madame, que era muy hospitalaria, preparó uno magnífico. Pero se descubrió a último momento que no había leche.

"Se necesitaba mucha, y fue muy poca la que pudieron comprar o pedir prestada, y el gran desayuno habría sido un fracaso si Madame, con la presencia de ánimo que la caracterizaba, no hubiera recordado de pronto las vacas que pastaban en la plaza comunal.

"Claro que pertenecían a los vecinos y no habla tiempo para pedir permiso; pero se trataba del honor de la nación; era necesario alimentar a nuestros aliados, y segura de que sus patrióticos amigos sacrificarían sus vacas en el altar de la patria, Madame Hancock se cubrió de gloria ordenando que las ordeñarán. "Se hizo esto con gran asombro de los animales y la entera satisfacción de los invitados, entre quienes estaba Lafayette. "Pues bien, la vez que yo vi a Lafayette fue en 1825. El tío Hancock ya había fallecido y nuestra tía se había casado con el capitán Scott. Vivía entonces en la calle Federal muy cerca de nosotros.

"El anciano Josian Quincy era el intendente y mandó a avisar que el Marqués de Lafayette deseaba presentar sus respetos a la señora. Naturalmente, ella se sintió encantada, y todos nos dispusimos a preparar el recibimiento. Tía ya era bastante anciana; pero se acicaló de pies a cabeza porque deseaba presentarse lo más elegante posible.

"Nosotras habíamos llenado la casa de flores; el señor Coolidge mandó numerosos ramos. Joe Joy nos proveyó de insignias, y tía sacó a relucir un vino muy añejo que tenía desde los tiempos de la Revolución.

"Yo me puse mi vestido verde y blanco, y me calcé esos guantes.

"Al fin llegó el general acompañado por el intendente. ¡Cielos, me parece verlo! Era un hombrecillo anciano con pantalones blancos, una larga casaca azul y camisa chorrera. Se apoyaba en su bastón, pues era cojo, y sonreía y saludaba con la amabilidad característica de los franceses.

"Cuando se aproximó, las tres ancianas se pusieron de pie y le hicieron una reverencia. Lafayette se inclinó primero ante el retrato del gobernador y luego ante la viuda, a quien le besó la mano.

"Después le fueron presentadas algunas de las señoritas más jóvenes, y, como si quisiera librarse de tantos saludos, el marqués besó en la mejilla a cada una de ellas.

"Sí, queriditos, aquí me besó el héroe. Estoy tan orgullosa ahora como entonces, pues era un hombre valiente que nos ayudó en nuestros momentos más difíciles.

"No se quedó mucho; pero nos divertimos bastante bebiendo a su salud, recibiendo sus cumplidos y gozando del honor que nos hacía.

"En la calle se había reunido una multitud de curiosos, y cuando salió el marqués quisieron sacar los caballos y arrastrar el carruaje ellos mismos. Pero él no lo permitió, y mientras se discutía el punto, nosotras le regamos el piso de flores que sacamos de los jarrones.

"Esto le agradó bastante, rió saludándonos con la mano mientras nosotras corríamos tras él para rogarle que volviera a visitarnos.

"Aquella noche las más jóvenes perdimos la cabeza y no sé cómo volví a casa. Lo último que recuerdo fue que estaba asomada a la ventana con otro grupo de chicas, observando cómo se alejaba el carruaje, mientras que la multitud lo vitoreaba con enorme entusiasmo.

"¡Ah, todavía me parece oír los gritos! ¡Viva Lafayette y el intendente Quincy! ¡Viva Madame Hancock y las chicas bonitas! ¡Viva el coronel May!".

Y en ese momento calló la anciana, ya sin aliento, con la cofia inclinada, sobre una oreja, los anteojos casi en el extremo de la nariz y su labor de aguja a punto de perderse por haberla agitado con tanto entusiasmo.

Las niñas batieron palmas y Tom lanzó hurras a pleno pulmón, diciendo al recobrar el resuello:

-Lafayette era un real mozo; siempre me gustó.

-¡Querido! ¿Qué manera es esa de referirse a un héroe de nuestra independencia? -exclamó la abuela.

-Bueno, era un real mozo. ¿Por qué no he de decirlo?

-¡Qué guantes raros usaban entonces! -intervino Fanny, que se había probado la prenda.

-Mucho mejores y más baratos que los que se usan ahora -replicó la anciana, dispuesta a defender los "buenos tiempos viejos"-. En esta época son todas unas extravagantes y no sé adónde van a ir a parar. A propósito, tengo dos cartas escritas por dos señoritas, una en 1517 y la otra en 1868. Creo que les divertirá el contraste entre ambas.

Después de buscar un momento, la abuela sacó una vieja carpeta, y después de examinar los papeles que contenía, leyó la siguiente carta escrita por Ana Bolena antes de su casamiento con Enrique VIII.

"Querida Mary: Hace casi un mes que estoy en la ciudad, y sin embargo no puedo decir que he hallado en Londres nada agradable. Nos levantamos muy tarde -rara vez antes de las seis de la mañana- y por la noche nos quedamos levantadas hasta las diez. Esto me tiene un poco fatigada, y de no ser por la abundancia de cosas bonitas que recibo todos los días, estaría impacienté por regresar al interior.

"Mi indulgente madre me compró ayer en una tienda de Cheapide tres camisas nuevas que costaron catorce peniques cada una, y me regalará para el baile de Lord Nortfolk un par de zapatos de tres chelines.

"La vida irregular que he llevado desde que llegué a la ciudad me ha arruinado el apetito. Bien sabes que solía comer medio kilo de tocino y tomar un buen jarro de cerveza para el desayuno; pero aquí en Londres me resulta difícil comer ni la mitad, aunque admito que por lo general tengo buen apetito a la hora de la comida que aquí se demora hasta las doce.

"Anoche estuve jugando en casa de Lord Kildare. Fui bien recibida, y mi hermano me susurró que la hermosa Geraldine, novia de Lord Surrey, es la mujer más atractiva de esta época.

"Te ruego que cuides las aves durante mi ausencia. Además, si Margery me ha tejido los guantes rojos, me agradaría que me los mandara lo antes posible.

"Adiós, querida Mary. Voy a misa, y tendrás mis plegarias como ya tienes el cariño de tu-ANA BOLENA."

-Se levantaba a las seis y creía que acostarse a las diez era muy tarde. ¡Qué campesina debe haber sido Ana! Tocino y cerveza para el desayuno. ¡Dios mío! -exclamó Fanny-. Lord Surrey y Lord Leicester suenan muy bien, pero los guantes rojos y los zapatos a tres chelines parecen horribles.

-A mí me agradan, me alegro que la pobre Ana se divirtiera un poco antes de que comenzaran sus dificultades -expresó Polly, muy pensativa-. ¿Me permitiría que copie esa carta, abuela?

-Sí, querida, con mucho gusto. Aquí tengo otra de una chica moderna en su primera visita a Londres. Esto te gustará más, Fan. Y la anciana les leyó la carta que le había mandado una amiga desde la gran capital inglesa:

"Querida mía: Después de tres meses de movimiento constante robo un momento a mis actividades para contarte cuánto me agrada mi primera visita a Londres. Como fui educada en el extranjero, parece casi como si hubiera venido a una ciudad extraña. Al principio el humo, la suciedad, el ruido me resultaron desagradables; pero pronto me acostumbré a esas cosas y ahora las encuentro perfectamente encantadoras.

"De inmediato entramos en un torbellino de diversiones, y no tengo tiempo más que para pensar en ellas. Estamos en plena temporada, y cada hora la tengo comprometida en ir a bailes, conciertos, teatros, fiestas y misas y en prepararme para eso. A menudo vamos a dos o tres fiestas en la misma noche y rara vez volvemos a casa hasta la mañana, de modo que no nos levantamos hasta el mediodía. Esto nos deja muy poco tiempo para nuestros paseos, compras y visitas antes de la comida, que es a las ocho, y luego se inician de nuevo las diversiones de la noche.

"Anoche en el baile ofrecido por Lady Rusell, vi al Príncipe de Gales y bailé en el mismo grupo con él. Se está poniendo gordo y parece muy disipado. Me decepcioné, pues ni en su apariencia ni en sus modales parece una persona de la realeza. Me presentaron a un joven americano que me resultó encantador, y me sorprendí al saber que era el autor de los poemas que fueron tan admirados la temporada pasada, y también que es el hijo de un sastre rico. ¡Qué extraños son los americanos, con su dinero, talento e independencia!

"No debo olvidarme de contarte el acontecimiento más importante de mi visita. Seré presentada en el próximo Salón. Figúrate cómo estaré de ocupada con los preparativos para la fiesta. Mamá está decidida a que sea un crédito para ella, y hemos pasado las dos últimas semanas en ir a la sombrerería y a la modista, de las zapaterías a las joyerías y otros negocios. Me vestiré de satén blanco y plumas, perlas y rosas. Mi vestido costará cien libras o más.

"Mis primos y amigos me hacen regalos de los más lujosos, y te llevarás una sorpresa cuando te muestre mis sedas y encajes, fantasías y sombreros franceses, fotografías y otras reliquias de la primera temporada de esta señorita.

"Me preguntas si me acuerdo de casa. En realidad no tengo tiempo, aunque a veces anhelo un poco la tranquilidad, el aire puro. Una se pone pálida, envejece y se agota con todas estas fiestas.

"Si pudieras enviarme las mejillas sonrosadas, los ojos brillantes y el espíritu alegre que siempre tenía en casa, te lo agradecería. Como no puedes hacerlo, te ruego que me envíes un frasco lleno de agua de lluvia de junio, pues mi doncella me dice que es mejor para el cutis que todos los cosméticos.

"Creo que también me agradaría alguna fruta de nuestros árboles, pues no tengo apetito y mamá está muy desolada por

esa causa. Una no puede vivir comiendo especialidades de la cocina francesa sin enfermar de dispepsia, y aquí no se consigue nada sencillo, ya que los alimentos, como todo lo demás, están gobernados por la moda.

"Adiós, querida; debo vestirme para ir a misa. Sólo desearía que vieras mi nuevo sombrero y me acompañaras, pues Lord Rockingham ha prometido verme en la iglesia.

"Tuya como siempre - FLORENCE."

-Sí, esto me gusta más, y desearía haber estado en el lugar de esa señorita. ¿No te gustaría a ti, Polly? -dijo Fan, cuando la abuela se quitó los lentes.

-Me encantaría ir a Londres y divertirme; pero no creo que querría gastar tanto dinero ni ser presentada en la Corte. Quizá lo hiciera estando allá, pues me gusta el esplendor -agregó la sincera Polly.

-Abuela parece cansada; vamos a jugar al cuarto de secar -intervino Maud, a quien la conversación le estaba resultando un tanto incomprensible.

-Démosle un beso y las gracias por habernos entretenido tan bien -susurró Polly.

Maud y Fanny asintieron, y la abuela se mostró tan contenta, por las caricias, que Tom imitó a las niñas cuando éstas se hubieron retirado.

Al llegar el muchacho al cuarto de juegos, Polly estaba sentada en la hamaca y decía con seriedad:

-Siempre te dije que era agradable visitar a la abuela, y ahora ya lo has visto. Me gustaría que fueras más a menudo; a ella le agrada que la visiten y le encanta contar anécdotas.. No lo hace porque cree que a ti no te gustan esas cosas. A mí sí me atraen y opino que es la anciana más bondadosa y mejor del mundo, y la quiero con todo mi corazón.

-No dije que no lo fuera; lo que ocurre es que los viejos son cansadores y fastidiosos, y por eso no estoy casi nunca con ella -explicó Fanny.

-No deberías hacer eso, pues te pierdes muchos momentos gratos. Mi madre dice que debemos ser bondadosos, pacientes y respetuosos con los mayores, y yo siempre lo seré.

-Tu madre se pasa la vida predicando -murmuró Fanny.

-¡Esto no es verdad! -exclamó Polly-. Solamente nos explica las cosas, nos ayuda a ser buenos y nunca nos riñe, y la prefiero a todas las madres del mundo, aunque no use capas de terciopelo y sombreros de París.

-¡Muy .bien, Polly! -intervino Tom.

-¡Polly está enojada! ¡Polly está enojada! -canturreó Maud, mientras saltaba a la cuerda por el cuarto.

-Si te viera el señor Sydney no te consideraría tan angelical -manifestó Fanny, sacudiendo la cabeza.

Polly estaba realmente enfadada; pero contuvo la lengua y comenzó a hamacarse con fuerza, temerosa de decir algo de lo que después tuviera que arrepentirse. Durante unos minutos no habló nadie. Tom silbaba y Maud canturreaba; pero Fan y Polly estaban sumidas en sus reflexiones.

Dos cosas habían sucedido ese día, y la influencia de unas pocas palabras y una acción descuidada seguían predominando en la mente de las niñas.

Había ido de visita el señor Sydney, y mientras Fanny conversaba con él, vio que el joven miraba a Polly, quien se hallaba sentada a cierta distancia, observando a todos con una expresión inteligente y modesta que resultaba tan atractiva. En ese momento entró la abuela

Shaw y se detuvo para hablar con la niña. Polly levantóse de inmediato y se quedó parada hasta que la anciana se hubo retirado.

-¿Te ríes de las costumbres de Polly? -había inquirido Fanny, al ver la sonrisa del muchacho.

-No, estoy admirando sus finos modales -repuso él en tono lleno de respeto, lo cual impresionó mucho a Fanny, pues Sydney era considerado por todas las chicas como un modelo de educación y elegancia.

Fanny deseó entonces haber obrado como Polly, ganando así la aprobación de su visitante. Así, pues, cuando Polly habló de los mayores, no pudo menos que recordar esta escena y sentirse celosa.

Por su parte, Polly recordaba que cuando regresó la señora Shaw a su casa después de hacer una visita y Maud corrió para recibirla con su desusado afecto, la dama recogió su falda de seda y apartó de sí a la niña, diciéndole con impaciencia: "No me toques, pequeña; tienes las manos sucias". Pensó entonces Polly que una capa de terciopelo no siempre cubre un corazón maternal y que las manos calzadas con guantes de alto precio habían apartado de sí algo dulce y precioso. Pensó en otra mujer, cuyo vestido nunca era demasiado fino para que su mejilla húmeda se apoyara contra él, para que lo arrugaran brazos cariñosos, y cuyas manos nunca estaban demasiado ocupadas ni demasiado limpias para servir a los hijos que le confiaban sus esperanzas y temores, pecados y tristezas. "¡Ésa es una madre!" se dijo Polly cuando el recuerdo alegró su corazón, haciéndola sentirse tan rica que compadeció a Maud por ser tan pobre.

Esto fue lo que provocó su indignación antelas palabras de Fanny y lo que le hizo tratar de calmar su ira antes de emplear para con la madre de su amiga el tono irrespetuoso que fuera usado para con la suya. Después de haberse hamacado un rato,

Polly encontró una sonrisa en uno de sus viajes por el aire y miró a Fan, diciéndole afablemente:

-Ya no estoy enfadada. ¿Quieres que vaya a jugar contigo? -No; yo iré a hamacarme contigo -respondió Fanny, notando la generosidad de su amiga-. Eres un ángel, y nunca más volveré a hablarte en ese tono -agregó cuando el brazo de Polly le rodeó la cintura y la niña se corrió para brindarle la mitad del asiento.

-No lo soy; pero si alguna vez llego a serlo, serán los sermones de mama los que lo hayan conseguido -dijo Polly.

-¡Hurra por Polly la pacifista! -gritó Tom.

No se dijo nada más; pero en adelante hubo en la familia mucho más respeto hacia la abuela, más indulgencia ante sus enfermedades, más interés en sus anécdotas, y muchas charlas tuvo la anciana con los niños cuando éstos se reunían frente al hogar que estuviera solitario por tanto tiempo.

7
ADIÓS

-¡Caramba! ¿Por fuerza tienes que irte el sábado? -dijo Fan unos días después de lo que Tom llamaba "la pelea del siglo".

-Sí, pues sólo vine a quedarme un mes y ya he estado aquí un mes y medio -repuso Polly, quien sentía como si hubiera estado un año ausente de su hogar.

-Que sean dos meses y quédate a pasar la Navidad con nosotros -le sugirió Tom con entusiasmo.

-Eres muy bueno, pero por nada del mundo querría pasar la fiesta fuera de casa. Además, mamá me dice que me necesita.

-También nosotros te necesitamos. ¿No puedes insistirle a tu mamá y quedarte? -inquirió Fan.

-No molestes a Polly -dijo Tom para terminar con el asunto-. Prefiere irse y no me sorprende. Divirtámonos todo lo posible mientras esté con nosotros y despídela con la fiesta que pensaste, Fan.

Polly había esperado sentirse muy dichosa con los preparativos para la fiesta; pero al llegar el momento se llevó una decepción. Antes de salir de su casa creía que su nuevo vestido de muselina con sus cintas azules era el atavío más elegante que podía tener; pero ahora, cuando vio el vestido de seda rosa de Fanny, con su túnica de raso blanco e innumerables lazos y cintas, su sencilla vestimenta perdió todo su encanto y le pareció aniñada y fuera de moda.

Aun Maud estaba mejor que ella y lucía muy bien con su vestido blanco y morado. Ambas tenían collares, brazaletes, aros broches, mientras que Polly no llevaba otro ornamento que el sencillo relicario de su madre. Su faja era una cinta ancha, asegurada con un moño simple, y en el pelo no llevaba otra cosa que un moñito azul. Su único consuelo era que sus botas doradas habíanle costado nueve dólares.

A pesar de sus esfuerzos por estar satisfecha y no preocuparse porque se diferenciaba de otros, le costó trabajo mostrarse alegre aquella noche. Nadie sospechó lo que pasaba en su corazón hasta que los ojos penetrantes de la abuela espiaron una sombra en el rostro de la niña y la anciana adivinó el motivo que la provocaba. Una vez vestida, las tres niñas fueron a presentarse a sus mayores, quienes se hallaban en el cuarto de la abuela, donde estaban ayudando a Tom a ponerse un cuello almidonado que al muchacho le parecía una tortura terrible.

Cuando Fanny preguntó cómo estaban, la anciana acercó a Polly hacia sí y dijo:

-Como los figurines de donde sacaron los modelos para los vestidos. Pero este atavío es el que más me agrada.

-¿De veras le parece que estoy bien? -inquirió la niña, sintiéndose más animada.

-Por cierto que sí, queridita. Estás como debe estar una niña de tu edad. Lo que más me complace es que hayas cumplido la promesa que hiciste a tu madre y no te pongas ropas prestadas. Las niñas como tú no necesitan otros adornos que los que llevas esta noche: juventud, salud y modestia.

Así hablando, la abuela dio a Polly un beso que la hizo resplandecer como una rosa recién abierta.

-Gracias, señora -dijo, y devolvió el beso.

-Polly es tan bonita que no importa lo que lleve puesto -observó Tom, contemplando a la niña con aire aprobador.

-Ella no tiene breteles en el vestido y yo sí los tengo -manifestó Maud, tocándose los hombros.

-Quise que se pusiera mi moño azul, pues la cinta es demasiado sencilla, pero como dice Tom, eso no tiene importancia -expresó Fanny, y dio un último toque al moño que llevaba Polly en el pelo.

-Podría ponerse flores; siempre les queda bien a las niñas -terció la señora Shaw, quien opinaba para sus adentros que sus hijas estaban mucho más elegantes, aunque reconocía. que Polly era la más atractiva.

-¡Dios mío! En mi admiración ante tanta belleza, olvidé los ramilletes -dijo el señor Shaw, e indicando la caja que estaba sobre la mesa ordenó a su hijo-: Entrégalos, Tom.

Tom sacó de la caja tres ramilletes diferentes en color, tamaño y preparación.

-¡Papá! ¡Qué amable eres! -exclamó Fanny.

-Tu papá era un caballero muy elegante en sus buenos tiempos -dijo la señora Shaw con un suspiro.

-¡Ah, Tom, es una buena señal que halles tiempo para pensar en dar una alegría a las niñas! -comentó la abuela y dio una palmadita a la calva de su hijo como si éste no contara más de diez años de edad.

Tom había hecho una mueca desdeñosa al principio; pero cuando la abuela felicitó al autor de sus días, el muchacho pensó mejor en el asunto y contempló las flores con más respeto, inquiriendo:

-¿Cuál es para cuál?

-Adivina -repuso el padre, complacido al ver que su demostración había surtido tan buen efecto.

-No es difícil -repuso Tom- . El más elegante para Fan, el más dulce para Polly y el más alegre para Maud. Tomen, pequeñas.

Y el muchacho entregó los ramilletes con toda la gracia que puede esperarse de un mozo de su edad aprisionado en un traje nuevo y botas muy apretadas.

-Con eso termina vuestro tocado. Bajen ahora, pues acaba de sonar la campanilla, y recuerden: Fan, no bailes demasiado; pórtate bien, Tom; y, Maud, no comas más de la cuenta. La abuela se ocupará de todo, pues mis nervios no me permitirían bajar.

Dicho esto, la señora Shaw les dio venia para retirarse y los cuatro descendieron para recibir a las primeras visitas: varias niñitas a las que se invitó con el propósito expreso de evitar que Maud molestara a su hermana. También habían favorecido a Tom, a quien se le permitió que invitara a tres de sus amigos íntimos a quienes se conocía en la escuela por los apodos de Rumple, Sherry y Spíder.

Naturalmente, los muchachos llegaron temprano y se quedaron en los rincones, pareciendo no saber qué hacer con sus brazos y piernas. Tom hizo todo lo posible por portarse como buen anfitrión, y se vio forzado a contener su entusiasmo y no proponer una carrera, pues los largos salones, con los muebles apartados para dejar espacio a los bailarines, le tentaron enormemente.

Polly sentóse donde le indicaron y sufrió un ataque de timidez cuando Fan le presentó a las señoritas y a los estirados caballeros que decían una o dos palabras amables y parecían luego olvidarla por completo.

Cuando se anunció la primera pieza, Fanny arrinconó a Tom, que la había estado esquivando, y le dijo quedamente:

-Debes bailar esta pieza con Polly. Tú eres de la casa y es lógico que seas el primero en invitarla.

-A Polly no le interesan esas finezas. No me gusta bailar ni lo sé hacer. Suéltame la manga y no me molestes o me voy -gruñó Tom, anonadado ante la perspectiva.

-No te lo perdonaría jamás. Ven, sé bueno y ayúdame. Sabes que los dos hemos sido muy bruscos, y convenimos en que seríamos buenos con ella en cuanto se presentara la oportunidad.

Yo cumpliré mi palabra y me ocuparé de que no la desprecien durante mi fiesta pues deseo que me quiera y se vaya a su casa contenta.

Estas palabras produjeron su efecto en el rebelde Tom, quien contempló el rostro feliz de Polly, recordó su promesa y, con un gemido, decidió cumplir con su deber de caballero.

-Bueno, la invitaré; pero sufriré mucho, pues no sé nada de estos bailes.

-Claro que sabes. Una docena de veces te he enseñado los pasos. Comenzaré con una redowa porque a las chicas les gusta y es mejor que las contradanzas. Ponte ahora los guantes y ve a invitar a Polly como debe hacerlo un caballero.

-¡Caramba! -refunfuñó Tom, y una vez que se hubo puesto los odiosos guantes, marchó hacia Polly y dijo en tono solemne-: ¿Me hace .el honor de bailar conmigo, señorita Milton?

Imitó en lo posible a los mayores, esperando que Polly se sintiera impresionada. Mas no fue así, pues después de mirarle sorprendida, rompió a reír y, tomándolo de la mano, expresó alegremente:

-Claro que sí, pero no te hagas el tonto.

-Bueno, Fan me dijo que me portara como un caballero, y eso quise hacer. Agárrate fuerte y veremos cómo sale esto.

Se inició la pieza y salieron a bailar, Tom saliendo hacia un lado y Polly hacia el otro, de la manera menos graciosa posible. -Sigue el ritmo de la música -jadeó Polly.

-No puedo -jadeó él.

-Entonces sígueme a mí y no me pises -rogó ella.

-No te preocupes y sigue saltando. Poco a poco nos entenderemos -murmuró el muchacho dando a su infortunada compañera un tirón tal que casi la hace caer al suelo.

Lo malo del caso es que no llegaron a entenderse pues Tom, en sus desesperados esfuerzos por cumplir su deber, estuvo a punto de aniquilar a la pobre Polly. La pisó, la sacudió, patinó,

la hizo girar hacia la derecha, la arrastró hacia la izquierda, la arrinconó contra los muebles y la gente, le pisó los pies, le arrugó el vestido y, en general, dio un espectáculo muy poco edificante. Polly sintióse muy turbada; pero como todos los demás hacían más ó menos lo mismo lo soportó lo más que pudo, sabedora que Tom se estaba sacrificando y sintióse agradecida por su atención.

-¡Para ya; esto es horrible! -exclamó al fin, casi sin aliento. -¿De veras que sí? -repuso Tom, enjugándose el rostro enrojecido con tal aire de alivio que Polly no tuvo valor para reñirlo, y en cambio le dio las gracias al dejarse caer completamente agotada en una silla.

-Ya sé que estuve muy mal; pero Fan insistió en que lo hiciera, por temor de que te ofendiese si no bailaba la primera pieza contigo -manifestó el muchacho. -Sé bailar el lanceros; pero tú no querrás volver a salir conmigo -agregó, mientras la abanicaba con tal violencia que le desordenó el cabello.

-Sí. Me gustaría bailar otra vez contigo. Y tú pondrás tu nombre en mi abanico. Según dice Trix, así se hace cuando no se tiene carnet de baile.

Muy complacido, Tom sacó un trocito de lápiz y escribió su nombre en el abanico, diciendo al devolverlo.

-Ahora voy a buscar a Sherry o a algún otro que sepa bailar bien la redowa para que te diviertas como se debe antes que pare la música.

Partió el muchacho; mas antes que pudiera encontrar un compañero aceptable, el mejor de todos los bailarines se aproximó a Polly. El señor Sydney había visto y oído todo, y aunque rió para sus adentros, sintióse muy atraído hacia Tom y hacia Polly por su sinceridad y sencillez. Polly llevaba el compás de la música con el pie, y tenía los ojos fijos en las parejas que pasaban cuando el señor Sidney acercóse para decirle:

-¿Me concede esta danza, señorita Polly?

-Encantada. Tenía muchos deseos de bailar.

Y Polly se levantó con presteza. Esta vez marchó todo bien, y al volver Tom después de su infructuosa búsqueda, asombróse al ver a Polly girando graciosamente por el salón guiada por el más elegante de todos los concurrentes.

Polly divirtióse mucho hasta que cesó la música, y antes de agradecer al señor Sidney con la cordialidad que hubiera deseado, acercóse Tom para decirle muy seriamente:

-Bailas magníficamente, Polly. Ahora muéstrame cualquiera dé los presentes que te guste e iré a buscar a quien sea.

-No quiero a ninguno de los caballeros; son muy estirados y no les interesa bailar conmigo; pero me agradan aquellos muchachos de allá y bailaré con cualquiera de ellos si ellos lo desean -respondió la niña después de mirar a su alrededor.

-Te los traeré a todos -respondió él, e hizo aproximarse a sus amigos, quienes admiraban mucho a Polly y se mostraron orgullosos de haber sido elegidos en lugar de los "caballeros".

Después de eso Polly no tuvo un solo momento de descanso, pues los muchachos la tuvieron constantemente ocupada. A la niña le agradaba el baile e intervino en la alegría general can gran entusiasmo.

-¿Te diviertes, Polly? -preguntó el señor Shaw, quien se asomaba de vez en cuando para ir a comunicar a la abuela que todo marchaba bien.

-¡Mucho, señor! -exclamó ella, al pasar por el rincón donde se hallaba él.

-Es la preferida de los muchachos -expresó Fanny, aproximándose.

-Son muy buenos al invitarme a bailar, y no les temo -explicó Polly.

-De modo que le temes a los caballeros, ¿eh? -dijo el señor Shaw, acariciándole los rizos.

-A todos menos al señor Sydney. Él no se da aires ni dice tonterías. Además, baila maravillosamente bien.

-Papá, desearía que bailaras un vals conmigo -intervino Maud-. Fan me dijo que no me acercara a ella porque mi vestido no armoniza con el suyo, y Tom no quiere sacarme y yo tengo ganas de bailar.

-Yo ya no me acuerdo cómo se hace, Maud. Pídeselo a Polly; ella te sacará.

-Tengo anotado al señor Sydney para el vals -manifestó Polly, consultando su abanico-. Pero creo que no se enfadará si bailo con Maud. No ha bailado casi y se lo merece. ¿Estaría mal que cambiara de idea?

Y Polly miró a su compañero con expresión que indicaba claramente que el cambio sería un sacrificio para ella.

-En absoluto -repuso Sydney con una sonrisa-. Baile con ella y nosotros miraremos.

-Es encantadora -comentó el señor Shaw cuando Polly y Maud se alejaron danzando.

-Será una mujercita maravillosa si no cambia.

-No hay peligro. Su madre es muy sensata.

-Ya me parecía. -Sydney lanzó un suspiro, pues había perdido a su madre hacía muy poco tiempo.

Cuando se anunció la cena, Polly estaba hablando con uno de los "estirados" caballeros que le había presentado Fan. Él la condujo a un rincón y después de haberle servido un helado y un trozo de chocolate, dedicóse a llenarse el estómago con tanto interés que a Polly le hubiera. ido mal si no la hubiese rescatado Tom.

-Te he estado buscando por todas partes. Ven conmigo y comerás algo bueno -manifestó él, mirando el plato vacío de la niña y las golosinas que se había servido para sí su poco amable compañero.

Siguiendo a su guía, Polly marchó hacia el pasillo que comunicaba el comedor con la cocina, y allí se encontró con un alegre grupo que se estaba dando un festín. Maud y su

amiguita Grace hallábanse sentadas sobre latas de bizcochos, Sherry y Spider se apoyaban contra el refrigerador, mientras que Tom y Rumple eran los encargados de suministrar comestibles.

-Siéntate sobre ese barrilito y yo me ocuparé de servirte -dijo Tom a Polly, poniendo una bandeja frente a ella y dando órdenes con aire autoritario. Acto seguido se volvió hacia sus amigos-: Somos una banda de ladrones refugiados en su cueva y yo soy el capitán. Asaltaremos a los que pasen y saldremos a traerles el botín. Rumple, tú ve a traer una torta y yo me apostaré aquí hasta que pase Katy con una bandeja de ostras; tenemos que hacérselas probar a Polly. Sherry, ataca a la cocina y trae una taza de café. Spider, incáutate de un poco de ensalada y pasa el plato por la ventanilla para que te den más. Come, Polly, y mis hombres volverán en seguida con más provisiones.

¡Cuánto se divirtieron en aquel pasillo! Con audacia sin igual se incautaron de frascos de dulce y tortas; hicieron exitosas incursiones contra el comedor y la cocina; asaltaron a la pobre Katy y al criado negro, quienes se defendieron denodadamente, mas nada pudieron hacer contra la horda de atacantes. Fue una fiesta inofensiva, pues no se servía vino, y la valiente banda de ladrones estaba tan ocupada suministrando provisiones a las damas que tuvieron poco tiempo para alimentarse ellos. Nadie los echó de menos, y cuando salieron había terminado el festín y sólo quedaban algunos pocos caballeros muy voraces que merodeaban entre las ruinas del banquete.

-Eso hacen siempre; ponen a sus compañeras en un rincón, les dan un bocado y después se van a llenarse como cerdos -susurró Tom en tono desdeñoso.

El resto de la velada sería dedicado a bailar la alemanda, y, como Polly no tenía ninguna práctica, se instaló en el asiento de una de las ventanas para observar sus misterios. Durante un rato divirtióse así, pues era una novedad para ella; pero, poco a poco, volvió a apoderarse de ella la envidia y no pudo sentirse feliz estando de lado mientras las otras chicas se entretenían. Todos estaban ocupados; el señor Sydney bailaba; Tom y sus amigos hablaban de béisbol en la escalera y el grupito de Maud había regresado a la biblioteca para jugar.

Polly trató de sobreponerse; pero siguió preocupada hasta que recordó algo que le dijera su madre una vez: "Cuando te sientas abatida, trata de hacer feliz a alguien y pronto recobrarás la alegría".

-Lo intentaré -se dijo Polly, mirando a su alrededor para ver qué podía hacer. Ciertas voces procedentes de la biblioteca la atrajeron hacia allí. Maud y sus amiguitas se hallaban sentadas en el sofá, hablando de ropas, como habían visto que lo hacían sus mayores.

-¿Es importado tu vestido? -preguntó Grace.

-No, ¿y el tuyo? -repuso Blanche.

-Si, y costó ... ¡Oh, no sé cuanto!

-El mío lo hicieron en Nueva York -expresó la señorita Shaw, alisándose la falda con aire complacido.

Yo no puedo acicalarme mucho porque mamá está de luto por alguien -observó Alice Lovett.

-Bueno, a mí no me molesta que mi vestido no sea importado -manifestó Blanche-. En la fiesta de mi prima hubo tres clases de vino.

-¿De veras?

Todas se miraron muy sorprendidas hasta que Maud observó en tono grave:

-Papá dijo que fue escandalosa, pues algunos de los muchachos se embriagaron y tuvieron que ser llevados a sus casas. Él no quiso que tomáramos vino, y la abuela dijo que está mal que beban los niños.

-Mi madre dice que el coche de la tuya no es tan elegante como el nuestro -terció Alice.

-Claro que lo es. Está forrado de seda verde que es mucho mejor que la felpa roja -exclamó Maud, ofendida ante tamaño insulto.

-Bueno, mi hermano no usa una gorra vieja y tiene lindo cabello -contestó Alice-. Yo no querría tener un hermano como Tom. Mi hermana dice que es muy mal educado.

-No es cierto. Tu hermano es un cochino.

-¡Tú eres una mentirosa!

-¡Y tú también!

Lamento tener que agregar que, llegada la discusión a este punto, la señorita Shaw abofeteó a la señorita Lovett, quien de inmediato le devolvió el cumplido, y acto seguido ambas rompieron a llorar.

Polly, que había estado escuchando la edificante charla separó a las beligerantes, y al descubrir que las pobres chiquillas estaban fatigadas, tenían sueño y no podían irse hasta que fueran a buscarlas, propuso varios juegos. El de la "esquinita" fue ideal para restablecer la paz. Poco después entraron los muchachos que, como no podían intervenir en la alemanda, participaron en los juegos con gran entusiasmo. La "gallinita ciega" estaba en todo su apogeo cuando asomó el señor Shaw, y al ver a Polly corriendo de un lado a otro con los ojos vendados, intervino en la partida para confundirla. De inmediato fue apresado, y todos rieron ante la confusión de Polly, pues la niña no pudo adivinar su identidad hasta tocarle la calva.

Esto alegró tanto a todos que Polly olvidó sus penas y las niñitas se despidieron besándose tan afectuosamente como si no existieran cosas tales como los vestidos importados, los coches lujosos y los hermanos mayores.

-Y bien, Polly, ¿te gustan las fiestas? -inquirió Pan, cuando se hubieron ido los invitados.

-Mucho; pero no creo que me haría bien asistir a muchas -repuso la niña con lentitud.

-¿Por qué no?

-No me agradarían si no tuviera un vestido lujoso o no bailara todo el tiempo o no fuera admirada por todos.

-No creí que te importaran esas cosas -exclamó su amiga, muy sorprendida.

-Tampoco lo creí yo hasta esta noche; pero así es, y como no puedo tenerlas, es una suerte que me vaya mañana.

-¡Caramba! Es verdad que te vas. ¿Qué haremos sin ti? -suspiró Fanny, mientras la acompañaba al dormitorio.

Al día siguiente todos hicieron eco a esa exclamación, y muchos ojos llenos de afecto siguieron a la niña que se movía de un lado a otro, haciendo por última vez los pequeños servicios que harían sentir más su ausencia.

Polly debía partir inmediatamente después de la cena, y hubo una última corrida mientras la abuela terminaba de empacar el baúl. Polly sospechó que pensaban incluir entre sus cosas alguna sorpresa agradable, pues Fan no se ofreció a acompañarla, Maud ocultaba algo bajo su delantal y Tom acababa de esconderse en el cuarto de su madre en actitud muy sospechosa. Así, pues, la niña aceptó la indicación y se fue a pasear, gozando por anticipado de los tesoros desconocidos que llevaría a su casa.

El señor Shaw no había dicho que regresaría tan temprano; pero Polly pensó que así lo haría y fue a buscarlo. Él no esperaba verla, pues la había dejado muy ocupada y a esa hora ya empezaba a nevar; pero, al entrar en la alameda la vio acercarse corriendo.

-Mañana no habrá nadie que ayude al viejo a llegar sano y salvo a casa -comentó cuando Polly tomó su mano.

-No lo crea usted. Ya verá que se equivoca -repuso ella con una amplia sonrisa, pues Fan habíale confiado que pensaba hacerlo después que se hubiera ido ella.

Librodot

-Me alegro. Pero quiero que me prometas que vendrás a visitarnos todos los inviernos -expresó él.

-Si en casa pueden pasarse sin mí, vendré con mucho gusto. -Deben prestarte a nosotros por unos días, pues nos haces mucho bien y te necesitamos.

-¿De veras? No sé cómo, pero me encanta que lo diga usted -repuso la niña, muy emocionada.

-No sabría decirte cómo; pero tú has traído a mi casa algo que la hace más agradable y alegre y que espero que no desaparezca cuando tú te vayas.

Polly nunca había oído al señor Shaw hablar de esa manera, y no supo qué decir, pues sentíase orgullosa y feliz ante esa prueba de que las palabras de su madre eran plenamente acertadas cuando le escribió que "hasta las personas más insignificantes ejercen cierta influencia en el mundo". Así, pues, no pudo más que lanzar una mirada agradecida a su amigo y, tomada de su mano, lo acompañó hasta la casa.

Si Polly pudiese haber visto lo que iba en la bandeja superior de su baúl habríase sentido profundamente emocionada, pues Fanny había hablado de los pobres regalos de los que se riera en cierta oportunidad y todos se consultaron para adquirir algo realmente apropiado para cada uno de los componentes de la familia Milton. ¡Qué caudal de riquezas! Si Polly hubiera sospechado que un relojito `con sus iniciales se había agregado a los otros regalos, jamás podría haber dejado cerrado el baúl, como se lo aconsejó la abuela, ni haber comido tranquilamente su cena.

Tom ya no necesitó que le urgieran para que acompañara a Polly, y tanto Fan como Maud insistieron en ir también. La señora Shaw olvidó sus nervios y besó a Polly como si ésta hubiera sido su hija más querida, y la abuela la abrazó cariñosamente mientras le susurraba quedamente: "Consuelo mío, vuelve pronto".

Pero lo más conmovedor de todo fue la despedida de Tom, pues guando estaba Polly instalada en su asiento y partía ya el tren, el muchacho sacó del bolsillo un paquete y lo pasó por la ventanilla, corriendo a la par del vagón mientras decía con voz no del todo firme:

-Es horrible, pero tú la quisiste, por eso la incluí para hacerte reír. ¡Adiós, Polly, adiós!

Este último adiós fue un tanto tembloroso, y Tom desapareció al pronunciarle, dejando a Polly riendo por su regalo hasta que las lágrimas le corrieron por las mejillas. Era un cartucho de maníes entre los que había una fotografía de Tom. Era realmente "horrible", pues parecía haber sido tomada a la luz de un relámpago, tal era el contraste entre su rostro y el fondo; pero a Polly le gustó, y cuando se sentía un tanto triste por haberse separado de sus amigos, sacaba un maní o echaba un vistazo al cómico retrato de Tom y volvía a recobrar su ánimo.

Así terminó el breve viaje, y al anochecer vio un grupo de rostros afectuosos a la puerta de una humilde casita que a sus ojos era más hermosa que el palacio más imponente, pues era su hogar.

8
SEIS AÑOS DESPUÉS

-¿Qué creen que va a hacer Polly este invierno? -exclamó Fanny, levantando los ojos de la carta que había estado leyendo con profundo interés.

-Dar conferencias sobre los derechos femeninos -dijo el joven caballero que, parado frente al espejo de la chimenea, se miraba la abundosa mata de cabellos castaño rojizos.

-Tratar de conquistar a algún pastor joven para casarse con él en primavera -aventuró la señora Shaw.

-Yo opino que va a quedarse en su casa para hacer todo el trabajo porque los criados resultan muy caros -observó Maud.

-Yo pienso que abrirá una escuela, o algo parecido, para ayudar a sus hermanos -manifestó el señor Shaw, quien había dejado de lado su diario al oír mencionar el nombre de Polly. Todos ustedes se equivocan, aunque papá es el que más se ha acercado a la verdad -declaró Fanny-. Va a dar lecciones de música y mantenerse sola a fin de que Will pueda asistir a la universidad. Él es el estudioso de la compañía y Polly se siente muy orgullosa de él. Ned, el otro hermano, tiene talento para los negocios y no le interesan los libros; por eso se ha trasladado al oeste a fin de abrirse camino por su cuenta. Polly dice que ahora no la necesitan en la casa, ya que la familia es pequeña y Kitty puede encargarse de todo, de modo que va a ganarse la vida por separado y pasar a la familia la parte que le corresponde a Will. -Si es tan bonita como la última vez que la vi, no le costará nada conseguir alumnos. No me desagradaría tomar lecciones con ella -fue la graciosa observación de Shaw hijo, mientras dejaba de mirarse al espejo con la consoladora seguridad de que su cabello se estaba tornando más oscuro.

-A ti no te aceptaría a ningún precio -dijo Fanny, al recordar la expresión de desengaño de su amiga cuando les hizo su última visita y descubrió que su hermano habíase convertido en un petimetre.

-Espera y verás -repuso él.

-Si Polly lleva a cabo su plan, me gustaría que Maud estudiara con ella. Fanny puede hacer lo que guste; pero me agradaría que una de mis hijas cantara como Polly. Esas canciones son más comprensibles que la ópera y a mamá le encantaban.

Así diciendo, el señor Shaw volvió la vista hacia el rincón donde solía instalarse la abuela. El sillón estaba desocupado ahora; su dueña había desaparecido del mundo y sólo quedaba de ella un recuerdo lleno de dulzura.

-Me gustaría aprender, papá, y Polly es una maestra de primera; siempre está de buen humor y no pierde la paciencia por nada -dijo Maud-. Espero que consiga en seguida muchos alumnos.

-¿Cuándo viene? -inquirió la señora Shaw, muy dispuesta a ayudar a Polly, aunque decidiendo para sus adentro que Maud terminaría sus estudios con la maestra que estuviera más dé moda.

No lo dice. Me agradece por haberla invitado a casa como de costumbre, pero dice que empezará a trabajar de inmediato y le conviene iniciarse en un cuarto propio.

-Ya conseguiremos que venga. El cuarto le costará algo, ella puede estar con nosotros o no, aunque tenga que dar clases. Dile que yo lo he dicho -manifestó el padre.

-Sé que no vendrá, pues si se propone ser independiente lo hará de la manera más completa posible -repuso Fanny.

-Haré lo que pueda por ella entre mis amistades, y creo que podrá iniciarse bien con alumnos jóvenes. Si sabe cobrar y consigue algunos niños de buena familia para introducirse entre la gente de nuestra sociedad no dudo de que le irá muy bien, pues hay que reconocer que Polly tiene modales de dama -observó la señora Shaw.

-Es muy atrayente y me alegro que vaya a vivir en la ciudad, aunque me gustaría mucho más si no se molestara en enseñar y se quedara con nosotros para divertirse -observó Tom.

-No dudo que se sentiría muy honrada de que le permitieras dedicar todo su tiempo a entretenerte a ti; pero no puede darse esos lujos y no le gusta flirtear, de modo que tendrás que dejarla en paz y conformarte con verla cuando se lo permitan sus compromisos -respondió Fanny en el tono sarcástico que se estaba haciendo habitual en ella.

-Te estás volviendo una vieja gruñona Fan. Eres tan agria como un limón -le dijo su hermano.

-Callen niños. Ya saben que no me gustan las discusiones -intervino la dueña de casa-. Maud, dame el chal y pon un cojín a mi espalda.

Al obedecer Maud a su madre, al tiempo que lanzaba una mirada reprobadora a sus hermanos, sobrevino una pausa por la que todos se sintieron agradecidos. Estaban sentados cerca del fuego, después de haber comido, y todos parecían necesitar un poco de alegría. Era un día nublado de noviembre; pero de pronto se abrieron las nubes y un brillante rayo de sol se introdujo en la estancia. Todos se volvieron involuntariamente para recibirlo, y una sola exclamación brotó de todos los labios.

-¡Polly!

En el umbral se hallaba una joven de rostro sonriente y lleno de atractivo.

-¡Querida! ¿Cuándo llegaste? -exclamó Fanny, mientras besaba las mejillas sonrosadas con sincero afecto.

-Llegué ayer, y he estado poniendo en orden mi nido; mas no puedo estar más tiempo alejada y por eso vine a saludarles -repuso Polly.

-Mi Polly siempre trae consigo la alegría -exclamó el señor Shaw al tiempo que tendía sus manos a su amiguita.

Ella le rodeó el cuello con los brazos y le dio un beso lleno de ternura, pues la abuela había muerto desde la última vez que viera Polly al señor Shaw y deseaba consolarle.

Sí Tom había tenido idea de seguir el ejemplo de su padre, algo en la actitud de Polly le hizo cambiar de idea y ofrecer su mano en cambio.

-Me alegro mucho de verte, Polly -dijo, agregando para sus adentros: "¡Más bonita que nunca!"

Había algo más que su belleza en el rostro de la joven, aunque Tom no tenía aún la suficiente experiencia como para verlo. Los ojos azules eran claros y serenos, la boca franca y dulce, la barbilla firme a pesar de su suavidad, y la frente despejada bajo los rizos castaños tenía un arco indicador de benevolencia, mientras que en todo su rostro veíanse esas líneas inconfundibles que hacen hermosas las facciones aun menos provistas de belleza, convirtiéndolas en un dechado de perfecciones. Polly había crecido; más no tenía ahora más elegancia que en los días del sombrerito redondo y el abrigo de tela basta, pues vestía toda de gris, como una joven cuáquera, sin otro ornamento que un moño azul al cuello y otro en el pelo. No obstante, el sencillo atavío sentábale magníficamente bien y nadie se fijaba en el vestido, pues la libertad gozada en su niñez otorgaba a Polly ese don que se llama salud, y cada uno de sus movimientos denotaba el vigor y la gracia que únicamente puede brindar el buen estado físico.

-Es un placer tenerte de nuevo entre nosotros -dijo Maud, que se sentó a los pies de Polly una vez que ésta se hubo instalado entre Fanny y el señor Shaw.

-¿Cómo van tus cosas? ¿Cuándo comienzas? ¿Dónde tienes tu nido? -preguntó Fanny, llena de curiosidad.

-Creo que mis cosas irán bien, pues tengo doce alumnos para comenzar; todos pueden pagar bien e iniciaré las clases el lunes.

-¿No estás asustada?

-No mucho. ¿Por qué habría de estarlo? -respondió Polly.

-No sé; es algo nuevo y al principio ha de ser difícil -tartamudeó Fanny, sin querer decir que eso de trabajar para ganarse la vida le parecía poco halagador.

-Será cansador, por supuesto, pero ya me acostumbraré. Me agradará el ejercicio, y me entretendré conociendo personas y lugares novedosos. Además, la independencia me parece muy conveniente, y si puedo ahorrar un poco para ayudar a Kitty, eso será lo mejor de todo.

-¿Qué alumnos tienes? -inquirió la señora Shaw.

Polly le leyó su lista y alegróse para sus adentros de la impresión que produjeron estos nombres a sus oyentes.

-¿Cómo conseguiste a los Davenport y a los Grey, querida? -dijo la dama, irguiéndose a causa de la sorpresa.

-La señora Davenport y mamá son parientes. -Nunca nos lo dijiste.

-Los Davenport no nos visitaban desde hacía mucho y me olvidé de ellos. Pero cuando hice mis planes, comprendí que necesitaba uno o dos nombres importantes entre mis alumnos, de modo que escribí a la señora para preguntarle si podía ayudarme. Fue a visitarnos, se mostró muy amable y me consiguió todos los alumnos que tengo.

-¿Dónde aprendiste esa sabiduría tan mundana? -inquirió el señor Shaw.

-Aquí, señor -repuso la joven con una sonrisa-. Antes pensaba que la protección de otros era muy desagradable y poco digna para el que la recibe; pero me he hecho más sabia y, hasta cierto punto, me alegro de aprovechar las ventajas que estén a mi mano si puedo conseguirlas honradamente.

-¿Por qué no nos permitiste que te ayudáramos nosotros a iniciarte? Lo hubiéramos hecho con mucho gusto -terció la señora Shaw.

-Ya lo sé; pero han sido ustedes tan buenos conmigo que no quise molestarlos con mis planes hasta haber dado los primeros pasos. Además, ignoraba que les hubiera gustada recomendarme como maestra, aunque me quieran como persona.

-Claro que sí, querida, y queremos que aceptes a Maud y le enseñes tus canciones. Tiene buena voz y necesita educarla.

Una leve sonrisa curvó los labios de Polly al dar las gracias por la nueva alumna, pues recordaba una época en que la señora Shaw consideraba a sus canciones como muy poco apropiadas para una joven de la sociedad.

-¿Dónde tienes tu cuarto? -inquirió Maud.

-En casa de la señorita Mills, mi antigua amiga. Ya saben que alquila cuartos sin pensión; pero a mí me dará el almuerzo, y yo debo prepararme el desayuno y el té por mi cuenta. Así me gusta más y es muy poca molestia para mí, ya que mis hábitos son tan simples: una taza de leche con pan a la mañana y en la noche, con manzanas asadas o algo por el estilo ya tengo resuelto el problema.

-¿Está bien amueblado tu cuarto? ¿No podemos prestarte algo? -preguntó la señora Shaw, demostrando un interés desusado en ella-. Un sillón o un sofá, por ejemplo.

-Gracias, pero no necesito nada, pues me traje de casa todo lo que pudiera hacerme falta. Oye, Fan, deberías haber visto mi entrada triunfal en la ciudad sentada entre mis cosas en un carro de granjero.

La risa de Polly fue tan contagiosa que todos sonrieron y olvidaron escandalizarse ante la novedad.

-Sí -agregó ella-. Deseaba haberte encontrado aunque sólo fuera para ver tu cara de asombro cuando me descubrieras sentada en mi sofá, rodeada de cajas y paquetes, con una jaula a un lado y al otro un canasto de pescador por cuya abertura asomaba la cabeza de un gatito, y al señor Brown sentado sobre un barril de manzanas en la parte delantera del

vehículo. Fue un día hermoso .y me agradó el paseo inmensamente, pues tuvimos varias aventuras.

-Cuéntanos, cuéntanos -rogó Maud cuando se hubieron apagado las risas que provocó la descripción de Polly.

-Bueno, en primer lugar, nos olvidamos de mi hiedra, y Kitty tuvo que correr tras de mí para alcanzármela. Después emprendimos la marcha de nuevo; pero pronto nos detuvimos al oír gritos .y vimos a Will que corría cuesta abajo, agitando un cojín en una mano y un pastel en la otra. ¡Cómo nos reímos cuando llegó y nos explicó que nuestra vecina la señora Dodd me enviaba el cojín para mi comodidad y el pastel para el almuerzo del primer día. El cojín pude acomodarlo en seguida, pero el pastel...! ¡Oh, lo que me costó! Creo que lo puse en todos los rincones del carro v que no se quedó en ninguna parte. Lo encontré sobre mi falda, después en el piso entre los libros, más tarde lo descubrí a punto de caerse al camino y al fin fue a parar sobre mi mecedora. Y era un pastel extraordinario, pues a pesar de todos sus viajes no se rompió ni se aplastó, y finalmente lo comimos para que no nos molestara más.

"Después se me escapó el gatito y tuve que trepar paredes y cruzar arroyos para capturarlo. Terminamos recibiendo la biblioteca sobre nuestras cabezas al bajar una cuesta, y perdiendo mi sillón por detrás cuando subimos la otra. Un grito nos hizo detener y al volver la vista vimos al pobre sillón meciéndose en medio del camino, mientras un muchachito lo contemplaba desde una cerca, gritando y riendo a más y mejor. Les aseguro que fue muy divertido."

Polly había relatado todo esto con gran animación, no porque pensara que sus aventuras tuvieran importancia, sino más bien con el deseo de alegrar a sus amigos, especialmente al señor Shaw, y cuando le vio echarse hacia atrás en su sillón y reír alegremente, sintióse satisfecha y bendijo al desventurado pastel por haberle divertido tanto.

-¡Oh, Polly, qué cosas tan interesantes cuentas! -suspiró Maud, enjugándose los ojos.

-Me gustaría haberme encontrado contigo. Hubiera dado tres hurras ante el espectáculo -dijo Tom.

-No lo creo; te hubieras escondido tras una esquina al verme acercar, o habrías pasado sin mirarme.

Polly se le rió en la cara, tal como solía hacerlo antes, y, a pesar de que se había dudado de su cortesía, Tom sintióse algo complacido, aunque dijo en tono de reproche:

-No digas eso, Polly.

-Es la verdad. Maud, debes venir a ver mis animalitos, pues mi gato y mi pajarito viven juntos y son tan felices como hermano y hermana -dijo Polly, volviéndose hacia la niña que la escuchaba fascinada.

-Eso no es gran cosa -murmuró Tom, deseoso de que Polly hablara un poco más con él.

-Polly sabe lo que dice; sus hermanos aprecian a sus hermanas -observó Fanny con tono acerbo.

-Y Polly aprecia a sus hermanos, señorita; no lo olvides -repuso él.

-¿Les dije que Will piensa ingresar en la universidad? -intervino Polly a fin de despejar la atmósfera.

-Espero que se divierta -observó Tom con el aire de sublime indiferencia propio de los alumnos adelantados.

-Creo que así será, pues está deseoso de adelantar. Sólo espero que no se enferme de tanto estudiar -manifestó Polly.

-Creo que no ocurrirá eso -expresó Tom con un brillo malicioso en los ojos-. Yo me ocuparé de que no estudie demasiado.

-Mucho me temo que no se pueda confiar en ti como mentor, si es que no mienten ciertos rumores.

-Calumnias. Soy digno de confianza, el mejor de mi clase y un modelo de caballero. ¿No es verdad, mamá?

Y Tom acarició la mejilla de su madre con mano cariñosa, seguro de que en ella tenía una aliada, pues cuando dejó de ser un muchachito travieso y mal entrazado, la señora Shaw comenzó a enorgullecerse de su hijo.

-Sí, querido, eres todo lo que podría querer yo -declaró la señora, mirándole con tanto afecto y confianza que Polly lanzó a Tom la primera mirada aprobadora que le obsequiaba desde que llegara.

-Me alegro de que vengas a pasar aquí todo el invierno, pues nos divertiremos mucho y te llevaré a todas partes -comenzó Fanny.

Polly negó con la cabeza.

-Sería muy lindo pero es imposible, Fan. He venido para trabajar y ahorrar, y para mí no habrá fiestas.

-Espero que no pensarás trabajar todo el tiempo sin tener ninguna diversión -exclamó Fanny.

-Pienso hacer lo que me he propuesto y no dejarme apartar de mis propósitos por nada del mundo. No podría dar lecciones si me levantara tarde, ¿verdad? ¿Y cómo iban a alcanzarme mis ganancias si gastara en vestirme, andar en coche e ir a fiestas? No puedo hacer ambas cosas ni lo intentaré; pero me iré divirtiendo un poco a medida que se presenten las cosas, y me contentaré con los conciertos y conferencias gratis, con verlos a ustedes a menudo, y con recibir a Will todos los domingos.

-Si no vienes a mis fiestas, jamás te perdonaré -expresó Fanny, al callar su amiga.

-Puedo venir a las fiestas íntimas en la que esté bien con un sencillo vestido de seda negra; pero en las de mucha ceremonia no voy a pensar siquiera.

Resultaba encantador ver la resolución pintada en el rostro de Polly cuando dijo esto, pues conocía sus propias debilidades y no pensaba propasarse. Fanny no dijo más, segura de que su amiga accedería cuando llegara el momento.

-Oye, Polly, ¿no querrías darnos clases de música a los muchachos? -intervino Tom-. Alguien quiere que toque, y preferiría aprender contigo que con el señor Twankydillo.

-¡Cómo no! Si ustedes desean realmente aprender y se conducen bien, los aceptaré pero les cobraré extra -repuso la joven con una mirada maliciosa.

-Pero Tom ya no es un muchacho; cuenta veinte años y dice que debemos tratarlo con respeto -terció Maud-. Además, está comprometido y por eso se da aires de gran señor.

-¿Quién es la feliz mortal? -inquirió Polly, tomando a broma la novedad.

-Trix. ¿No lo sabías?

-No. ¿Es verdad, Fan?

-Polly volvióse hacia su amiga con expresión de gran sorpresa.

-Me olvidé de decírtelo en mi última carta. Recién se ha anunciado, y no estamos muy conformes -observó Fanny, que hubiera preferido comprometerse antes que su hermano.

-Está muy bien y yo me siento perfectamente satisfecha -anunció la señora Shaw.

-Polly parece no creerlo. ¿Acaso no tengo el aspecto del "hombre más feliz del mundo"? -preguntó Tom sin saber si era compasión lo que veía en los ojos de la joven.

No me parece -repuso ella con lentitud.

-¿Y entonces qué aspecto debo tener?

-El del que ha aprendido a preocuparse más por otras personas que por sí mismo -declaró Polly, ruborizándose de pronto y en tono mucho más suave, al tiempo que dejaba de mirar a Tom, quien era la encarnación del dandy de la época.

-Estoy de acuerdo contigo, Polly -declaró el señor Shaw-. Espero que sea cosa de muchacho y pase pronto.

Molesto ante la manera poco respetuosa con que trataban su compromiso, Shaw hijo esforzóse por adoptar una actitud indiferente, y al ver que le era imposible, estaba por salir de la estancia cuando su madre lo llamó:

-¿A dónde vas, querido?

-A ver a Trix, naturalmente. Adiós, Polly.

Y el mozo se fue, seguro de que con ese cambio de tono había convencido por lo menos a uno de los presentes que consideraba a Trix como la luz de su existencia y a Polly como a una persona insignificante.

Si la hubiera oído reír ante los comentarios de Fanny se habría puesto furioso; por fortuna se vio librado de esta prueba y marchóse con la esperanza de que las coqueterías dé su Trix le harían olvidar la mirada que lanzó Polly al responder a su pregunta.

-Querida, ese muchacho es la persona más tonta que he visto -comenzó Fanny tan pronto se hubo cerrado la puerta, Belle y Trix trataron de conquistarlo, y lo capturó la más astuta, pues, a pesar de sus aires, es tan sentimental como un niño. Trix ya ha roto dos compromisos, y la tercera vez fue el novio quien le dio el portante. ¡Vieras la tragedia que hizo! Te aseguro que fue realmente absurdo. No obstante, opino que lo sintió mucho, pues dejó de salir, adelgazó, se puso pálida y dio en verdad un espectáculo muy penoso. Yo le tuve lástima y la traje aquí varias veces, y Tom tomó partido por ella, pues siempre defiende a los caídos, lo cual es muy encomiable de su parte. Pues bien, ella representó muy bien su papel, y permitió que Tom la entretuviera y le llevó la corriente hasta que el pobre perdió la cabeza y un día que la encontró llorando (por su sombrero que no le sentaba bien), pensó que se acordaba del señor Banks y para consolarla el tonto se le declaro. Eso era todo lo que quería ella; de inmediato le aceptó y ahora lo tiene en el lazo, pues desde el compromiso está más alegre que nunca, flirtea con todos los que se le presentan y tiene a Tom en ascuas todo el tiempo; en realidad no creo

que él la quiera tanto como hace ver; pero estará de su parte hasta el fin antes que obrar como Banks.

-¡Pobre Tom! -fue el comentario de Polly cuándo Fan le hubo relatado todo esto al oído mientras se hallaban sentadas en un rincón de la sala.

-Mi único consuelo es que Trix romperá el compromiso antes de la primavera. Siempre lo hace a fin de estar libre para su campaña de verano. Eso no le hará daño a Tom; pero me desagrada que por ser demasiado bueno pase por tonto, pues es más hombre de lo que parece y no me gusta que lo atormente nadie. -Nadie sino tú -dijo Polly con una sonrisa.

-Bueno, eso es justo. Él suele atormentarme a mí muchas veces, aunque le quiero mucho a pesar de eso. Me aburro de los otros muchachos, y cuando Tom está de buen humor, resulta agradable y entretenido.

-Me alegro de que así sea.

-Sí, y cuando la abuela estuvo enferma, él se mostró bonísimo con ella. No creía que fuera tan bondadoso. Sufrió mucho con su muerte, pues, aunque dijo muy poco, estuvo muy serio durante bastante tiempo. Traté de consolarlo y tuvimos varias charlas, llegando a conocernos mutuamente por primera vez. Fue muy agradable, pero no duró mucho. Pronto volvimos a lo de antes, y ahora estamos siempre discutiendo.

Fanny lanzó un suspiro, ahogó un bostezo y volvió a caer en su actitud abatida de costumbre, como si el breve entusiasmo despertado por la llegada de Polly hubiera comenzado ya a disminuir.

-Ven a casa conmigo y te mostraré mi cuarto -dijo Polly-. Vengan las dos y nos divertiremos como antes.

Aceptaron y pronto partían las tres hacia el nuevo hogar de Polly situado en una calle tranquila y arbolada.

A mi hogar se llega
por una larga escalera.

Así cantó Polly mientras ascendía los dos tramos de la ancha escalera y abría la puerta de un cuarto en cuyo hogar ardía ya un alegre fuego de leños.

-Estos son mis amigos, Maud -anunció, deteniéndose en el umbral y haciendo seña a sus amigas para que se asomaran sin hacer ruido.

Tendido sobre la alfombra, tostándose al calor de las llamas, velase un gatito gris, e instalado sobre una de sus patas se hallaba un canario que miró con gran interés a los recién llegados, pió como para despertar a su camarada y voló luego directamente hacia el hombro de Polly, rompiendo a cantar alegremente.

-Permítanme que les presente a mi familia -dijo la dueña de casa-. Este pajarillo tan bullicioso es Nicodemus, y aquel gato dormilón es Ashputtel. Ahora quítense los abrigos y se quedarán

a tomar el té. El coche vendrá a buscarlas a las ocho. Ya lo arreglé todo con vuestra madre mientras ustedes estaban cambiándose.

-Yo quiero ver todo -expresó Maud.

-Lo verás, pues creo que mis cosas te divertirán.

Polly mostró entonces su reino, y las tres pasaron un rato muy entretenido. El piano ocupaba tanto lugar que no quedaba sitio para la cama; pero la joven les mostró el sofá que se abría en dos para servir de lecho.

-Ya ven qué conveniente es. Durante el día no molesta cuando recibo aquí a dos o tres de mis alumnos.

Una alfombra de alegres colores cubría el piso; juntos a una ventana se hallaban la mecedora y la mesa de costura; los anaqueles para libros pendían sobre el sofá; había dos o tres grabados en las paredes, y un jarrón reposaba sobre la repisa de la chimenea.

-¡Qué bonito es! -exclamó Maud al salir del amplio armario empotrado-. La tarea es hermosa y hay muchísimas cosas lindas para comer. Acompañemos el té con tostadas, Polly, y déjame que las haga con ese tenedor nuevo.

Fanny no se mostró tan entusiasmada como su hermana, pues vio muchas indicaciones de pobreza; pero Polly estaba tan alegre y llena de esperanzas que su amiga no tuvo valor para indicarle las fallas o sugerir mejoras, y sentóse a reír y conversar mientras las otras dos preparaban el té.

-Será un festín campesino, chicas -anunció Polly-. Aquí tengo crema, pan integral, torta casera y miel de mis propias colmenas Mamá me dio tanto que me alegro de tener compañía, pues no podría comerme todo esto sola. Pon manteca a las tostadas, Maud, y cúbrelas con esta tapa. Avísame cuando hierva el agua y no pises a Nicodemus.

Librodot

-¡Qué magnífica ama de casa serás algún día! -dijo Fanny, observando cómo Polly tendía la mesa con una habilidad y rapidez extraordinarias.

-Sí, esto es una buena práctica -rió la joven, mientras llenaba la tetera e iba luego a sentarse en su lugar.

-Esta es la fiesta más encantadora a la que he ido -observó Maud con la boca llena-. Me gustaría tener un cuarto como éste, y un gato y un canario que no se comieran entre sí, y una tetera así y hacer tostadas cuando se me ocurriera.

Tal fue la hilaridad que provocaron estas aspiraciones que la señorita Mills sonrió mientras tomaba su té a solas, y Nicodemus rompió a piar con entusiasmo sin igual.

-No me interesan tanto la tetera y las tostadas, pero envidio tu alegría, Polly -expresó Fanny al cesar las risas-. Estoy tan cansada de todo y de todos que hay veces me parece que estoy por morir de tedio. ¿Nunca te sientes así?

-A veces me afligen ciertas cosas; pero entonces tomo la escoba y barro, o lavo mi ropa, o camino, o hago algo con toda mi voluntad, y por lo general descubro que la preocupación ha desaparecido cuando termino el trabajo, o que tengo suficiente valor como para soportarla sin quejarme.

-Yo no puedo hacer esas cosas; no hay necesidad, y no creo que me curarían -manifestó Fanny.

-Un poco de pobreza te haría bien, Fan; sólo la suficiente como para mantenerte ocupada hasta que descubrieras lo bueno que es el trabajo. Una vez que aprendieras eso no volverías a quejarte del tedio.

-¡Cielos, no! Eso sí que no me gustaría. Pero quisiera que alguien inventara alguna nueva diversión para los ricos. Estoy harta de fiestas y de flirtear y esforzarme por vestirme mejor que mis amigas y hacer lo mismo todos los años.

El tono de Fanny era acerbo y su rostro reflejaba tristeza. Polly sospechó por esto que alguna dificultad más real que todas las que conociera en su vida oprimía el corazón de su amiga. No

era ése el momento de hablar del asunto; pero Polly decidió estar lista para ofrecerle su comprensión, aunque más no fuera, cuando llegara el momento de las condifencias. Su actitud fue tan cordial y bondadosa que Fanny se calmó en la atmósfera tranquila de la habitación, y cuando se despidieron después de haber charlado largo rato junto al fuego, besó a su amiga con gran cariño, diciéndole agradecida:

-Vendré a menudo, querida Polly. Me hace mucho bien.

9
LECCIONES

Las primeras semanas fueron difíciles, pues Polly no se había sobrepuesto aún a su natural timidez. Pero su voluntad le dio valor, y una vez roto el hielo, sus alumnos aprendieron a quererla. Pronto dejó de ser novedoso el nuevo estado de cosas, y aunque estaba preparada para el trabajo constante, le resultó muy tedioso hacer la misma cosa día tras día.

Además, sentíase solitaria, pues Will la visitaba una sola vez por semana; sus horas de descanso eran las que Fanny tenía más ocupadas, y sus entretenimientos tan pocos y espaciados que sólo la hacían anhelarlos más. Aun el cuidado de su hogar perdió sus encantos, pues era muy sociable, y las comidas solitarias resultaban a menudo tristes.

Librodot

Ashputtel y Nicodemus hacían todo lo posible por alegrarla; pero también ellos parecían echar de menos la libertad del campo y la atmósfera hogareña. Sí, para el momento en que la tetera perdió su brillo, Polly había decidido que eso de trabajar para vivir no es cosa de broma y muchas de sus esperanzas habían compartido la suerte de la tetera.

Así, pues, a pesar de sus valientes resoluciones, Polly solía echar de menos un poco de diversión, y después de decirse: "Sí, es mucho mejor que me acueste temprano para poder trabajar bien mañana", yacía despierta en el lecho, oyendo pasar los carruajes e imaginando las alegres jóvenes que lo ocupaban para ir a alguna fiesta, a la ópera o a una reunión familiar.

Otra cosa que lastimó a nuestra Polly en su primera tentativa de abrirse camino fue el descubrir que el hecho de ganarse la vida trabajando es motivo de que se le cierren a uno muchas puertas aun en nuestra democrática América. Como invitada de Fanny había sido recibida bondadosamente dondequiera que la llevaba su amiga. Ahora cambiaban las cosas y aun Fanny, con todo su afecto, comprendía que Polly la maestra de música no sería bien recibida en muchos lugares donde Polly la joven dama había sido aceptada como la "amiga de la señorita Shaw”.

Algunas de las chicas la saludaban todavía amablemente pero nunca la invitaban a que las visitara; otras sólo bajaban la vista y se cruzaban con ella sin dirigirle la palabra, mientras que muchas la ignoraban tan enteramente como si hubiera sido invisible. Esto lastimaba a Polly, y más de una vez sintióse tentada de renunciar a sus planes y correr a refugiarse en casa de sus mayores.

Fanny nunca dejó de invitarla a todas las fiestas que se realizaban en la mansión de los Shaw; pero Polly se negó firmemente a ir si no era cuando la familia estaba sola. Pronto descubrió que aun su nuevo vestido de seda negra no era lo suficientemente elegante ni aun para las fiestas menos ceremoniosas, y después de recibir las miradas expresivas con la que las mujeres dan su opinión sobre el atavío de sus vecinas, y de oír uno o dos comentarios respecto "el vestido de siempre" y "al pajarillo negro", Polly guardó la prenda y se dijo en voz baja:

-Me lo pondré para Will; a él le agrada, y la ropa no puede cambiar el cariño que me profesa.

Todos tienen sus días malos, y Polly comenzó a pensar que a ella le había tocado más de lo que le correspondía en este sentido. Uno de estos días terminó de una manera que influenció toda su vida, de manera que vamos a relatar algunos de sus pormenores. La mala suerte comenzó temprano, pues el tiro de la chimenea no quiso obedecer hasta que la joven hubo usado una cantidad extraordinaria de leña menuda. Después escaldó al pobre Ashputtel al volcar la cafetera, y en lugar de poder comer tranquila y sin apuro, tuvo que irse apresuradamente y con el estómago vacío, pues todo le salió mal. Como ya era tarde, olvidó sus piezas de música, y al volver a buscarlas, tuvo la desgracia de caer en un charco.

¡Qué mañana aquélla! Polly sentíase fuera de quicio y todos los pianos parecían necesitar un buen afinado. Los alumnos se mostraban estúpidos y dos de ellos anunciaron que sus madres iban a llevares al sur, de donde los llamaban con urgencia. Esto fue *un golpe fuerte para la joven, pues recién comenzaban las lecciones y no podría evitar una cuenta por todo el trimestre, aunque sus planes y cálculos se verían perturbados por la falta de ese dinero.

Mientras regresaba a su casa, llena de fatiga y muy preocupada, la pobre recibió otro golpe que le hizo más daño que la pérdida de los alumnos. Caminando apresuradamente con una carpeta de música en una mano y un cartucho en la otra, vio a Trix y a Tom caminando lentamente en dirección contraria; con el deseo de ver un rostro cordial y recibir una palabra amable, cruzó la calle para saludarlos y sonreírles. Trix la vio primero y súbitamente clavó la vista en el distante horizonte. Al parecer, Tom no la vio, pues estaba mirando a un caballo que

pasaba al trote. Polly pensó que él la había visto, y siguió avanzando con cierto recelo, pues su copa de amargura se desbordaría si Tom la desdeñaba.

La pareja continuó acercándose, Trix contemplando el horizonte, Tom con la vista fija en el caballo, mientras Polly avanzaba con su paquete en la mano. Llegó el momento en que se cruzaron y nadie habló ni saludó; pasó el momento y Polly siguió su camina con la impresión de que la habían abofeteado.

Ahora bien, Tom no era culpable de esta ofensa y siempre había saludado a Polly cuando se encontraban; pero da la casualidad que siempre había estado solo cuando lo vio la joven, y era por esto que ahora le dolía tanto el incidente, en especial porque ella nunca simpatizó con Trix. Antes que pudiera enjugar sus ojos o dominar sus emociones, se encontró con ella un caballero que se quitó el sombrero, la obsequió con una agradable sonrisa y dijo:

-Buenos días, señorita Polly. Me alegro de verla-. Luego, al verla tan alterada, agregó-: perdone usted, ¿le ocurre algo? ¿Puedo serle útil?

Fue un mal momento, pero no se pudo evitar, y a Polly no le quedó otro remedio que decir la verdad.

-Es una tontería, pero me duele que me ignoren mis amigos. Supongo que ya me acostumbraré a ella.

El señor Sydney miró por sobre el hombro, reconoció a la pareja y se volvió con expresión de disgusto. Polly estaba buscando su pañuelo, y sin decir palabra, el joven tomó la carpeta

y el paquete de sus manos, haciendo con ello mucho bien a Polly, quien se enjugó los ojos, rió brevemente y dijo:

-Ya está. Muchas gracias, pero no se moleste con mis cosas. -No es molestia, se lo aseguro. Y esta carpeta me recuerda lo que estaba por decirle. ¿No dispone de una hora para dedicarle a mi sobrina? Su madre quiere que estudie música y me mandó a hablar con usted.

-¿De veras?-. Polly le miró como si sospechara que el joven había inventado la excusa para alegrarla.

Sonrió él y, sacando una nota del bolsillo, se la entregó con estas palabras pronunciadas en tono de suave reproche:

-Mire la prueba de lo que digo y no vuelva a dudar de mi palabra.

Después de disculparse, Polly leyó la esquela que debían dejar en su cuarto si ella estaba ausente, y dio al portador las gracias por esta adición a sus alumnos.

Complacido ante el éxito de su misión, Sydney desvió la charla hacia el tema de la música, y durante un rato olvidó Polly sus preocupaciones mientras hablaba con entusiasmo sobre su tema favorito. Al llegar a su puerta dijo:

-Muchas gracias por tratar de hacerme olvidar mis tontas preocupaciones.

-Entonces permítame que le diga algo más. Aunque las apariencias le condenan, no creo que Tom Shaw la haya visto. La señorita Trix es capaz de cualquier cosa; pero Tom no, pues a pesar de ser tan afectado en el vestir, es una buena persona.

Polly le tendió la mano, agradeciéndole de nuevo su amabilidad. El joven respondió a su saludo haciéndole la misma reverencia que hubiera brindado a la honorable señora Davenport, y se alejó mientras Polly ascendía a su cuarto y decía a Ashputtel: -Es usted un verdadero caballero y demostró gran bondad al decir eso de Tom. Así lo creeré, y ya verá cómo enseñaré a su sobrina Minnie.

Ashputtel respondió con su característico ronroneo, Nick lanzó uno o dos trinos, y Polly comió con más apetito del que creía tener. Pero en el fondo de su corazón había todavía una pequeña herida, y las lecciones de la tarde le resultaron largas y cansadoras. Caía ya la oscuridad cuando volvió de regreso a su casa, y mientras cenaba frente al fuego, varias lágrimas cayeron sobre los panecillos.

-Esto no está bien -dijo de pronto-. Pondré a prueba el viejo plan y trataré de curarme haciendo algún favor a alguien. ¿Qué puedo hacer? ¡Ya sé! Fan piensa ir a una fiesta esta noche. Iré a ayudarla, a vestirse; le gusta que esté yo y a mí me agrada ver cosas bonitas. Sí, y le llevaré unas adelfas.

Levantáse Polly, y después de hacer un ramillete con las flores, marchóse hacia la casa de los Shaw, decidida a mostrarse feliz .y satisfecha a pesar de Trix y de todo su trabajo.

Encontró a Fanny soportando el tormento a manos del peinador, quien hacía todo lo posible por arruinarle el cabello y desfigurarle la cabeza con una masa de rizos, trenzas y rellenos:

-¡Qué buena eres, Polly! Estaba deseando que estuvieras aquí para arreglar mis flores. Esas adelfas le darán aroma a mis camelias, y has sido un encanto al traerlas. Allí está mi vestido. ¿Te gusta? -dijo Fanny, casi sin atreverse a levantar los ojos.

-Es espléndido. ¿Pero cómo podrás ponértelo? -respondió Polly, contemplando con gran interés la nube de encaje blanco y rosa que descansaba sobre la cama.

-Está muy bien hecho, y ya verás lo bien que me sienta. Trix cree que voy a vestir de celeste, y por eso se ha hecho hacer uno verde y dijo a Belle que así arruinaría el efecto del mío,

ya que siempre andamos juntas. ¿Qué te parecen sus intenciones? Belle vino y me lo dijo justo a tiempo, y entonces me hice encargar este rosado para que mi adorable futura cuñada fracase en su conspiración.

Y Fanny se puso de pie para examinar el resultado de la larga labor de Monsieur.

-¿Estoy bien?

-Bien sabes que no sé apreciar como debo los peinados de moda, por eso me gusta tu cabello como antes. Pero me figuro que esto será lo más indicado.

-Claro que sí. Me he ondeado 'y rizado el cabello de tal manera que me queda horrible en su estado natural y debo reparar los daños lo mejor posible. Ahora pon las flores aquí -indicó Fanny, colocando una camelia en un nido de hojas y prendiéndose una adelfa en la nuca.

-¡Oh, Fan, no te lo pongas así; queda horrible! -exclamó Polly, quien deseaba embellecer a su amiga arreglando bien las flores.

-No puedo evitarlo; lo indica la moda y así debe estar -manifestó Fan, colocando otra flor en lo alto de la torre de cabellos. Gimió Polly y se abstuvo de hacer otros comentarios mientras seguía la obra destructora; pero cuando Fan estuvo completamente lista, admiró todo lo que sinceramente pudo y trató de guardarse sus ideas para sí. Empero, su rostro franco la traicionó, pues Fanny volvióse de pronto hacia ella, diciendo:

-Será mejor que hables, Polly, pues veo en tus ojos que algo no te gusta.

-Sólo estaba pensando en lo que dijo la abuela una vez respecto a que la modestia estaba pasada de moda -manifestó Polly, observando la cintura del vestido de su amiga, la que consistía de un cinturón, un poco de encaje y un par de breteles.

Fanny rió con buen humor, diciendo mientras se ponía el collar:

-Si tuviera hombros como los tuyos, no me fijaría siquiera en la moda. Ahora no me sermonees, ponme la capa y ven conmigo, pues debo encontrarme con Tom y Trix.

A Polly la dejarían en su casa después de que el coche hubiera depositado a Fan en casa de Belle.

-Me siento como si yo también fuera -comentó la joven mientras viajaban.

-Eso quisiera yo, y así sería si no fueras tan empecinada. Te he rogado y te he ofrecido todo lo que tengo para que olvides esa absurda resolución que tomaste.

-Gracias, pero no lo haré, de modo que no te preocupes por mí -contestó Polly con firmeza.

Pero cuando se detuvieron frente a la casa iluminada y se encontró en medio del movimiento propio de la fiesta, sintióse algo abatida, y al alejarse en procura de una noche solitaria en su cuartito, lloró tanto como un niño al que se le niega una golosina.

-Hago mal, pero no puedo evitarlo -sollozó para sí mientras viajaba en el coche-. Esa música me inquieta y hubiera estado muy elegante con el vestido azul de Fan. ¡Cuánto me hubiera gustado bailar con el señor Sydney o con Tom! ¡Ay de mí! ¡Desearía ser vieja y fea y ser tan feliz como la señorita Mills!

Así gemía Polly, y para el momento en que llegó a su casa estaba de humor para ir a llorar a solas como lo hacen las niñas cuando sus dificultades se tornan insoportables.

Pero no tuvo oportunidad de sufrir mucho, pues al levantar la cabeza sintiéndose la mujer más desdichada del mundo, vio a la señorita Mills que cosía con expresión tan alegre que no pudo menos que entrar y dirigirle la palabra.

-Siéntate, querida. Me alegro de verte, pero perdona si continúo con mi trabajo, pues tengo apuro por terminar estas cosas esta misma noche- dijo la anciana con una sonrisa, mientras seguía dando puntadas.

-Entonces permítame que la ayude. Estoy triste, y ya que no me siento feliz, quizá me consuele haciendo algo útil.

-Gracias, querida. Sí, puedes hacer el ruedo de la falda mientras yo le pongo las mangas.

Polly se puso el dedal en silencio, pero cuando la señorita Mills le tendió la franela blanca sobre la falda, exclamó:

-¡Pero si esto parece una mortaja!

-No, querida, gracias a Dios, no lo es, aunque lo habría sido si no hubiéramos salvado a la pobrecilla -replicó la anciana.

-¿Quiere contarme de qué se trata? -pidió Polly-. Me gusta enterarme de las obras buenas.

-¡Ah, querida, es una historia muy común! Eso es lo más triste. Te la contaré, pues creo que podrás ayudarme. Anoche estuve atendiendo a la pobre Mary Floyd que está enferma de tuberculosis -comenzó la señorita Mills-. Mary estaba muy mal, pero a eso de medianoche se durmió, y yo estaba poniendo en orden las cosas cuando la casera me llamó: "Jane se ha matado y no sé qué hacer", me dijo, conduciéndome al desván.

-Sólo sabía que era una jovencita pálida que entraba y salía sin hablar casi con nadie. La señora Finn, que así se llama la casera, me dijo que era una muchachita pobre pero honrada

y trabajadora que no se mezclaba con nadie y vivía y trabajaba sola. "La he notado tan abatida y pálida durante esta semana que pensé que estuviera enferma y se lo pregunté", me dijo la señora Finn. "Pero ella me dio las gracias con mucha timidez y me aseguró que estaba bien; de modo que la dejé en paz. Pero esta noche, cuando subí a acostarme, tuve el impulso de asomarme para ver cómo se sentía, pues no había salido de su cuarto en todo el día. Así lo hice, y esto es lo que encontré". Al pronunciar estas palabras la casera abrió la puerta del desván y se presentó a mis ojos el espectáculo más triste que he visto en mi vida.

-¿Qué era? -exclamó Polly, profundamente interesada. -Un cuarto desnudo, frío como un granero, y sobre el lecho un rostro blanco y joven cuyo aspecto me partió el corazón. Sobre la mesa había una botella medio llena de láudano, un viejo monedero y una carta. Léela, querida.

La joven tomó el papel que le daba la señorita Mills y leyó estas palabras:

"Querida señora Finn: Perdone la molestia que le causo; pero no veo otra salida. No encuentro un trabajo con el que ganar lo suficiente y el doctor dice que no mejoraré si no descanso. No quiero ser una carga para nadie, de modo que me voy para no seguir

Librodot

molestando. Por favor, no deje que venga la gente a mirarme. Sé que cometo un pecado; pero parece que en el mundo no hay sitio para mí y ya no tengo miedo de morir, aunque lo tendría si me quedara y enfermase por no tener fuerzas para continuar. Dé mi cariño al nene y adiós". JANE BRYANT.

-¡Oh, qué horrible! -exclamó Polly con los ojos llenos de lágrimas.

-No tanto como podría haber sido; pero bastante amargo fue ver a una niña de diecisiete años, tendida en su lecho, esperando que viniera la muerte a llevársela porque "parecía no

haber lugar en el mundo para ella". Bueno, el caso es que la salvamos, pues no era demasiado tarde. Lo primero que dijo fue: "¿Por qué me han hecho volver al mundo?" La he cuidado todo el día y oído su historia. Su madre falleció hace un año y desde entonces ha luchado sola. Ha probado toda clase de trabajos mal pagados, no pudo vivir decentemente de lo que ganaba, se descorazonó y enfermó, y no vio otro remedio para sus males que el de eliminarse. Es antiguo el cuento, querida, a pesar de lo nuevo y horrible que puede parecerte, y creo que no te haría ningún mal ver y ayudar a esa niña.

-Haré todo lo que pueda -replicó Polly, profundamente emocionada-. ¿Dónde está ahora?

Allí. -La señorita Mills indicó la puerta de su propio dormitorio-. Esta noche se había recobrado lo suficiente como para trasladarse, de modo que la traje aquí y la acosté en mi cama. ¡Pobrecilla! Le dije que ahora era mi hija y podía descansar aquí, que éste sería su hogar mientras lo fuera mío.

Al decir la señorita Mills estas palabras en tono tan maternal, Polly le echó los brazos al cuello y la besó en la arrugada mejilla con tanto respeto como si hubiera sido una santa.

-¡Qué buena es usted! Dígame qué puedo hacer y lo haré -expresó con gran humildad, pues sus dificultades le parecieron mezquinas y tontas ante las penurias que estuvieron a punto de cercenar una vida tan joven.

-Sólo te pido que entres y digas una palabra amable a mi niñita. El verte le hará bien, y tú tienes la habilidad especial de consolar a la gente sin hacerlo notar demasiado.

-¿De veras? -preguntó Polly, muy halagada ante estas palabras.

-Sí, querida, tú tienes el don de la simpatía y lo demuestras sin ofender. No dejaría a otra que viera a mi pobre Jenny, pues la inquietaría; pero tú sabrás lo que debes hacer, de modo que entra y llévale esta chalina.

Abrió la puerta, avanzó silenciosamente por el cuarto débilmente iluminado y vio sobre la almohada un rostro que la atrajo con fuerza irresistible, pues notábase en él una sombra solemne que convertía su juventud en algo patético. Al detenerse junto al lecho, creyendo que la niña dormía, abriéronse los ojos de ésta y se clavaron en los suyos primero sorprendidos y luego suavizados por el placer al reconocer la bondad reflejada en el rostro de Polly. Ésta inclinóse y dio a la niña un beso rebosante de cariño. Jenny le rodeó el cuello con los brazos y comenzó a verter esas lágrimas silenciosas que tanto consuelan los corazones.

-¡Qué buenos son todos! -sollozó-. He sido tan mala que no merezco tanta bondad.

-No lo creas. No pienses en nada y descansa. La otra vida fue demasiado dura para ti, y trataremos de brindarte una nueva que sea mucho más feliz -le dijo Polly.

-¿Vives aquí? -inquirió Jenny sin soltar a su nueva amiga.

-Sí. La señorita Mills me alquila un cuartito en el piso alto, y allí tengo mi gato, mi canario, mi piano y mis plantas, y vivo como una reina. Mañana subirás a visitarme. A menudo me siento sola, pues en la casa no hay gente joven que me haga compañía.

-¿Coses? -preguntó Jenny.

No; soy maestra de música y ando todo el día de un lado a otro, dando lecciones.

-¡Qué feliz debes ser al poder dedicarte a la música todo el tiempo! -suspiró Jenny.

Estas palabras sonaron como música en los oídos de Polly. Como un relámpago pasó por su mente la visión de contraste entre su vida y la de la pobre niña tendida ante ella. Ese minuto hizo más por Polly que muchos sermones o que las palabras de los libros más sabios, pues la puso frente a las verdades más acerbas, mostrándole el lado negro de la vida y disipando para siempre sus pequeñas vanidades y sus frívolos deseos.

-Duérmete ahora. No llores ni pienses. Descansa solamente. Eso complacerá a la señorita Mills. Yo dejaré las puertas abiertas y te tocaré una canción de cuna que no puedas resistir. Buenas noches, querida.

Dándole otro beso, se fue a su cuarto y ejecutó al piano las melodías más suaves, hasta que se cerraron los ojos de la niña que reposaba en el piso bajo y Jenny se durmió para soñar con la nueva vida que comenzaba para ella.

Polly había tenido la intención de dormirse llorando; pero cuando al fin se acostó, su almohada le pareció muy blanda, su cuarto muy bonito y su vida muy dulce. No se creía ya una desdichada, sino la joven más favorecida por el destino. Había oído hablar de la pobreza y los sufrimientos de una manera vaga; pero ahora acababa de verlos y comprenderlos, y la vida se le hizo más seria desde ese momento. Había tanto que hacer y ella hacía muy poco. ¿Cómo comenzar? Luego, como una respuesta le volvieron a la memoria las palabras de Jenny: "¡Qué feliz debes ser al poder dedicarte a la música todo el tiempo!" Sí, eso debería hacer, y Polly rogó al cielo que le concediera fortaleza para convertir su vida en una dulce canción que ayudara a todos mientras durase y fuera recordada después que desapareciera del mundo.

10
HERMANOS Y HERMANAS

El día más feliz de Polly era el domingo, pues Will nunca dejaba de pasarlo con ella. En lugar de dormir hasta más tarde, levantábase temprano y se preparaba para recibir a su invitado; engalanaba su cuarto, se ponía lo más elegante posible, y siempre le recibía con una sonrisa y un beso fraternal cuando llegaba él, con el pan y la cazuela de judías que compraba en un comercio contiguo.

Les agradaban los desayunos tipo campesino, y nada daba a Polly más satisfacción que ver a su muchacho comer todo lo que tenía delante y reírse luego con ella cuando terminaban

de tomar el café. Después inspeccionaban las plantas, hacían una visita a Nicodemus y escuchaban un poco de música. Luego iban a la iglesia y al volver comían con la señorita Mills, quien consideraba a Will como "un joven excelente". Si la tarde era agradable, cruzaban los puentes e iban a dar un largo paseo por el campo o paseaban por las calles de la ciudad en la que predominaba la tranquilidad propia de los domingos.

Si el día era tormentoso, se quedaban en casa leyendo, escribiendo cartas, hablando de sus asuntos y cambiando buenos consejos, pues aunque Will contaba tres años menos que Polly, no pudo menos que sentirse mucho mayor al ingresar en la universidad. Al anochecer recostábase en el sofá y Polly le cantaba algo. A las nueve la joven le llenaba la maleta con su ropa limpia, y las golosinas que quedaban del té y le despedía con un beso, recomendándole que se abrigara la garganta al cruzar el puente y se asegurara de tener los pies secos y calientes al irse a la cama.

Había otra persona que gozaba de los placeres humildes de aquellos domingos tanto como los dos hermanos. Maud solía pedirle que la dejaran ir a tomar el té, y Polly, deseosa de hacer algo por los que tanto hicieron por ella, se ocupaba de ir a buscar a la niña cuando volvían de su paseo o de enviar a Will para que la acompañara en el carruaje, el cual conseguía siempre Maud si el mal tiempo amenazaba ahogar su diversión.

Maud contaba ahora doce años y era una niña algo fea y pálida, de ojos penetrantes e inteligentes y un cerebro que pensaba mucho más de lo que imaginaban todos. Estaba en esa edad incierta en que nadie sabía qué hacer con ella, de manera que la dejaban que se ingeniara como mejor pudiera, buscando sus entretenimientos en cosas raras y viviendo mucho sola, ya que no iba a la escuela porque sus hombros se estaban encorvando un tanto y la señora Shaw no quería permitir que se le "arruinara la línea". Esto venía muy bien a Maud, y cuando su padre hablaba de mandarla de nuevo o de contratar a una gobernanta, la niña veíase aquejada de jaquecas, dolores de espalda o debilidad de la vista. El señor Shaw se reía de esto, mas dejaba que continuaran las vacaciones.

Nadie se preocupaba mucho por la pequeña Maud; su padre estaba muy ocupado, su madre era demasiado nerviosa, Fanny estaba absorta en sus propios asuntos y Tom la consideraba como lo hacen la mayoría de los jóvenes con sus hermanas menores: como una persona nacida para servirle de diversión y obedecer a sus órdenes y nada más. Maud admiraba a Tom con todo corazón y era su esclava, sintiéndose bien pagada si él le decía simplemente "Gracias, pollita", o no le pellizcaba la nariz o la oreja, como era su costumbre común.

Un tormentoso domingo por la tarde se hallaba Tom tendido en el sofá, leyendo y fumando un cigarro tras otro. Maud se encontraba acodada a la ventana, observando caer la nieve. De pronto dejó escapar un profundo suspiro.

-No vuelvas a hacer eso, pollita, o me romperás el corazón -dijo Tom, dejando de lado su libro-. ¿Qué pasa?

-Me parece que no podré ir a casa de Polly -repuso Maud con gran desconsuelo.

-Claro que no; está nevando mucho y papá no volverá con el carruaje hasta la noche. ¿Para qué vas a casa de Polly?

-Me gusta; nos divertimos mucho, y Will está allí y hacemos pasteles y cantan y lo pasamos muy bien.

-¿Pasteles que cantan? Deben ser muy interesantes. Ven y cuéntame.

-No; te reirás de mí.

-Te doy mi palabra que no. Pero de veras que me muero de curiosidad por saber qué hacen allí. Cuéntame esos secretos y te prometo que no los repetiré a nadie.

-No son secretos y a ti no te interesarían. ¿Quieres otro cojín? -agregó ella, al ver que Tom se removía molesto.

-Este me basta, pero lo que no entiendo es la razón de que las mujeres pongan borlas y flecos a los cojines de los divanes para que le hagan cosquillas a uno.

-Una de las cosas que hace Polly los domingos por la noche es poner sobre su falda la cabeza de Will y acariciarle la frente. Dice que eso le alivia del esfuerzo de tanto estudiar. Si no te gusta el cojín, yo podría hacerte lo mismo, pues tú pareces más cansado de estudiar que Will -manifestó Maud con cierta vacilación, mas con el evidente deseo de ser útil.

-Bueno, hazlo si quieres. Es verdad que me siento muy cansado -expresó él, riendo al recordar la juerga de la noche anterior.

Maud se acomodó en el diván con gran satisfacción y Tom admitió que el delantal de seda era mucho más cómodo que el cojín de felpa.

Librodot

-¿Te gusta? -preguntó ella, después de haberle acariciado la frente, la cual creía afiebrada por intensos estudios de Griego y Latín.

-No está mal; continúa -fue la amable respuesta de Tom, quien cerró los ojos y quedóse quieto.

-¡No sabes cuánto me gustaría ir a casa de Polly! -suspiró Maud, y continuó acariciando la frente de su hermano. Ahora bien, el caballo y trineo de Tom estaban en el establo, pues el muchacho pensaba ir a la universidad aquella noche. Empero, no hizo caso a la insinuación de Maud. Era menos molesto quedarse allí tendido y decir en tono conciliatorio:

-Dime algo más sobre Will, ese modelo de hermano.

-No, pero te contaré cómo hace Ashputtel para tocar el piano -repuso Maud-. Polly le indica la tecla con una varita y Ashputtel se sienta en la banqueta y da un zarpazo a cada una de las que le indican, ejecutando así una melodía. Resulta muy cómico verlo, y Nicodemus le acompaña cantando.

-Muy emocionante -comentó Tom con voz adormilada. Maud comprendió que la conversación no era tan interesante como esperaba, e hizo un nuevo esfuerzo.

-Polly opina que tú eres más buen mozo que el señor Sydney.

-Muy agradecido.

-Le pregunté cuál de las dos caras era la más agradable, y me dijo que la tuya era la más bella y la de él la mejor.

-¿Va él allá alguna vez? -inquirió una voz aguda a espaldas de ambos, y al volverse Maud vio a Fanny sentada en el sillón grande, con los pies sobre el radiador de la calefacción.

-Nunca lo vi allí. Un día mandó unos libros y Will se burló de Polly por ese detalle.

¿Qué hizo ella? -inquirió Fanny.

-Pues le dio unos sacudones.

-¡Qué espectáculo! -exclamó Tom, indicando con su expresión que le habría agradado verlo.

Fanny, por su parte, se puso tan seria que el perrillo que se aproximaba para saludarla, dio media vuelta y alejóse con el rabo entre las patas.

-¿Entonces no habrá campanas de boda? -dijo Tom a poco.

-Claro que no. Polly no va a casarse con nadie. Piensa cuidarle la casa a Will cuando éste se reciba de pastor. Ella misma lo dijo -aseveró Maud.

-¿Hay más chismecitos que puedas darnos, pollita? -inquirió Tom un momento más tarde, cuando Maud pareció absorberse en ciertas visiones del futuro.

-Will nos contó una aventura muy cómica que le ocurrió a uno de los profesores. Tú no nos dijiste nada, y por eso me figuro que no lo sabrás. Algún muchacho malvado puso un

cohete bajo la silla y estalló en medio de una lección, y el pobre profesor dio un salto tremendo, llevándose un susto de marca mayor. Los muchachos corrieron con cubos de agua para apagar el fuego. Pero lo que más hizo reír a Will fue que el propio culpable se quemó los pantalones al tratar de apagar el fuego y pidió a la dirección que le dieran un par nuevo, y así hicieron. Pero el muchacho se compró unos muy ordinarios, con rayas feísimas, y siempre se los pone para asistir a la clase que da ese profesor, y con el resto del dinero se dio una fiesta de vino. ¿No te parece horrible?

-¡Espantoso! -Y Tom estalló en carcajadas que obligaron a Fanny a taparse los oídos e hicieron ladrar al perro a más y mejor.

-¿Conocías a ese muchacho? -inquirió la inocente Maud. -Levemente -jadeó Tom, en cuyo guardarropa de la universidad reposaban los pantalones en cuestión.

Librodot

-No sé qué encanto le encuentran a esas cosas tan groseras -expresó Fanny, que, evidentemente, estaba de mal humor. -Eso es tan misterioso para ti como lo es para nosotros eso de que ustedes puedan pasarse las semanas charlando y acicalándose -replicó él.

Tras esta escaramuza hubo una pausa; pero Fan quería que la entretuvieran, pues estaba aburrida, de modo que preguntó en tono más afable.

-¿Cómo está Trix?

-Tan dulce como siempre -respondió Tom con sequedad.

-¿Te riñó, como de costumbre?

-Sí.

-¿Por qué?

-Bueno, tú juzgarás si no es irrazonable. No quiere bailar conmigo y no le gusta que yo baile con otra. Le dije que si un muchacho llevaba a una joven a una fiesta, ella debería bailar con él aunque fuese una vez, especialmente estando comprometidos. Me contestó que ésa era precisamente la razón por la cual no debía hacerlo. Así, pues, la última pieza la dejé sola y me divertí con Belle, y hoy Trix me estuvo martirizando durante todo el camino de la iglesia a casa.

-Ya que te comprometiste con una chica así, no sé qué esperas. -Fan hizo una pausa e inquirió con más interés-: ¿Se puso el sombrero de París?

-Tenía puesto algo azul, con un tremendo pájaro cuyas plumas me hacían cosquillas en la nariz cada vez que daba vuelta la cabeza.

-Los hombres no conocen las cosas hermosas cuando las ven. Ese sombrero es una maravilla.

-Conocen una dama cuando la ven, y Trix no lo parece. No sé donde reside el defecto; pero, para mi gusto, lleva demasiadas plumas y volados. Tú eres el doble de elegante, sin embargo nunca llevas prendas chillonas ni demasiado llamativas.

Complacida ante el desacostumbrado cumplido, Fanny acercó más su sillón al replicar en tono amable:

-Sí, yo sé vestir bien. Trix nunca aprendió; es demasiado aficionada a los colores vivos y por lo general parece un arco iris ambulante.

-¿No podrías hacerle alguna insinuación? Dile que no se ponga guantes celestes; sabe que me repugnan.

-He hecho todo lo posible por ti, Tom; pero es una perversa y no me presta atención, ni aun cuando le hablo de cosas mucho más reprensibles que los guantes celestes.

-Maud, vea traerme otra caja de cigarros. No sé por dónde está.

Maud se alejó, y tan pronto se hubo cerrado la puerta, Tom irguióse en el sofá, preguntando con voz muy queda:

-Fan, ¿Trix se pinta?

-¿Por qué sospechas eso?

-Te lo diré en confianza -expresó Tom, algo corrido, aunque deseoso de explayarse-. Nunca me deja que la bese en la mejilla; siempre quiere que le roce apenas los labios. Pues bien, el otro día, al sacar el ramito de heliotropo que había en un jarrón, sin querer le salpiqué la cara con agua. Iba a secársela con un pañuelo; pero me apartó la mano, corrió al espejo y se lo enjugó con gran cuidado y sin restregarse con el pañuelo. Después volvió con una mejilla más roja que la otra. No dije nada, pero me quedaron mis sospechas. Ahora dime si se pinta o no.

-Sí, pero no le digas ni una palabra, pues jamás me perdonaría si supiera que te lo he contado.

-Eso no me importa; no me gusta y no lo permitiré.

-No podrás evitarlo. Casi todas las chicas lo hacen. Se pintan o se ponen polvos, se oscurecen las pestañas con horquillas quemadas o toman terrones de azúcar empapada en agua de colonia o belladona para que le brillen los ojos.

-Ya sabía que eran ustedes un lote de embaucadoras, y muy bonitas algunas de ustedes; pero no puedo decir que me guste que anden pintadas como las artistas -expresó Tom en tono de disgusto.

-Yo no hago nada de eso ni lo necesito, pero Trix sí y como la elegiste a ella, ahora debes soportarla lo mejor que puedas. -Todavía no hemos llegado a tal extremo -murmuró Tom. El regreso de Maud puso fin a estas confidencias, aunque Tom despertó la curiosidad de la niña haciendo la misteriosa pregunta:

-Oye, Fan, ¿Polly también hace eso?

-No y lo considera muy feo. Cuando pierda los colores cambiará de opinión.

-Lo dudo.

-Polly dice que no está bien hablar en secreto frente a terceros -observó Maud en tono digno.

-¡Por favor, dejen de hablar de Polly! -exclamó Fanny con cierta ira-. ¡Estoy harta de oír su nombre!

-¡Vaya! -Tom se irguió para mirarla-. Creí que eran ustedes íntimas amigas.

-Así es; pero me canso de oír a Maud cantar siempre sus loas. Ahora no vayas tú a repetir eso, charlatana.

-¡Cielos, qué furiosa está! -murmuró Maud.

-Así parece. Déjala en paz... Ahí suena la campana; ve a ver quién es -respondió Tom cuando el tintineo de la campana de la puerta resonó en el silencio de la casa.

Maud fue a espiar sobre la baranda de la escalera y volvió corriendo llena de gozo.

-¡Es Will que viene a buscarme! ¿Puedo ir? No nieva mucho y me abrigaré bien.

-No me importa lo que hagas -fue la respuesta de Fan, que seguía malhumorada.

Sin esperar más, Maud se fue corriendo a prepararse. Will no quiso subir y Tom bajó a entretenerlo un momento. Eran buenos amigos, aunque llevaban vidas muy diferentes: Will era un estudioso y Tom un juerguista. Este último había tratado de proteger a Will, a quien no agradó eso, demostrándolo negándose a pedirle dinero prestado o a aceptar sus invitaciones de entrar en los clubes y sociedades a que pertenecía Tom. Así, pues, Shaw dejaba en paz a Milton, y éste dedicábase a sus libros y resistía todas las tentaciones, salvo las de ciertas bibliotecas, juegos atléticos y otros placeres baratos que estaban a su alcance.

Cuando bajó Maud y se fue tomada de la mano de Will, Tom quedóse mirándolos hasta que se perdieron de vista, y después se paseó por la casa silbando y pensando hasta que, sin

saber qué hacer se quedó dormido en el sillón de su padre. Al despertar tomó el té a solas, pues su madre nunca bajaba, y Fanny habíase encerrado en su cuarto para estar a solas con su jaqueca.

-¡Bonita perspectiva! -murmuró el joven al apagar su cuarto cigarro y oír que el reloj daba las ocho-. Trix está furiosa y Fan no tiene ganas de nada. Me parece que iré a casa de Polly a pedir a Will que vaya conmigo, ahorrándole así una caminata. Traeré a Maud a casa; eso lo complacerá.

Con estas ideas en la cabeza, Tom se puso en camino y fue a ver qué era lo que tanto atraía a Maud.

-Está hablando Polly -se dijo al ascender silenciosamente la escalera y oír la voz de su amiga.

La puerta se hallaba entreabierta y Tom se detuvo en el vestíbulo oscuro para echar un vistazo antes de entrar. La perspectiva no era brillante, pero sí hogareña y acogedora. Frente

al hogar se encontraba Maud observando con profundo interés a una manzana que se asaba para su exclusivo beneficio. Sobre el sofá descansaba Will con los ojos fijos en Polly, quien acariciaba la frente de su hermano de manera que pareció a Tom mucho mejor de lo que lo hacía Maud. Evidentemente, habían estado construyendo castillos en el aire, pues Polly decía:

-Bueno, hagas lo que hagas, no tengas una iglesia costosa y grande que requiera mucho dinero para mantener. A mí me gustan las antiguas, con pocos adornos. No me importa que -fueran desnudas y frías y los asientos duros; en ellas había verdadera vocación. No quiero, una religión que podamos dejar de lado con las ropas domingueras para no volver a sacarlas, hasta que llegue de nuevo el fin de semana; quiero algo que se pueda ver y sentir diariamente, y espero que seas tú uno de los pastores sinceros que saben enseñar con los principios como con los ejemplos.

-Así lo espero yo también, Polly; pero ya sabes lo que se" dice. Si en la familia hay un muchacho que no sabe hacer otra cosa, lo hacen estudiar para pastor. A veces pienso que no sirvo para mucho, y quizá por esa razón no debería siquiera pensar en ser sacerdote -manifestó Will con una sonrisa.

-Alguien dijo eso mismo a papá en cierta oportunidad, y recuerdo que él contestó: "Me alegra dar mi hijo más inteligente al servicio de Dios".

-¿Dijo eso? -inquirió Will, sonrojándose de placer.

-Sí, y agregó: "Dejaré que mis hijos sigan su propia inspiración, y sólo he de pedirles que usen sus dones a conciencia y sean hombres honrados y útiles a la humanidad".

-¡Así lo haremos! Ned está trabajando bien en el oeste, y yo estudio aquí lo más que puedo. Si papá nos da la oportunidad que queremos cada uno, lo menos que podemos hacer es corresponderle trabajando con ahínco.

-Tú también trabajarás con ahínco -intervino Tom, que de tanto interés que tenía había olvidado que estaba escuchando sin ser visto.

Polly se puso de pie, mostrándose tan complacida que el joven se reprochó a si mismo por no haber ido más a menudo.

-He venido a buscar a Maud -anunció en tono paternal. -No puedo irme hasta que esté asada mi manzana. Además, todavía no son las nueve y Will me llevará cuando se vaya. Prefiero ir con él.

-Pienso llevarlos a los dos en mi trineo -dijo Tom-. La tormenta ha pasado; pero todavía hay mucha nieve y la caminata les resultaría muy pesada. ¿Vendrás, viejo?

-Por supuesto, y muchas gracias -repuso Polly-. Quería que se quedara toda la noche; la señorita Mills le hubiera acomodado, pero él quiere irse para poder empezar a estudiar bien temprano en la mañana.

Después de instalar a su nuevo huésped en su mejor sillón, Polly tomó asiento y le sonrió con gran satisfacción.

-No vienes muy a menudo, de modo que nos sentimos un tanto impresionados cuando nos honras con tu visita -expresó.

-Ya sabes que siempre estamos ocupados y ten-amos poco tiempo para divertirnos -repuso Tom.

-¡Hum! -carraspeó Will y ambos rompieron a reír. Polly les hizo eco al comprender la broma.

-Toma unos maníes, Tom -dijo después-. Date el gusto mientras puedes.

-¡Eso sí que es un cumplido delicado! -contestó el muchacho, que no había perdido su afición por la golosina.

-¿Recuerdas la primera vez que fui a tu casa, cuando me diste maníes mientras veníamos de la estación y me asustaste diciéndome que el cochero estaba ebrio? -preguntó Polly.

Librodot

-Claro que lo recuerdo -rió Tom-. Y una vez nos deslizamos juntos por una cuesta.

-Sí. ¿Y el velocípedo? Veo que todavía tienes la cicatriz de la caída.

-Recuerdo cómo estuviste a mi lado mientras me daban las puntadas. Fuiste muy valiente, Polly.

-Tenía un miedo terrible; pero quería parecer valerosa porque me habías llamado cobarde.

-¿De veras? Pues debí haberme avergonzado. Siempre te trataba muy mal y tú eras tan buena que no te enfadabas.

-No podía evitarlo. Pensaba que eras un muchacho terrible, pero creo que me gustaba que fueras así.

-La abuela lo reñía siempre porque se burlaba de ti, y él solía decir que llegaría a ser muy bueno, pero no lo era -observó Maud con gran seriedad.

-La pobre abuela hizo todo lo que pudo, pero nada ganó. Soy muy malo -expresó Tom con gran seriedad.

-Siempre me parece que debe estar en su aposento, y no me acostumbro a no encontrarla -musitó Polly.

-Papá no quiso hacer cambiar nada, y Tom se va a pasar algunos ratos a ese cuarto. Dice que le hace bien -manifestó Maud, quien tenía un talento especial para mencionar cosillas que la gente prefería mantener en secreto.

-Apúrate con tu manzana, pues si no se asa pronto tendrás que dejarla -le dijo Tom algo amoscado.

-¿Cómo está Fan? -inquirió Polly con gran tacto.

-Algo abatida. Dice que está dispéptica, lo cual significa que está enfadada.

-Está enfadada pero también está enferma, pues un día la encontré llorando. y dijo que nadie la quería y que deseaba morir -terció Maud.

-Tenemos que tratar de alegrarla. Si no estuviera tan ocupada, me gustaría dedicarme a ella, que tanto ha hecho por mí -dijo Polly.

-Ojalá pudieras. No logro entenderla; se conduce como una veleta a merced de vientos caprichosos, y nunca sé cómo voy a encontrarla. No me gusta verla tan abatida, pero no sé qué hacer para remediarlo -expresó Tom. Mas al pronunciar estas palabras, la escena que tenía ante los ojos le sugirió algo. Las sillas eran pocas, y Polly ocupó la mitad de la de su hermano cuando se reunieron frente al fuego. Ahora se apoyaba contra él en actitud afectuosa, mientras que el brazo fuerte de Will le rodeaba la cintura con aire protector, lo cual indicaba claramente que los dos hermanos sabían quererse.

"La pobre Fan no recibe muchos cariños; quizá sea eso lo que necesita. Probaré y veremos, pues conmigo se porta muy bien. Eso sí, me sería mucho más fácil si fuera una mujercita como Polly", pensó Tom, mientras comía su último maní con aire meditativo.

-Le conté a Tom la hazaña de ese muchacho malo que hizo estallar el cohete, y él dijo que lo conocía levemente. Eso me alivió porque sospechaba de que podía ser el mismo Tom por la manera que se rió cuando lo supo.

Eso dijo Maud, quien tenía la costumbre de seguir con sus propios pensamientos y expresar de pronto el que se le ocurriera.

Cuando se oyeron sus palabras, hubo' una sonrisa general y Polly dijo con fingida gravedad:

-Fue algo muy penoso, y no dudo que el travieso joven debe haberse arrepentido de su mala acción.

-La última vez que le vi estaba completamente abatido por el remordimiento -dijo Will, lanzando a Tom una mirada llena de picardía.

-Siempre se arrepiente después de sus travesuras, según me han dicho, pues no es un mal muchacho. Lo que pasa es que tiene demasiada vivacidad y no es tan amigo de los libros como otro muchacho que conozco.

-Mucho me temo que le expulsen de la universidad si no se cuida -le dijo Polly en tono de advertencia.

-No me asombraría que así fuera. ¡Tiene tanta mala suerte! -respondió Tom con seriedad.

-Espero que recuerde que sus amigos lo lamentarán mucho si eso sucede. Podría enorgullecer a todos si quisiera. De eso estoy segura.

Así diciendo, Polly miró a Tom con tanta cordialidad que el muchacho sintióse emocionado, aunque, naturalmente, no lo dejó entrever.

-Gracias, Polly; es posible que salga adelante, aunque tengo mis dudas. Bueno, viejo, vamos ya; se hace tarde para la pollita -agregó a poco.

Aprovechando el momento en que Will se ponía las botas en un rincón y Maud estaba entretenida en colocar su manzana en un canasto, Polly dijo a Tom muy por lo bajo:

-Muchas gracias por tu bondad para con Will.

-¿Y eso? Si no he hecho nada. Es tan orgulloso que no me deja.

-Pero le favorece de muchas maneras. ¿Crees que no sé que el traje que acaba de comprarse le hubiera costado mucho más si tu sastre no se lo hubiese hecho? No es más que un muchacho y todavía no comprende ciertas cosas; pero conozco tu manera de ayudar a la gente orgullosa para que los interesados no se enteren. Por eso te lo agradezco de todo corazón.

-¡Vamos, vamos, Polly! Nada de eso -repuso Tom, tan aturdido como si le hubieran descubierto cometiendo un delito -. ¿Qué sabes tú de sastres y asuntos de la universidad?

-No sé mucho, y por esa razón te agradezco tu bondad para con Will. No me importa lo que cuenten de ti; estoy segura que a él no le meterás en dificultades. Ya sabes que perdí un hermano y Will ocupa para mí el lugar de Jimmy.

Las lágrimas que brillaban en los ojos de Polly hicieron que Tom jurara para su interior que defendería a Will contra todo y contra todos.

-Haré lo más que pueda -expresó alegremente, oprimiendo la mano de la joven con una mirada en la que indicaba que haría honor al pedido.

-Ya está. Ahora se la llevaré a mamá para que se dé un banquete -dijo Maud, contemplando su manzana.

-Eres muy buena al acordarte así de mamá -manifestó su hermano.

-Pareció tan complacida con las uvas que le llevaste que pensé llevarle yo también algo. Tal vez a mí también me va a dar las gracias. ¿Te parece que lo hará? -susurró Maud con expresión triste.

-Ya verás que sí -contestó Tom, y, para sorpresa de la niña, no se rió de sus intenciones.

-Buenas noches, querido; cuídate y ponte la bufanda cuando cruces el puente. No quiero que mañana estés ronco -dijo Polly al besar a su hermano.

Después los tres se instalaron en el trineo y partieron a la carrera.

A Maud le resultó muy corto el viaje, y cuando Tom subió para despedirse de su madre y advertirle del regalo que le llevaba la niña, Maud se quedó abajo para decirle al despedirse, imitando así a Polly.

-Buenas noches; cuídate, querido.

Tom se echó a reír, y estuvo a punto de darle un pellizco en la nariz; pero como las palabras le recordaron algo, le dio un beso, lo que causó a Maud tanta sorpresa que casi la deja sin aliento.

El nuevo viaje se efectuó en silencio, ya que Will se mantuvo arropado en la bufanda y Tom se entregó a sus meditaciones. No era muy amigo de reflexionar; pero de vez en cuando lo hacía y en esos momentos era tan serio y sincero como podría desearse. Cualquiera podría haberle sermoneado 'durante una hora sin hacerle tanto bien como la visita y la charla sostenida un rato antes. En efecto, aunque no se dijeron cosas muy sabias ni ingeniosas, se sugirieron algunas de gran valor, y todos sabemos que las influencias persuasivas son mucho mejores que las palabras moralizadoras. A pesar de sus faltas, Tom era lo bastante listo como para sentir el efecto del buen ejemplo, y todavía no estaba lo bastante echado a perder para reírse al verlo.

Ni con mil torturas le habrían sacado una sola palabra; pero la semilla estaba echada, pues los muchachos no dejan tras de sí sus corazones y conciencias cuando entran en la universidad, y estas pequeñeces hacen mucho para evitar que esos corazones y conciencias se vean perjudicados, en la escaramuza de cuatro años con que para la mayoría de ellos comienza la- vida.

11
AGUJAS Y LENGUAS

Querida Polly: El Círculo de Costura se reúne esta tarde en casa. Ven a ayudarme. Te espero. Siempre tuya.

FAN"

-¿Malas noticias, querida? -preguntó la señorita Mills al entregar la nota a Polly aquel mediodía, unas pocas semanas después de la llegada de Jenny.

Polly le informó de qué se trataba, agregando:

-Supongo que tendría que ir a ayudar a Fanny, pero no puedo decir que deseo hacerlo. Las chicas hablan de cosas que no me conciernen y su charla no me resulta nada divertida. No

pertenezco a su círculo y sólo me aceptan por Fan; de modo que debo sentarme en un rincón a coser mientras ellas conversan y ríen.

-¿No sería una buena oportunidad para hablar en favor de Jenny? Ella quiere trabajar v esas señoritas deben encargar mucho afuera. Jenny sabe coser y bordar muy bien, y ya comienza a sentirse ansiosa por ganar algún dinero. No quiero que se sienta dependiente de mí, y un poco de costura bien pagada es lo que necesita para independizarse.

Dicho esto, la anciana siguió cortando una camisa de franela con gran energía.

-Ya lo sé, y desearía ayudar, pero no sé cómo empezar expresó Polly, algo deprimida.

-No podemos hacer todo lo que deseamos, pero sí podemos hacer todo que esté de nuestra parte en los casos en que se nos presentan, y eso ya es bastante. Comienza con Jenny, querida.

Háblales de ella a esas señoritas, y si no me equivoco mucho, ya verás que están dispuestas a ayudarla.

-A decir verdad, temo que se rían de mí si trato de hablarles seriamente respecto a esas cosas -manifestó Polly.

-¿Crees que "esas cosas" sean verdaderas? ¿Deseas sinceramente mejorarlas, y respetas a los que trabajan en tal sentido?

-Sí.

-Entonces, ¿no puedes soportar un poco de ridículo por una buena causa?

Librodot

-Deseo tener una voluntad fuerte para esas cosas, pero no me agrada que se rían de mí las personas que no comprenden mis sentimientos, y eso harán si trato de conseguir que las chicas piensen con seriedad respecto a algo sensato o filantrópico. Ya me tratan de anticuada, y prefiero que me consideren eso, aunque no sea agradable, antes de ser señalada como una reformista y defensora de los derechos femeninos -declaró Polly.

-Este amor y preocupación por los más débiles y pobres que nosotros, esto que se llama caridad cristiana, es una moda muy antigua, querida mía. Comenzó hace mil ochocientos años, y solamente aquellos que siguen con honradez el ejemplo que se nos dio aprenden a extraer de la vida la verdadera dicha -contestó la señorita Mills, sonriendo al ver el rostro grave de la joven-. No te pido que vayas a pronunciar discursos. Sólo unas pocas tienen el don que se requiere para ello. Pero sí deseo que todas las mujeres sientan este deber y hagan los pequeños sacrificios de tiempo o sentimiento que se les pueda pedir, pues hay mucho que cumplir y nadie puede cumplirlo tan bien como nosotras mismas.

-¡Lo intentaré! -exclamó la joven.

La joven pensó mucho en el asunto mientras se vestía ayudada por Jenny, quien no soñaba con lo que su nueva amiga pensaba hacer por ella.

-¿Es un té? -pregunté la niña.

-No; más bien creo que será una conferencia -respondió Polly con una sonrisa.

Una hora o dos más tarde, cuando entró en la sala de los Shaw, vio un imponente grupo de jóvenes muy elegantes, cada una con un bonito bolso, canastilla o retículo, y cada una hablando con más rapidez de lo que manejaban la aguja, mientras que los blancos dedos cosían mangas al revés, unían la parte trasera de una chaqueta con la pechera o cerraban ojales con las mejores intenciones del mundo.

-Te agradezco que hayas venido tan temprano. Aquí hay un lugar cómodo para ti entre Belle y la señorita Perkins y aquí tienes un bonito vestido para coser, a menos que prefieras otra cosa- dijo Fanny, mientras ubicaba a su amiga en un sitio donde creyó que lo pasaría muy bien.

-Gracias; pero prefiero alguna camisa de algodón si es que la hay, pues creo que la necesitarán antes que un vestido de batista -repuso Polly, sentándose en su rincón lo antes posible, pues ya se habían elevado por lo menos seis impertinentes y a la joven no le agradaba que la mirasen así.

La señorita Perkins, una joven muy seria y de fría expresión la saludó cortésmente y continuó luego con su trabajo, exhibiendo con gran ventaja los dos anillos, de brillantes. que adornaban sus manos.

Belle, que era más expansiva, le sonrió con afabilidad, acercó más su silla y comenzó a relatarle por lo bajo la última pelea de Trix con Tom. Polly escuchóla con interés mientras cosía diligentemente, estudiando de vez en cuando los elegantes adornos del vestido de la señorita Perkins.

En mitad de su explicación, Belle se distrajo con un chisme que oyó cerca y se puso a conversar con alguien sentado al otro lado de la mesa, dejando a Polly libre para escuchar y admirar el ingenio y el espíritu caritativo de las jóvenes que la rodeaban. La algarabía era tremenda; pero de la confusión reinante sacó Polly en conclusión ciertos puntos que aminoraron su respeto por la gente de la alta sociedad. Una de sus vecinas afirmó que Joe "No sé cuánto" tomó tanta champaña en la última alemanda que tuvieron que enviarle a su casa acompañado por dos lacayos. Otra hizo circular el rumor de que, aunque la señora Buckminster lucía una capa de mil dólares, a sus hijos no los dejaba dormir más que con una sola sábana. Y alguien más aseguró a las presentes que cierta persona nunca se declaró a otra cierta persona, a pesar de que la interesada lo afirmaba a pie juntillas.

Este último comentario causó un clamor tal que Fanny pidió orden en la sala.

-¡Chicas! ¡Chicas! Deben hablar menos y coser más, o nuestra sociedad quedará muy mal parada. ¿No saben que nuestro grupo envió el mes pasado mucho menos trabajo que cualquiera de los otros?

-No hablamos más que las viejas -declaró Belle, que tenía la costumbre de decir lo que pensaba-. Deberían haberlas oído la última vez. Ellas consiguen entregar tanto trabajo porque se lo llevan a sus casas y lo encargan a sus costureras y así ganan famas de industriosas.

-Eso me recuerda que mamá dice que necesitan tanto como podamos hacer, pues el invierno es duro y los pobres sufren mucho -dijo Fan, que era la presidenta de la sociedad-. ¿Alguna de ustedes quiere llevarse trabajo a casa para hacerlo en los momentos libres?

-¡Cielos, no! -contestó Belle-. Demasiado me cuesta cuidar mis guantes y vestidos.

-Me parece que con reunirnos una vez por semana no pueden pedirnos más -observó la señorita Perkins-. Los pobres siempre se quejan de que los inviernos son duros y nunca están satisfechos.

-Nadie puede pedirme que haga más si recuerda todo lo que tengo que arreglar antes del verano -manifestó Trix con aire importante-. Tengo tres mujeres trabajando constantemente, y necesito otra, pues todas están tan ocupadas y piden precios tan elevados que me desesperan y temo que deberé hacer algo yo misma.

"Ahí tengo una oportunidad para Jane", pensó Polly, mas no tuvo valor para hablar del asunto en público y resolvió conversar con Trix en privado.

-Los precios están altos; pero olvidas que ahora la vida cuesta mucho más que antes -manifestó Emma Davenport, una joven tranquila a quien consideraban rara porque vestía sencillamente a pesar de ser su padre un millonario-. Mamá nunca nos permite que explotemos a las obreras y nos exige que las paguemos bien y economicemos en otras cosas si es necesario.

-Oye cómo habla de economizar -dijo Belle en voz muy baja. Hizo una pausa y agregó-: Perdona. Es parienta tuya, ¿verdad?

-Muy lejana; pero estoy orgullosa de ello, pues para ella la economía no significa ahorrar en una cosa para hacer despliegues lujosos en otras. Si todos siguieran el ejemplo de los Davenport, las obreras no pasarían hambre ni los criados serían un problema. Después de mí, Emma es la chica más sencillamente vestida de la reunión, y sin embargo, se nota de inmediato que es una dama.

-Y tú también lo eres -respondió Belle.

-¡Calla! Trix tiene la palabra.

-Si gastaran sus sueldos como deben no me molestaría tanto; pero creen que deben ser tan elegantes como nosotras y se visten tan bien que es difícil distinguir entre el ama y la doncella. Nuestra cocinera se compró un sombrero igual al mío y tuvo la impertinencia de usarlo frente a mí. Se lo prohibí y se despidió, naturalmente, lo cual enfureció tanto a papá que no quiso comprarme el chal de pelo de camello que me había prometido para este año.

-¡Es una vergüenza! -intervino la señorita Perkins al callar Trix para recobrar el aliento-. Los criados deberían vestir como criados, como hacen en el extranjero.

Decía esto porque acababa de volver de un viaje a Europa, trayendo consigo una doncella francesa.

-Perkins no practica lo que predica -susurró Belle a Polly cuando la aludida se puso a hablar con otras vecinas-. Le paga a su doncella con los vestidos que ya no usa, y el otro día, cuando Betsey salió a pasear con el vestido púrpura de su ama, el señor Curtis la confundió con ella y le hizo una gran reverencia. Es tan ciego como un topo; pero reconoció la prenda y la saludó cortésmente. Perkins lo adora, y se puso tan furiosa que le dio una paliza a Betsey

Librodot

cuando ésta le contó el incidente. La doncella es mucho más elegante que ella, y ella lo sabe y se desespera por ese motivo.

Polly no pudo menos que reír; pero se puso seria cuando oyó a Trix que decía en tono petulante:

-Estoy harta de oír hablar de pordioseros; opino que la mitad son farsantes, y si no les favorecemos más irán a trabajar y mantenerse solos. Demasiada propaganda se hace a la caridad. Desearía que nos dejaran en paz.

-¡No puede haber demasiada caridad! -estalló Polly, olvidando su timidez.

-¿Ah, sí? Pues si me permites te diré que no estoy de acuerdo contigo -respondió Trix, levantando sus impertinentes ojos para favorecer a Polly con su mirada más altanera.

Lamenta decir que Polly nunca pudo hablar ni estar cerca de Trix sin sentirse irritada y peleadora. Trababa de dominarse; mas le era imposible, y cuando Trix se daba aires de gran señora, Polly sentía un deseo intensísimo de tironearle las orejas. El impertinente le producía una aversión especial, ya que Trix no era más miope que ella, aunque lo fingía porque era la moda y a veces usaba el inocente adminículo como arma con la cual aplastar a cualquiera que se atreviese a .enfrentársele. La arrogante mirada con que acompañó a sus irónicas palabras enfadó a Polly, quien respondió con un relámpago en los ojos:

-No creo que muchas de nosotras pudiéramos gozar de esa paz tan egoísta mientras haya niños que sufren hambre y niñas no mayores que nosotras están dispuestas a suicidarse porque su horrible pobreza no les deja abierto otro camino que el pecado o la muerte.

Sobrevino un súbito silencio, pues aunque Polly no elevó la voz, notase en su acento una indignación extrema, y hasta la más frívola de las presentes sintióse emocionada. Trix se avergonzó de sus palabras; pero correspondía plenamente al antagonismo de Polly, y corno era menos generosa le agradaba molestarla. Polly ignoraba que esto se debía a que Tom la presentaba a menudo como modelo para que la imitara su prometida.

-La mitad de las noticias sórdidas de los diarios son inventadas para satisfacer el gusto sensacionalista del público, y sería absurdo creerlas, a menos que quiera una sufrir. Yo no, y en cuanto a la paz, es difícil que la tenga mientras deba cuidar a Tom -declaró Trix con una sonrisita maliciosa.

-No puedo dejar de lado lo que he visto con mis propios ojos -declaró Polly con firmeza-. Ustedes viven tan seguras y felices que no pueden imaginar la miseria que las rodea; pero si pudieran atisbarla siquiera, les dolería el corazón tanto como a mí.

-¿Sufres de dolores del corazón? Alguien me lo había insinuado, pero te veía tan saludable que no quise creerlo.

Esto fue una crueldad de Trix, sin duda alguna, y Polly se tornó intensamente pálida al oír esas palabras. Belle notó el detalle y se lanzó al rescate con más buena voluntad que prudencia.

-Nadie te acusó nunca a ti de tener un corazón que pueda hacerte sufrir -expresó-. Polly y yo no somos todavía lo bastante grandes como para adquirir tu frialdad, y aún somos lo bastantes tontas como para compadecer a la gente desdichada... -Hizo una pausa y agregó por lo bajo-: Especialmente a Tom Shaw.

Esta estocada tuvo su efecto, ya que Trix era de las mayores entre el grupo, y a Tom se lo consideraba como a una víctima indefensa. Trix se sonrojó; mas antes que pudiera contestar al ataque, Emma Davenport intervino para decir en tono afable:

-Hablando de los pobres, siempre me pregunto por qué es que nos gusta leer y lamentar sus dificultades en los libros; pero cuando tenemos frente a nosotros a la pobreza real, lo consideramos poco interesante y muy desagradable.

-Me figuro que será el genio vertido en los libros lo que nos hace gustar de la pobreza -declaró Polly, acercando más su silla a la de Emma-. Pero no concuerdo en que la de la vida real no sea interesante. Creo que lo sería si supiéramos cómo considerarla y sentirla.

-¿Pero cómo hemos de aprender eso? No veo que podamos hacer más de lo que hacemos ahora. No tenemos mucho dinero para esas cosas, no sabríamos cómo emplearlo si lo tuviéramos, y no estaría bien que fuéramos a revolver los sitios sucios en busca de los necesitados -intervino Fanny, quien últimamente había comenzado a interesarse en alguien y por esa causa sentía acrecentarse su interés por sus semejantes.

-Quizá todavía no podamos hacer mucho; pero hay cosas que nos corresponden naturalmente -expresó Polly sin dejar de coser-. Conozco una casa en la que todos los criados son objeto de

interés por parte de la dueña y sus hijas. Esta dama siente su deber para con ellos, lo admite y lo cumple tan concienzudamente como desea que ellos cumplan con el suyo para con ella, y opino que así debe ser en todas partes.

Al callar Polly, varios pares de ojos descubrieron que Emma se había sonrojado, y la leve sonrisa que brillaba en sus labios les indicó la identidad de la familia a la que se refería Polly.

-¿Y los criados se convirtieron en santos de esa familia tan extraordinaria? -preguntó Trix con ironía.

-No, pero cada uno de ellos ha mejorado por el solo hecho de estar en su casa. Quizá no debí haber mencionado esto, pero quería indicarles algo que nosotras podemos hacer. Todas nos

quejamos del mal servicio casi como si fuéramos amas de llaves; pero nunca se nos ocurre intentar arreglar el asunto mejorando las relaciones entre ama y doncella. Hay otra cosa que podemos hacer -agregó Polly, entusiasmándose con el tema-. La mayoría de nosotras tenemos dinero suficiente para satisfacer nuestra vanidad y nuestro gusto, pero nos sentimos horriblemente pobres cuando debemos pagar trabajos, especialmente si son de costura. ¿No podríamos renunciar a algunos de nuestros placeres y pagar mejor a las costureras?

-¡Yo lo haré! -exclamó Belle, arrepentida por haberse aprovechado últimamente de su modista.

-Belle tiene un arranque virtuoso -dijo Trix-. Es una pena que no vaya a durar ni una semana.

-Ya lo verás tú -replicó la aludida.

-Ahora veremos a Belle dedicarse a su nuevo hobby con todas sus energías. No me sorprendería que fuera a predicar en la cárcel, adoptara una huérfana bien sucia o repartiera panfletos sobre los derechos femeninos -manifestó Trix.

-Podría hacer cosas peores, y me parece que prefiero divertirme así y no hacer como algunas jóvenes que salen siempre en los diarios por sus travesuras -contestó Belle con gran dignidad.

-¿Qué les parece si hacemos alto y descansamos un poco mientras Polly nos toca algo? -pidió una de las presentes-. ¿Lo harás Polly? Todas quieren oírte y me rogaron que te lo pidiera. -Entonces lo haré con gusto.

Así diciendo, la joven fue a sentarse al piano. Nunca estaba demasiado triste o perturbada para cantar, pues esto le resultaba casi tan fácil como respirar y parecía una válvula natural para aliviar sus emociones. Durante un momento vagaron sus dedos sobre el teclado, como si no supieran qué ejecutar; luego iniciaron los acordes de un aire dulce y triste y la joven cantó: "El puente de los suspiros". Cuando finalizó la canción, volvióse hacia sus oyentes, notando por los rostros que la rodeaban habían olvidado todas las tontas diferencias y frivolidades de un momento antes.

-Esa canción siempre me hace llorar y sentir como si no tuviera derecho a estar tan cómoda- declaró Belle.

-Por suerte esos casos son muy raros -dijo otra joven que rara vez leía los diarios.

-Ojalá lo fueran, pero no es así, pues hace apenas veinte días vi una muchacha más joven que todas nosotras que trató de suicidarse sólo porque estaba desanimada, enferma y en la miseria -declaró Polly.

-Cuéntame -pidió Belle con gran interés.

Sabedora de que su canción había abierto el camino para el relato, Polly lo contó, y debe haberlo hecho muy bien, pues las chicas dejaron de trabajar para escucharla, y cuando hubo finalizado estaban todas con los ojos húmedos de lágrimas. Trix estaba muy callada; la señorita Perkins también parecía conmovida;

Emma se levantó para aproximarse a Polly con expresión de gran afecto, mientras que Fanny, movida por un impulso súbito, tomó un costoso plato de Sevres y, poniendo en él un billete de cinco dólares, lo pasó de mano en mano.

-Chicas, sé que a todas les gustaría ayudar a Jenny a reiniciar su vida -dijo.

Todas contribuyeron sin vacilar, y todas aplaudieron cuando Belle colocó en el plato su dedal de oro, diciendo entusiasmada:

-Toma esto; nunca tengo dinero porque me lo gasto todo, pero no puedo dejar pasar el plato sin poner nada.

Cuando Fanny entregó las contribuciones a Polly. ésta las tomó con tal alegría que todas desearon haber tenido más para dar.

-No sé cómo agradecerles -dijo Polly en un tono elocuente-. Esto ayudará mucho a Jenny; pero la manera como lo hicieron le hará mucho más bien que el dinero, pues le demostrará que no está sin amigos y le hará sentir que hay en el mundo un lugar para ella. Trabajará para pagarles esto; no quiere limosna, sino trabajo y un poco de bondad, y la mejor caridad que podemos hacerle es ver que tenga ambas cosas.

-Le daré toda la costura que quiera, y puede vivir en casa mientras la haga, si es que necesita un hogar -dijo Trix, en un arranque de benevolencia.

-No necesita un hogar -respondió Polly-. La señorita Mills le ha-brindado el suyo y considera a Jane como su propia hija.

-¡Qué buena es! -exclamó Belle.

-Quiero conocerla -susurró Emma-. ¿Me la presentarás? -¡Oh, sí! Con mucho gusto. Es una anciana muy tranquila, pero hace bien a todo el que puede.

-Cuéntanos -pidió Belle- Yo deseo cumplir con mi deber, pero es tan complicado que no sé cómo hacerlo.

Con toda naturalidad se desvió entonces la conversación hacia la gran obra que todos debemos hacer en la vida. A las chicas les resultó el tema mucho más interesante que los chismes, en parte debido sin duda a lo novedoso; pero el entusiasmo fue sincero mientras duró, y a todas les hizo bien. Muchas de ellas lo olvidaron por completo en una semana; mas no se perdieron los esfuerzos de Polly, pues Emma, Belle y Fanny siguieron siendo amigas de Jane y la ayudaron tanto que la pobre niña creyó de veras haber nacido en un mundo nuevo y más feliz.

Hasta mucho tiempo después no vio Polly todo el bien que le había hecho su pequeño esfuerzo. La joven lo descubrió cuando su vida fue tornándose más fácil y dichosa. Los padres de algunos de sus alumnos eran personas refinadas, y como tales no les faltaba discernimiento para percibir la cultura en otros, dondequiera que los hallaran. Así, atraídos al principio por el rostro alegre de la joven, sus modales modestos y su espíritu de trabajo, descubrieron pronto en ella algo más que una buena maestra; vieron un talento real. para la

música, un ansioso deseo de lograr oportunidades, y un corazón agradecido por todos los favores que se le brindaban. Por fortuna, los que tienen la habilidad para descubrir estos dones poseen también el espíritu para apreciarlos y a menudo el poder para servirlos y hacerlos desarrollar. De manera tan delicada que ni el orgullo más sensible podría haberse resentido ante el favor, estas personas demostraron a Polly su respeto y cariño, le brindaron muchos placeres, y cuando le pagaron por su trabajo, diéronle también las gracias, lo que quita aún al más humilde de los servicios el sentido de la degradación.

Luego, cuando las amistades pasajeras la dejaron, la joven halló el camino hacia una colmena de cordiales abejas que le dieron la bienvenida y le mostraron cómo hallar la miel que mantiene la dulzura de la vida. Por intermedio de la señorita Mills, que era la consejera de varias, Polly llegó a conocer a una hermandad de jóvenes trabajadoras, dichosas e independientes que tenían un propósito que cumplir, un talento que desarrollar y una ambición que lograr. Aquí halló la joven su lugar de inmediato, pues en ese pequeño mundo predominaban el amor y la libertad; el talento, la energía y el carácter eran los rasgos más respetados; el dinero, la moda y la posición social no se tenían en cuenta, pues allí, como en el gran mundo exterior, el genio parecía florecer mejor cuando la pobreza era su jardinero; jóvenes maestras que trabajaban mucho por poco dinero; jóvenes artistas que trataban de abrirse camino con el lápiz, la paleta o el pincel; escritoras que se desvivían por distinguirse; cantantes que soñaban con grandes triunfos, y algunas que trataban de conquistar la independencia armadas solamente con una aguja, como la pobre Jenny. Todas ellas ayudaron a Polly tal como ella las ayudó a su vez, pues los buenos propósitos y los principios sanos son los mejores maestros, y la falta de ellos hace que la mitad de las mujeres de América sean lo que son: inquietas, sin guía, frívolas y enfermas:

Al llegar la primavera, las semillas de nuevas virtudes, plantadas durante el tiempo frío y maduradas por el sol del esfuerzo constante, comenzaron a florecer en Polly, mostrando su presencia a otros en una nueva fuerza y dulzura de carácter, mucho antes que ella descubriera esas flores que habían nacido para ella debajo de la nieve.

12
FRUTA PROHIBIDA

-Estoy desesperada por divertirme -se dijo Polly una mañana al abrir la ventana y sentir la luz del sol en el rostro-. Tendré que ir a alguna parte y entretenerme; es imposible que continúe así. ¿Dónde podría ir?

Dio algunas migajas a las palomas que iban diariamente á visitarla y mientras las observaba comer se devanó los sesos buscando alguna manera de divertirse, pues se había contenido demasiado tiempo y sus nervios estaban incontrolables.

-Iré a la ópera -anunció súbitamente a las palomas-. Sí, compraré dos entradas de las más baratas, enviaré una nota a Will, que lo merece tanto como yo, e iremos a pasar un buen rato.

Empezó temprano su primera lección a fin de disponer de tiempo para adquirir las entradas. Al poner cinco dólares en su bolso, abrigó la esperanza de que no resultaran demasiado costosas pues sabía que no estaba de humor para resistir a ninguna tentación. Mas no tuvo que hacer ningún esfuerzo ya que cuando llegó al teatro vio la gente agrupada frente a la ventanilla y los rostros decepcionados de los que no podían conseguir ubicación.

-No importa; iré a divertirme a otra parte -dijo con gran determinación, pues el chasco sólo sirvió para acrecentar sus deseos. Mas los programas no anunciaban nada interesante, y vióse obligada a ir a su trabajo sin gastar el dinero.

Al mediodía, en lugar de ir a comer a su casa, fue a tomar un helado, esforzándose por sentirse alegre y divertida. Empero, fracasó en su empeño, y después de recorrer los teatros, fue a dar su lección a Maud con muy pocos deseos de trabajar.

Por fortuna no tuvo que sufrir mucho, pues lo primero que le dijo Fanny al verla fue:

-¿Puedes ir?

-¿Dónde?

-¿No recibiste mi nota?

-No almorcé en casa.

-Tom quiere que lo acompañemos esta noche a la ópera y...

Fan no pudo continuar, pues Polly lanzó una exclamación de gusto al tiempo que la tomaba de las manos.

-¿Ir? Por supuesto que iré. Todo el día he pensado en ello.

-Esta mañana traté inútilmente de conseguir entradas, y ahora... ¡Oh, qué espléndido!

-Bien, ven a tomar el té y nos vestiremos juntas e iremos con Tom que hoy está hecho una seda.

-Debo ir a casa a buscar mis cosas -repuso Polly, resolviendo de inmediato adquirir los guantes más finos que hubiera en la ciudad.

-Te daré mi capa blanca y cualquiera otra prenda que quieras. A Tom le gusta que sus acompañantes sean dignas de él -manifestó Fanny.

Polly decidió instantáneamente que no pediría prestado el sombrero de Becky, como había pensado, sino que se compraría uno nuevo. Mucho me temo que la lección de Maud no fue tan correcta como debiera, pues Polly no hacía más que pensar en sombreros, guantes, capas y abanicos, mientras que Maud asesinaba la música a su libre albedrío. Terminada la lección, Polly alejóse apresuradamente y no sólo se compró los guantes, sino también el armazón de un sombrero, un trozo de tul de ilusión, y una rosa artificial que la había tentado durante varias semanas. Después fuese a su casa a trabajar con la destreza y celeridad de una sombrerera consumada.

-Me parece que estoy gastando demasiado; pero seguiré mi impulso y después viviré a pan y agua por una semana para equilibrar el presupuesto. Debo estar elegante, pues Tom rara vez me invita y tengo que vestirme de acuerdo con la ocasión. Ahora un trozo de cinta rosada para atarlo y terminaré a tiempo.

Dicho esto rebuscó entre sus cajas para procurarse la cinta requerida.

Después de hacer su sombrero, lavar y planchar su faja, lustrar sus botas y remendar su abanico, se puso al fin su vestido de seda negra y con los adornos más pequeños envueltos en un papel partió hacia la casa de los Shaw.

Maud estaba tocando una redowa en la sala y Polly entró en la habitación siguiendo el compás de la música. Tom, que estaba allí, no pudo menos que tomarla de la cintura y hacerla girar rápidamente hasta que Maud dejó de tocar.

-¡Qué espléndido! Gracias por invitarme, Tom. Tenía muchas ganas de divertirme -exclamó Polly al detenerse con el sombrero caído sobre un costado y el pelo revuelto.

-Encantado. Yo también lo deseaba y pensé que podríamos formar un grupo de familia -repuso él, muy satisfecho ante la alegría de la joven.

-¿Está enferma Trix? -inquirió Polly.

-Se ha ido a Nueva York por una semana.

-Y cuando el gato está lejos los ratones juegan, ¿eh?

-Eso mismo. Ven y daremos otra vuelta.

Mas antes que pudieran empezar, la visión de un perrillo que se iba de la estancia con una paquete entre los dientes hizo que Polly se retorciera las manos y exclamara desesperada:

-¡Mi sombrero! ¡Oh, mi sombrero!

-¿Dónde? ¿Qué? ¿Cuál? -dijo Tom, mirando a su alrededor sin comprender.

-Lo tiene Snips. ¡Sálvalo!

-Descuida.

Así diciendo, Tom se lanzó en persecución del can con más energía que discreción.

Evidentemente convencido de que se trataba de un juego, Snips echó a correr lleno de entusiasmo y recorrió toda la casa, sacudiendo el paquete como si fuera una rata, mientras que su amo corría y silbaba, ordenaba y rogaba en vano. Polly les siguió consumida por la ansiedad, y Maud rió de tal manera que la señora Shaw mandó a un criado para ver quién estaba histérico. Un gemido procedente de las regiones más bajas anunció al fin que el ladrón acababa de ser capturado, y a poco apareció Tom con Snips en una mano y el precioso sombrero de Polly en la otra.

-Éste pillo estaba por destrozarlo cuando lo alcancé. Temo que se haya comido uno de tus guantes, pues no lo encuentro y este otro está bastante maltrecho -declaró Tom, quitando a Snips el guante rasgado que el perrillo no quería soltar.

-Me lo merezco -gimió Polly-. No tenía por qué comprar un par nuevo; pero deseaba estar muy elegante esta noche, y éste es el castigo de mi pecado.

-¿Había algo más?

-Sólo mis mejores puños y mi cuello. Probablemente los encontrarás en la corbonera -expresó Polly, ya completamente resignada.

-Vi algunas cosas blancas en el piso del comedor cuando pasé corriendo -dijo Tom-. Ven a buscarlas, Maud, y repararemos los daños.

-No les ha pasado nada -anunció la niña al volver con los tesoros perdidos.

-Y mi sombrero también está intacto, por lo cual me siento muy agradecida -declaró Polly, después de examinarlo con una concentración que hizo reír a Tom.

-Yo también, pues me parece que es muy elegante -dijo en tono aprobador.

-Me parece que es demasiado llamativo.

-Ni un poquito. Parece el de una novia. Debe quedarte muy bien. Póntelo y veremos.

-Jamás lo haría con el cabello así revuelto. No me mires hasta que no esté presentable, y no le digas a nadie cómo me he portado. Creo que esta noche debo estar un poco loca -manifestó ella, preparándose para ir a buscar a Fan.

-La locura te sienta muy bien -respondió él, observándola mientras la joven se alejaba riendo. Luego, volviéndose hacia Maud, agregó en voz más baja-: Vestida de gala, esa chica sería una belleza extraordinaria.

Polly oyó estas palabras y resolvió estar tan bella como se lo permitieran sus medios. "Sólo por una noche", se dijo, espiando por sobre la baranda de la escalera.

Las dos amigas tomaron el té juntas en el piso alto, lo cual consideró Polly como el máximo de lujo. Después tomaron un espejo cada una y comenzaron a acicalarse cuidadosamente. La seriedad con que Polly se arregló aquella noche fue algo digno de mejor causa. Como se sentía atrevida, se soltó el cabello, dejándolo caer sobre sus hombros. La ceremonia de ponerse el cuello y los puños rescatados del desastre fue una tarea que la absorbió por completo. La capa blanca con adornos de plumas se la colocó con la gravedad propia de la ocasión, y la arregló mirándose mucho al espejo mientras practicaba pasos hacia atrás y hacia adelante. Y cuando se caló el sombrero, Polly contuvo el aliento hasta que estuvo bien sujeto y la rosa quedó fijada a las ondas de su pelo, luciendo maravillosamente bien. A esta

Librodot

altura de las cosas la joven no pudo resistir la oferta de un par de brazaletes de oro y el abanico blanco de Fanny con el espejillo en el centro.

-Puedo guardarlos en el bolsillo si me siento demasiado elegante -se dijo al ponerse los brazaletes. Pero después de agitar una o dos veces el abanico, comprendió que le sería imposible quitárselos, tan agradables eran sus destellos.

Fanny le prestó también un par de guantes de tres broches que completaron su alegría, y su gozo fue inmenso cuando Tom la saludó con estas palabras de aprobación:

-¡Eres un espectáculo digno de los dioses! ¡Estás arrebatadora, Polly!

-¿Verdad que seria una novia encantadora? -preguntó Maud.

¡Por cierto que sí! Permítame que le felicite, señora... Sydney -agregó Tom, avanzando con una reverencia y lanzando al mismo tiempo una mirada maliciosa a su hermana.

-¡Vete de aquí! -le gritó Polly, enrojeciendo intensamente-. ¿Cómo te atreves?

-Si vamos a la ópera será mejor que partamos ya. El carruaje nos espera desde hace rato -intervino Fan con frialdad, y echó a andar hacia la salida sin mirar a nadie.

-¿No te gusta, Polly? -susurró Tom.

-Muchísimo.

-¡No!

-¿Cómo no? Soy aficionada a la música. -Estaba hablando de Syd.

-Pues yo no.

-Te conviene echarle el lazo.

-Lo pensaré.

-¡Oh, Polly! ¿Qué irá a pasarte?

-Un tropezón en la calle, según parece -repuso ella, al resbalar en los escalones.

Tom interrumpió su risa para conducirla hasta el coche en el que ya los esperaba Fanny.

"¡Esto es lujo!", se dijo Polly al partir. Fanny no parecía dispuesta a conversar mucho, y Tom charlaba de manera tan ridícula que Polly le dijo que no le escucharía y comenzó a tararear fragmentos de la ópera.

Las entradas eran para la tertulia, y no acababan de sentarse, cuando, por una de esas extraordinarias coincidencias que ocurren continuamente en nuestra juventud, el señor Sydney y Frank Moore, antiguo amigo de Fanny, sentáronse tras ellos.

-¡Oh, villano! Lo hiciste a propósito -susurró Polly, después de saludar a sus vecinos y notar la expresión maliciosa del semblante de Tom.

-Te aseguro que no. Es la ley de atracción, ¿sabes?

-Si a Fan le agrada, yo no tengo inconveniente. -Me parece que está resignada.

Así debía ser, en efecto, pues Fanny conversaba y reía con Frank, mientras que Sydney observaba disimuladamente a Polly, como si no pudiera comprender el cambio operado en la tímida muchacha.

Polly no era amiga de coqueteos, pero aquella noche sintióse capaz de todo, y exhibió sus brazaletes sin el menor embarazo, encontrando muy agradable el hecho de ser admirada por los hombres. Empero, olvidaba que era su espíritu alegre lo que completaba el cuadro que a todos agradaba ver en ella. La música y las luces, el atavío y la compañía excitáronla e hicieron posible muchas cosas que en otros momentos jamás habría soñado hacer. No pensaba en flirtear; mas no pudo evitarlo, pues una vez que comenzó resultóle muy difícil contenerse, con Toro que la azuzaba y Siydney que la contemplaba con sincera admiración.

Tom no supo al principio cómo tomar su actitud, aunque halló el cambio notablemente sentador, y finalmente decidió que Polly había escuchado su consejo y estaba por "echar el lazo" a Syd.

Éste, que era un hombre modesto, no pensaba tal cosa, y simplemente se decía que Polly estaba convirtiéndose en una mujercita muy atractiva. La conocía desde su primera visita y siempre había simpatizado con ella. Ese invierno se interesó en el éxito de sus planes e hizo lo que pudo para ayudarla; pero hasta esa noche jamás había pensado en enamorarse de ella. Luego comenzó a pensar que no había sabido apreciar del todo a su joven amiga; que era una muchacha inteligente y encantadora; que sería una magnífica esposa para cualquier hombre y quizá ya era hora de que él pensara en "sentar cabeza", como le decía siempre su hermana.

Estas ideas le daban vueltas en la mente mientras observaba a la joven, sentía el encanto de la música y lo hallaba todo extraordinariamente hermoso. Había oído la ópera muchas veces, mas nunca le pareció tan agradable como ahora, quizá porque hasta entonces no había tenido tan cerca un rostro joven en el que se reflejaran tan bien las variadas emociones despertadas por la música. Polly ignoraba que fuera éste el motivo de que el joven se inclinara tan a menudo para dirigirle la palabra, mirándola con una expresión que no acertaba a interpretar, pero que, empero, le resultaba muy interesante.

-No cierres los ojos, Polly; brillan tanto esta noche que me gusta verlos -dijo Tom, después de preguntarse por un momento si sabría cuán largas y sedosas eran sus pestañas.

-No me gusta parecer afectada; pero la música tiene mucha más expresión que el desempeño de los artistas y por eso prefiero no mirarlos -respondió ella.

-A mí me gusta más verlos actuar. La música está muy bien, ya lo sé; pero parece absurdo que la gente ande cantando tremendos secretos a voz en cuello. No puedo acostumbrarme.

-Eso es porque tienes más sentido común que imaginación. Lo absurdo no me molesta, y hasta desearía ir a consolar a esa pobre noña que tanto parece sufrir -expresó Polly con un suspiro

al caer el telón después de una escena en extremo emocionante. -El galán es un tonto al no ver que ella lo adora. En la vida real, nosotros no somos tan ciegos -observó Tom.

Una sonrisa extraña curvó los labios de la joven, quien levantó sus prismáticos para ocultar los ojos, al tiempo que decía:

-Me parece que a veces son ciegos; pero a las mujeres se les enseña a llevar una careta, y quizá por eso no ven ustedes muchas cosas.

-No estoy de acuerdo.

-Sin embargo así es.

-¿Qué puede saber usted de corazones partidos y seres desdichados? -inquirió Sydney.

Polly volvióse para mirarlo y volvió a sonreír cuando respondió:

-No mucho; todavía no ha llegado mi hora.

-No puedo imaginarte marchando por el mundo con las

ropas destrozadas y llorando el desvío de un amante indiferente -dijo Tom.

-Estás acertado, pues no obraría así.

-No. La señorita Polly ocultaría su dolor y seguiría sonriendo, como en las novelas, o se convertiría en hermana de la caridad para cuidar al amante indiferente enfermo de viruela o de otro mal contagioso y morir después como un ángel, dejándolo a él sufriendo las agonías del arrepentimiento y el amor tardío.

Polly lanzó a Sydney una mirada llena de indignación, al notar su tono satírico. ,

-Tampoco obraría así -declaró decididamente-. Trataría de sobreponerme, y si no pudiera, me esforzaría por aprender la lección. El desengaño no debe convertir en tontas a las mujeres.

-Ni en solteronas, si son bonitas y buenas. Recuérdalo y no achaques los pecados de un idiota al resto del género masculino -exclamó Tom, riendo ante la seriedad de su amiga.

-No creo que la señorita Polly llegue a nada de eso -agregó Sydney.

Librodot

-Allá está Clara Bird. No la he visto más que una vez desde que se casó. ¡Qué bonita está! -dijo Polly, ocultándose de nuevo tras los gemelos.

-Ahí tienes a una chica que probó una cura diferente para los afectos no correspondidos. La gente dice que quería al hermano de Belle; él no la correspondió y se fue a la India. Clara se casó entonces con un hombre que le lleva veinte años y se consuela siendo la mujer más elegante de la ciudad.

-Eso lo explica -dijo Polly.

-¿Qué cosa?

-La expresión fatigada de sus ojos.

-Yo no la veo -repuso él, después de mirar con sus gemelos. -No esperaba que la vieras.

-Comprendo lo que quiere decir. Hay muchas mujeres que la tienen en esta época -manifestó Sydney.

-¿De qué está cansada? ¿Del viejo? -inquirió Tom.

-Y de sí misma -contestó la joven.

-Tú has leído novelas francesas -exclamó Tom-. Eso es lo que les pasa a todas las heroínas.

-No es verdad; pero salta a la vista que tú sí las has leído, y te conviene no seguir haciéndolo.

-No me interesa; sólo las leo para practicar francés. ¿Pero cómo es que eres tan sabia, jovencita?

-Porque soy observadora. Me gusta estudiar caras, y rara vez veo la de un adulto que refleje verdadera felicidad.

-Es verdad, Polly. Sólo conozco una que la refleja y aquí la tienes.

-¿Dónde? -preguntó ella con interés.

-Mira frente a ti y la verás.

Así lo hizo Polly; pero todo lo que vio fue su propio semblante reflejado en el espejillo del abanico que Tom sostenía frente a sus ojos.

-¿Parezco feliz? Me alegro mucho.

Los dos jóvenes consideraron esto como vanidad de mujer, y sonrieron levemente; pero Polly buscaba algo más profundo que la belleza, y se alegró de no hallarlo.

-Es agradable la visión, ¿eh, Polly?

-Mi sombrero está derecho, y eso es todo lo que me interesa. ¿Alguna vez viste un retrato del bello Brummel? -preguntó ella.

-No.

-Bien, aquí lo tienes modernizado -dijo la joven, y volviendo el abanico le mostró el espejo.

-¿Algún otro retrato en la galería? -preguntó Sydney.

-Uno más.

-¿Cómo lo llama?

-El retrato de un caballero.

Y el espejillo reflejó por unos segundos el rostro de Sydney.

-Gracias. Me alegro de que así me considere -expresó él, mirando los alegres ojos azules que le agradecían en silencio muchas bondades pequeñas que las mujeres jamás olvidan.

-Muy bien, Polly; estás progresando a pasos agigantados -susurró Tom.

-¡Calla! ¡Cielos, qué calor hace! -Y Polly le miró con un fruncimiento de cejas.

-Vamos a tomar un helado; tenemos tiempo.

-Fan está tan entretenida que no quisiera molestarla -dijo Polly, imaginando que su amiga gozaba de la velada tanto como ella. En esto se equivocaba de medio a medio, ya que Fan adoptaba una pose, y aunque anhelaba volverse e intervenir en la charla, no quería hacerlo si

cierta persona no daba señales de echarla de menos. No ocurrió esto, y Fanny rabiosa para sus adentros preguntábase cómo era posible que Polly pudiera estar tan alegre y ser tan egoísta.

Era delicioso ver los aires que se daba Polly, pues sentía como si fuera otra persona y estuviera representando un papel. Echóse hacia atrás como si la agotara el calor, permitió que Sydney la abanicara y le agradeció el servicio regalándole una flor de su ramillete, cosa que divirtió mucho a Tom, aunque al mismo tiempo lo escamó un tanto ser tratado como un viejo amigo sin importancia.

-Échale el lazo, Polly; yo te doy mi bendición -susurró al levantarse de nuevo el telón.

-No es más que parte de la diversión, de modo que no tienes

por qué reír, muchacho irrespetuoso -replicó ella en voz muy baja y en tono que nunca usaba para hablar con Sydney. Mientras esperaban para salir, cuando ya hubo finalizado la función, la joven oyó que Fan susurraba a Tom:

-¿Qué crees que dirá Trix de todo esto?

-¿A qué te refieres?

-Pues, a la manera como te has conducido esta noche. -No sé ni me importa; no es más que Polly.

-Eso es lo más interesante; Trix no soporta a Polly.

-Pues yo sí, y no veo por qué no me he de divertir tanto como Trix.

-Si no tienes cuidado te vas a divertir más de la cuenta. Polly se ha despertado.

-Me alegro de ello, y también se alegra Syd.

-Sólo te lo dije por tu bien.

-No te aflijas por mí; demasiados sermones me da otra persona y ya no soporto ni uno más. Vamos, Polly.

La joven se tomó del brazo que le ofrecían; pero estaba enfadada por la frase: "No es más que Polly".

"¡Como si no fuera nadie ni tuviera sentimiento y sólo sirviese para divertir a la gente!", se dijo indignada. "Fan y Tom están muy equivocados, y les demostraré que Polly está realmente despierta. ¿Por qué no he de divertirme como todos? Además, sólo se trata de Tom", agregó con una sonrisa amargada al pensar en Trix.

-¿Estás fatigada, Polly? -inquirió Tom, inclinándose para mirarla a la cara.

-Sí, de no ser nadie.

-¡Ah, pero no eres nadie; eres Polly, y no podrías mejorar esa condición por más que quisieras! -declaró él con calor.

-Me alegro que pienses así; es agradable que le tengan afecto a una -replicó ella, volviendo a sonreír como antes.

-Siempre te tuve afecto. Aun desde tu primera visita.

-No obstante lo cual me fastidiaste bastante.

-Es verdad, pero ya no lo hago.

Al ver que la joven no respondía, Tom inquirió con más ansiedad de lo que justificaba el tema:

-¿Te fastidio ahora, Polly?

-Sí, aunque no de la misma manera, Tom -repuso ella en tono que no pareció natural.

-Te prometo que no lo haré más -afirmó Tom.

-Sí, lo harás; no puedes evitarlo -expresó ella, mirando a Syd que iba más adelante con Fan.

Tom rompió a reír, acercando a Polly hacia sí al tiempo que decía con fingida ternura:

-¿No te gustó que te tomara el pelo con los novios? Pues bien, no volveré a hacerlo.

Polly no pudo menos que reír, y a pesar del amontonamiento de la gente, gozó del lento viaje hacia la salida, pues Tom la cuidó muy bien hasta que llegaron al carruaje.

-Lo he pasado muy bien, y les agradezco muchísimo -dijo cuando se despedía.

-Yo también. Hagámoslo mañana de nuevo -repuso Tom, reteniéndola de la mano.

-No será por ahora. Temo que los placeres arruinen mi carácter -declaró Polly mientras negaba con la cabeza.

-No lo creo. Buenas noches "dulce señorita Milton", como te llamó Syd. Duerme como un ángel y no sueñes con... Perdona; me olvidaba que no debía fastidiarte.

Y dicho esto, el joven se retiró con una exagerada reverencia.

-Ahora ha terminado todo -se dijo Polly al quedarse al fin dormida.

Mas no era así, y la diversión de la joven costó algo más que el precio de los guantes y el sombrero, pues, una vez que hubo probado la fruta prohibida, tuvo que expiar su culpa. Sólo había querido pasar un buen rato, y no estaba mal esto; pero, por desgracia, cedió a varias de las pequeñas tentaciones que acechaban a las jóvenes bonitas e hizo más daño a otros que a sí misma. La amistad de Fanny se enfrió un tanto después de aquella noche. Tom siguió deseando que Trix fuera tan buena como Polly, y el señor Sydney comenzó a construir castillos que no tenían ninguna base real.

13
MOMENTOS ALEGRES

-He ganado la apuesta, Tom.

-No sabía que hubiéramos hecho ninguna.

-¿No recuerdas que dijiste que Polly se cansaría de su trabajo y renunciaría en tres meses, y que yo te contesté que no sería así?

-¿Y no es así?

-En absoluto. Lo creí en ciertos momentos, y esperaba verla venir cualquier día con la cara larga y decir que ya no podía soportar más. Pero últimamente está siempre contenta, parece gustar de su trabajo y no tiene la expresión fatigada y preocupada del principio. Los tres meses ya pasaron, de modo que debes pagar, Tom.

-Muy bien. ¿qué quieres?

-Podrías regalarme guantes. Siempre los necesito y papá se pone serio cuando le pido dinero.

Hubo un momento de pausa mientras Fan reanudaba su práctica de piano y Tom se sumía en profundas reflexiones.

-Me parece que Polly no viene ya tan seguido como antes -dijo el joven al cabo de un rato.

-No parece estar muy ocupada; creo que tiene nuevas amistades: ancianas, costureritas y otras de esa clase. La echo de menos; pero sé que se cansará de ser tan angelical y volverá a mí antes de mucho.

-No estés tan segura de ello.

Algo en el tono de Tom hizo que Fan se volviera para preguntar:

-¿Qué quieres decir?

-Pues que tengo la impresión de que Sydney es una de las nuevas amistades de Polly. ¿No has observado que nuestra amiga está demasiado alegre, y no lo justificaría una cosa así? -¡Tonterías! -exclamó Fanny con cierta aspereza.

-Espero que estés en lo cierto.

-¿Qué te hizo concebir esa idea? -inquirió ella.

-Pues, resulta que me encuentro siempre a Syd y Polly andando en la misma dirección; ella parece haber descubierto algo muy bueno, y él da la impresión de no vivir más que para ella. Me asombra que no lo hayas notado.

-Lo había notado.

Ahora fue Tom quien se sorprendió, pues la voz de Fanny le pareció algo rara. Miróla fijamente por un momento, mas no vio otra cosa que una oreja sonrosada y una cabeza gacha. Una sombra nubló su semblante y el muchacho volvió a apoyar la barbilla sobre las manos, diciendo para sus adentros:

-¡Pobre Fan! Los dos nos encontramos en el mismo aprieto.

-¿No te parece que sería una gran cosa? -preguntó Fanny, después de arrancar dos o tres acordes.

-Sí, para Syd.

-¿Y para Polly no? Si él es rico, inteligente y mejor que cualquiera de todo el grupo de amigos que tiene, ¿qué puede esperar él?

No lo' sé, pero no me pareció que hicieran buena pareja. No hagas como el perro del hortelano, Tom.

-¡Querida! Sólo me intereso en Polly de manera fraternal. Es una chica muy capaz y debería casarse con un misionero o uno de esos que reforman el mundo. No creo que le sentaría bien instalarse como dama de alta alcurnia.

-Yo opino lo contrario, y espero que se le presente la oportunidad -expresó Fanny.

-¡Muy bien por ti, Fan! -Tora asintió enfáticamente-. Ten en cuenta que no sé nada, y sólo me figuré que se estaría desarrollando un flirt entre ellos. Pero quizá no haya tal cosa.

-Ya lo dirá el tiempo -repuso ella.

A poco llegó el caballo de Tom y el muchacho partió de paseo. Cuando se hubo quedado sola, Fan quedase pensando mientras que en su semblante se reflejaban la duda y la preocupación alternativamente.

-¡Bueno, no me queda otro remedio que esperar! -dijo al fin, cerrando el libro de ejercicios con cierta violencia.

Al cabo de un minuto agregó:

-Pero no; algo puedo hacer. Hoy es el día libre de Polly. Puedo ir a verla, y si hay algo de verdad en el asunto,- no me costará mucho descubrirlo.

Al decir esto la joven ocultó el rostro entre las manos al tiempo que se estremecía; luego se puso de pie tan pálida y decidida como si fuera al encuentro de un destino horrible, y marchó hacia la casa 'de Polly con toda rapidez.

La mañana del sábado la dedicaba Polly a limpieza general, y Fan la encontró. terminando de asear su habitación.

-Lista para recibir visitas. Me quitaré el delantal y el pañuelo, y Polly la doncella se convertirá en Polly la dueña de casa. Te agradezco que vinieras temprano. Quítate el abrigo. ¿Otro sombrero nuevo? ¡Qué gastadora! ¿Cómo están tu mamá y Maud? Es un día muy bonito y saldremos a pasear, ¿verdad?

Para el momento en que Polly hubo terminado de pronunciar esta bienvenida, ya había sentado a Fan en el sofá y le sonreía de manera tan contagiosa que la joven no pudo menos que corresponder de la misma manera.

-Vine a ver qué has estado haciendo últimamente. No vas a visitarme y comencé a preocuparme por ti -expresó Fanny.

-He estado muy ocupada, y sabía que no te interesarían mis actividades, pues no son de las que te -agradan.

-Tus lecciones no te ocupaban todo el tiempo -dijo Fan, ocultando su ansiedad-. Opino que no sólo las das sino también las tomas.

-Así es -respondió Polly con seriedad.

-¿Lecciones de qué? ¿De amor?

Sonrojáronse las mejillas de Polly, quien rompió a reír y dijo, apartando la mirada.

-No; de amistad y de buenas obras.

-¿De veras? ¿Puedo preguntarte quién es tu maestro? -Tengo más de uno, pero la señorita Mills es la principal. -Ella es la que enseña buenas obras. ¿Quién da las lecciones de amistad?

-Unas jóvenes encantadoras. Me gustaría que las conocieras. Son listas, trabajadoras, buenas y dichosas; por eso me hace bien verlas -exclamó Polly con gran entusiasmo.

-¿Eso es todo? -inquirió su amiga.

-Ya te dije que mis actividades no te interesarían, y así es. Parecen poca cosa en comparación con tus aventuras. Cambiemos de tema.

-¡Caramba! ¿Cuál de tus admiradoras te envía violetas tan temprano? -preguntó Fanny al ver un ramillete en un jarroncito que reposaba sobre el piano.

-Me envía uno todas las semanas; sabe que me encantan -dijo Polly, mirando las flores con expresión afectuosa.

-Ignoraba que te quisiera tanto -expresó su amiga, inclinándose para sentir el aroma de las violetas y al mismo tiempo leer la tarjeta que estaba cerca de ellas.

-No necesitas burlarte ahora que lo sabes. Nunca hablo de nuestro cariño porque a los otros les parecería tonto. Will no es lo que era Jimmy, pero se esfuerza por serlo y por eso lo quiero tanto.

-¿Will?

El tono de Fanny sobresaltó a Polly, y el rostro de la primera tornóse rojo y pálido alternativamente al tiempo que la joven daba un respingo y derribaba el jarroncito.

-Sí, por supuesto. ¿A quién te crees que me refería?

-No tiene importancia. Pensé que tuvieras algún flirt con alguien. Ya sabes que me siento responsable porque dije a tu madre que te cuidaría. Me duele tanto la cabeza esta mañana -que no sé lo que hago.

Fanny habló con rapidez y rió de mala gana mientras volvían al sofá, preguntándose si Polly le habría mentido. Ésta pareció adivinar sus pensamientos con respecto a la tarjeta y, volviéndose hacia ella, la levantó y dijo:

-¿Pensaste que me las habría enviado el señor Sydney? Pues bien, te equivocas, y la próxima vez que quieras saber algo haz el favor de preguntarlo sin rodeos.

-No te enfades, querida; sólo estaba de broma. A Tom se le ocurrió que había algo y, naturalmente, me sentí interesada. ¿Tom? ¿Qué sabe él de mis asuntos?

-Los ha visto a ustedes por la calle con frecuencia y, como está hecho un sentimental, inventó un noviazgo entre tú y Sydney.

-Le agradezco el interés, pero te aseguro que se equivoca. El proceder subsiguiente de Fan dio a su amiga otra sorpresa, pues, como estaba avergonzada, sentía inmenso alivio y no sabía qué decir; apeló al llanto, lo cual consiguió disipar la ira de Polly inmediatamente.

"¿Es eso lo que ha ocultado todo el invierno? ¡Pobrecilla! Ojalá lo hubiera sabido antes", se dijo Polly, tratando de consolarla con palmaditas en la espalda y frases cariñosas sobre el tema de la jaqueca, sin mencionar para nada el otro mal que sospechaba.

-Ya me siento mejor. Hace mucho que necesitaba llorar un poco, y ahora estaré perfectamente. No me hagas caso, Polly. Estoy nerviosa y cansada; he bailado mucho últimamente y la dispepsia me entristece.

Dicho esto, Fanny enjugóse los ojos .y rompió a reír. -Por supuesto. Necesitabas descanso y cuidados, y yo te estaba riñendo cuando lo que necesitabas era cariño. Dime ahora qué puedo hacer por ti.

-Háblame de tus cosas. Tú no pareces tener preocupaciones de otras personas. ¿Cuál es tu secreto, Polly?

-Verás -repuso la joven con lentitud-. Trato de mirar siempre lo bueno; eso ayuda mucho. No sabes cuánta alegría se puede obtener de las cosas menos importantes si uno sabe cómo aprovecharlas.

-Yo no sé -expresó Fan con gran desconsuelo.

-Puedes aprender como yo. Antes solía lamentarme y sentirme tan triste que no servía para nada. Todavía me ocurre;

pero me sobrepongo. Cuando una se coloca por encima de las dificultades, se ha ganado la mitad de la carrera.

-¡Es que hay tantos inconvenientes! -se lamentó Fanny.

-¿Qué puedes tener que te preocupe tanto?

-Muchas cosas -contestó Fan.

Se interrumpió pues le avergonzaba admitir que estaba afligida porque no podía tener un nuevo abrigo de pieles, ni ir a París en la primavera ni conseguir que el señor Sydney la amara. Buscó en su mente algo más aceptable y dijo en tono desesperado:

-Mamá se siente mal, Tom y Trix riñen todo el tiempo, Maud se pone cada día más insoportable y papá está preocupado por sus negocios.

-Es lamentable, pero no desesperado. ¿No puedes ayudar en algo? Eso te haría bien a ti y a ellos.

-No; no tengo talento para mejorar a la gente, pero veo lo que se debería ser.

-Bueno, no llores por eso. Muéstrate dichosa si puedes y los demás se animarán al verte alegre.

-Eso me aconsejó Tom, ¿pero cómo puede una hacerlo cuando es todo tan estúpido y cansador?

-¡Si hay alguien que necesite trabajo, eres tú! -exclamó Polly-. Comenzaste a ser señorita tan temprano que estás cansada de todo a los veintidós años de edad.

-Conozco a muchas chicas que son como yo y están hartas de la vida de la sociedad, pero no saben qué hacer. Yo quisiera viajar; pero papá dice que no puede ponerse en gastos, de modo que sólo me resta continuar como hasta ahora.

-Las compadezco a ustedes las ricas. Tienen tantas oportunidades y no saben cómo aprovecharlas. Supongo que a mí me ocurriría lo. mismo; pero ahora me parece que yo podría ser feliz y hacer algo útil si dispusiera de mucho dinero.

-Ya lo eres sin eso. Bueno, no me lamentaré más. Vamos a dar un paseo y no digas a nadie que vine aquí a llorar.

-¡Jamás! -dijo Polly mientras se calzaba el sombrero. -Debería ir a hacer algunas visitas -expresó Fanny-, pero siento como si no deseara volver a ver a ninguna de mis amigas.

-Entonces ven a vera las mías. No son elegantes ni ceremoniosas, pero sí resultan agradables y animadas.

-Bueno -repuso Fanny, que parecía menos abatida-. Es muy buena la anciana, ¿verdad? -agregó al ver a la señorita Mills cuando salían.

Librodot

-Ahí tienes a una mujer rica que supo cómo conseguir la felicidad con su dinero -expresó Polly mientras se alejaban-: Fue pobre hasta cumplir los cincuenta años, época en que le dejaron una cuantiosa fortuna que ella supo aprovechar muy bien. La casa le pertenece; pero en lugar de vivir sola ha dado

alojamiento a gente pobre que necesitaba un hogar respetable. Yo soy una de ellas, y sé valorar lo que hace por mí. Dos viudas - ancianas viven en el piso de abajo, varias estudiantes en el más alto, la pobre señora Kean y su hijito cojo tienen la sala posterior, y Jenny ocupa el dormitorio contiguo de la señorita Mills. Cada uno paga lo que puede; eso es independencia y nos hace sentir más tranquilos. Pero la señorita Mills hace por nosotros mil cosillas que no se podrían pagar con dinero, y todos sentimos su influencia en la casa. Yo preferiría casarme y tener un hogar propio; pero, no siendo eso, me gustaría llegar a ser como ella.

El rostro serio y el tono enfático de Polly hizo reír a Fanny y al oír su risa volvióse hacia ellas una jovencita que empujaba un coche de bebé.

-¡Qué ojos hermosos! -susurró Fanny.

-Sí. Es la pequeña Jenny -repuso Polly, agregando cuando hubieron pasado-: En nuestra casa nos ayudamos mutuamente y todas las mañanas Jenny saca a Johnny Kean cuando sale a dar su paseo de todos los días. Eso da tiempo a su madre para descansar y hace bien a ambos niños. Lo sugirió la señorita Mills. Ya he oído hablar de ella otras veces. Me parece que debería aburrirse sobremanera allí sentada todo el día confeccionan do capas y polleras -manifestó Fanny.

-Pero no se pasa la vida allí sentada. La gente viene a traerle sus problemas y ella sale para ayudarles en todo. Yo la acompaño a veces, es más interesante que ir al teatro eso de ver cómo viven los pobres.

-¿Cómo puedes soportar el espectáculo de la pobreza imposible de remediar?

-No es tan horrible. Hay cosas muy buenas si uno sabe verlas, y es bueno favorecer a los que no tienen nada.

-¡Mi buena Polly! -exclamó Fanny, oprimiendo afectuosamente el brazo de su amiga.

-Ya has visto a mis nuevas amigas, la señorita Mills y Jenny. Ahora te presentaré a dos más -dijo Polly cuando llegaron a una puerta cercana y condujo a Fanny hacia lo alto de un edificio-. Becky Jeffrey es una chica llena de talento. No quiere que la llamemos genial, pero sé que algún día será famosa. Lizzie Small es grabadora y dibuja maravillosamente bien. Becky y ella viven juntas y se cuidan como hermanas. Este estudio es un hogar. Están solas en el mundo, pero son tan felices como dos pájaros. Se quieren tanto que nada las separará.

-Que intervenga un festejante entre ellas y su amistad no durará mucho -dijo Fanny.

-No lo creo. Míralas y cambiarás de idea -repuso Polly después de llamar a la puerta.

-¡Adelante! -les invitó una voz.

Cuando entraron se encontró Fanny en un amplio cuarto raramente amueblado en el que había dos muchachas jóvenes. Una se hallaba de pie en un rincón, frente a una gran figura modelada

en arcilla. Era alta, de rostro bien delineado, ojos penetrantes y cabellos cortos y rizados. A Fanny le llamó la atención su rostro y su cuerpo, aunque el primero no era hermoso, y el segundo estaba semioculto por un gran delantal sucio de arcilla. Sentada a una mesa se encontraba una joven delgada, de rostro pálido, grandes ojos y cabellos rubios claros. Ocupábase en grabar algo con gran concentración.

-¡Becky y Bess! ¿Cómo están? Les presento a mi amiga Fanny Shaw. Estamos de paso, de modo que sigan con su trabajo y dejen que las holgazanas las admiremos.

Al hablar Polly, ambas jóvenes levantaron la vista y las saludaron sonrientes. Bess instaló a Fan en el único sillón; Becky estudió con ojos de artista a la recién llegada, y luego ambas continuaron con su trabajo mientras que todas se ponían a conversar.

-A ti te necesito, Polly. Levántate la manga y préstame un brazo. Los músculos no los he conseguido bien, y tú tienes lo que me hace falta -dijo Becky, tocando el brazo de la estatua que Fan observaba con profunda atención.

-¿Cómo marcha? -inquirió Polly, mientras se quitaba la capa y se arremangaba los brazos como si se fuera a lavar.

-Lentamente. La idea está clara, y la sigo con toda la rapidez que puedo. ¿Te parece que la cara está mejor? -preguntó la escultora, quitando la tela que cubría la cabeza.

-¡Qué hermosa es! -exclamó Fanny.

-¿Qué significa para usted? -le preguntó Becky.

-No sé si representa una santa o una musa, una diosa o el destino; pero para mí es sólo una mujer hermosa, más grande, más atractiva y más imponente que cualquiera que he visto,., en mi vida -respondió Fanny con lentitud.

Sonrió Becky y Bess volvióse para asentir con expresión arrobadora. Por su parte,. Polly aplaudió entusiasmada, diciendo:

-¡Muy bien, Fan! No creí que lo interpretarías tan bien; pero lo has hecho, y estoy orgullosa de tu perspicacia. Ahora te lo diré, y Becky me lo permitirá, pues le has hecho el cumplido de comprender su obra. Hace tiempo nos pusimos a hablar respecto a lo que deberían ser las mujeres, y Becky dijo que nos demostraría su idea de la mujer del futuro. Ahí la tienes y, como dices, es más grande, más bonita y más imponente que las de hoy día, y, al mismo tiempo es una verdadera mujer. Mira esa frente espaciosa, esa boca firme y dulce a la vez, capaz de decir cosas sabias como así también de enseñar a los hijos y besarlos con arrobo. No pudimos decidir qué poner en sus manos como el símbolo más apropiado. ¿Qué opinas tú?

-Póngale un cetro; sería una magnífica reina -respondió Fanny.

-No; hace mucho que se llama reinas a las mujeres, pero el reino que se les da no vale la pena gobernar -declaró Becky.

-No lo es actualmente -concordó Fanny con un suspiro.

-Entonces ponle en la suya la mano de un hombre para que la ayude en su camino -dijo Polly.

-No; mi mujer sabrá defenderse y servirse sola -replicó la escultora.

-Tendrá una voluntad muy firme, ¿eh? -inquirió Fanny.

-Sí, una voluntad firme, un corazón fuerte, un alma libre y un cuerpo atlético. Por eso la he hecho más grande que la mujer de la actualidad. La belleza y la fuerza han' de ir juntas. ¿No le parece que estos hombros anchos pueden soportar los pesos sin abatirse, estas manos trabajar bien, estos ojos ver con claridad y estos labios decir cosas útiles?

Fanny guardó silencio. Bess dijo desde su rincón:

-Pon un niño en sus brazos, Becky.

-Ni siquiera eso, pues ha de servir para algo más que para dar a luz.

-Dale una urna para votos -gritó una nueva voz.

Al volverse las cuatro, vieron a una mujer de extraño aspecto que había entrado sin que la notaran.

-Gracias por el consejo, Kate. Pondré eso junto con los otros símbolos que irán a sus pies, pues la daré una aguja, una pluma, una paleta y una escoba para sugerir los diversos talentos qué posee, y la urna demostrará que se ha ganado el derecho de ejercerlos. ¿Cómo marcha?

Dicho esto, Becky ofreció su mano a la recién llegada.

-¡Grandes noticias, chicas! -exclamó Kate, arrojando al aire su sombrero-. ¡Arena se va a Italia!

-¡Qué magnífico! ¿Quién la lleva? ¿Le han dejado una fortuna? preguntaron todas a la vez.

-Es magnifico realmente. Ya saben que Anna deseaba ir: Ahora la señorita Burton la ha invitado para que vaya a pasar con ella varios años a Italia. Piensen las ventajas que obtendrá, y en la manera cómo se ha cumplido su deseo. La señorita Burton la necesita como amiga, no le pide más que su compañía, y Anna es capaz de hacer cualquier cosa por ella. ¿No les parece espléndido?

Era agradable ver cómo se alegraban las jóvenes de la suerte de su amiga- Polly bailó por todo el cuarto. Bess y Becky se abrazaron. Kate rió con los ojos llenos de lágrimas, mientras que hasta Fanny sentíase emocionada de esas reacciones.

-¿Quién es esa señorita? -susurró Fan a Polly cuando ambas se retiraron a un rincón.

-Pues, Kate King, la escritora. ¡Caramba, qué torpe he sido al no presentarte! Oye, King, aquí tienes a una admiradora tuya. Fanny Shaw -exclamó Polly, presentando a Fan, quien contempló a la poco elegante joven con tanto respeto como si vistiera de terciopelo y armiño. Kate había escrito accidentalmente un libro de mucho éxito que en esos días estaba muy de moda.

-Ya es hora de almorzar y he traído mi comida conmigo -expresó Kate, sacando un paquete de naranjas y varios bollos-. Es mejor comer con la hermandad.

-Nosotras tenemos sardinas, galletas y queso -anunció Bess, mientras sacaba sus cosas de la mesa.

-Esperen un poco y yo agregaré mi parte -dijo Polly, quien salió corriendo hacia el almacén de comestibles más próximo.

-Se escandalizará usted de nuestra conducta, señorita Shaw; pero puede usted considerar esto como un picnic y no contar nunca a nadie las cosas que nos ha visto hacer -dijo Becky. Tomaremos café para terminar. Pon la cafetera, Bess, y calienta la leche -ordenó Becky.

-Aquí hay nueces, un frasco de dulce .y un poco de torta. A Fan le gustan las cosas dulces -anunció Polly al entrar.

-A servirse, compañeras. No se preocupen si la vajilla no es lujosa; tomen las sardinas por las colas y límpiense los dados con estas servilletitas de papel -dijo Kate, dando el ejemplo.

Fanny había asistido a muchas comidas muy ceremoniosas; pero nunca lo pasó tan bien como en aquel picnic del estudio, pues reinaba allí tal libertad que resultaba todo encantador. Mientras comían, las otras conversaban y ella escuchaba con gran interés los planes y ambiciones de las jóvenes. Era para ella un mundo nuevo, y parecían no pertenecer a la misma raza que las jóvenes que se pasaban la vida dedicadas a vestirse, chismear, bailar o aburrirse.

Fanny estaba de humor como para apreciar la belleza de todo esto pues la emoción más sincera de su vida comenzaba ya a hacerla sentir poco satisfecha de sí misma y de la inutilidad de su existencia. "Los hombres deben respetar a las mujeres como éstas", pensó. "Sí, y también deben amarlas, pues a pesar de su independencia de espíritu, siguen siendo femeninas. Me gustaría tener un talento al cual dedicar mis esfuerzos, pues me sería tan útil como lo es para ellas. Es esto lo que hace que Polly sea dichosa y resulte interesante para Sydney".

Mientras así pensaba, Fanny oía que las otras comentaban toda clase de temas con entusiasmo y franqueza muy femeninos. -¿Cómo marcha el nuevo libro? -preguntó Polly mientras chupaba su naranja con una compostura que hubiera escandalizado a las damas de la sociedad.

-Mejor de lo que merece. Hijas mías, cuidaos de la popularidad; es una ilusión y una trampa; hincha el corazón del hombre, y especialmente el de la mujer; no nos deja ver los defectos; exalta demasiado los humildes dones de la víctima; es muy caprichosa -y cuando una empieza a tomarle el gusto y embriagarse con su gloria, desaparece de pronto y queda una boqueando como el pez fuera del agua.

Y Kate dio énfasis a su discurso comiéndose una sardina con expresión de profundo abatimiento.

-No creo que a ti te haga mucho daño. Demasiado trabajaste y esperaste, de modo que una buena dosis te hará bien -declaró Becky, dándole una cucharada de dulce como para quitarle la amargura que fingía.

-¿Cuándo van a disolver ustedes su sociedad? -preguntó Polly a Bess.

-¡Jamás! George sabe que no puede tener a una sin la otra, y no ha sugerido siquiera que nos separemos. En mi casa habrá siempre un lugar para Becky, y ella me permite que obre como obraría ella si estuviera en mi lugar -respondió Bess.

-Ya ves que el festejante no separará a estas dos amigas -susurró Polly a Fan-. Bess se casa en la primavera y Becky irá a vivir con ella.

-A propósito, Polly, tengo unas entradas para ti -anunció Kate King-. La gente siempre me manda estas cosas, y como no me interesan se las paso a ustedes. Hay pases para una exhibición de esculturas. Son para Becky. Aquí tengo entradas para un concierto; tómalas tú, profesora de música, y esto para una conferencia sobre literatura me lo guardaré yo.

Mientras Kate distribuía las entradas a sus amigas, Fanny la observó con interés, preguntándose si llegaría alguna vez el momento en que las mujeres pudieran ganar un poco de dinero y fama sin pagar un precio tan alto por ellos, pues Kate parecía enferma, fatigada y envejecida antes de tiempo. Después sus ojos se posaron en la estatua y dijo impulsivamente:

-Espero que la haga en mármol y nos muestre cómo debemos ser.

-¡Ojalá pudiera! -repuso Becky.

Durante un momento las cinco jóvenes guardaron silencio mientras contemplaban la figura de arcilla y anhelaban verla completada. Sin saberlo, cada una de ellas ayudaba, cada una con su esfuerzo individual, ,a que llegara el día en que la mujer ideal se viera representada, no en arcilla, sino en carne y hueso.

En ese momento los relojes públicos dieron la una y Polly dio un respingo.

-Tengo que irme porque prometí a una vecina una lección a las dos.

-Creí que hoy era tu día libre -expresó Fanny.

-Así es, pero se trata de un favor y no me arruina para nada el descanso. La niña tiene talento, es aficionada a la música y necesita ayuda. No puedo darle dinero, pero sí puedo enseñarle, de modo que lo hago, y es la alumna más distinguida que tengo. La ayuda mutua es parte de la religión de nuestra hermandad.

-Debo incluirte en una de mis novelas, Polly -dijo Kate-. Necesito una heroína y tú eres la indicada.

-¿Yo? ¡Vamos, si jamás hubo mujer menos romántica que yo! -exclamó Polly, llena de asombro.

-Sin embargo ya te he puesto en uno de mis libros. En cuanto a lo de romántica, ya es hora de que tengas un poco en cuenta ese detalle.

-Estoy lista para cuando llegue el momento, pero ya sabes que las cosas no deben apresurarse.

A Fanny le divirtió ver que las jóvenes no se besaron al separarse, sino que se dieron las manos y se miraron con una expresión que fue mucho más efectiva que las palabras melosas que cambiaban las chicas que conocía ella.

-Me gustan mucho tus amigas, Polly. Temí que fueran hombrunas y rudas, o sentimentales y vanidosas. Pero son mujeres sencillas y sensatas, llenas de talento y otras virtudes. Las admiro y me gustaría verlas de nuevo si es posible.

-¡Oh, Fan, cuánto me alegro! Esperaba que te gustaran; sabía que su sociedad te haría bien, y te llevaré cuando gustes, pues soportaste la prueba mucho mejor de lo que esperaba. Becky me pidió que te llevara de nuevo, y te aseguro que rara vez hace eso con las jóvenes de la sociedad que a veces la visitan.

-Quiero mejorar y me parece que tú y tus amigas podrán enseñarme el camino -expresó Fanny.

-Te mostraremos el lado alegre de la pobreza y el trabajo: Según dice Mills, ésa es la lección más útil para todos -respondió Polly, con la esperanza de que su amiga comprendiera todo lo que los pobres pueden enseñar a los ricos.

14
CORTADO DE RAÍZ

Aquella noche, Polly sentóse frente al hogar, soltóse el cabello, puso los pies sobre el guardafuego y levantó a Ashputtel. Todo esto significaba que tenía que solucionar un problema muy serio. Polly no monologaba en voz alta, como lo hacen las heroínas de las obras de teatro o novelas, pero la conversación que sostuvo consigo misma fue más o menos la siguiente:

-Mucho me temo que haya algo de verdad en el asunto. He tratado de pensar que no es más que vanidad o imaginación de mi parte; empero, no puedo menos que ver una diferencia y sentir como si no debería fingir que no la hay. Me parece propio demostrar a un hombre que no lo amamos antes de que haya perdido por entero el corazón. Las chicas se rieron de mí cuando dije eso, y declararon que sería muy impropio hacer tal cosa; pero he observado que ellas no vacilan en despreciar a los partidos poco convenientes, como llaman a los hombres pobres, muy jóvenes o poco populares. Entonces está bien; pero cuando se presenta una persona agradable, es parte de la diversión dejarle llegar hasta algunas de nosotras. ¿Por qué será que tenemos tanta afición a la conquista? Me parece que yo también la tengo, y si se me presenta la oportunidad sería tan mala como las demás. Lo he probado y me gustó, y quizá esto sea una consecuencia de mi diversión de aquella noche.

Al llegar a este punto, la joven echóse hacia atrás y sacudió la cabeza, mientras decía:

-Supongamos que es verdad, que me pida la mano y le digo que sí. ¡Qué revuelo provocaría, y qué gracioso sería ver las caras de las chicas cuando se supiera! Todas lo consideran un gran personaje porque es tan difícil de conformar, y cualquiera de ellas se sentiría inmensamente halagada si él le demostrara simpatía. Hace años que Trix trata de conquistarlo, y él no puede soportarla siquiera, lo cual me alegra mucho. Qué mala soy. Bueno no puedo evitarlo; Trix me resulta muy desagradable.

Y Polly retorció de tal manera la oreja del gato que Ashputtel saltó de su falda muy ofendido.

-No está bien que piense en ella, y no lo haré -se dijo la joven, apretando los labios con firmeza-. ¡Qué vida tranquila tendría! Mucho ,dinero, gran cantidad de amigos, toda clase de

diversiones, nada de trabajo, ni pobreza, ni desdenes, ni ropa remendada. Podría hacer mucho por mi familia...

Y Polly se puso a soñar en el brillante futuro que le pintaba su fantasía. Era un cuadro muy agradable; pero parecía faltarle algo, pues a poco lanzó un suspiro y sacudió la cabeza.

-¡Ah, pero no le amo, y temo que nunca podré quererla como sería mi deber! Es muy bueno, generoso y prudente, y sería bondadoso conmigo, pero no puedo hacerme la idea de pasar mi vida

con él. ¡No, no, nunca podré quererle y es inútil que lo intente! Al proferir esta exclamación, apoyó la cabeza sobre las rodillas y estuvo inmóvil durante muchos minutos.

Cuando levantó la vista, pintábase en su rostro una expresión paciente y dolorida a la vez, como si acabara de perder algo, dejando tras de sí una estela de amargura o remordimiento.

-No pensaré en mí misma ni trataré de remediar un error cometiendo otro -dijo con un profundo suspiro-. Haré lo que pueda por Fan, y no me interpondré entre ella y su oportunidad de ganar la felicidad. Veamos. ¿Cómo podría comenzar? No volveré a hablar con él; le esquivaré y daré rodeos para que no nos encontremos. Nunca tuve mucha fe en la coincidencia de que siempre fuese a casa a cenar cuando voy yo a dar- la lección a los -Roth. El caso es que me gusta encontrarme con él, me alegra que me vean en su compañía y me doy aires como la tonta vanidosa que soy. Pues bien, no lo haré más, y con eso ahorraré a Fan una de sus preocupaciones. ¡Pobrecilla, cómo debe haberse afligido todo este tiempo sin que yo lo sospechara! No ha sido tan bondadosa como antes; pero cuando se ponía molesta me figuraba yo que era debido a la dispepsia. ¡Caramba! Ojalá lo otro se pudiera curar tan fácilmente como esto.

En este punto Ashputtel mostróse dispuesto a perdonarla y Polly lo tomó de nuevo en brazos; diciendo en voz alta:

-Ashputtel, cuando tu ama se abusa de ti, haz de cuenta que se debe a su dispepsia y no le tengas rencor, pues es una enfermedad muy molesta.

Luego, volviendo a sus meditaciones, continuó:

-Si no comprende la insinuación, le daré una más clara, pues no quiero que las cosas lleguen a una crisis, aunque no puedo negar que mi vanidad me tienta a probar de "cazar el pájaro", como lo hacen otras... ¡Polly, me avergüenzo de ti!... Creo que Fan sería la mujer ideal para él. La conoce desde hace mucho y tiene sobre ella una buena influencia. El amor la ayudaría a ser lo que debe; sería una pena que perdiera su oportunidad sólo porque él me ve a mí. Me figuro que me detestará: pero le demostraré que no es necesario y haré todo lo posible por ayudarla, pues siempre ha sido buena conmigo. Es una tarea peligrosa y delicada, pero creo que podré llevarla a cabo. Por lo menos lo intentaré para no tener nada que reprocharme si las cosas salen mal.

El lunes comenzó Polly la "tarea peligrosa y delicada". En lugar de ir a visitar a sus alumnos por el parque y las agradables calles que lo cruzaban, tomó otro camino por las calles menos transitadas, escapando así de la vigilancia del señor Sydney, quien, como de costumbre, fue a su casa a cenar muy temprano aquel día y se mostró muy decepcionado al no verla por ninguna parte. Polly continuó esta táctica durante una semana, y evitando ir a casa de los Shaw durante las horas de visita, no vio a su festejante, quien, por supuesto, no la visitaba en casa de la señora Mills. Minnie no estaba bien aquella semana, y no tomó lecciones, de modo que el tío Syd se vio privado de su última esperanza.

Polly habíale visto mucho durante sus visitas a casa de los Shaw, con quienes estaba él ligado por una amistad íntima, debido a las relaciones entre la abuela y su madre, pero ella nunca lo consideró como un posible festejante de Fanny o de ella, pues admiraba su talento musical, respetaba su independencia y gozaba de su compañía; pero cuando algo más cálido y halagador que la admiración y el respeto se dejó notar en su actitud, no pudo ella menos que

Librodot

ver que uno de los buenos dones de la vida se ponía cada vez más cerca de su alcance, y comenzó a preguntarse si podía recibir el regalo y recompensar al dador.

Al principio quiso pensar que sí; más los corazones suelen ser rebeldes y no obedecen siempre a la razón, la voluntad o la gratitud. Polly sentía una cordial amistad hacia Sydney, mas no podía brindarle ni una partícula de amor, única moneda con la cual se puede corresponder a este sentimiento.

El descubrimiento del secreto de Fanny pareció brindarle algo que hacer, pues si eso de esperar el desarrollo de los acontecimientos causaba la desdicha de su amiga, debía cambiarlo lo antes posible e. Así, pues, día tras día marchó por las calles menos concurridas, echando de menos el soleado parque y el semblante que siempre se iluminaba con su presencia.

Al' llegar el sábado, la joven partió como de costumbre para visitar a Becky y Bess, más no pudo resistir el deseo de pasar por casa de los Shaw a fin de dejar un paquetito para Fan, aunque era hora de visitas. Al entrar con la intención de subir para hablar con su amiga, si es que ésta se hallaba sola, vio dos sombreros sobre la mesa del "hall".

-¿Quién ha venido, Katy?

-Es el señor Sydney y el señorito Toro. ¿No se quedará un momento, señorita Polly?

-Esta mañana no. Estay muy apurada.

Y Polly se alejó apresuradamente como si una docena de alumnos reclamaran su presencia. Mas al cerrarse la puerta tras ella, sintióse tan solitaria que se le llenaron los ojos de lágrimas.

-Ya que está con Fanny, puedo aventurarme a caminar por donde me gusta. Es un día hermoso y deben estar paseando todos los niños -dijo para sí, echando a andar por la amplia calle que era el paso obligado de aquella hora.

Los niños estaban tomando aire por allí. Mas el espectáculo no hizo a Polly tanto bien como esperaba ésta, aunque le sonreían desde sus cochecillos al verla pasar.

Parecía como si la primavera hubiere hecho revivir toda clase de cosas conmovedoras, aparte del verde césped y las primeras margaritas, pues a medida que marchaban por la calle, Polly vio diferentes aspectos de la dulce historia que trataba de olvidar.

En una esquina, un muchachito de ojos negros se despedía de una niña de su misma edad.

-No lo olvides -dijo él, mirándola a los ojos con timidez. Ella sonrojóse y sonrió al mismo tiempo que respondía:

-Por supuesto que no.

-Ese noviazgo marcha bien por ahora; espero que continúe así hasta el fin -se dijo Polly.

Un poco más adelante se cruzó con una pareja de jóvenes recién comprometidos a quienes conocía. Iban del brazo por primera vez y en los rostros de ambos brillaba una felicidad extraordinaria.

-¡Qué felices parecen! -murmuró Polly, y siguió su camino, preguntándose si alguna vez le llegaría el turno, aunque temía que ello no fuera posible.

Se alegró luego al ver a una señora que entraba por un portal y era recibida por un grupo de niños que se arrojaron sobre ella y sus paquetes con gritos de júbilo. Y, un momento más tarde, cuando se cruzó con una pareja de ancianos que caminaban despaciosamente a la luz del sol, se sintió aún mejor, y alegróse de ver un final tan feliz para la historia de amor que leyera todo a lo largo de la calle.

Como si un dios travieso deseara poner en apuros a la joven, o quizá darle una oportunidad más, en ese preciso instante apareció el señor Sydney a su lado. Cómo llegó hasta ella nunca logró entenderlo Polly; pero allí estaba, sonrojado y casi sin aliento, aunque demostrando tanta alegría de verla que ella no tuvo valor para mostrarse fría o indiferente, como era su intención.

-Hace calor, ¿verdad? -dijo él, cuando le hubo dado la mano y se puso a caminar a su lado como siempre.

-Para usted sí, según parece -repuso ella, echándose a reír. En realidad, no pudo evitarlo, pues le resultaba muy agradable verle de nuevo cuando se sentía tan solitaria.

-¿Ha dejado de dar lecciones a los Roth? -preguntó él, cambiando de tema.

No.

-¿Va como de costumbre?

-Sí.

Pues para mí es un misterio la manera como llega hasta la casa.

-Tanto como lo es para mí la manera como se presentó a mi lado tan súbitamente.

-La vi desde la ventana de los Shaw y me tomé la libertad de correr tras usted por la calle de atrás -repuso él.

-Por ella voy a casa de los Roth -respondió Polly. No pensaba confesarlo, pero la franqueza del joven le hizo olvidar sus propósitos:

-El camino no es tan agradable ni tan corto para usted como el del parque.

-Lo sé; pero a veces la gente se cansa de las cosas y prueba otras nuevas.

Polly no dijo esto con entera naturalidad, y Sydney lanzóle una mirada inquisidora preguntando:

-¿También se cansa de los amigos, señorita Polly? -No,. Pero ...

La joven no se atrevió a continuar, porque el temor de mostrarse desagradecida o poco bondadosa le hizo desear que él no comprendiera la insinuación que le había preparado.

Hubo una breve pausa que rompió ella diciendo con cierta brusquedad:

-¿Cómo está Pan?

-Como siempre. Le diré: me ha decepcionado un poco, pues no parece mejorar con los años -declaró él.

-Es que nunca la ve usted en sus mejores momentos. Se da esos aires de gran dama para ocultar su verdadera personalidad. Pero yo la conozco mejor y le aseguro que ha mejorado; trata de

corregir sus defectos; aunque nunca lo confesaría, y le sorprenderá un día de éstos demostrándole el gran corazón y la sensatez que tiene.

Polly hablaba ahora con más animación, y Sydney la miró como si le atrajera más la defensa de Panny que la defensa que de ella se hacía.

-Me alegro que así sea y le creo. Todos le muestran a usted el mejor aspecto de su carácter, y por eso es que el mundo le resulta agradable:

-No lo crea. A menudo me parece duro y triste, y suelo quejarme con frecuencia.

-¿No podría yo aliviar sus penas?

La voz que formuló, esta pregunta fue tan bondadosa que Polly no se atrevió a levantar la vista, pues sabía lo que le estaban diciendo silenciosamente los. ojos del joven.

-No, gracias. No tengo más penas de las que corresponden, según creo, y corremos el riesgo de cometer errores cuando queremos esquivar las dificultades.

-Las dificultades o la gente -dijo él.

-¡Qué bonito está el parque! -dijo ella, muy confundida. -Sí, es el paseo más lindo que tenemos. ¿No le parece? -inquirió el astuto joven, tendiendo una trampa en la que su compañera cayó de inmediato.

-Así es. Siempre me anima ver un poco de vegetación, especialmente a esta altura del año.

Como no era tonto, Sydney sumó dos más dos, tomando en consideración otros detalles, y llegó a la conclusión de que Polly había oído las mismas habladurías que relacionaban sus nombres. Se dijo que a la joven no le agradaba esto y que trataba de demostrárselo de esta

manera. Sabía comprender perfectamente las indirectas, y como era orgulloso y bueno a la vez, resolvió arreglar el asunto de inmediato, tanto por Polly como por sí mismo. Así, pues, observó el rostro de la joven con gran atención al responder a su comentario.

-Ya me parecía. Bien, me voy de la ciudad por un tiempo, de modo que puede usted gozar del parque sin que yo la moleste.

-¿Que usted me moleste? ¡Oh, no! -exclamó ella.

Era demasiado franca para mentir con arte. Sydney lo sabía, y simpatizaba más con ella por ese detalle; no obstante, se aprovechó del mismo para preguntar a boca de jarro:

-Sea sincera. ¿No le gustaría andar por el parque y no se divertiría más si no estuviera yo por los alrededores para dar pábulo a los comentarios mal intencionados?

-Sí -contestó ella, lamentando en seguida haber sido tan brusca.

Estaba por sobrevenir otra pausa; pero en ese momento pasó un jinete que los saludó alegremente.

-¡Allí va Tom! -exclamó ella con un tono y una mirada que silenciaron los labios de Sydney y ,le hicieron tender la mano a la joven.

-Adiós, Polly -dijo. -Se retiró antes de que ella pudiera hacer otra cosa que mirarlo compungida, y luego Polly siguió andando con la impresión de que el primero y quizá el único festejante que tendría en su vida acababa de aceptar su negativa en silencio.

Polly no volvió a andar por su paseo favorito hasta que se enteró por Minnie que el "Tío Syd" se había ido de la ciudad, y después descubrió que su amistosa compañía y su agradable conversación eran lo que hacían tan agradable el paseo.

No quiso ver a Fanny por varios días; mas no ganó nada con ello; pues su amiga, al enterarse de la súbita partida de Sydney, no descansó tranquila hasta haber descubierto su causa, y fue a ver a Polly una tarde que le pareció propicia para las confidencias de índole sentimental.

-¿Qué has hecho últimamente? -preguntó al sentarse. -Caminar de un lado a otro como de costumbre. ¿Qué noticias tienes? -repuso Polly, sabedora de que algo se preparaba y contenta de poder terminar con el asunto.

-Nada en especial. Trix trata muy mal a Tom y él la soporta como un corderillo. Le pido que rompa el compromiso y no se aflija tanto; pero no quiere hacerlo porque una vez lo dejó una chica y opina que es algo muy desagradable.

-Quizá lo deje ella.

-No dudo que lo hará, si es que, se le presenta algo mejor. Pero Trix ya está entrada en años, y no me asombraría que le hiciera cumplir su palabra.

-¡Pobre Tom, qué destino! -exclamó Polly en tono tan triste que comprendió que exageraba un poco y apresuróse a ocultarlo diciendo con una sonrisa-: Si Trix te parece entrada en años a los veintitrés, ¿cómo estaremos todas a los veinticinco?

-Completamente fuera de circulación. Ya me siento así, pues no me prestan tanta atención como antes, y la otra noche oí a Maud y Grace que se preguntaban por qué las más viejas no nos quedábamos en casa y les dejábamos el campo libre.

-¿Cómo está Maud?

-Bastante bien; pero me preocupa con sus ideas raras. Le gusta ir a la cocina y hacer cosas; no le agrada estudiar, y dijo frente a los Vincents que le resultaría encantador ser una pordiosera y recorrer las calles para ver qué le daban.

-Minnie dijo el otro día que le gustaría ser paloma a fin de poder jugar en los charcos y no tener que ponerse zapatos de goma.

-A propósito, ¿cuándo regresa su tío? -preguntó Fanny, que no podía esperar más, y aprovechó la oportunidad que le brindaba Polly.

-No lo sé.

-Ni te importa, ¿eh? Eres muy mala.

-¿Qué quieres decir, Fanny?

-No soy ciega, querida, ni lo es Tom, y cuando un joven interrumpe de pronto una visita para correr tras una muchacha, y después se lo ve acariciándole la mano en un rincón solitario del parque, y luego se va de viaje súbitamente, ya comprendemos lo que ha pasado.

-¿A quién se le ocurrió esa idea, si es que puede saberse? preguntó Polly, cuando Fanny calló para tomar aliento.

-No te pongas así, Polly, y dime si no se te declaró. No.

-¿No te parece que piensa hacerlo?

-No creo que jamás me diga nada.

-¡Vaya, qué sorpresa! -exclamó Fanny, exhalando un profundo suspiro. Luego agregó-: ¿Pero no lo amas tú, Polly?

-No.

-¿De veras? -De veras, Fan.

Por un momento no habló ninguna de las dos; pero el corazón de una de ellas latía alegremente, mientras que la penumbra ocultaba la dicha reflejada en su semblante.

-¿No te parece que estaba enamorado de ti? -preguntó Fanny a poco-. No quiero ser curiosa, pero creí que así era.

-Eso no debo decirlo yo; pero de ser así, es sólo un capricho pasajero y pronto se le pasará.

-Háblame del asunto. Estoy muy interesada y sé que ha ocurrido algo. Lo noto en tu voz.

-¿Recuerdas lo que conversamos una vez acerca de que no se debe permitir que el festejante llegue a declararse si una no corresponde a sus sentimientos?

-Si.

-Y ustedes dijeron que no estaba bien, y yo les dije que, por lo menos, se obraría con sinceridad. Pues bien, siempre pensé hacer la prueba si se me presentaba la oportunidad y ya lo he hecho. Te aclaro una cosa: no digo que el señor Sydney me amara, pues nunca lo afirmó y ahora no lo hará; pero me figuro que simpatizaba mucho conmigo y temí que sus sentimientos se profundizaran si no le indicaba yo que todo era inútil.

-¿Y así lo hiciste? -exclamó Fanny.

-Le hice una insinuación y la comprendió. Ya pensaba irse antes, de modo que no debes pensar que tiene el corazón destrozado ni prestar atención a lo que digan las malas lenguas. No me gustaba que se encontrara tanto conmigo, y se lo di a entender tomando otro camino. Él comprendió, y como es un caballero no opuso reparos. Seguramente habrá pensado que soy una vanidosa y se habrá reído de mis métodos.

-No lo creo. Debe respetarte más por ellos. Pero habría sido un casamiento muy conveniente para ti.

-No podría venderme por una posición social.

-¡Cielos, qué idea!

-Pues eso es lo que significan la mitad de vuestras bodas fastuosas. Soy "rara", como sabes, y prefiero ser una solterona independiente y pasarme la vida enseñando música.

" -¡Ah, pero no será así! Has nacido para tener un hogar feliz y espero que lo consigas, querida -expresó Fanny con vehemencia.

-Espero que así sea, aunque lo dudo -respondió Polly en un tono que hizo pensar a Fanny que también ella sufría penas sentimentales.

-Algo te preocupa, querida. ¿Qué es? Confía en mí como confío yo en ti -le pidió con ternura.

-¿Siempre confías en mí? -preguntó su amiga, inclinándose hacia ella con el deseo irresistible de recobrar el cariño y la confianza de antaño.

Fanny comprendió entonces y, arrojándose a los brazos de Polly rompió a llorar llena de agradecimiento.

-¡Oh, querida! ¡Querida! ¿Lo hiciste por mí?

Y Polly la retuvo en sus brazos, diciendo con gran ternura:

-No quería que un festejante separara a estas dos amigas si podía evitarlo.

15
ESCOLLOS EN EL CAMINO

Al entrar una noche en casa de los Shaw, Polly encontró a Maud que se hallaba sentada en la escalera con expresión muy compungida.

-¡Oh, Polly, cuánto me alegro que hayas venido! -exclamó la niña, corriendo para abrazarla.

-¿Qué pasa, querida?

-No sé; debe haber ocurrido algo espantoso, pues mamá y Fan están llorando en el piso alto, papá está encerrado en la..biblioteca y Tom se pasea por el comedor como tigre enjaulado.

-Supongo que no debe ser nada malo. Tal vez mamá se siente más nerviosa que de costumbre, papá estará preocupado por sus negocios y Tom se habrá metido en un nuevo enredo. No te asustes tanto, Maud. Ven a la salita y te mostraré lo que te he traído -dijo Polly, sospechando que ocurría algo grave, aunque trató de animar a la niña.

-No quiero nada hasta que sepa qué pasa -respondió Maud-. Estoy segura de que es algo muy malo, pues al llegar papá, subió al cuarto de mamá y estuvo hablando mucho rato y mamá lloró mucho, y cuando yo quise entrar, Fan no me lo permitió. Después quise acercarme a papá cuando bajó, pero tenia la puerta cerrada y me dijo: "Ahora no, queridita". Entonces me senté aquí a esperar lo que iba a pasar, y luego vino Tom. Pero ¡cuando corrí a decírselo, me contestó: "Vete y no me molestes", y me apartó sin atenderme.

Maud rompió a llorar, y Polly sentóse a su lado para tratar de consolarla, mientras que un vago temor hacía presa de ella.

De pronto se abrió la puerta del comedor y Tom asomó la cabeza por la abertura. Una mirada indicó a Polly que ocurría algo realmente, pues la elegancia que distinguiera siempre al joven había desaparecido. Tenía el cuello en desorden y en su rostro reflejábase una expresión de vergüenza y pena.

-Hola, Polly -dijo.

-¿Cómo estás? -respondió la joven.

-En un enredo terrible. Envía arriba a la pollita y ven a escuchar mi triste historia -dijo el muchacho.

-Sube, queridita, y diviértete con este libro y estos bollos que hice para ti -ordenó Polly a Maud.

-Me lo contarás después, ¿verdad? -susurró la niña, preparándose a obedecer.

-Si es posible, sí -contestó Polly.

Maud partió con inesperada docilidad, y Polly entró en el comedor, por el cual se paseaba Tom.

-Veamos de qué se trata -dijo, sin perder el tiempo en rodeos.

-Adivina.

-Mataste otro caballo por correr carreras.

-Peor que eso.

-Te suspendieron otra vez.

-Peor.

-Trix se ha fugado con alguien -exclamó Polly.

-Peor aún.

-¡Oh, Tom! ¿Has matado a alguien?

-Estuve a punto de matarme yo, pero ya ves que no lo hice.

-No puedo adivinar; dímelo.

-Bueno, me han expulsado.

Tom se detuvo al dar esta respuesta, y miró a su amiga para ver cómo tomaba la noticia. Para su gran sorpresa, ella pareció casi aliviada, y dijo con gran seriedad.

-Eso es muy malo, pero podría haber sido peor.

-Es peor -expresé él. lanzando un suspiro, mientras reanudaba sus paseos.

-No golpees las sillas, ven a sentarte y cuéntamelo.

-No puedo.

-Sigue entonces. ¿No se puede arreglar? ¿Qué hiciste?

-Tuve una discusión con el encargado de la capilla y lo derribé de un puñetazo. Si fuera la primera falta, podría haberme librado; estaba perdido y no esperé que me dijeran nada, sino que me fui por cuenta propia.

-¿Qué dirá tu padre?

-Le resultará muy duro, pero lo peor es...

Interrumpióse el joven y se quedó un momento en el centro de la habitación con la cabeza gacha, como si le resultara difícil contárselo aún a Polly. Al fin se decidió y dijo:

-Debo mucho dinero y papá no lo sabe.

-¡Oh, Tom! ¿Cómo es posible?

-He sido un gastador y lo lamento, pero con eso no remedio nada. Lo peor del caso es que tengo que decírselo a mi padre. En otro momento Polly se habría reído por el contraste entre

el rostro de Tom y su lenguaje; pero notábase en él un remordimiento sincero, que suavizaba sus palabras.

-Me figuro que se enfadará mucho, pero te ayudará, ¿verdad? Fan dice que siempre lo hace.

-Eso es lo peor. Ha pagado mis deudas tan a menudo que la última vez dijo que su paciencia se estaba agotando y que si me metía en otros líos de esa especie tendría que arreglarme como pudiera. Pensé portarme bien; pero aquí me tienes de nuevo en lo mismo.

-¿No puedes pagar de ninguna manera?

-No sé cómo; no tengo un solo centavo propio ni manera de obtenerlo, a menos que me dedique al juego.

-¡Cielos, no! Vende tu caballo -exclamó Polly.

-Lo he hecho; pero no me dieron ni la mitad de lo que pagué por él. Se lastimó el invierno pasado y todavía está un poco mal.

-¿Y con eso no pagaste parte de tus deudas?

-Sólo la mitad.

-¡Pero, Tom! ¿Cuánto debes?

-Hasta ayer no quise calcularlo; después, cuando vi que estaban tan mal las cosas, pensé que era hora de hacer frente a la verdad, por eso hice mis cuentas y aquí está el resultado.

Tom arrojó un papel arrugado sobre la falda de Polly y reanudó sus paseos con más nerviosidad que nunca. La joven echó un vistazo al total y quedó boquiabierta.

-Bonita suma. ¿verdad? -inquirió Tom, sin poder soportar el silencio ni la mirada de sobresalto de su amiga.

-¡Es espantoso! No me asombra que temas decírselo a tu padre.

-Preferiría que me pegaran un tiro. Oye, Polly, podríamos darle la noticia con un poco de diplomacia.

-¿Qué quieres decir?

-Pues tú podrías ir y preparar el camino. No me atrevería a presentarme ante él y decirle la verdad a boca de jarro.

-¿De modo que te gustaría que se lo dijera yo?

Polly frunció el ceño al decir esto y lanzó a Tom una mirada relampagueante; pero el muchacho estaba asomado a la ventana y no se volvió al responder con lentitud:

-A ti te quiere mucho; todos confiamos en ti, y eres tan allegada a la familia que me parecería muy natural. Dile que me expulsaron. Después iré yo y aclararemos todo.

Polly se puso de pie y fue hacia la puerta sin pronunciar palabra. En ese momento vio Tom su rostro y preguntó apresuradamente:

-¿No te parece que estaría bien?

-No.

-¿Por qué no? ¿No te parece que sería mejor si se lo dijeras tú y no que fuera yo a espetárselo a mi manera?

-Sé muy bien que él preferiría que su hijo fuera a verlo y le dijera la verdad como hacen los hombres en lugar de mandar a una mujer para que haga lo que él no tiene valor de hacer.

Si Polly le hubiera dado un tirón de orejas, Tom no se habría sorprendido más. Miró el rostro de su amiga, pareció comprender el significado de su expresión y recordó de pronto que estaba realmente tratando de ocultarse tras las faldas de una mujer. Se sonrojó vivamente y dijo:

-Ven aquí, Polly.

Luego salió de la habitación como si fuera hacia el patíbulo. Polly se sentó, satisfecha y turbada a la vez.

-Espero haber hecho bien -se dijo-. No podía permitir que soslayara las dificultades como un cobarde. No lo es. Lo que pasa es que no se le ocurrió pensar en cómo lo tomaría yo, y no me sorprende que esté un poco asustado. El señor Shaw es muy severo con él.

Quedóse luego junto a la puerta, escuchando el murmullo de la voz de Tom que le llegaba desde el otro lado del corredor. Abrigaba la esperanza de que no le fuera demasiado mal. El muchacho pareció contar sus cuitas con rapidez y sin ser interrumpido. Después oyó Polly la voz más profunda del señor Shaw que decía unas pocas palabras a las que contestó el hijo con una exclamación de sorpresa. La joven no pudo entender una sola palabra, de modo que permaneció donde estaba, preguntándose qué pasaría entre los dos hombres. A la exclamación de Tom siguió una pausa breve, y después habló el señor Shaw durante un rato en tono bajo y grave. Poco después se oyó de nuevo la voz del mozo, al parecer formulando preguntas a las cuales obtuvo breves respuestas. Después reinó el silencio entre ambos y no se oyó más que la lluvia que caía con suavidad en el exterior. Súbitamente oyó Polly un movimiento y la voz de Tom que decía:

-Permíteme que traiga a Polly.

A poco apareció el muchacho. Estaba tan pálido y apenado que Polly sintióse atemorizada.

-Ve a decirle algo; yo no puedo. ¡Pobre papá! ¡Ah, si lo hubiera sabido!

-¿Qué pasa, Tom? -exclamó ella, acercándose y sin atreverse a expresar los temores que sentía.

-Ha quebrado y perdido todo.

Polly se tomó del respaldo de la silla, pues la noticia le quitó -el aliento y la dejó casi sin fuerzas.

-¿Es grave? -inquirió luego con suavidad.

-Sí. Piensa entregarlo todo. Hizo lo que pudo para evitar la bancarrota, pero ya no puede sostenerse más.

-¡Ojalá tuviera un millón para darle! -exclamó ella, con los ojos llenos de lágrimas-. ¿Cómo lo ha tomado?

-Como un hombre, y por eso estoy orgulloso de él. -Tom levantó la cabeza-. Todo le salió mal y luchó solo para sostenerse; pero ya no puede más y se ha rendido. Es una quiebra honorable y nadie podrá decir nada contra él.

-¡Claro que no! Era esto lo que tenía tan afligida a la pobre Maud. Él se lo había dicho a tu madre y a Fan antes que llegaras tú, y supongo que será por eso que están tan apenadas.

-Ellas están a salvo. Papá no ha tocado el dinero de mamá; dijo que no podía robarle nada a sus niñas.

-¡Ah, si pudiera hacer algo! -murmuró Polly.

-Ve y muéstrate amable con él. Tú sabes cómo hacerlo y ahora está allí solo. Yo no sirvo para eso, pues soy una carga para él en lugar de ser un consuelo.

-¿Cómo recibió la noticia? -inquirió Polly, que por un momento había olvidado las cuitas de su amigo.

-Con demasiada bondad, pues cuando hube terminado, sólo me dijo: "Muchacho, debemos ser pacientes el uno con el otro", y me contó lo que le pasaba.

-Me alegro que fuera tan buen... -comenzó ella.

-¡Eso es lo que me mata! Justo cuando debía serle útil le traigo mis deudas y mi desgracia, y ni siquiera me riñe.

Y Tom volvió a bajar la cabeza con un suspiro que fue casi un sollozo.

Esto apenó tanto a Polly que no pudo resistir el impulso de acariciarle la cabeza. A pesar de su pena gozó mucho de ese momento, pues amaba al muchacho con todo su corazón. Esto

era una tontería de su parte y así lo comprendía; mas no le era posible dejar de quererle mucho a pesar de sus faltas, su indiferencia y su compromiso. Había aprendido a quererle durante su primera visita. Aquello fue antes que el muchacho cayera en las redes de Trix, y cuando se enteró de su compromiso con ella, Polly no pudo dejar de amarle, aunque se esforzó en cumplir con ese deber. El compromiso era una farsa tal que nunca le dio mucha importancia, de modo que guardó su amor en un rincón del corazón y trató de olvidarlo, esperando que muriera o ganara el derecho de subsistir. De tanto en tanto, cuando alguien afirmaba que Trix no dejaría a Tom, o que Tom la quería más de lo conveniente, sentía cierto dolor, y pensaba que no le sería posible soportarlo. Mas siempre descubría lo contrario, y así llegó a la conclusión que la naturaleza ha hecho fuertes los corazones femeninos a fin de que soporten mucho y no se agoten a causa de los amores no correspondidos.

Ahora no pudo menos que decirse: "Si Trix sólo le quiere p ni

su dinero, es posible que lo desdeñe ahora que lo ha perdido; pero yo lo querré mucho más porque es pobre".

Con este sentimiento en el corazón, la mano de Polly se tornó más suave que nunca, y al cabo de un momento se calmó Tom y ciertos suspiros ahogados dieron a entender que estaría bien de nuevo si pudiera enjugarse los ojos sin que nadie le viera.

Polly pareció adivinar su deseo, y poniéndole su pañuelo en una mano, le dijo:

-Me voy con tu padre.

Alejóse entonces y, al detenerse un momento en el corredor, sintió que Maud la llamaba desde arriba, y pensando que las mujeres podrían necesitarla más que los hombres, subió y vio que Fanny la esperaba en su cuarto.

-Mamá se ha dormido a causa del agotamiento que le produjo la emoción, de modo que podemos hablar aquí sin molestarla -expresó Fanny, recibiendo a su amiga con tanta calma que Polly sintióse sorprendida.

-Déjenme entrar a mí también. No las molestaré. Es horrible que me dejen sola mientras todos lloran y yo no me entero de nada -intervino Maud.

-Ahora ya lo sabes... Ya se lo he dicho, Polly -expresó Fan cuando tomaron asiento y Maud se instaló en la cama.

-Me alegro que lo hayas tomado tan bien, querida; temía que sufrieras un ataque de nervios -dijo Polly, notando ahora que, a pesar de su calma aparente, Fan estaba algo nerviosa. -Me figuro que dentro de poco me echaré a llorar; pero al principio me aturdí, y ahora comienzo a sentirme animada. Debería lamentarlo por papá, y así es en efecto; pero, aunque te parezca una maldad, te diré que casi me alegro de que haya sucedido, pues me brinda una oportunidad de hacer algo.

Fanny bajó los, ojos al tiempo que se sonrojaba; pero Polly comprendió por qué deseaba olvidarse de sí misma, y la abrazó con mucho más cariño del que sospechó su amiga.

-Tal vez no estén las cosas tan mal como parecen; no sé mucho de esos asuntos; pero he visto gente que ha quebrado y parecen estar tan bien como antes -expresó.

-No será así con nosotros, pues papá piensa entregarlo todo a fin de que nadie tenga nada que decir contra él. La propiedad de mamá ha quedado intacta. Ella se conmovió al saberlo. Teme a la pobreza mucho más que yo; pero le rogó que la vendiera si con eso podía remediar algo. Papá se mostró muy agradecido, pero dijo que nada le induciría a hacer tal cosa.

-¿Sabes lo que piensa hacer? -preguntó Polly.

-Dice que no ha formulado planes; pero pensaba trasladarse a la casita de la abuela lo antes posible. Pues no está bien que un hombre que ha quebrado mantenga una mansión como ésta.

-Eso no me disgustará -intervino Maud, mirando las cosas con más animación-. Me gusta la casita porque tiene jardín y un ropero empotrado que siempre me agradó. Si es eso todo, no creo que sea tan malo quebrar.

-Espera hasta que perdamos el carruaje y los trajes lujosos y los criados, y tengamos que arreglarnos lo mejor posible. Entonces cambiarás de idea, pequeña -dijo Fanny.

-¿Me quitarán todas mis cosas? -exclamó Maud.

-Creo que sí. No sé qué se nos permitirá retener, aunque me figuro que no será mucho.

-No se llevarán mis aretes. Los esconderé..., y también mi vestido de los domingos y mi frasquito de oro. ¡Oh, está muy mal que nos quiten todo! -se quejó Maud.

Polly la consoló en seguida asegurándole que no se vería despojada de todo, y prometiéndole que ella hablaría con los acreedores de su padre si llegaban a embargar los aretes y el frasco de oro.

-¿Nos dejarán tener una criada hasta que aprendamos a hacer el trabajo? -preguntó Fanny.

Maud batió palmas y saltó en la cama, exclamando:

-¡Ahora puedo aprender a cocinar! ¡Me encanta batir huevos! Tendré un delantal como el de Polly y un plumero y limpiaré la escalera con un pañuelo en la cabeza. ¡Qué lindo!

-No te rías de ella ni la desanimes; que se consuele con esas cosas si puede -susurró Polly a Fan, mientras que Maud sonreía encantada, pues le seducían los quehaceres domésticos.

-Mamá está tan débil que supongo que tendré que ocuparme yo de todo -expresó Fan-. Tú debes enseñarme, Polly.

-Todo es cuestión de práctica, querida -repuso su amiga. Sonrió Fanny, aunque casi en seguida se puso seria. -Esto cambia todo. Mis amistades me dejarán, como lo hicimos todas con los Merton cuando quebró el padre.

-No lo creo; tus verdaderas amistades no te dejarán, y ahora verás cuáles son las que valen. Conozco a un amigo que será más bondadoso que nunca.

-¿Lo crees de veras, Polly?

-Ya sé a quién se refiere -intervino Maud, siempre deseosa de enterarse de todo-. A ella misma. A Polly no le molestará que seamos pobres porque le gustan los pordioseros.

-¿A eso te referías? -dijo Fan.

-No. A una persona mucho mejor y más querida que yo -repuso Polly, acariciando la mejilla de Fanny-. Jamás lo adivinarás, Maud, de modo que no lo intentes y dedícate mejor a proyectar lo que vas a poner en tu ropero empotrado.

Una vez que se hubieron librado de la "Señorita Meterete";

como llamaba Tom a su hermana menor, las dos jóvenes se pusieron a comentar el súbito cambio, y Polly sorprendióse al ver la inesperada fortaleza y el sentido común demostrado por Fanny. Polly no alcanzaba a ver el cambio operado por el amor en su propia persona, de modo que al principio no pudo comprender la nueva paciencia y entereza de su amiga; pero se alegró de ese detalle, y sintióse segura de que su profecía llegaría a cumplirse. Un rato después dejó Maud de pensar en su nuevo ropero para expresar una idea algo sorprendente.

-¿Siempre sufren ataques los que quiebran? -preguntó.

-¡Cielos, no! -exclamó su hermana-. ¿De dónde sacaste esa idea?

Al señor Merton le vino uno, y estaba pensando que papá podría sufrir igual, y eso me asustó.

-La quiebra del señor Merton fue fraudulenta y no es de extrañar que sufriera un ataque. La nuestra no lo es, y puedes estar segura de que a papá no le ocurrirá nada por el estilo -declaró Fanny.

-¿No te parece que ustedes dos podrían ir a verlo? -dijo Polly.

-Quizá no le guste, y no sé qué decirle -objetó Fan.

Yo sé que le gustaría mucho. No pienses en lo que has de decirle; ve y demuéstrale que no dudas de él ni lo culpas por esto, sino que lo quieres más que antes y estás dispuesta a ayudarle en todo.

-Yo voy. No tengo miedo. Le abrazaré y le diré que me alegro de que nos mudemos a la casita chica -exclamó Maud.

-Ven conmigo, Polly, y dime qué debo hacer -pidió Fanny llevando consigo a su amiga.

-Ya lo' sabrás cuando lo veas -repuso Polly, dejándose llevar, pues sabía que la consideraban como de la familia.

A la puerta del estudio encontraron a Maud, a quien se le había agotado el coraje, pues seguía pensando en el ataque sufrido por el señor Merton. Polly abrió y al ver Fanny a su padre, en seguida supo qué hacer. El fuego ardía débilmente, la luz era suave y el señor Shaw se hallaba sentado en su sillón, con la cabeza entre las manos, como si lo abatieran las preocupaciones. Fanny lanzó una mirada a su amiga y entró luego para abrazar a su padre y decirle con voz llena de ternura:

-Querido papá, hemos venido para hacerte compañía.

El señor Shaw levantó la vista y al ver en el rostro de su hija algo que jamás notara antes, la abrazó a su vez y apoyó su cabeza sobre el hombro de la joven, coma si, cuando menos lo esperaba, hubiera hallado el consuelo que necesitaba.

En ese momento comprendió Fanny lo que debía ser una hija para su padre, y Polly, al recordar a la egoísta señora Shaw, dormida en el piso alto, vio con meridiana claridad lo que

una esposa debía ser para su compañero: una ayuda y no una carga. Conmovida por estas demostraciones tan desusadas, Maud sentóse sobre las rodillas de su padre.

-No estamos muy afligidos, papá, y yo ayudaré a Fan a cuidar de la casa -susurró.

El padre abrazó también a la niña y por un' momento guardaron todos silencio. Polly habíase situado detrás del sillón a fin de no molestar a las tres personas que en el momento de la desgracia se daban cuenta de lo mucho que se querían.

Al cabo de un momento el señor Shaw pareció más calmado y preguntó:

-¿Y dónde está mi otra hija? ¿Dónde está mi Polly?

Ella se le presentó en seguida, le dio un beso más cariñoso que de costumbre, pues le agradaba oírle decir "mi otra hija", y le susurró luego:

-¿No quiere ver también a Tom?

-Claro que sí. ¿Dónde está el pobre?

-Yo lo traeré.

Y Polly partió de inmediato.

Pero en el corredor se detuvo un momento para mirarse al espejo a fin de ver si estaba bien, pues deseaba mostrarse bonita ante Tom en esa hora de prueba.

El muchacho habíase recobrado ya cuando entró Polly. El pañuelo había desaparecido y tenía la cabeza en alto, mientras que su rostro estaba sereno y su expresión era la de quien está dispuesto a hacer frente con entereza a los golpes del destino.

-Querido, tu padre quiere verte -le dijo ella.

Tom se levantó en seguida, ofreciéndole la mano y repuso:

-Ven tú también; sin ti no podemos vivir.

Y la condujo al estudio con él.

Conversaron entonces largo rato, pues las dificultades familiares parecen fortalecer los lazos de afecto, y mientras los jóvenes lo escuchaban con atención, el señor Shaw les dio varios detalles de sus negocios. Todos se censuraron por haber vivido tan alegres mientras se preparaba la tempestad y su pobre padre debía hacerle frente a solas. Ahora, empero, había llegado el desastre, y, después de la primera alarma, al descubrir que seguían con vida, comenzaron a descubrir lo agradable que era comentar un asunto de importancia entre ellos, consolarse mutuamente y sentirse tan unidos.

Fue una conversación seria; pero no del todo triste, pues el señor Shaw sintióse notablemente reconfortado ante la comprensión de sus hijos, y éstos, que por él trataban de mostrarse serenos, encontraron que no les era tan difícil soportar el golpe. Hasta rieron de tanto en tanto, ya que las muchachas, en su ignorancia, hicieron preguntas ridículas; Tom sugirió planes completamente impracticables, y Maud provocó la hilaridad general cuando hubo oído los proyectos para el futuro y comentó muy pensativa:

-¡Qué alivio! Cuando papá dijo que debíamos renunciar a todo, y mamá afirmó que éramos unos pordioseros, pensé que tendría que andar con una canasta pidiendo comida. Una vez dije que eso me gustaría; pero me parece que no ha de ser así, pues no me gustan las sobras frías de comida y me dolería mucho que Grace y las otras me vieran andar por las puertas de servicio.

-Mi niñita nunca llegará a eso si puedo evitarlo -dijo el señor Shaw, abrazándola con fuerza.

-Pero lo haría con gusto si tú me lo pidieras, papá, pues es verdad que quiero ser útil -repuso Maud.

-¡Yo también! -exclamó Fanny, preguntándose al mismo tiempo qué efecto le haría usar vestidos viejos.

Tom no dijo nada, aunque acercó hacia sí un papel lleno de cifras hechas por su padre y rápidamente procedió a aturrullarse por completo al querer comprenderlos e indicar así que estaba dispuesto a llevar parte de la carga de su progenitor.

-Ya lo pasaremos, niños, de modo que no se preocupen y estén sólo listos para sufrir algunas molestias. Guarden el orgullo en el bolsillo y recuerden que la pobreza no es una desgracia, pero que la deshonra sí lo es.

Polly siempre había querido al bondadoso señor Shaw; ahora lo respetó más que nunca, y se dijo que no le había hecho justicia cuando pensó a veces que sólo le importaba ganar dinero.

"No me asombraría que fuera esto bueno para toda la familia, aunque ahora no lo parezca. La señora Shaw será la que más sufra; pero quizá salga de su letargo, olvide sus nervios y sea tan feliz y trabajadora como mamá", se dijo llena de esperanzas, pues la pobreza era vieja amiga suya y mucho tiempo atrás había aprendido a no temerla.

Cuando se despidieron aquella noche, Polly retiróse primero a fin de dejarlos libres por un momento. Vio desde afuera el cariño con que las niñas besaban a su padre. Tom no tenía la costumbre de besar a su padre, y todo lo que supo hacer para expresar sus sentimientos fue oprimir la mano de su progenitor y mirarlo con respeto y profundo afecto.

16
DESFILE DE VESTIDOS

Las semanas subsiguientes enseñaron a los Shaw cuán rápidamente vuelan las riquezas una vez que empiezan a dejarnos. El señor Shaw llevé a cabo sus planes con una energía y paciencia que obraron milagros y conmovieron a los acreedores más duros. Renunciaron a la mansión más grande lo antes posible y se mudaron a la casa pequeña en la que estaban los muebles que dejara la abuela cuando se había ido a vivir con su hijo. El anticuado moblaje había sido alquilado con la casa, y ahora parecía casi un regalo de la anciana, doblemente precioso en esos momentos tan duros.

Durante el remate, varias personas demostraron a la familia que, aunque había perdido su fortuna, los amigos aún quedaban, pues uno adquirió el piano de Fanny y se lo envió de regalo; otro se aseguró ciertos artículos lujosos para la señora Shaw, y un tercero salvó los libros que el señor Shaw apreciaba más. Así, pues la casita no estaba desnuda, y les resultó más agradable a causa de estos objetos salvados del naufragio por la buena voluntad de los verdaderos amigos.

Las esperanzas que tenía Polly con respecto a la señora Shaw resultaron fallidas, pues la desgracia no le produjo un efecto vivificador. En seguida se instaló en su lecho, recibió a sus amigos llorando y "alegro" a la familia preguntando en tono quejoso cuándo la iban a llevar al asilo de mendigos.

Esto fue doloroso para Fanny; mas al cabo de un intervalo de abatimiento llegó a la conclusión de que, en vista de las circunstancias, era lo mejor que su madre podía haber hecho, y con una energía similar a la de su padre, la joven se puso a trabajar con la convicción de que la necesidad le brindaba lo que hacía mucho que necesitaba: algo que hacer.

La pobre muchacha sabía muy poco acerca de los quehaceres domésticos; pero trabajó con gran voluntad en todas las tareas que le venían a las manos hasta que, cuando su fortaleza y su corazón estaban por abatirse, el orden comenzó a emerger del caos, y la visión de un hogar cómodo y feliz vino a sostenerla y recompensar sus esfuerzos.

Maud se reconcilió pronto con la bancarrota, la consideró algo novedoso, pues a los niños les agradaban los cambios, y considero su nueva casita como algo especial para ella. Desde el momento en que halló en el ropero empotrado un caldero como el de Polly, se dijo que la esperaban muy buenos tiempos, y se puso a sacudir el polvo a los muebles, a lavar tazas y hacer tostadas con la mejor voluntad del mundo.

Polly vio todos estos cambios, dando una mano aquí y otra allá, y mostrándose tan alegre como siempre cuando sus amigos se veían en apuros. Le parecía poco todo que pudiera hacer para probar su gratitud por los favores recibidos y trabajaba con gusto en la casa, segura de que las tareas más duras y desagradables eran las que le correspondían. Durante la mudanza fue ella la que movió las cosas más pesadas, clavó alfombras y colgó cortinas y, en cierta oportunidad, cuando estuvo a punto de desnucarse al caer al sótano, se dijo que pagaba sus deudas pendientes.

-Tú sabes hacer de todo. Ven a darme algunos consejos, pues estoy desesperada -dijo Fanny, cuando la "doncella de todo servicio", como se llamaba Polly a sí misma, halló un momento de descanso.

-¿De qué se trata? ¿Polillas en las pieles, una chimenea tapada, o viruela en casa del vecino? -preguntó Polly al entrar en el cuarto de Fan, donde Maud estaba probándose viejos sombreros ante el espejo.

-Ocurre que no tengo nada que ponerme -respondió su amiga-. He estado demasiado ocupada para preocuparme hasta ahora, pero ya estamos casi a mayo y no tengo un trapo decente que ponerme. Por lo general voy a casa de la señora O'Grady y le digo lo que quiero; ella me confecciona el guardarropa de la primavera, papá paga la cuenta y ya está listo el asunto; pero ahora no tengo valor para pedirle a papá ni un centavo, ..y sin embargo necesito vestirme. Tú eres tan genial para hacer maravillas que me pongo en tus manos y te pregunto: "¿Cómo haré un guardarropa de primavera sin nada?"

-Déjame ver lo que llamas "nada" antes de que te aconseje. Trae todo lo que tengas y veremos qué se puede hacer.

Fanny sacó sus "harapos", como los llamaba, y se asombró de .cuántos tenía, pues cubrió con ellos el sillón, el sofá, la cama y la cómoda, y todavía Maud, que rebuscaba en los roperos, seguía gritando:

-Aquí hay más.

-¡Mira cuántos trapos! -dijo Fan, agregando un vestido de muselina a la última pila.

-Para mí tus trapos resultan muy convenientes, pues hay muy buena tela y pocos adornos gastados. Veamos: cinco sombreros. Guarda los de invierno hasta otoño, desarma los de verano y de tres viejos haremos uno nuevo, si es que no me engaña la vista.

-Yo los desarmaré; después me muestras cómo haces uno nuevo -intervino Maud, sacando las tijeras y comenzando de inmediato a reducir a sus elementos originales uno de los primeros sombreros.

-Ahora los vestidos -continuó Polly.

-¿Quieres mirar esto? -pidió Fan, levantando un traje gris completamente descolorido.

Polly lo dio vuelta y mostrándole el revés completamente nuevo, expresó en tono triunfal.

-Mira tu nuevo vestido. Algunos adornos sencillos y estarás tan elegante como siempre.

-Jamás me puse un vestido dado vuelta. ¿Te parece que lo notará la gente?

-¿Qué importa que lo noten? No te hará daño. Nadie pensará respecto a tu vestido, salvo que te queda bien. Yo he usado trajes dados vuelta y teñidos toda la vida, y eso no parece haberme costado amistades ni dañado mi salud.

-Es verdad. Soy una tonta, Polly. Daremos vuelta el gris y lo usaré con entereza.

-Entonces te quedará mejor que nunca. Mira, aquí tienes una seda violeta muy bonita. Te servirá para hacerte un lindo vestido -exclamó Polly, continuando con la selección.

-No veo cómo dos polleras gastadas y una blusa manchada pueda servir para confeccionar un vestido completo -expresó Fan, sentándose en el lecho con las prendas sobre la falda.

-Mi plan es el siguiente -manifestó su amiga-. Le sacamos los dobladillos y le ponemos algunas tablas. Así, como la parte superior de esta pollera está en buenas condiciones, le quitamos el fruncido, la damos vuelta y nos queda nueva. La parte de abajo la cortamos un poco y la adornamos con encaje, con la blusa hacemos la parte superior, y con lo que nos sobre confeccionamos un sombrero que haga juego.

-Todavía no lo veo, pero tengo fe en ti y ya considero terminado el guardarropa -declaró Fanny, cada vez más interesada al ver las maravillas de que era capaz su amiga.

-Ya tenemos dos. Ahora está ese de piqué que puede servirnos si le cortas el faldón a la chaqueta y le cambias un poco los adornos. Los de muselina sólo necesitan coserles algunas costuras y plancharlos y los tendrás como nuevos. No deberías guardarlos en estas condiciones, pequeña. Estos dos de seda negra te servirán todavía durante años. Si estuviera yo en tu lugar, tendría dos vestidos floreados de algodón para usar en casa, y así estarías ya lista para pasar toda la estación.

-¿Y con éste no puedo hacer nada? Es uno de mis favoritos y me duele dejarlo.

-Lo has gastado por completo y sólo sirve para la bolsa de trapos. Recuerdo que era muy bonito, pero ya ha terminado de prestar servicios.

Fanny dejó el vestido en cuestión sobre su falda, sonriendo al recordar la última vez que lo había usado, cuando Sydney le dijo que sólo necesitaba algunas flores sobre la cabeza para ser la encarnación de la primavera. Al fin lo dobló en dos y lo guardó con un suspiro; pero no se desprendió de él, y mis lectores más sentimentales comprenderán la razón.

-Los vestidos de baile te conviene guardarlos hasta el año próximo -dijo Polly al llegar a la pila correspondiente.

-No volveré a usarlos -expresó su amiga con calma-. Haz con ellos lo que quieras.

-¿Alguna vez vendiste tus vestidos viejos, como lo hacen muchas damas?

-Nunca; no me gusta esa costumbre. Los regalo o se los doy a Maud para que haga con ellos lo que quiera.

-¿Me permites que te cuente algo que propuso Belle?

-Si es una oferta de comprar mis vestidos, no -replicó Fanny con cierta sequedad.

-Entonces no te lo digo -expresó Polly.

-Si quisiera comprar ese horrible vestido morado, yo se lo vendería barato -terció Maud.

-¿Es ése el que quiere, Polly? -preguntó Fan, cuya curiosidad predominó sobre su orgullo.

-Te diré, sólo me preguntó si tú te ofenderías mucho si ella ofrecía comprártelo, ya que nunca lo habías usado.

-¿Y qué le contestaste tú?

-Vi que lo decía con buena intención y por eso le contesté que te lo preguntaría. Ahora, entre nosotras, te diré que el precio de ese vestido te permitiría comprar muchas cosas para la primavera. Ése es un detalle interesante. Hay otro que quizá termine de convencerte. Trix dijo a Belle que iba a pedirte ese vestido, ya que tú no querrías usarlo ahora. Esto enfadó a Belle, le dijo que estaría muy mal pedírtelo sin ofrecerte nada a cambio, y agregó:

-Le daré a Fan lo que pagó por él, y más si es que lo necesita. No me importa el vestido; pero me gustaría favorecerla con un poco de dinero, pues sé que lo necesita y es demasiado buena para pedirle al padre que le compre algo que no sea imprescindible.

-¿Dijo eso? Le regalaré el vestido -manifestó Fan.

-Eso no lo querrá, deja que yo arregle el asunto y no te avergüences. Hiciste muchas cosas por Belle; ahora deja que ella pague sus deudas y se dé el mismo gusto que tú.

-Si lo considera así, ya es otra cosa. Quizá me convenga. El dinero me sería muy útil .... aunque no me agrada tomarlo. -Los reyes y reinas venden sus joyas cuando vienen tiempos malos y cuando pierden sus tronos y nadie se sorprende por ello. ¿Por qué has de preocuparte? Es una transición entre dos amigas que cambian cosas que no necesitan por cosas que les hacen falta, y yo lo haría si estuviera en tu lugar.

-Ya lo veremos -repuso Fan.

-Si yo tuviera tantas cosas como Fan, las vendería en remate y obtendría todo el dinero posible. ¿Por qué no lo haces? -dijo Maud, comenzando a desarmar el tercer sombrero.

-Lo haremos -manifestó Polly, y trepándose a una silla, ofertó y remató todo el guardarropa de Fan a un grupo imaginario de amigos, imitándolos a todos tan bien que las tres rieron a más y mejor.

-Bueno, basta de tonterías y volvamos al trabajo -dijo luego la joven, satisfecha con el efecto de su broma-. Estas muselinas blancas y telas de seda durarán años, de modo que conviene guardarlas hasta que se necesiten. Así ahorrarás dinero y podrás aprovechar lo que te haga falta cuando llegue el momento indicado. Así hace mamá. Muchos amigos ricos nos enviaban ropas, y lo que no nos servía en el momento, mamá lo guardaba para mejor ocasión.

-¿Y tu madre no les dejaba usar las prendas lujosas que llegaban? -preguntó Maud.

-No. Opinaba que no era propio que las hijas de un ministro de la iglesia se lucieran con atavíos de tanta calidad, aunque fuesen de segunda mano, de manera que guardaba lo que no podía sernos útil y nos dejaba jugar con los sombreros viejos y los vestidos en desuso. ¡Vieras cómo nos divertíamos en nuestro altillo! Recuerdo un día en que jugábamos a que realizábamos un baile y estábamos todos vestidos de fiesta. Unos vecinos nuevos fueron de visita y expresaron el deseo de vernos, pues les habían dicho que éramos modelos. Mamá nos llamó; pero nosotros nos habíamos ido al jardín y estábamos cantando, de modo que no oímos su voz. Y justo cuando los visitantes se iban, oyeron un ruido que los hizo pararse a la puerta, y por la esquina . de la casa apareció Ned vestido de etiqueta, llevando a Kitty en una jardinera, mientras que Jimmy, Will y yo los corríamos gritando, pues jugábamos a que Lady Fitz Perkins se había desmayado y la llevaban a su casa en un carruaje. Pensé que mamá se iba a morir de risa, y ya podrán imaginar la impresión que se llevaron los vecinos con los niños modelos.

Maud sintióse tan divertida ante la travesura relatada que para reír mejor se sentó al borde de un baúl abierto, cayó al interior del mismo y fue rescatada tras no poco trabajo.

-La gente del campo se divierte mucho más que nosotros. Yo nunca viajé en carretilla, y me parece que eso no es justo -se quejo-. No necesitan guardar vestidos de seda para mí; no seré una gran dama cuando crezca, sino la esposa de un granjero, y haré manteca, tendré diez hijos y criaré cerdos.

-Casi me parece que así será si encuentras un granjero -declare Fanny.

-Lo tendré a Will; se lo pedí y me dijo que sí. Él va a predicar los domingos y a trabajar en la granja el resto del tiempo. Así es, de modo que no necesitan reírse, pues ya tenemos hechos todos nuestros planes -manifestó Maud con cómica dignidad, mientras se probaba un viejo sombrero blanco, preguntándose si las esposas de los granjeros usarían plumas de avestruz cuando iban a las reuniones de los domingos.

-¡Bendita inocencia! -murmuró Fanny-. ¿No te gustaría ser niña y atreverte a pedir todo lo que quisieras?

-Me gustaría haber visto la cara de Will cuando Maud se le declaró -repuso Polly, con una señal de asentimiento.

-¿Hay noticias de alguien? -susurró Fan, fingiendo examinar una manga con gran atención.

Todavía en el sur no creo que los últimos acontecimientos le hayan sido comunicados. Eso explica su ausencia.

-Creo que Sir Philip sufrió un golpe más fuerte del que creíamos.

-Lo dudo; pero, sea como fuere, el tiempo cura muy rápido las heridas de esa naturaleza.

-¡Ojalá!

-¿Quién es Sir Philip? -preguntó Maud, muy interesada.

-Un hombre famoso que vivió en la época de la reina Isabel -le contestó Fan.

-¡Ah! -Maud pareció satisfecha, aunque no por eso dejó de sospechar algo raro.

-Todos estos arreglos exigirán mucho trabajo, y me desagrada coser -dijo Fanny, para que su hermana olvidara lo anterior.

-Jenny y yo te ayudaremos. Te debemos tanto o más que Belle, y exigimos el privilegio de pagar. Las buenas acciones tienen siempre su recompensa.

-Las mías tienen mucho mayor de lo que merecen -respondió Fan.

-El interés de esa clase de inversiones suele ser cuantioso. Ahora descose esos vestidos para que Jenny los prepare, y yo te haré un sombrero en menos que canta un gallo -propuso Polly, decidida a que las cosas marcharan lo mejor posible.

-Necesito algo que armonice con mi vestido -expresó Fanny.

-Lo que gustes, querida. En cuestión de sombreros, siempre se me ocurren buenas ideas. ¡Ya está! Esto es lo mejor -exclamó Polly, revolviendo las sedas que Fan tenía en las manos-. Este trozo de tela plateada es todo lo que necesito para hacer un sombrero magnífico, y estas "no-me-olvides" son de lo más apropiado.

-¡Calla; pilluela! -exclamó Fanny, cuando Polly la miró con expresión maliciosa.

-El sombrero y el vestido estarán listos a tiempo, de modo que ponte lo más bonita posible y acepta mi bendición -continuó Polly, al ver que a su amiga le agradaba la broma.

-¿A tiempo para qué? -intervino la señorita Meterete.

-Para tu boda, querida -respondió Fan, pues las agradables insinuaciones de Polly la ponían de buen humor.

Maud dejó escapar una exclamación de incredulidad y preguntóse por qué las chicas mayores eran tan misteriosas.

-Bien, ha terminado la cuestión de "los trapos", y te estoy muy agradecida por haberme ayudado y enseñado a aprovechar las cosas viejas. Espero que con el correr del tiempo llegaré

a tener tantas manos como tú -expresó Fan cuando el sombrero estuvo terminado y se prepararon todas las prendas para iniciar su arreglo.

-Y yo espero que antes de mucho tengas otras dos manos fuertes además de las tuyas, queridita -repuso Polly, antes de despedirse con un guiño que mantuvo a Fan alegre todo el día.

17
REEMPLAZANDO A LA ABUELA

Creo que Tom fue el que más sufrió, pues, aparte de las dificultades de la familia, tenía las propias que lo preocupaban y afligían. Los enredos de estudiantes se olvidan pronto; pero había muchas lenguas que culpaban a "ese muchacho manirroto" y aseguraban que Tom Shaw iría ahora camino hacia la ruina. Naturalmente, Tom enteróse de lo que imaginaban muchos.

Ahora que había perdido sus bienes, pareció ver por primera vez las ventajas que estuvieron en sus manos. Comprendió su valor al mismo tiempo que reconoció lo poco que merecía los dones que tan mal empleara. Tampoco entendía nada de quehaceres domésticos, y las chicas, más francas que su padre, no vacilaban en decirle que molestaba cuando él se ofrecía a ayudarlas en algo.

Después de los primeros momentos tuvo tiempo para pensar. Sintió que sus energías se apagaban, le dominó el remordimiento y se figuró que todos lo consideraban como un villano y una descastado. El orgullo lo hizo ocultarse lo más posible, ya que no podía soportar la compasión, aun cuando se la expresaran por medio de bondades. Se quedaba mucho en la casa, desaparecía cuando llegaba alguien, hablaba muy poco y se mostraba patéticamente humilde y trágicamente malhumorado. Deseaba hacer algo, mas no se le presentaba nada, y mientras esperaba recobrar su ecuanimidad, sentíase tan abatido que, de no haber sido por una cosa, el pobre Tom habría terminado en el fracaso más absoluto. Pero cuando parecía más inútil descubrió que una persona 1o necesitaba y siempre le brindaba todo su afecto. Este cariño demostrado por su madre fue la salvación de Tom en aquel momento crítico de su vida. Las horas que pasó con ella le sirvieron para recobrar el ánimo y sentirse de nuevo dispuesto a enfrentarse al mundo.

-¡Cielos! ¡Qué viejo parece papá! Espero que no se olvide de mis mollejas -suspiró un día la señora Shaw, mientras observaba a su esposo que se alejaba lentamente calle abajo.

Tom que se hallaba a su lado, jugueteando con la cortina, siguió con la vista la figura de su progenitor, notando cuán cargado de espalda parecía. Reprochóse entonces su ociosidad y se preparó para reparar la omisión tan pronto la hubo descubierto.

-Yo me ocuparé de traértelas, mamá. Hasta luego.

Y, después de darle un beso, partió al escape.

No sabía qué hacer; pero súbitamente habíasele ocurrido que se estaba ocultando de la tormenta y dejaba que su padre le hiciera frente a solas, pues el anciano iba a su oficina todos los días con regularidad cronométrica, mientras que el joven se quedaba en casa con las mujeres.

-Tiene derecho de estar avergonzado dé mí, pues me porto como si fuera yo el ofendido. Me figuro que eso pensará la gente. Les demostraré que no es así. ¡Ya lo verán!

Y Tom calzó los guantes con el aire de quien está por enfrentarse a un enemigo.

-Papá, si me permites te acompañaré. Tengo un encargo para mamá. Bonito día, ¿verdad?

La voz de Tom se quebró un tanto al final, pues la expresión de sorpresa y placer con que lo saludó su padre y la celeridad con que tomó el brazo que le ofrecía probaban que las diarias caminatas habían sido solitarias y tristes.

-Gracias, Tom. Sí, a mamá le agradará más su cena si se la llevas tú.

Luego se pusieron a hablar de negocios con gran interés, como si temieran que el sentimentalismo pudiese rebajar su dignidad masculina. Mas no importó que hablaran de procedimientos legales o amor, de hipotecas o madres; el señor Shaw caminaba más erguido que de costumbre, y Tom sintió que de nuevo ocupaba su lugar.

Empero, la caminata no estuvo exenta de molestias, pues aunque el muchacho se alegró de ver el respeto que todos demostraban a su padre, notó también las miradas inquisidoras fijas en él.

"Me iría a Australia si no fuera por mamá", se dijo. "Sería mejor estar alejado de la gente que me conoce. Aquí no podré levantar la cabeza mientras mis conocidos hacen apuestas a ver si me enderezo o caigo. ¡Al diablo con el latín y el griego! Ojalá hubiera aprendido un oficio que me sirviera ahora de algo. Lo único que podría resultarme útil es el francés. ¿No necesitará Belle un empleado para su sucursal de París? No estaría mal. Probaré suerte".

Y después de haber acompañado a su padre hasta la oficina, Tom sacó fuerzas de flaqueza y fue a presentar su pedido, opinando que sus perspectivas habían mejorado. Mas el señor Belle no estaba de buen humor, y no hizo más que darle un sermón que deprimió por completo al muchacho.

Aquella tarde, mientras vagaba por la casa tratando de calcular cuánto le costaría un viaje a Australia, un murmullo de alegres voces le atrajo hacia la cocina. Allí halló a Polly dando

a Maud lecciones de arte culinario, pues la nueva cocinera no era muy hábil para los postres, y la señora Shaw se habría creído en la más absoluta miseria si no había alguna golosina al terminar la comida. Maud tenía un genio especial para la cocina, y Fanny la odiaba, de modo que la más pequeña estaba en la gloria y tomaba lecciones cuando Polly podía dárselas.

-No entres ahora, Tom; estamos muy ocupadas -gritó Maud al ver a su hermano.

-No sabía qué estabas haciendo. Mamá está dormida y Fan ha salido; por eso bajé para ver si podía hacer algo -respondió Tom, quedándose en la puerta.

Era un muchacho muy sociable y en ese momento necesitaba que alguien le hiciera olvidar sus preocupaciones aunque fuera por un rato. Polly sabía esto y estaba segura de que su compañía no la molestaría en lo más mínimo.

-No se dará cuenta -susurró Maud, agregando en voz alta-: Entra si quieres y bate esta masa; necesita una mano fuerte y las mías están cansadas. Ponte este delantal para no ensuciarte, siéntate y toma las cosas con calma.

-Sí mal no recuerdo, siempre me gustaba ayudar a la abuela a preparar las tortas -expresó Tom, dejando que Polly le asegurara un delantal, le pusiera un tazón en las manos y le instalara cerca de la mesa en la que Maud limpiaba ciruelas y ella estaba preparando las especias.

-Lo haces muy bien, Tom. Aquí tienes una ciruela -dijo Polly, dándole una.

-Pon muchas. Me gusta enormemente el pastel de ciruelas -observó él, batiendo la masa con gran energía.

-Siempre lo hago si es posible; no hay nada que me guste más que poner azúcar y especias y hacer un sabroso pastel de ciruelas para la gente. Es una de las pocas cosas para las que tengo habilidad.

-Estás acertada, Polly; no hay duda que tienes habilidad para sazonar bien tu vida y la de otros, lo cual es una suerte, ya que todos tenemos que comer ese pastel aunque no nos guste -observó Tom con tanta seriedad que Maud exclamó.

-¡Vaya! Eso parece un sermón.

Tom miró a Polly, diciendo en tono de broma:

-Eso es otra especialidad de Polly. ¿No nos dices uno?

-Les diré uno muy breve. La vida es como un pastel de ciruelas -comenzó la joven-. En algunos las ciruelas están todas arriba y las comemos con gran alegría hasta que descubrimos de pronto que ya no quedan. En otros las ciruelas se ven al fondo, y las buscamos en vano, y a menudo las encontramos cuando ya es demasiado tarde para tomarles el gusto. Pero en el pastel bien hecho, las ciruelas están bien distribuidas y cada bocado es un placer. Como somos nosotros los que hacemos el pastel, tengamos cuidado de prepararlo según la mejor receta, de cocinarlo en un horno bien regulado y de aderezarlo como se debe.

-¡Muy bien! ¡Muy bien! -exclamó Tom-. Es un sermón magnífico, Polly.

-Gracias, hermano. Maud, trae la naranja -repuso Polly, y comenzó a unir los ingredientes mientras Tom y Maud se quedaban observándola con gran interés.

-Ahora prepara las natillas, querida. Quizá Tom quiera batir los huevos. El ejercicio le hará bien.

Librodot

-Mucho bien. Pásamelos -dijo Tom-. A propósito, ha regresado Syd. Lo vi ayer y me trató como un amigo.

-¡Cuánto me alegro! -exclamó Polly, y batió palmas sin darse cuenta de que tenía en la mano un huevo que se hizo pedazos-. ¡Qué descuido! Recógelo, Maud; yo iré a buscar otro. Y la joven salió de la cocina, encantada de tener una excusa para ir a dar la noticia a Fan, quien acababa de llegar en ese momento.

-Tú sabes mucho de historia, ¿verdad? -preguntó de pronto Maud.

-No mucho -fue la modesta respuesta.

-Sólo quería saber si hubo de veras un hombre llamado Sir Philip en la época de la reina Isabel. , -¿Te refieres a Sir Philip Sydney? Sí, vivió en aquella época. -¡Ah! Ya sabía que las chicas hablaban de él -exclamó Maud.

-¿Qué enredo te traes entre manos, pilluela?

-No te repetiré lo que dijeron porque no me acuerdo bien; pero oí a Fan y a Polly hablar en tono muy misterioso respecto a una persona, y cuando les pregunté quién era, Fan me dijo: "Sir Philip", ¡Ja! No irás a pensar que lo creí. Las vi reír y sonrojarse, y me di cuenta que no se trataba de ningún caballero de la corte de Isabel.

-Oye tú, estás revelando secretos ajenos. Pero no importa.

Ellas no nos cuentan nada; pero somos tan listos que descubrimos todo, ¿verdad? -dijo Tom.

-No está bien que tú te enteres; pero yo ya tengo edad suficiente como para que me cuenten las cosas, y a ellas les conviene andarse con tiento, pues no soy nada tonta. ¡Las hubieras oído! Debe haber sido algo muy interesante respecto al señor Sydney, pues parecían muy contentas cuando charlaban en la cama.

-¿Cuál de las dos parecía más contenta? -preguntó el muchacho en tono distraído.

-Polly. Ella hablaba más y se mostraba muy feliz. Fan rió mucho, pero creo que la enamorada es Polly.

-Calla que ahí viene -advirtió él.

Entró Polly con las mejillas arreboladas y sin los huevos. Tom la miró por sobre el hombro y se quedó abatido. Su expresión hizo que Polly se sintiera un poco culpable, lo que quiso disimular poniéndose a moler nuez moscada con vigor que justificó el color de sus mejillas. Maud, la traidora, seguía trabajando como si nada ocurriera. Polly notó un cambio en la atmósfera; pero lo atribuyó a que Tom estaba fatigado, de modo que lo despachó regalándole un poco de canela en rama.

-Fan te trajo los libros y mapas que le encargaste. Ahora vete a descansar. Muchas gracias por tus servicios, y aquí tienes tu paga.

-Buena suerte para ustedes -contestó él, y se alejó masticando la canela con aire meditativo. Fue a buscar los libros, mas no los leyó, yendo en cambio a encerrarse en su cuarto para cavilar a sus anchas.

A la mañana siguiente, cuando bajó a desayunar, le saludaron con un:

-¡Feliz cumpleaños, Tom!

Sobre la mesa había regalos de todos los miembros de la familia. Quizá no eran tan costosos como antaño; pero resultaban mucho más preciosos como símbolo de un cariño que ha sobrevivido a los cambios. Tom creyó no merecer nada, y cuando todos se esforzaron por brindarle un día feliz, comprendió lo que significa "ser aniquilado con bondades", y resolvió de inmediato honrar a la familia o morir en la empresa.

En la tarde presentóse Polly para el té, y cuando se reunieron alrededor de la mesa, apareció otro regalo que, aunque no era de naturaleza sentimental, conmovió a Tom más que

todos los otros. Era un sabroso pastel con un ramillete de flores en la parte superior y una inscripción como la de todos los años.

-Nombre, edad y fecha, como en una bonita lápida sepulcral -comentó Maud con gran candor.

Al oír el comentario tan fúnebre, la señora Shaw, que habla bajado para hacer los honores de la fiesta, dejó caer su servilleta y pidió el frasco de sales.

-¿Quién lo hizo? -preguntó el muchacho, observando el regalo con gran satisfacción.

-No sabía qué regalarte, pues tienes todo lo que necesita un hombre, y estuve desesperada hasta que recordé que la abuela te hacía siempre un pastel de éstos y que una vez dijiste que no cumplirías bien los años sin él. Por eso traté de hacer uno igual, y espero que resulte bien. sabroso.

-Gracias -fue todo lo que dijo Tom sonriendo a la joven. Pero Polly comprendió que su regalo le habla complacido más que cualquier otra cosa que podría haberle dado.

-Tiene que estar bueno porque lo batiste tú mismo, Tom -declaró Maud-. ¡Qué risa verte trabajar tanto sin adivinar para quién era el pastel! Temblé cada vez que abrías la boca, por temor de que hicieras alguna pregunta al respecto. Por eso fue que Polly dijo el sermón y yo seguí hablando cuando se fue ella.

-¡Qué tonto fui! Me había olvidado del día. Bueno, vamos a cortarlo. Ya no tengo ganas de comer otra cosa.

Polly cortó las rebanadas con gran cuidado y colocando una más grande que las demás en uno de los platos de porcelana de la abuela, agregó las flores y se la entregó.

Animóse el rostro de Tom al tomar su porción, y después de un examen que divirtió a todos, levantó la vista, diciendo con gran alivio:

-Hay ciruelas por todas partes. Me alegro de haber ayudado, pero Polly merece llevarse la palma y ella debe lucir el ramillete.

Y volviéndose hacia ella le puso una rosa en. el cabello con más galantería que buen gusto, ya que una espina le pinchó la cabeza, las hojas le hicieron cosquillas en una oreja y la flor quedó al revés.

Fanny se rió de esta falta de habilidad; pero Polly no quiso cambiar la flor, y todos se pusieron a comer el pastel como si la indigestión fuera una de las artes perdidas. Tomaron el té y lo estaban pasando muy bien, cuando llegaron dos cartas para Tom, quien vio el sobre de una y retiróse precipitadamente a su cuarto, dejando a Maud consumida por la curiosidad y a las dos mayores bastante excitadas, pues Fan creyó reconocer la letra de una v Polly la de la otra.

Pasó una hora sin qué volviera Tom. Salió el señor Shaw,

la señora Shaw retiróse a su aposento acompañada por Maud, y las dos jóvenes se quedaron pensando si habría ocurrido algo malo.

-¡Polly! -llamó de pronto una voz, y la aludida dio un respingo como si hubiera oído un trueno súbito.

-Ven corriendo -le dijo-. Ardo en deseos de saber qué pasa.

-Será mejor que vayas tú -comentó Polly, deseosa de obedecer, aunque se sentía dominada por la timidez.

-No me ha llamado a mí; además, no podría decir una sola palabra si una de las cartas es de Sydney -exclamó Fan. Polly marchó entonces, aunque parecía muy preocupada, y se detuvo a la puerta del cuarto de Tom como si temiera a su ocupante. El muchacho estaba sentado en su actitud favorita, a horcajadas sobre una silla, con los brazos cruzados y la barbilla apoyada sobre ellos.

-¿Me llamaste, Tom?

-Sí. Entra y no te asustes; sólo quiero mostrarte un regalo que he tenido y preguntarte si debo aceptarlo.

-¡Pero, Tom, si parece que te hubieran dado un golpe! -exclamó ella.

-Así es; pero ya me he levantado y estoy más firme que nunca. Lee esto y dime qué opinas.

Tom tomó la carta de la mesa, la puso en manos de la joven y comenzó a pasearse por la habitación como una fiera en su jaula. Al leer Polly la breve nota se puso pálida y le relampaguearon los ojos. Se quedó luego silenciosa, demasiado indignada para hablar; después hizo un bollo con el papel y lo arrojó al suelo, diciendo con ira:

-¡Opino que es una mujer sin corazón, una mercenaria y una desagradecida! Eso es lo que opino.

-¡Oh... caramba! No pensaba mostrarte esa carta sino esta otra. -Tom tomó la otra carta, mostrándose medio colérico y medio avergonzado por su error-. Pero no me importa; mañana lo sabrán todos, y quizá me harás el favor de evitar que las chicas me molesten con preguntas al respecto.

-No me asombra que estuvieras tan alterado. Si la otra carta es tan mala como ésta, será mejor que me siente antes de leerla -expresó Polly.

-Es un millón de veces mejor; pero me sorprendió más que la otra, como me ocurre siempre con las bondades.

Tom calló entonces, quedándose con la carta en la mano. Al fin acercó un sillón, indicó a Polly que lo ocupara y dijo en tono grave que sorprendió mucho a la joven:

-Cuando me encontraba en un aprieto, solía ir a consultar a la abuela, y ella siempre tenía algo sensato que decirme o algún consuelo que brindarme. Ahora no está en este mundo; pero tú pareces haber ocupado su lugar. ¿Te molestaría sentarte en su sillón y permitirme que te cuente una o dos cosillas como lo hace Will?

Polly sintió que Tom habíale hecho el cumplido más agradable que se podía inventar. A menudo había anhelado aconsejarle, pues, como siempre estuvo en buenas relaciones con sus hermanos, sabía lo que muchas mujeres tardan años en aprender: que la diferencia de sexos no influye tanto en los corazones humanos como nos figuramos. Gracias a este conocimiento, comprendía a Tom de una manera que sorprendía al joven y le ganaba su afecto. Sabía que él anhelaba la simpatía femenina y que podía brindársela, pues no temía extender su mano por sobre la barrera y las muchachas.

Diez minutos antes podría haber hecho esto tan fácilmente con Tom como con Will, mas en ese breve lapso había ocurrido algo que le dificultaba la tarea. Al enterarse por la carta que

Trix acababa de devolver al muchacho su libertad, las cosas cambiaban para Polly, pues, a pesar de su modestia, el amor y la esperanza despertaban ante la buena noticia. Lentamente tomó asiento y, en tono vacilante y con la vista baja, expresó:

-Haré lo que pueda; pero no puedo ocupar el lugar de la abuela ni darte consejos sabios. ¡Ojalá pudiera!

-Lo harás mejor que nadie. El gusto que te dará esa otra carta ha de compensarte por el aburrimiento de tener que lidiar con mis problemas.

Así diciendo, Tom le puso otra misiva sobre la falda y marchóse hacia la ventana a fin de que ella la leyera en paz, aunque no pudo menos que lanzarle una mirada de tanto en tanto y

notar que el rostro de Polly se animaba en la medida que el suyo mostrábase cada vez más abatido.

-¡Oh, Tom! Este regalo de cumpleaños, vale más que ninguno, y te lo hacen tan bien que no veo cómo puedes rechazarlo. ¡Arthur Sydney es todo un caballero! -exclamó ella levantando al fin la vista llena de alegría.

-¡Así es!... Con excepción de papá, no conozco a ningún otro que hubiera hecho tal cosa o de quien pudiera aceptarla. ¿Ves que no sólo ha pagado mis condenadas deudas, sino también lo ha hecho en mi nombre para salvarme en todo lo posible?

Lo veo. Es muy propio de él, y me parece que debe ser muy feliz al poder hacer algo así.

-Es un peso inmenso que me quito de encima, pues alguno de mis acreedores no podían esperar hasta que yo ganara dinero para pagarles. Sydney sí puede esperar, aunque no será por mucho tiempo, si es que no me equivoco.

-¿Entonces no lo tomarás como un regalo?

-¿Lo tomarías tú así?

-No.

Entonces no lo creas de mí. No soy gran cosa, Polly; pero no sería tan mezquino como para hacer eso mientras tenga conciencia y un par de manos.

-¿Qué harás?

-Te lo diré. ¿Puedo sentarme aquí? -Tom acercó el banquillo bajo que sirviera a su abuela para apoyar los pies-. últimamente he formulado tantos planes, que a veces me da la impresión de que me va a estallar la cabeza. He pensado seriamente en irme a California, Australia o algún otro lejano lugar donde los hombres se hacen ricos pronto:

-¡Oh, no! -exclamó Polly, tendiéndole la mano como para retenerlo. Pero la retiró apresuradamente antes de que él se volviera.

-Supongo que será penoso para mamá y las chicas; además, no me gusta mucho, pues parece como si huyera.

-Así es -declaró ella.

-Verás, el único trabajo que veo en perspectiva es el de dependiente, y no creo que eso me gustaría. El caso es que no podría soportarlo aquí donde todos me conocen. Sería más fácil cavar la tierra con una cuadrilla de obreros del ferrocarril que vender alfileres a mis amigos y vecinos. Es un orgullo falso, lo reconozco, pero no por eso menos cierto.

-En eso estoy de acuerdo.

-Gracias. Ahora llegamos al consejo que quería pedirte. Ayer te oí hablar con Fan acerca de tu hermano Ned, de lo bien que le iba, de cuánto le agradaba su negocio y de que deseaba que Will fuera a trabajar con él. Tú creíste que yo estaba leyendo, pero lo oí todo, y se me ocurrió que quizá podría trabajar en el oeste. ¿Qué te parece?

-Allí sobra el trabajo -repuso ella-. Me gustaría que estuvieras con Ned; estoy segura que los dos se llevarían bien y él tendrá mucho gusto en ayudarte en lo que pueda. Si tú quieres, le escribiré en seguida para preguntárselo.

-Hazlo, aunque sea para saberlo, y así tendré algo en qué basarme. Quiero tener formulado un plan factible antes de hablar con papá.

-Me parece bien. ¿Crees que a tu padre le agradará tu plan?

-Estoy seguro que sí. Ayer, cuando le dije que querría hacer algo útil, me contestó: "Cualquier cosa honrada, y no olvides que tu padre comenzó su carrera como mandadero". Tú lo sabías.

-Sí, él me lo contó una vez, y me agradó mucho al ver cómo había triunfado en la vida.

-Nunca me gustó la historia; quizá me avergonzaba un poco; pero cuando hablamos anoche, la vi de otra manera y comprendí por qué papá ha tomado tan bien su quiebra y parece satisfecho con esta casita. Dice que sólo es reanudar la lucha y cree que podrá volver a hacerlo. Te aseguro que esa confianza, energía y coraje en un hombre de su edad me hace respetarlo más que nunca.

-Me alegro que digas eso, Tom. A veces he pensado que no sabías apreciar a tu padre, así como él no sabía que eras todo un hombre.

-Nunca lo fui hasta hoy -repuso él con una sonrisa-. Es extraño que la gente viva junta tanto tiempo y no se conozca hasta que ocurra algo como lo que nos pasó a nosotros. Tal vez esta quiebra la mandó el cielo para que yo conociera a mi padre.

-Hoy estás hecho un filósofo -expresó ella, pensando que la adversidad haría más por Tom que todos los años prósperos anteriores.

Ambos se quedaron callados durante un rato. Polly miraba al joven con más cariño que antes, mientras que Tom hacía pedacitos la carta que arrojara ella al suelo.

-¿Te sorprendió esto? -preguntó él.

-No.

Pues a mí sí, porque cuando recibimos el golpe dije a Trix que la dejaba en libertad y ella no quiso permitirlo.

-Eso sí me sorprende.

-A mí también. Fan insistió siempre en que era el dinero lo que le interesaba. Su primera respuesta me complació mucho, pues no lo esperaba, y nada le conmueve a uno más que la fidelidad de una mujer en los momentos peores.

-Ella no parece habértela brindado.

Fan tenía razón. Trix sólo esperó hasta ver cómo estaban las cosas, o mejor dicho, hasta que lo averiguara su madre. Lo expresa muy bien en su nota. "No quiero ser una carga". "Sacrificaré mis esperanzas" y "Siempre seré tu amiga sincera". Pero la verdad es que Tom Shaw rico valía la pena, pero Tom Shaw pobre, molesta y puede irse al diablo lo antes posible.

-¡Pues no será así! -exclamó Polly en tono desafiante, pues estaba furiosa contra Trix, aunque la bendecía por haber liberado a Tom de su palabra.

-Casi estuve a punto de perderme -murmuró él agregando en tono resignado-: Las desgracias nunca vienen solas, especialmente en los momentos peores; pero cuando uno está caído, un golpe o dos más no molestan mucho. Es el primero el que duele realmente.

-Me alegra ver que hayas tomado tan bien el último -expresó Polly en tono algo irónico.

Tom sonrojóse y pareció molesto por un momento; luego se sobrepuso, encogióse de hombros con toda sinceridad:

-Si he de ser franco, te diré que no fue muy fuerte. Hace tiempo venía sospechando que Trix y yo no éramos el uno para el otro y que convenía que rompiéramos el compromiso. Pero ella no quiso verlo así, y yo no pensaba desdecirme y abandonarla, de modo que éste es el resultado. No le tengo rencor y espero que no vuelva a sufrir otra decepción.

-Eso es muy noble de tu parte -repuso ella, algo intranquila, y deseosa de poder ocultarse tras un par de anteojos y bajo una cofia, si es que debía hacer el papel de la abuela y escuchar las confidencias del muchacho.

-En cambio a Syd le irá mejor -observó Tom. -Así lo espero -murmuró ella.

-É1 se merece lo mejor y ruego al cielo que lo obtenga -agregó Tom.

No le contestó, temerosa de decir más de la cuenta, pues ignoraba si Fan había confiado su secreto a su hermano.

--Mañana le escribirás a Ned, ¿verdad? -dijo él entonces-. Aceptaré lo que me ofrezca, pues quiero irme en seguida.

-Le escribiré esta misma noche -Polly se puso de pie, segura de que había terminado la conferencia-. ¿Quieres que les cuente a las chicas la novedad sobre Trix y Sydney?

-Bueno. No sé cómo agradecerte todo lo que has hecho por mí-. Tom le ofreció la mano con una mirada que a ella le pareció demasiado agradecida para lo poco que había hecho.

Cuando le dio la mano y le miró a los ojos, Tom pareció perder un-poco la cabeza a causa de la gratitud, pues, sin el menor aviso, inclinóse y la besó, cosa que sobresaltó sobremanera a la joven. Él se recobró de inmediato y apartóse con una disculpa algo incoherente.

-Perdona. No puedo evitarlo. La abuela siempre me dejaba que la besara el día, de mi cumpleaños.

Por su parte, Polly se refugió arriba, olvidándose de Fan. Al ocultarse en una de las habitaciones, se preguntó por qué no estaba muy enfadada, y resolvió no volver a entregarse al pasatiempo agradable pero peligroso de representar el papel de la abuela.

18
LA MUJER QUE NO SE ATREVIÓ

Polly escribió con gran entusiasmo, Ned le respondió satisfactoriamente, y después de varias cartas, conversaciones y proyectos, se decidió que Tom se trasladara al oeste. No interesa cuál era el negocio; basta decir que representaba un buen comienzo para un joven como Tom, quien necesitaba la saludable influencia del oeste para ampliar sus puntos de vista y hacerse hombre.

Naturalmente, las mujeres lo lamentaron mucho: pero todos comprendían que era lo más conveniente para él, de modo que, a pesar de sus suspiros, se alegraron de que tuviera un camino abierto aún mientras humedecían sus botas con sus lágrimas. Sydney lo acompañó hasta el fin "como hombre y Como hermano", (expresión de Tom que satisfizo enormemente a Fanny), y Will se consoló del desengaño de Ned ante su negativa de ir a trabajar con él, ya que Tom ocuparía su lugar.

Tom partió hacia el oeste; Polly se fue a su casa para pasar el verano; Maud viajó a la playa con Belle, y Fanny quedó sola para seguir entregada a los quehaceres domésticos. De no haber sido por dos cosas, mucho me temo que no habría podido soportar el verano en la ciudad; pero Sydney la visitó a menudo hasta que llegó el momento de tomarse vacaciones, y una voluminosa correspondencia con Polly le sirvió para abreviar los largos días. Tom escribía a su madre una vez por semana; mas sus cartas eran breves y poco satisfactorias, -pues los hombres nunca cuentan esos pequeños detalles que más interesan a las mujeres. Fanny trasmitía sus noticias a Polly; ésta le mandaba extractos de las cartas de Ned que hacían referencia a Tom, y uniendo las dos cosas, llegaron a la conclusión de que el joven estaba bien, que trabajaba con ahínco y tenía la intención de llegar a la meta a pesar de todos los obstáculos.

Polly pasó un verano tranquila en su casa, descansando y preparándose para otro invierno de trabajo. En sus cartas no decía mucho respecto de sí misma, y la primera exclamación de Fanny cuando volvieron a encontrarse fue:

-¡Querida! ¿Has estado enferma y no me lo dijiste?

-No;. sólo estoy cansada. últimamente tuve mucho que hacer y este tiempo inestable me entristece un poco. Pronto me animaré cuando empiece de nuevo a trabajar -repuso Polly, mientras guardaba sus cosas.

-No veo nada natural. ¿Qué has hecho? -insistió Fanny, preocupada por el cambio.

Polly no parecía enferma, aunque estaba un poco más delgada y pálida que de costumbre. Eso sí, se la notaba desanimada y brillaba en sus ojos una expresión de fatiga que apenó mucho a su amiga.

-Estoy bien, como verás cuando me haya terminado de instalar. Me alegro de ver que tú estás animada. ¿Marcha todo bien? -inquirió Polly.

-Primero contéstame a una pregunta -le dijo su amiga con cierto temor en la voz-. Dime con toda franqueza si nunca te arrepentiste de haberle hecho esa insinuación a Sydney.

-¡Nunca! -exclamó Polly.

-¿Lo juras?

-Lo juro. ¿Por qué sospechas tal cosa?

-Porque algo te pasa. Es inútil que lo niegues, porque tienes la misma expresión que veía yo reflejada en mi espejo cuando pensé que él te quería a ti. Perdóname; pero quiero ser tan sincera contigo como lo fuiste tú conmigo.

Fanny mostrábase muy agitada, y habló con rapidez, tratando de ser generosa aunque le resultaba esto muy difícil. Polly la comprendió muy bien y la calmó en seguida, diciendo con tono apasionado:

-¡Te digo que no lo quiero! Si fuera el único hombre en el mundo, no me casaría con él porque... no lo quiero.

Estas últimas tres palabras las agregó en otro tono pero alcanzó a contenerse a tiempo y volvió el rostro para que no lo viera su amiga.

-Entonces s; no es él, debe ser algún otro.

No obtuvo respuesta, mas se sintió satisfecha, y abrazando a su amiga, agregó en tono persuasivo.

-¿Lo conozco yo, Polly?

-Lo has visto.

-¿Y es inteligente, bueno y el mejor de los hombres?

-No.

-Debería serlo si tú le amas. No será malo, ¿verdad? -exclamó Fanny, tomando a Polly de los brazos.

-Está bien para mí.

-Por favor, dime una cosa más: ¿No te corresponde?

-No. Ahora no me digas nada más; no podría soportarlo. Y Polly se apartó al pronunciar estas palabras en tono desesperado.

-Está bien; pero ahora no temo decirte que tengo la esperanza de que Sydney me quiera un poco. Ha sido muy bondadoso con todos nosotros, y últimamente parece querer verme siempre que viene y me echa de menos si no estoy. No me atreví a esperar nada hasta que papá observó algo en su actitud y me hizo una broma al respecto. Trato de no engañarme, pero parece que hay realmente una posibilidad de que llegue a ser dichosa.

-¡Gracias al cielo! -exclamó Polly con gran satisfacción. Ahora ven y cuéntamelo todo.

Al decir esto, sentóse en el sofá con la expresión de quien ha escapado de un gran peligro.

-Tengo algunas notas sobre las que quisiera tu opinión. Veremos si tiene algún significado -expresó Fanny, mientras sacaba un paquete de cartas de su "secreter"-. Aquí hay una fotografía de Tom que vino con su última carta. Está bien, ¿verdad? Parece mayor, pero supongo que será por la barba y esa americana tan grande. Se está portando tan bien que comienzo a enorgullecerme de él.

Fan arrojó la fotografía a su amiga y siguió buscando una nota que le interesaba. No vio a Polly tomar el retrato y devorarlo con los ojos; pero notó algo en su tono cuando la joven dijo:
-No le hace justicia.

Al mirarla por sobre el hombro, Fan atisbó en parte la verdad, aunque Polly había dado vuelta la cara. Sin detenerse a pensar, Fanny dejó caer sus cartas, tomó a su amiga por los hombros y exclamó llena de asombro:

-¡Polly! ¿Es Tom?

La pobre muchacha no pudo decir nada. No era necesario que hablara, pues su semblante expresaba claramente la verdad.

-¡Oh, Polly, cuánto me alegro! Jamás me lo figuré. Eres tan buena y él es tan alocado... No puedo creerlo... Pero me alegro muchísimo de que lo quieras.

-No puedo evitarlo. No quise, pero me fue imposible -repuso Polly con voz ahogada.

Fanny la tomó en sus brazos y se puso a llorar con ella de esa manera con que las jóvenes lo hacen cuando sus corazones están henchidos de emoción y las lágrimas hablan con más claridad que las lenguas. Pero; el silencio nunca dura mucho, pues por lo general se sobrepone a la emoción el deseo de "hablar del asunto". Así, pues, un momento más tarde charlaban las dos, Polly muy humilde y abatida, Fanny llena de entusiasmo, curiosidad y alegría. -¡Mi hermano! ¡Qué lindo será! -exclamó.

-Es imposible -repuso Polly en tono resignado.

-¿Hay algo que lo impida?

-María Bailey -fue la trágica respuesta.

-¿Qué quieres decir? ¿Es esa chica del oeste? ¡No conquistará a Tom; antes la mataré!

-Demasiado tarde. Mira... ¿Está cerrada esa puerta? ¿Dónde se encuentra Maud?

Fanny fue a explorar y volvió para escuchar con profunda atención mientras Polly le confiaba el amargo secreto que la consumía.

-¿No ha mencionado a María en sus cartas?

-Una o dos veces, pero en tono de broma, y pensé que sería un flirt pasajero. Ahora está tan ocupado que no tiene tiempo para esas cosas.

-Ned escribe cartas bien detalladas. Yo le enseñé a hacerlo. Y me cuenta todo lo que pasa. Ya sabes que viven en casa de la madre de María. Pues bien, después que me hubo hablado de ella varias veces, le pregunté quién era, y me contestó que se trata de una chica muy bonita, bondadosa y bien educada, y agregó que le parecía que Tom estaba enamorado de ella. Eso fue un golpe para mí, pues desde que Trix rompió el compromiso y tuve derecho a pensar en Tom, comencé a abrigar ciertas esperanzas y me sentí feliz.

Dos grandes lágrimas rodaron por las mejillas de la joven, y Fanny se las enjugó, sintiendo un deseo incontenible de ir al oeste con el primer tren, aniquilar a María Bailey de una mirada y traer a Tom para regalárselo a su amiga.

-Fui una estúpida al no adivinarlo antes. Pero Tom me pareció siempre un muchacho alocado, y tú eres más seria que otras chicas de tu edad. Por eso ni pensé que le quisieras así. Sabía que eras muy buena con él, te quería tanto, como me quiere también a mí, pues te cree perfecta; pero, así y todo, jamás soñé que te tuviera un afecto que no fuese el de un amigo.

-Y así es -suspiró Polly.

-Pues debería corresponderte, y si consigo hablar con él, ya verás.

Polly la tomó de los brazos y le dijo severamente:

-Si dices una palabra, o le haces alguna insinuación que le indique la verdad, te... Sí, diré a todos que quieres a Ar... No pudo continuar, pues Fan le tapó la boca y protestó con vehemencia:

-No lo haré. Te prometo solemnemente que jamás diré una sola palabra. No te pongas así, Polly; me asustaste.

-Ya es malo querer sin ser correspondido, pero sería peor que se supiera. Enloquezco con sólo pensarlo. ¡Oh, Fan; me estoy poniendo tan, mala y envidiosa que no sé qué será de mí!

-No temo por ti, querida, y creo sinceramente que las cosas

te saldrán bien porque eres buena con todos. No comprendo cómo es posible que Tom no te adore. Aunque sea mi hermano, te diré que no te- merece y no sé cómo puedes quererlo tanto cuando podrías haber tenido a otro muy superior.

-No quiero a ninguno "superior". Terminaría por cansarme si fuera como A. S. Además, opino que Tom es superior a él en muchas cosas. No me mires así; lo sé muy bien. Es diferente y muy joven y tiene muchos defectos, pero me gusta más por ellos porque es él a quien amo.

¡Ah, si Tom pudiera haber visto el semblante de Polly cuando la joven dijo esto! Mostrábase la joven tan llena de ternura que Fanny se olvidó de defender a su preferido al ver la lealtad de Polly por su elegido.

-No sé cuándo comencé a quererlo, pero lo descubrí el invierno pasado, y me sorprendí tanto como tú -continuó Polly-. No aprobaba su conducta; lo consideraba un gastador alocado y un petimetre. Me sentí decepcionada cuando eligió á Trix, y cuanto más lo veía juntos menos me gustaba el noviazgo, pues Tom era demasiado bueno para ella y me desagradaba ver lo poco que hacía ella por él cuando podría haberle sido tan útil. Es uno de esos hombres que se dejan llevar por sus afectos, y la mujer que se case con él podrá elevarlo a hundirlo.

-Es verdad -concordó Fan.

-No quiero decir que sea débil o malo. Si lo fuera lo detestaría; pero sí necesita alguien que le ame mucho y le haga feliz. Espero que María Bailey sea como él cree, pues me dolería mucho que se llevara otra desilusión.

-Yo diría que no se interesa por ella y que te imaginas algo que no existe -manifestó Fanny-. ¿Qué dices que te contestó Ned cuando le preguntaste acerca de ella?

Polly repitió el informe recibido, agregando:

-En otra carta le pregunté si no admiraba a la señorita Bayley tanto como Tom, y me contestó que era una buena chica; pero que él no tenía tiempo para tonterías y yo no necesitaba preparar mis guantes blancos hasta pasados unos años, a menos que fuera para asistir a la boda de Tom. Desde entonces no ha vuelto a mencionarla, y por eso estoy segura de que hay algo serio y guarda silencio porque es el confidente de tu hermano.

-Tiene mal aspecto el asunto. ¿Qué te parece si yo le escribo a Tom, preguntándole por sus problemas sentimentales y le doy así una oportunidad de contarme lo que haya que decir?

-Me parece bien; pero primero me mostrarás la carta. Temo que se te escape algo.

-Convenido. Cumpliré mi palabra a pesar de todo, pero me resultará duro ver que las cosas salen mal cuando se podrían arreglar con una palabra.

-Ya sabes lo que pasará si lo haces -repuso Polly con expresión tan amenazadora que Fan se puso a temblar, diciéndose que la joven más buena del mundo puede convertirse en una fiera cuando las circunstancias así lo ordenan.

-Si es verdad lo de María, ¿qué haremos? -preguntó.

-Soportarlo. La gente siempre soporta las cosas de una manera u otra -contestó su amiga, con la expresión de quien acaba de escuchar su sentencia de muerte.

-¿Pero si no lo es? Entonces esperaré.

Y las facciones de Polly se suavizaron tanto que Fan la abrazó de inmediato.

Después la conversación comenzó a versar sobre el amante número. dos, y al cabo de larga charla, Polly opinó que A. S. había olvidado a P. M., y encontraba consuelo en la amistad de F. S. Con esta satisfactoria conclusión se puso término a la conferencia después de ratificarse los términos de un Pacto de Lealtad por el cual las dos amigas se comprometían a ayudarse mutuamente en las duras pruebas que les saldrían al paso.

Para ambas fue ese invierno muy diferente al anterior. Fanny se dedicó a sus obligaciones con renovado ardor, pues A. S. admiraba las habilidades domésticas. Si Fanny quería demostrarle lo que era capaz de hacer para ofrecerle un hogar agradable, no hay duda que tuvo mucho más éxito del que sospechaba, pues a pesar de muchos fracasos ocultos, la casita convertíase en un lugar muy atractivo, por lo menos para el señor Sidney, pues fue a visitar la casa con más frecuencia que nunca y pareció decidido a demostrar que el cambio de fortuna no había afectado en lo más mínimo su amistad.

Fanny temía que el regreso de Polly pusiera en peligro sus esperanzas; mas Sydney hizo frente a la joven con la amistad de antes, y muy pronto la convenció de que su procedimiento de cortar por lo sano había sido efectivo, pues al ser atacado en sus comienzos, el afecto naciente había muerto con facilidad, dejando el campo libre para que una amistad más antigua se convirtiera- en un amor más dichoso.

Fanny pareció alegrarse de esto, y Polly terminó de calmar sus inquietudes probándole que no tenía el menor deseo de poner a prueba sus habilidades de conquistadora. Quedábase en su casa al terminar el trabajo del día, y le resultaba más agradable sentarse a leer o a coser a solas que hacer el esfuerzo de ir hasta la casa de los Shaw.

-Fan no me necesita y a Sydney no le importa si voy o no, de modo que no les impondré mi presencia -solía decirse para excusar su aparente indolencia.

Polly no fue la de siempre aquel invierno, y los que estaban

más cerca lo notaron, asombrándose del cambio. Will comenzó a preocuparse por este motivo y molestó tanto a Polly con sus atenciones que ella terminó por confundirle aún más enfadándose con él y riñéndole. Por eso el muchacho se consoló con la compañía de Maud.

Las novedades del oeste continuaban siendo vagas, pues las preguntas de Fan produjeron respuestas muy poco satisfactorias por parte de Tom, quien cantaba loas a "la hermosa señorita Bailey", y declaraba estar consumido por una pasión desesperada hacia alguien, haciéndolo en términos tan cómicos y trágicos a la vez que las jóvenes no supieron si eran bromas del muchacho o si se trataba de un ardid para ocultar la dolorosa verdad.

-Se lo sacaremos en la primavera, cuando venga a visitarnos -dijo Fanny a Polly una vez que estaban comparando las cartas de sus respectivos hermanos y llegaron a la conclusión de que los hombres son los animales menos comunicativos y más desagradables de la creación.

Al fin llegó mayo y con él un cambio de tiempo que alegró aún a Polly. Fanny la fue a visitar un día con expresión de quien lleva noticias tan alegres que no sabe cómo darlas.

-Prepárate... ¡Alguien se ha comprometido! -dijo en un tono solemne que hizo que Polly levantara las manos como para defenderse de un golpe-. No, no te pongas así, querida. No es Tom, sino... yo.

Naturalmente a la sorpresa siguió una de esas charlas confidenciales que tanto agradan a las amigas íntimas y en el transcurso de la cual abundaron-las lágrimas, los besos, las sonrisas y los suspiros.

-¡Oh, Polly! Aunque lo esperaba tanto, casi no pude creerlo cuando sucedió, y sé que no lo merezco, pero trataré de merecerlo. El hecho de saber que me ama me da fuerzas para lograr 1o imposible -expresó Fan.

-¡Qué feliz eres! -suspiró Polly-. Creo que mereces lo que te has ganado, pues demostraste tu valer, y, lo hubieras obtenido o no, ya con eso hubieses podido quedar satisfecha.

Él dice que eso es 1o que hizo que me amara- Me dijo que el año pasado se sentía un poco decepcionado respecto de mí, y aunque entonces no. prestó mucha atención, después, cuando te perdió y volvió a mí, descubrió que no estabas del todo errada, y todo este invierno me ha observado, aprendiendo a respetarme y quererme más cada día. ¡Oh, Polly! Cuando me dijo

Librodot

eso no pude soportarlo, pues a pesar de todos mis esfuerzos, todavía soy débil, caprichosa y tonta.

-Nosotras no opinamos así; y sé que llegarás a ser todo lo que él desea, pues él es el marido que debes tener.

-Entonces te agradezco de nuevo por no haberlo retenido para ti -repuso Fan, riendo como antes.

-Eso no fue más que una equivocación de él. La culpa la tuvieron tu capa blanca y mi tonta conducta de aquella noche que fuimos a la ópera -declaró Polly, pensando que aquellos acontecimientos habíanse desarrollado veinte años atrás, cuando era ella una niña aturdida y traviesa.

-No le diré a Tom ni media palabra y le daré una sorpresa cuando venga. Lo tendremos aquí la semana próxima, y entonces aclararemos todos los misterios -expresó Fanny.

Tal vez -contestó su amiga, mientras su corazón se aceleraba y volvía a recobrar su ritmo normal, pues el suyo era un caso con el cual no le quedaba otro remedio que esperar.

De este sufrimiento silencioso hay mucho más de lo que el mundo sospechaba, pues las "mujeres que no se atreven" son muy pocas, mientras que las que esperan son muchas. Mas si los canastos de labores tuvieran el don de la palabra, podrían contar historias más verdaderas y llenas de ternura que las que solemos leer en los libros; pues las mujeres suelen intercalar la tragedia o la comedia de la vida en su costura mientras se encuentran aparentemente seguras y tranquilas en su hogar, cuando en realidad están sumidas en profundas reflexiones, reviven los momentos de emoción y elevan plegarias fervientes mientras bordan pañuelitos o se encargan de hacer los remiendos semanales.

19
EL TRIUNFO DE TOM

De tanto en tanto se produce una epidemia matrimonial, especialmente en primavera, devastando a la sociedad, amenguando las filas del ejército de los solteros, y privando a las madres de sus hijas más bonitas.

Aquella primavera el mal se presentó con gran violencia en el círculo al que pertenecían los Shaw, aturdiendo las cabezas paternales, al declararse un caso tras otro con alarmante rapidez.

Como hemos visto, Fanny fue la primera en caer, y no acababa de pasar la crisis, cuando Tom volvió para aumentar la lista de las víctimas. Como Fanny salía mucho con Arthur, quien estaba seguro de que el ejercicio era necesario para la convaleciente, Polly iba todos los días a visitar a la señora Shaw, quien se encontraba muy sola, aunque mucho mejor que de costumbre, ya que el compromiso la mejoró mucho más que todos los tónicos que había tomado.

Tres días después de la visita durante la cual Fan le diera la gran noticia, Polly se sorprendió al entrar en casa de los Shaw y ser recibida por Maud que bajaba corriendo las escaleras y le espetaba una avalancha de palabras en rápida sucesión.

-Ha venido antes de lo que dijo para sorprendernos. Está en el cuarto de mamá y preguntaba: "¿Cómo está Polly?", cuando te oí entrar y bajé a buscarte. Ven en seguida. Está

muy raro con la barba; pero se ve muy simpático y moreno, y me levantó en el aire cuando me besó.

Y tomando a Polly de la mano, Maud la arrastró escaleras arriba como si fuera un barco capturado al que llevara a la zaga un remolcador ruidoso y muy pequeño.

"Cuanto antes mejor", fue lo único que pudo pensar Polly antes de entrar en el aposento en compañía de Maud, quien exclamó en tono triunfal:

-¡Allí lo tienes! ¿No es cierto que está espléndido?

Por un momento se le nubló la vista a la joven mientras una mano oprimía la suya y una voz gruesa le decía alegremente:

-¿Cómo estás Polly?

Después se sentó junto a la señora Shaw, abrigando la esperanza de haber contestado como era propio, pues no tenía la menor idea de lo que había dicho.

Poco después se calmó un tanto, y mientras Maud comentaba la sorpresa, la joven se aventuró a mirar a Tom, alegrándose de que éste tuviera de frente a la luz y ella no. No era amplia la habitación, y Tom parecía llenarla por completo. No es que hubiera crecido mucho, salvo en la anchura de los hombros. Lo que llamaba la atención era su actitud jovial y tranquila que sugería una vida al aire libre con gente que mantiene los ojos siempre abiertos y no se preocupa de detalles de etiqueta. El traje de viaje, las fuertes botas, el rostro tostado y la barba lo cambiaban tanto que Polly no halló ni el más leve rastro del elegante Tom Shaw en ese hombre que apoyaba un pie sobre el asiento de una silla mientras hablaba de negocios con su padre.

A Polly le agradó inmensamente el cambio, y quedóse escuchando las novedades del oeste con tanto interés como si fuera el romance más emocionante, pues, mientras hablaba, Tom solía mirarla de tanto en tanto y favorecerla con una sonrisa.

Poco después llegó Fanny y dio' a Tom una sorpresa mucho mayor que la que él les diera. El muchacho no sospechaba en lo más mínimo lo que sucedía en la casa, pues Fan hablase dicho con malicia juvenil: "Si él no quiere confiarme sus secretos, yo no le diré los míos", y no le escribió nada respecto a Sydney, salvo una alusión ocasional en la que expresaba que iba a verlos a menudo y era muy bueno. Por lo tanto, cuando ella anunció su compromiso, Tom quedóse aturdido por un momento. Después, al recuperarse de la sorpresa, mostróse tan contento que su hermana se sintió conmovida y halagada.

-¿Qué te parece esto? -preguntó Tom, volviéndose hacia Polly que continuaba sentada junto a la señora Shaw.

-Me gusta mucho -respondió ella con toda sinceridad.

-Me alegro. Espero que te guste también otro compromiso que se anunciará dentro de poco -manifestó él, y echándose a reír, Tom se llevó a Sydney a su cuarto, mientras las dos jóvenes se telegrafiaban con la mirada el horrible mensaje:

-¡María Bailey!

Polly nunca supo cómo logró pasar aquellas horas. Empero no fue larga su visita, pues a las ocho salió del aposento con la intención de escapar sola a su casa y no obligar a nadie a que la acompañara. Mas en esto no tuvo éxito, pues cuando se hallaba calentando sus galochas frente al fuego del comedor, preguntándose si María Bailey tendría los pies tan pequeños como ella, alguien le quitó los zapatos de la mano y la voz de Tom le dijo en tono de reproche:

-¿De veras pensabas escaparte y no dejar que te acompañara?

-No quería alejarte de tu casa -comenzó ella.

-Pero me gusta que me saquen de aquí. ¡Si hace un año ya desde la última vez que te acompañé! ¿Te acuerdas?

-¿Te parece mucho?

Polly pensaba decir esto en tono tranquilo y sonreír incrédulamente ante su respuesta; pero ya no habló ni se mostró alegre, y Tom vio en su rostro algo que le hizo decir apresuradamente:

-Me parece que has hecho demasiado este invierno. Te veo muy cansada, Polly.

-¡Oh, no! Me sienta bien el trabajo.

-Pero a mí no me gusta que adelgaces y palidezcas.

Polly levantó la vista para darle las gracias; mas no pudo hacerlo, pues temió no poder ocultar del todo la verdad si se atrevía a seguir mirándolo. Tom lo notó, sonrojóse hasta la raíz de los cabellos y, dejando caer las galochas, la tomó de las manos y le dijo a su manera impetuosa de siempre:

-¡Polly, quiero decirte algo!

-Sí, ya lo sé; lo esperábamos. Deseo que seas muy feliz, Tom.

-¿Qué? -exclamó él.

-Ned nos habló de ella; pensaba que así sería, y cuando tú hablaste de otro compromiso, comprendimos que te referías al tuyo.

-¡Pero no es así! Se trata de Ned. Él me dijo que te lo anunciara. Ya está todo arreglado.

-¿Es María? -murmuró la joven, tomándose de una silla como si se preparase para lo peor.

-Por supuesto. ¿Quién otra podría ser?

-No nos dijo nada. Tú hablabas de ella en casi todas tus cartas, y por eso pensamos... -balbuceó Polly, sin saber cómo continuar.

-¿Que yo estaba enamorado? Lo estoy, pero no de ella.

-¡Oh! -Polly contuvo el aliento.

-¿Quieres saber el nombre de la muchacha a la que he amado durante un año? ¡Pues es Polly!

Así diciendo, Tom tendió los brazos con una elocuencia muda imposible de resistir, y Polly se echó en ellos sin decir nada. Un rato después, Tom y Polly estaban sentados el uno al lado del otro, gozando de ese delicado estado mental que por lo general sigue al primer paso en el camino del noviazgo en dirección a esa región de gloria en la que viven los enamorados durante uno o dos meses.

Tom no hacía más que mirar a la joven, como si le fuera difícil creer que el invierno de su desencuentro hubiera terminado en esa primavera tan gloriosa. Pero Polly, mujer al fin, formuló preguntas aún mientras reía y lloraba llena de gozo.

-¿Cómo podía saber que me amabas si te fuiste sin decirme una sola palabra -comenzó en tono de dulce reproche. -¿Y cómo podía tener coraje para decirte una sola palabra cuando no tenía otra cosa que ofrecerte que mi persona? -¡Eso era todo lo que yo quería! -susurró la joven en un tono que hizo pensar al muchacho que la raza de ángeles no se había extinguido por completo.

-Siempre te he querido, mi Polly, pero nunca comprendí cuánto hasta que me fui. Ya sabes que no estaba libre, y, además, tenía la impresión de que te gustaba Sydney, aun a pesar de que el invierno pasado le diste el portante, según me dio a entender Fan. Es un muchacho tan bueno que no sé cómo pudiste rechazarlo.

-Es extraño. Ni yo misma lo entiendo; pero las mujeres somos muy raras y nadie comprende nuestros gustos -expresó ella en tono irónico.

-Fuiste tan buena conmigo aquellos últimos días que casi estuve a punto de hablarte; pero no quise dar la impresión de que te ofrecía una persona en desgracia a la que Trix no quería y en la que nadie parecía confiar. "No" me dije. "Polly merece lo mejor. Si Syd puede conquistarla, que lo haga y yo no diré una sola palabra. Trataré de ser más merecedor de su

amistad, y quizá, cuando haya demostrado que algo valgo y que no me avergüenza trabajar, entonces, si Polly está libre, no me asustará declararme". Por eso contuve mi lengua, trabajé todo lo que pude, me convencí a mí mismo y convencí a otros de que podía ganarme la vida honradamente y luego vine a casa para ver si había esperanzas para mí.

-Y yo estuve esperando todo ese tiempo -murmuró ella, apoyando la cabeza sobre el hombro del joven.

-No pensaba hacerlo en seguida, sino echar un vistazo a mi alrededor y asegurarme de que no estaba Syd de por medio. Pero la noticia de Fan disipó esa duda, y ahora, la expresión de mi Polly aclara la otra. No podía esperar un momento más ni dejar que esperases tú, y no pude menos que tender mis brazos hacia mi amada, aunque bien sabe Dios que no la merezco.

Ella le puso una mano sobre la mejilla y acercóse más a él, diciendo:

-No digas eso, querido mío. No soy la mujer mejor del mundo. Tengo muchos defectos, y quiero que los conozcas todos y me ayudes a remediarlos, como has curado los tuyos. La espera no nos ha hecho daño, y te quiero más por tus esfuerzos. Pero temo que tu año haya sido más duro que el mío; pareces mucho mayor y más serio que cuando te fuiste. Nunca te quejabas en tus cartas; pero adiviné que sufrías mucho más de lo que sospechábamos.

-Al principio me resultó duro. Era todo tan nuevo y extraño que no podía haberlo soportado si no hubiera sido por Ned. Él se reiría si me oyera decir esto; pero te aseguro que es un gran muchacho y me ayudó a pasar los primeros seis meses como un. . ., bueno..., un hermano. No había motivos para que se apartara de su camino a fin de ayudar a un muchacho como yo; sin embargo, lo hizo, y me facilitó tareas que habrían resultado muy duras y peligrosas para mí solo. La única manera como podría explicarlo es que se trata de un don de familia y es natural en el hermano como en la hermana.

-Lo mismo se puede decir de los Shaw. Pero háblame de María. ¿Es verdad que Ned se ha comprometido con ella?

-VI lo creo. Mañana recibirás su carta llena de noticias. No tuvo tiempo para dármela a mí, pues yo partí muy apresuradamente. María es una chica sensata y muy bonita. y Ned será muy feliz con ella.

-¿Por qué nos dejaste pensar que eras tú el festejante? -Sólo quise fastidiar un poco a Fan. Me gustaba María, pues a veces me hacía pensar en ti y es una mujercita bondadosa y simpática cuya sociedad me resultaba muy agradable después de un día de trabajo. Pero Ned se puso celoso, así que le dejé el camino libre, y prometí no decir nada a nadie hasta que su María le diera el sí.

-Ojalá lo hubiera sabido -suspiró Polly-. ¡Los enamoradas hacemos muchas tonterías!

-Es verdad, pues ni tú ni Fan nos dieron la menor noticia acerca de Syd, y yo no hice más que temer que estuviera de novio contigo.

Nos merecemos el susto; los hermanos no deberían tener secretos entre sí.

-No volveremos a tenerlos. ¿Me echaste mucho de menos?

-Sí, Tom; muchísimo.

-¡Mi paciente Polly!

-¿De veras que me querías antes de irte?

-Mira si no -repuso él, y con gran orgullo sacó una cartera llena de documentos de aspecto importante, y extrajo un papel que desplegó con gran cuidado y de cuyo interior sacó un objeto que despedía leve fragancia-. Es la rosa que pusiste en el pastel de cumpleaños, y la semana que viene tendremos otra más en otro pastel que harás para mí. La dejaste en el piso de mi cuarto la noche que conversamos, y la he guardado desde entonces. ¡Ya ves cómo es mi amor!

Polly tocó la reliquia, atesorada un año, y sonrió al leer las palabras: "La rosa de mi Polly", escritas en el papel.

-No sospechaba que podías ser tan sentimental -dijo, mostrándose complacida.

-Nunca lo fui hasta que te amé, querida mía, y no lo soy mucho todavía, pues no llevo la flor junto a mi corazón, sino en un lugar donde la puedo ver todos los días para no olvidar nunca a la persona por la cual trabajo. No me asombraría que esto me haya hecho más económico, pues al abrir la cartera pensaba siempre en ti.

-Gracias, Tom.

Y Polly sintióse tan conmovida que buscó su pañuelo; pero Tom se lo quitó y la hizo reír en lugar de llorar, diciendo en tono chancero:

-No creo que tú hicieras tanto como yo. Confiésalo.

-Si no vas a reírte de mí, te mostraré mis tesoros. Yo comencé primero y los he llevado más tiempo.

Así diciendo, Polly sacó su relicario, lo abrió y mostró la foto que le diera Tom con el cartucho de maníes. En el otro lado del relicario reposaba un rizo rojizo y un botón negro. ¡Cuánto rió el muchacho al verlos!

-¡No me vas a decir que has guardado eso todo este tiempo! ¡Polly! ¡Polly! Eres la novia más fiel que ha existido en el mundo. -No creas que los he llevado encima todos estos años; sólo los puse la primavera pasada porque no me atreví a pedir otros nuevos. El botón se te salió de esa americana vieja que insististe en usar después de la quiebra, como si tuvieras la obligación de parecer lo más astroso posible, y el rizo se lo robé a Maud. ¡Qué tontos somos!

Él no pareció opinar como ella, y al cabo de una breve pausa, Polly tornóse seria y dijo en tono ansioso:

-¿Cuándo debes volver al trabajo?

-Dentro de una semana o dos; pero ahora no me parecerá tan duro, pues tú me escribirás todos los días, y ahora sabré que trabajo para brindarte un hogar. Eso me dará más fortaleza,

y pagaré mis deudas para iniciarme bien, y después Ned y yo nos casaremos y formaremos una sociedad. Así seremos las personas más felices y trabajadoras de todo el oeste.

-Me parece encantadora la perspectiva, ¿pero no te llevará mucho tiempo?

-Sólo unos años, y no necesitamos esperar ni un momento después que le haya pagado a Syd, si es que no te molesta empezar por abajo, Polly.

-Prefiero trabajar contigo desde abajo que estar ociosa mientras tú trabajas por tu cuenta en otra parte. Así lo hicieron papá y mamá, y creo que fueron muy felices a pesar de la pobreza y de las penurias.

-Entonces lo haremos dentro de un año, pues debo ganar un poco más antes de sacarte de la ciudad. Quisiera tener la mitad del dinero que he gastado para poder llevarte conmigo ahora.

-No importa. No lo quiero. Prefiero tener menos y saber que te lo has ganado tú mismo -repuso ella.

-Es muy propio de ti que lo digas, y no me lamentaré después de haber sido tan tonto. Trabajaremos juntos, y ya verás que llegarás a enorgullecerte de tu marido, aunque sea el pobre Tom Shaw.

Ella estaba tan segura de ello como si lo hubiera predicho el oráculo, y no se engañó en esto, pues su corazón, que siempre confió en el muchacho, recibió su recompensa en la felicidad de los años venideros.

-Sí -dijo en tono lleno de esperanza -. Sé que triunfarás, pues lo mejor que puede tener un hombre es un trabajo con un' propósito definido y la voluntad de hacerlo alegremente.

-Hay algo mejor, Polly -repuso él, tomándola de la barbilla a fin de ver su inspiración en los ojos de la joven.

-¿Qué cosa, querido?

-Una buena mujer que lo ame y lo ayude toda la vida, como lo harás tú, Dios mediante.

-Aunque sea una anticuada -susurró ella, mientras se le llenaban los ojos de lágrimas al mirar al joven que, por ella, había encaminado sus pasos por el sendero del éxito y no se avergonzaba de reconocer que debía esto al amor y al trabajo.

A fin de que ninguno de mis jóvenes lectores que han honrado a Maud con su interés sientan insatisfecha su curiosidad con respecto a su futuro, debo agregar para su beneficio que la niña no se casó con Will, y se quedó soltera toda la vida, dedicándose a cuidar de su padre de manera muy satisfactoria.

Will llegó a cumplir su sueño de llegar a ser ministro del Señor, y su casa parroquial estuvo a cargo de una damita muy gentil a quien el reverendo Will llamaba su "pequeña Jane".

La autora no se atreve a adentrarse más en el futuro, y se detiene aquí, concluyendo con las palabras de los viejos cuentos de hadas: "Y se casaron y fueron felices toda la vida".

FIN